



## II

### LAS INSTITUCIONES

I. LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

II. LAS RELIGIOSAS DE LA ASUNCIÓN

III. LAS OBLATAS DE LA ASUNCIÓN

IV. LAS ADORATRICES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

V. EL COLEGIO DE LA ASUNCIÓN



---

## I. – LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

Esta sección comprende:

- A – *Diversas consignas.*
- B – *Preocupaciones del P. d'Alzon de 1869-1871.*
- C – *Formación de los jóvenes religiosos.*
- D – *Alumnados.*
- E – *Instrucciones sobre la vida religiosa.*

---

– A –

### **Directrices al Hermano Francisco Picard**

estudiante en Roma y encargado de los intereses de la Congregación

*10 de abril de 1856*

...Entre las explicaciones que te pedirán, destaca nuestra posición entre los Jesuitas y los Dominicos, nuestro deseo de rehabilitar las formas monásticas y recibir a aquellos cuya salud les impide soportar la severidad dominicana. Haz hincapié en el elemento de caridad manifestada en las obras a las que empujamos a los jóvenes. Si ves a Mons. Bizzarri, hazle notar que hay muchos padres muy cristianos que quieren una educación distinta de la de los Jesuitas. Habla también de nuestra disposición a ser los auxiliares y no los contrincantes del clero secular, así como de nuestra inclinación hacia las doctrinas romanas.

Si presentas alguna petición, saca las principales ideas de los primeros capítulos de las Constituciones, y guarda copia. La nota que yo había redactado en su momento

y que precede a las Constituciones debería bastar, con alguna modificación de palabras<sup>1)</sup>.

---

*1° de diciembre de 1856*

...El asunto de los Agustinos me preocupa cada día más. Leo con toda la atención posible sus Constituciones<sup>2)</sup>. Contienen cosas que nos van muy bien; pero hay otras que hay que modificar absolutamente. Estoy haciendo un trabajo sobre ese tema, y quizá sería necesario que lo tenga terminado antes de pensar en que yo vaya a Roma. En el supuesto de que haya una edición de las Constituciones de los Agustinos impresas desde hace algunos años, harías bien en mandármelas per *breviorem viam*.

Te invito a sondear siempre con cuidado el terreno. He aquí lo que habría que decir ante todo. El lugar de los Agustinos estaría entre los Jesuitas que dejan de lado las formas religiosas y tienen pocas austeridades, para consagrarse con mayor facilidad a las obras de celo, y los Dominicos que tienen la predicación y la austeridad junto con las formas religiosas. Nos dirigiremos a las personas que sienten atracción por las formas religiosas y las obras de celo, y a quienes su salud no permite entregarse a grandes austeridades. En los tiempos que corren encontraríamos muchos hombres a quienes la severidad de la regla aparta de los Dominicos o a quienes cierto espíritu aparta de los Jesuitas y que sin embargo pueden trabajar mucho en la Iglesia de Dios...

<sup>1)</sup> Se trata del Resumen general dado en la p. 648.

<sup>2)</sup> Se trataba de una unión con los Ermitaños de San Agustín. El proyecto fue tomado en consideración varias veces y definitivamente descartado, en tiempos del P. d'Alzon, como consecuencia de una decisión de la Congregación para los Obispos y Regulares, del 9 de julio de 1880.

7 de enero de 1857

Tengo varias observaciones que hacerte, en caso de que el consultor nombrado para nuestro asunto te pregunte:

1. El nombre que quisiéramos tomar es el de Agustinos de la Asunción y no Agustinos de Francia.

2. Si no ponemos grandes austeridades es como ya te lo he hecho observar, porque queremos recibir religiosos de pequeña salud, los otros pueden ir con los Dominicos o con los Carmelitas.

3. No nos unimos a los Agustinos Ermitaños o a los Canónigos, porque los Canónigos me parecen tener una regla demasiado fácil y los Ermitaños tienen Constituciones que podrían frenarnos en la acción que nos proponemos llevar a cabo.

4. Nos atenemos sobre todo a la práctica de la pobreza. La creemos indispensable para los tiempos presentes y como protesta contra las costumbres actuales. No estamos fijados todavía en el tema de tener o no propiedades, fuera de nuestros colegios y nuestros conventos. Las propiedades nos exponen a perder algún día el espíritu de pobreza, pero por otra parte son útiles para fundar orfanatos y obras de caridad de este género.

5. Nos atenemos a la recitación del Oficio y preferimos tener menos casas y hacerlo recitar más regularmente.

6. Nos atenemos más particularmente a las obras de caridad, que nos permitirán actuar directamente sobre el pueblo y frenar en cuanto sea posible su desmoralización.

7. Procuramos por encima de todo desarrollar en las mentes y en los corazones el amor a la Iglesia romana.

Tales son, mi querido amigo, las bases sobre las que debes apoyarte en las explicaciones que des al consultor.

### Consejos a los superiores de la Asunción, 1858

El pensamiento de dar consejos a los demás, cuando yo paso a los ojos de tantas personas por imprudente, puede parecer una imprudencia más. Sin embargo, puedo compartir con mis hermanos el resultado de mis faltas. Es una especie de experiencia tan útil como otra. Lo esencial es que otros puedan sacar provecho, aunque no sea más que aprendiendo cómo y por qué hay que hacer las cosas de otra manera a como yo las he hecho.

La primera observación que hacer es que no me propongo redactar un tratado en forma y por orden de materias. Se trata de simples notas que pueden ser útiles, pero tales notas serán lanzadas como el tiempo me lo permita y según que los acontecimientos me vayan brindando la ocasión.

Lo que un superior de la Asunción debe proponerse ante todo es hacer amar a Nuestro Señor y a todo lo que Nuestro Señor ha amado, en el orden en que Nuestro Señor lo ha amado. Todo está ahí: amar a Jesucristo y a todo lo que él ama. Si llevamos esta disposición en todo, amaremos a Dios y su santa voluntad; lucharemos como Jesucristo ha luchado, en la paz, la dulzura, la humildad.

Un superior de la Asunción debe ser otro Jesucristo en todas las cosas. Rezar, sufrir, anonadarse, evangelizar con Jesucristo, ahí está su fuerza.

Si el noviciado se forma en Nimes, en el mes de octubre de 1858, será extremadamente necesario que un religioso se encargue de la ejecución del reglamento, y que sea la regla viva. Habrá que establecer desde el principio los cargos, con el fin de que los empleos se cumplan lo mejor posible desde el primer momento. Los novicios no deberán ocuparse más que de su regla, de la capilla y los domingos de la instrucción religiosa.

Yo deberé dar los cursos de noviciado al menos tres

veces por semana, y probablemente los lunes, miércoles, jueves y sábados, a las 11 horas.

Los novicios deberán tener una *Biblia* y una *Imitación*.

Para sostener el noviciado los superiores de cada casa deberán entregar cada año una ofrenda proporcional a sus recursos. En todas las casas, un libro de misas, llevado por un sacerdote, deberá establecerse en cada sacristía.

En la recepción de candidatos, lo importante es estudiar su naturaleza y disposiciones interiores. Algunos necesitan ser tratados muy exigentemente, para forzarles a mostrarse tal cual son; otros por el contrario necesitan ser tomados con pinzas para poder hacer algo con ellos. En cuanto a atraerlos, no conozco todavía sino la oración.

Amar mucho y sufrir mucho, tal debe ser la divisa del superior que quiere engendrar almas para Dios.

En general, no somos lo bastante humildes y no procedemos con bastante cuidado y dependencia respecto de las almas; no vamos lo suficiente por delante de ellas por amor a Dios.

*Nota del P. d'Alzon.*

## La Asunción frente a las persecuciones de la Iglesia

2 de diciembre del 1861

Al R. P. Francisco Picard

No veo para qué pueda servir nuestra pequeña Congregación, si no se compromete en la causa de la Iglesia. Por eso suplico que me dejen en el Consejo de San Francisco de Sales, si sólo se trata de hacernos daño<sup>1)</sup>. Si se estima que el Consejo tendrá más libertad de acción mediante mi retirada, es diferente. Estoy muy contento de *com-*

<sup>1)</sup> Las reuniones de la Obra de San Francisco de Sales acababan de ser prohibidas en Francia.

*prometernos*, pero estaría desolado de comprometer a la Asociación permaneciendo en su Consejo. Por lo tanto, que Mons. de Ségur decida...

.....

En fin, adiós. Recemos mucho. Nadie me sacará de la idea de que, en los tiempos que corren, los que quieren ser santos tienen cien veces más gracias que en tiempos normales. ¡Peor para los que insultan a Nuestro Señor, pero tanto mejor para los que se entregan a consolarlo!

14 de diciembre de 1868

A la Rda. Madre  
María Eugenia de Jesús

No somos hombres de oposición, somos hombres de *afirmación*; establecemos claramente los principios católicos y los propagamos, combatimos a los que los contradicen. ¡Peor para aquellos a los que encontramos en nuestro camino!

### En presencia de ciertas defecciones

Le Vigan, 13 de julio de 1876

Al R. P. Francisco Picard

Creo que el P. François nos dejará. ¿Dónde ira? ¿Qué será de él? No creo que sea aún el momento de prohibirle celebrar la misa. Sin duda está en pecado mortal, pero no pienso que los superiores sean responsables de ello. Los superiores deben buscar el mayor bien general, antes que el mayor bien particular. *Si discedit, discedat* [1 Corintios 7, 15], podemos decir con San Pablo, a propósito del marido pagano de la mujer cristiana. No tenemos la responsabilidad, no hacemos el mal, le dejamos hacer, después de haberle advertido caritativamente; pero no descargue-

mos ningún golpe apresurado. Si se hubiera procedido así con Sor Marie-Louise, se habría retirado por sí misma y no hubiera habido necesidad de una componenda que no puede durar. Me parece que en los tiempos que corren es preferible advertir con toda caridad a ciertos sujetos, como ha hecho el P. Vicente de Paúl con el P. François, como he hecho yo con Sor Marie-Louise, y luego dejarlos partir. Santa Teresa en su *Camino de perfección* profesa absolutamente la misma doctrina. ¿El P. François está cometiendo pecados mortales? Es más que probable. ¿Somos nosotros responsables de ellos? No lo creo, ya que le hemos advertido. Y si parte, él habrá querido irse. Entonces no podrá celebrar más la misa. Pero esa será su responsabilidad, no la nuestra. ¡Cómo importa deshacerse de esta clase de sujetos, qué útil es abrirles suavemente la puerta, sin que puedan quejarse! En el fondo somos del mismo parecer, diferimos en los medios...

---

## - B -

*En 1869-1871, el P. d'Alzon se preocupa de la orientación nueva, más doctrinal, que el Concilio quiere imprimir a las Congregaciones modernas y del sello más especial del que la Asunción debe ser dotada. Precisa el objetivo del cuarto voto para facilitar su aprobación por parte de la Iglesia y piensa en un examen particular distintivo del religioso de la Asunción. Da consignas a sus religiosos para hacer dar al Concilio todos sus frutos: la Asunción debería ser, como lo dice en otro sitio, como una floración de la Iglesia. Preside el punto de partida de esta magnífica acción apostólica que marca los diez últimos años de su vida.*

---

**Quid agendum?**

*Roma, 19 de noviembre de 1869*

En el momento en que se va a inaugurar el Concilio, me recojo y me pregunto cómo debo aprovechar de la dicha de asistir, en la misma Roma, en esta solemne asamblea. Dejo de lado un montón de cuestiones, cuya solución me interesa desde luego en alto grado, pero que no tienen directamente que ver con la cuestión que quiero considerar como padre de una pequeña familia religiosa.

**Santidad**

La Iglesia se encuentra frente a la humanidad, que en cierto modo parece separarse de ella. Se necesita, no que la Iglesia se reconcilie con la sociedad, sino que la convierta: no mediante concesiones, sino mediante luces más abundantes, mediante una acción más poderosa. La primera conclusión práctica es que, para transformar a los otros hay que transformarse a sí mismo; para convertir,

hay que estar convertido; para hacer santos, hay que ser santo uno mismo.

El Concilio debe santificar. Y he ahí la primera conclusión, es necesario que el Concilio nos santifique. Cada siglo tiene sus vicios. Es necesario sobre todo que tengamos las virtudes contrarias a esos vicios. En este sentido muy serio y muy fecundo es en el que debemos ser de nuestro tiempo.

**Santidad auténticamente católica**

El Concilio Vaticano tendrá esta ventaja: que mientras los precedentes estaban formados casi únicamente o en su gran mayoría por las Iglesias de Oriente o bien por las Iglesias de Occidente, —excepto el de Florencia, en que los obispos eran poco numerosos—, esta vez habrá obispos venidos de los cinco continentes. Desde este punto de vista será el más universal jamás celebrado, y hay que observar por lo tanto que las cuestiones de países deben borrarse ante las cuestiones universales, las cuestiones verdaderamente católicas. Ante esta conclusión necesariamente deben caer las cuestiones de país, de nación, todos los principios adoptados por tal o cual pueblo. Hay que tomar evidentemente principios universales, como todo el universo, y abandonar los otros que, propiamente, no lo son.

**Enseñanza**

Lo que llaman en ciertos países la sociedad moderna está orgullosa de sus ideas que toma como principios. Ir contra ellas de frente puede tener inconvenientes. ¿Pero qué necesidad hay de preocuparse demasiado? ¿Por qué no dejarlas por lo que valen, y, apoyándonos sobre una ciencia verdadera, sincera, leal, comunicarle la superabundancia de las verdades divinas que poseemos en exclusiva, poseyendo a Jesucristo? *In quo sunt thesauri sapientiae et scientiae absconditi* [Colosenses 2, 3].

De ahí la necesidad de una enseñanza muy desarrollada, pero por encima de todo, penetrada, bajo todas sus

formas y en todas sus ramas, de la verdad católica. De ahí esta otra conclusión: necesidad absoluta de apoderarnos de nuevo de todos los niveles de la enseñanza, desde los primeros elementos hasta sus alturas más profundas; por lo tanto de las universidades por arriba y de las escuelas del pueblo por abajo.

**Alrededor del Papa** Por otra parte, cuanto más la disolución social es amenazante, más debemos agruparnos en torno al centro de la unidad. ¡Ahora bien, qué estupidez eso de que el centro de la unidad en la fe pueda estar sujeta al error! He ahí sin embargo lo que habría que aceptar si el Papa no es infalible. Pero no quiero abordar aquí el tema de la infalibilidad. Lo que quiero es considerar al Papa como centro de esta unidad para la acción. En torno al Papa, como centro de esta acción, convergen los obispos, *quos Spiritus Sanctus posuit episcopos regere ecclesiam Dei*. Que algunas de estas relaciones sean abolidas porque se trata de puras cosas de Cancillería, se comprende, pero con la condición de que todas las otras relaciones se hagan cada vez más frecuentes. Por cierto, Pío IX ha contribuido a aumentarlas tanto como ha podido, atrayendo tan a menudo a Roma al episcopado católico.

**Las familias religiosas** Sin embargo, el Papa tiene otros medios de actuar sobre el mundo, mediante ejércitos espirituales, que no son sino las familias religiosas. Sólo que, sería importante hacer comprender a Roma cómo el Papa, defendido por estas tropas, debe protegerlas a su vez. Los obispos son sus primeros auxiliares; no son los únicos. Los obispos ayudan al Papa a gobernar la Iglesia; los religiosos son los instrumentos especiales de la acción directa del Papa para defender y extender la Iglesia. Por su parte, los religiosos también deben agruparse en torno al Papa, no permitir que les separen de él y sacar la fuerza de su fuerza. El tiempo de las

mutilaciones religiosas ha pasado. Los poderes han podido, en tiempos nefastos, imponerlas a Roma, cuando se creaban vicarios generales de órdenes para ciertos países. Las Órdenes se debilitaban, la acción del centro se volvía nula y los enemigos de la Iglesia destruían sin esfuerzo la ciudadela, cuyos defensores, aislados y dormidos, no podían oír la voz del primer jefe.

Por lo tanto, necesidad para los religiosos de agruparse en torno al Papa, para defender a la Iglesia; necesidad para los religiosos de agruparse en torno al Papa para extender los límites de la Iglesia.

### **La Asunción**

Colocándome desde el punto de vista de nuestra Congregación, me pregunto si no es importante aprovechar la indicación especial que nos ha sido hecha por Pío IX mismo, y ocuparnos de la Iglesia búlgara y de todas las ramas de la gran familia eslava. Rusia y su cisma son uno de los grandes peligros para la Iglesia. Si los zares llegan algún día a Constantinopla es con la esperanza de llegar pronto a Roma y, humanamente hablando, ¡qué peligro!

El Papado está entre dos escollos: la Revolución y el cisma oriental. Nuestra pequeña Congregación debe combatir a la Revolución mediante la santidad en primer lugar, luego mediante la enseñanza bajo todas sus formas y las obras de caridad que nos permitan penetrar en el pueblo. Debe entregarse sobre todo a luchar contra el cisma, mediante la santidad, mediante las misiones y todas las obras que se relacionan con las misiones.

### **Conclusión**

Resumiendo: santidad, santidad verdaderamente católica; enseñanza bajo todas sus formas; todas las obras capaces de transformar la democracia; lucha contra los cismas, misiones y obras capaces de frenar sus invasiones; tales son las bases principales de nuestra obra. Añado a este espíri-

tu esencialmente católico, sobre el que no podría insistir demasiado, unión cada vez más íntima con la Santa Sede, fuente de toda vida, centro de toda unidad, principio de toda acción.

### Nota sobre el Concilio

*Noviembre de 1869*

**La Obra del Concilio** El Concilio debe proponerse combatir la incredulidad, el racionalismo, el naturalismo, el socialismo.

La incredulidad mediante la afirmación más clara de los principios de la fe.

El racionalismo mediante la proclamación del principio de autoridad más netamente definido, mediante la proclamación de la infalibilidad del Papa.

El naturalismo, mostrando el término de la felicidad en un mundo superior y los medios de obtenerlo en los auxilios aportados por Nuestro Señor Jesucristo.

El socialismo mediante una nueva proclamación de los grandes principios sociales que sólo la Iglesia posee y mediante la predicación del principio de caridad, con la ayuda del cual sólo ella puede curar las heridas que el espíritu de egoísmo, de odio y de rebelión ha causado a la sociedad enferma.

**Papel de las Congregaciones modernas** Frente a estas ideas, ¿cuál es el papel de las Congregaciones modernas? Contra la incredulidad:

1º Afirmary a Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, y para afirmarlo más útilmente estudiarlo más que nunca.

2º Entregarse a la enseñanza entendida en el sentido más amplio.

3º Desarrollar el celo por la predicación de Jesucristo

no sólo entre los cristianos, sino también entre los incrédulos, los heréticos, los Judíos y los paganos.

Contra los racionalistas:

1° Mostrar la superioridad de la inteligencia, que toma como punto de partida la autoridad inmutable.

2° Mostrar la necesidad de fortificar el poder pontificio desde el punto de vista moral e intelectual, a medida que el poder temporal y político parece disminuir.

Frente al naturalismo:

1° Santificarse uno mismo en primer lugar, para predicar con el ejemplo.

2° Luego, trabajar en hacer penetrar por doquier las costumbres cristianas.

Queda el socialismo. Las Congregaciones religiosas se encuentran aquí frente a los males más horribles. Es necesario que los curen penetrando en las clases gangrenadas. La democracia es un hecho. Hay que sacarle todo el partido posible, ocupándose de todas las obras que puedan cristianizarla.

---

## El Concilio y las Oblatas

Roma, 4 de diciembre del 1869

A la Madre Correnson

**Meta del Concilio** Estudiando atentamente la meta del Concilio, se ve que se propone sobre todo restablecer todo el orden sobrenatural aportado por Nuestro Señor a la tierra y atacado por la incredulidad (el naturalismo), el racionalismo y el socialismo. He ahí el mal.

A la incredulidad se quiere oponer los principios de la fe; al naturalismo todo el plan de los socorros espirituales y de las esperanzas sobrenaturales; al racionalismo la base inmovible de la autoridad divina, fortificada mediante la doctrina de la infalibilidad del Papa; al socia-

lismo la noción más perfecta de los principios sociales, tal como los comunica la gran sociedad cristiana, la Iglesia. Las afirmaciones de la fe, la superioridad de la idea de felicidad y de los medios para conseguirla, el poder de los motivos de creer, la vida social, he aquí lo que el Concilio tomará como punto de partida.

**Consecuencias  
prácticas**

Pero cuando los grandes hitos hayan sido colocados, habrá que sacar las consecuencias.

De la fe fuertemente afirmada se sigue una enseñanza poderosa: renovación de los estudios; de las esperanzas sobrenaturales opuestas al naturalismo moderno se sigue una noción más fecunda de la santidad; de la autoridad del Soberano Pontífice más enérgicamente confesada, la necesidad de recibir de él una dirección más vigorosa; de la manifestación más completa de los principios de la Iglesia, una luz para trabajar en sanar los males de la sociedad. Pero a eso hay que añadir que estos grandes principios combinados entre ellos arrojan unos resultados no menos admirables.

**Para las Oblatas**

Del principio de la fe más claramente afirmado se sigue, para

las Oblatas, la obligación de estudiar más seriamente la religión, con el fin de enseñarla un día, y un celo mayor por llevar esta divina antorcha a los países extranjeros.

De las enseñanzas relativas al orden sobrenatural resulta para ellas: 1º la obligación de ser santas; 2º la convicción de la sublimidad de su vocación, que les invita a acoger a cismáticos, herejes, judíos y paganos, y a hacer de ellos también santos.

De la promulgación de la infalibilidad del Papa se sigue rigurosamente: 1º la necesidad de adherirse desde lo más hondo de su ser a aquel centro imperecedero de la Iglesia; 2º el privilegio, no menos grande, de servirla como conviene, para extender el reino de Nuestro Señor.

En fin, de la promulgación de los grandes principios de la sociedad cristiana se sigue una admirable misión, si las Oblatas quieren hacerse dignas de ella: un trabajo incesante, mientras estén en Europa o cuando se les reclame allí, para ocuparse con inteligencia de las obras que les pertenezcan, que tenderán a luchar contra el socialismo y que les prepararán para ocuparse de obras análogas allí donde se les envíe.

Ahí os doy el cuadro de un libro que hay que hacer y cuyos capítulos se van clasificando poco a poco en mi espíritu. Este libro quisiera titularlo: Las Congregaciones religiosas y el Concilio. Rogad a Dios para que tales ideas se desarrollen en mi espíritu. Me parece que sobre este tema hay un buen trabajo que producir.

---

### El sello de la Asunción

29 de enero de 1870

Al P. F. Picard

**Un cuarto voto** Esto es para usted, el P. Vicente de Paúl y la superiora. Existen dificultades, al parecer, para conseguir el cuarto voto de extender el reino de Jesucristo en las almas. ¿No se le podría remplazar por el voto de emplearnos en todas las obras que el Soberano Pontífice nos propusiera, con vistas a combatir la Revolución y la francmasonería, que es la grande y satánica encarnación de la Revolución? De un lado Jesucristo y la Iglesia; del otro Satanás y la francmasonería o la Revolución. He ahí, creo yo, algo que está más claro que el día.

He preparado una nota que tendría posibilidades de éxito; me voy a ocupar de ella. Se trataría de una Asociación contra la francmasonería y la Asunción tomaría, según su exigua dimensión, contra la Revolución el lugar que ocuparon los Jesuitas hace ya tres siglos contra la Reforma...

---

24 de enero de 1870

A la Madre Correnson

*Mi muy querida hija:*

**Proyecto de un examen particular** ...Acabo de tener una conversación que me ha llevado a reflexionar fuertemente respecto a nuestra obra. Alguien muy serio me decía: “Si vuestro obispo muere, le pasará como a tantos otros obispos. Nada quedará de su paso porque habrá gobernado mediante la arbitrariedad y no ha fundado instituciones”. Por desgracia eso es muy cierto. Si un obispo galicano le sucede, ¿qué encontrará en el Cabildo, en el seminario, en el desarrollo científico del clero, que pueda resistir a una presión funesta?

¡Pues bien! Me pregunto si usted o yo viniéramos a morir, ¿qué quedaría de nuestra obra? ¿Qué principios habríamos establecido? ¿Qué cohesión hemos dado a esta familia? Ya sé que es muy reciente, pero creo muy importante comenzar a fijar las piedras fundamentales desde el punto de vista de la duración.

Tengo algunas ideas al respecto, que le comunicaré en mis cartas; prepárese, por su lado. Espero que llegaremos a hacer algo muy bueno, pero convéznase de que debe poner en su examen diario: “¿Qué he hecho hoy para fundar mi obra?”.

Bajo este aspecto, lea sobre todo en la Vida de los santos todo lo que atañe a la organización de sus trabajos; sea lo más que pueda el modelo, sino de toda la regla (vuestra salud no os lo permite), al menos del espíritu de la regla. No se extrañe de ciertas miserias, pero busque sus raíces para cortarlas, o mejor extirparlas enteramente.

Creo que voy a instituir un Capítulo General de los Agustinos de la Asunción para exigir el signo distinti-

vo de nuestra obra. San Ignacio ha dado a los suyos los *Ejercicios Espirituales*, una hora de meditación y dos exámenes particulares. Es necesario que establezcamos algo semejante...

31 de enero de 1870

A la misma

**El examen particular  
de las Oblatas**

Desde hace algún tiempo estoy preocupado por el cuarto voto que los religiosos de la Asunción deben hacer. He aquí lo que quisiera ensayar para las Oblatas. Se trataría de exigir de ellas, que cada día dedicasen un cierto tiempo de su meditación a examinar lo que quieren hacer durante la jornada para hacerse capaces de ir a las misiones. Por la noche, harían un examen de lo que han hecho.

He aquí qué temas de examen podrían proponerse:

- 1° ¿En qué quiero ser religiosa?
- 2° ¿En qué soy pobre, virgen, obediente?
- 3° ¿Cuál es mi humildad y mi caridad para con las Hermanas?
- 4° ¿Cuál es mi práctica de la regla?
- 5° ¿Qué dedicación quiero darle al estudio, si tengo tiempo?
- 6° ¿Cuál es mi espíritu de sacrificio y mi desinterés?
- 7° ¿Con qué ardor quiero ofrecer mis oraciones y mis penitencias por las almas que hay que salvar?

Sólo se trata de algunos hitos, pero si usted se dedica a hacer que hagan sobre este tema dos exámenes: por la mañana, sobre lo que se quiere hacer; por la noche, sobre lo que se ha hecho durante el día, insistiendo unas veces sobre un tema y otras sobre otro, estoy seguro de que conseguirá resultados. Por mi parte, ya he comenzado en lo que a mí me toca, y le invito a que haga otro tanto por su parte.

Mi examen se limita así. ¿En qué he avanzado el reino de Jesucristo, destruyendo el reino de Satanás en mí? ¿En qué he combatido el reino de Satanás en el mundo y hecho avanzar el reino de Jesucristo?

Había en mis cartas a las Adoratrices algunos pasajes que pudieran resultaros útiles. Por lo demás, sólo se trata de una idea que usted podría ayudarme a perfeccionar, y si deseara ayudarme le estaría agradecido. Esto que le escribo es más serio de lo que usted piensa, porque el bosquejo que le envío será el sello distintivo de la Congregación de la Asunción, y quisiera que el fuera el suyo, porque me parece que usted es enteramente nuestra mediante un montón de lazos íntimos.

*1° de febrero de 1870*

A la misma

### **Explicaciones**

Vuestra carta del 29 me llega; dispongo de un minuto y la respondo. Ayer os escribí, pero me vi molestado por un montón de distracciones. Me parece que hoy me haré comprender mejor. No hay que hacerse ilusiones. La sociedad está muy gravemente amenazada. Necesita ser sostenida por todos los medios contra la Revolución y contra el ejército de la Revolución, la francmasonería. Espero que el Concilio haga algo contra la masonería. Pero ya que parece que ponen obstáculos a nuestro voto de entregarnos a la extensión del reino de Nuestro Señor en las almas, he pensado que no podrían impedirnos transformar este voto (hablo de los religiosos) en otro que consistiera en entregarnos a todas las obras que el Santo Padre nos proponga contra la Revolución y la masonería. Pero hay que darle un espíritu a esta acción. Ahora bien, para hacer eso me propongo presentar al futuro Capítulo General la constitución siguiente, expresada más o menos en estos términos:

“Los religiosos de la Asunción harán cada día, maña-

na y tarde, un examen: en el primero examinarán lo que quieren hacer para destruir el reino de Satanás en su corazón y en la tierra y para hacer crecer en su corazón y en el mundo el reino de Nuestro Señor; el segundo consistirá en repasar lo que durante la jornada se ha hecho con este fin”.

Os he indicado algunos puntos, sobre los que vuestras hijas, mediante un examen análogo, podrían prepararse a cumplir su voto...

*(El examen hubiera tenido como meta a los ojos del P. d'Alzon preparar para el cuarto voto y facilitar luego su ejecución).*

---

### Esperanza de una aprobación de este cuarto voto

Roma, 4 de febrero de 1870

Al P. F. Picard

Mi querido amigo:

...Te había hablado de la idea que tenía de cambiar nuestro *cuarto voto* de consagrarnos a la extensión del reino de Nuestro Señor en las almas, por el de entregarnos a todas las obras que nos proponga el Santo Padre, para combatir la Revolución y la francmasonería. Ahora bien, ayer recibí la visita de monseñor de Lucca, subsecretario de la Congregación de los Regulares, y tras haberle hablado de varias cosas, le sugería algo de nuestro cuarto voto. Me respondió: “En general, la Sagrada Congregación rechaza los cuartos votos como inútiles, ya que son la expresión del espíritu general del Instituto; pero de entrada estoy convencido de que se haría una excepción para el voto que usted propone, sea porque contiene algo muy característico, sea porque me parece algo enteramente adaptado a las circunstancias presentes de la

Iglesia y a los enemigos que debe combatir”. Y al despedirse me rogó que contara con él y me pidió que, cuando tuviera que hablarle, le pidiera venir, porque así es más cómodo para platicar a gusto.

7 de febrero de 1870

Al P. E. Bailly

**Ensayo de examen** Recibo su carta del 3, que debieron entregarme ayer. Usted quiere pues llegar a ser un santo. Le prometo ayudarle en la medida en que yo sea capaz, y para ello permítame aprovechar sus buenas disposiciones para ensayar con usted lo que quiero proponer al primer Capítulo General.

Si usted aprueba nuestro *cuarto voto* tal como lo formulo, haga dos veces al día un examen: el primero para buscar en qué intentará expulsar al diablo de vuestra alma y poner allí a Jesucristo y en qué quiere servir a la Iglesia combatiendo fuera a la Revolución y a la francmasonería; y por la noche examinará lo que haya hecho para mantenerse en estas disposiciones y por traducirlas mediante un trabajo práctico; luego me dará cuenta. Es necesario que busquemos juntos una buena fórmula para este examen, que luego se tornará la piedra angular de nuestra obra, como el examen particular de San Ignacio es la piedra angular de los Jesuitas.

Mirad, ensayad, como trato de examinar por mi parte; luego me dará cuenta de sus resultados. No le prohíbo hablar de lo que esta idea tenga de aplicable a la Congregación tanto a los religiosos como a la Superiora General de las Oblatas. Quizá después de haber rezado mucho, encontremos en ello una gran luz y una gran fuerza...

---

## Consignas del momento

### I. A la casa de París

*Roma, a 10 de febrero de 1870*

A los Padres Picard  
y V. de Paúl Bailly

Mis muy queridos amigos:

Sigo con gran atención la marcha del Concilio, no tanto en sus deliberaciones como en sus agitaciones externas e íntimas a la vez; y en los efectos que pueden seguirse del choque de tantas ideas contrarias y tantas corrientes opuestas. ¡Pues bien!, para mí evidentemente resulta esto, que la Congregación que se proponga sacar, en cuanto de ella dependa, todas las consecuencias prácticas del Concilio, será la que Dios más bendecirá. Desde este punto de vista, sería muy importante que pudiéramos darnos bien cuenta ante Dios de lo que tenemos que hacer, con el fin de limitar nuestra acción en una cierta medida y circunscribirla con el fin de fecundarla en cuanto sea posible y también con el fin de no desperdiciar nuestras fuerzas...

Sin afectación, pero con un plan bien continuado, debéis agrupar en torno a vosotros a laicos y a sacerdotes y, mediante vuestras conversaciones, proponeos atraer a la vida del Concilio todas las inteligencias viriles, sobre las que podáis tener alguna influencia. Creedme, trabajad lo más que podáis en esa dirección. El Concilio del Vaticano se resumirá en un nuevo tratado de la religión y de la Iglesia, las otras cuestiones no serán más que corolarios. Por lo tanto, tomad estas cuestiones en mano, apropiáoslas, hacedlas vuestras lo más posible, aplicadlas, menos por vosotros mismos, que empujando a otros a aplicarlas...

He aquí lo que debéis proponeros para empezar: 1º extender, en cuanto dependa de vosotros, la obra de San Francisco de Sales; 2º dar un valor religioso al Boletín

bibliográfico; 3º hacer sentir la necesidad de acrecentar el óbolo de San Pedro; 4º hacer rezar mucho para obtener buenas vocaciones religiosas; 5º sin hablar demasiado del Concilio, tomar el espíritu de esta magna asamblea y, sin contención, infundirlo por todas partes, con el riesgo de resultar a veces pesados; 6º impulsar a toda obra popular, ya sea ocupándoos vosotros mismos, sea sobre todo impulsando a los católicos a ocuparse de ellas.

## II. A la Asunción en general

*15 de febrero de 1870*

A la Madre Correnson

Acabo de hablarle de usted, hablemos ahora de lo que a mi ver saldrá del Concilio respecto de la obra de la Asunción. Es para mí perfectamente evidente que nos faltan los hombres y que, si place a Dios enviánnoslos, pues bien, ¡tendríamos trabajo para diez mil religiosos! Sin embargo, encuentro asimismo que podemos empezar enseguida:

1º A adquirir una asociación, con ayuda de la cual podríamos hacernos con un montón de trabajos científicos: ¿os imagináis que se han dirigido a mí para esto? He aceptado.

2º A preparar una Universidad católica; lo cual resultaría mucho más fácil si nos hubiéramos apoderado antes de hombres como acabo de decir.

3º A ejercer una acción sobre los periódicos. No me creeréis si os digo que he sido autorizado por los presidentes del Concilio a dirigir una correspondencia para mejorar la situación de los espíritus y refutar todo aquello que los periódicos católico-liberales hacen propagar para amotinar la opinión contra Roma.

He ahí un breve resumen de lo que tengo que disponer y de lo que tengo que ocuparme en mis momentos perdidos. Estudio lo más que puedo la filosofía escolástica

y estoy maravillado de cuánto se hace en Nápoles al respecto...

### III. A la casa de Nimes

*16 de febrero de 1870*

Al P. E. Bailly

...Vuestra santidad puede desarrollarse mediante el impulso sobrenatural que usted puede dar a los estudios y a los de vuestros religiosos. No perdáis de vista un solo instante este punto y aplicaos a santificaros mediante la enseñanza.

En este momento me saturo de filosofía y llego a ciertas consecuencias. Es: 1° que hay que volver a Santo Tomás; 2° que la filosofía se ha descarriado plenamente bajo la acción de la Reforma; 3° que la filosofía es una ciencia mucho más positiva de lo que se supone y que, lo que ha hecho olvidar en demasía esta verdad es la confusión de Babel que Descartes, a la zaga del Protestantismo, ha infiltrado en las ideas de los mismos católicos. Hay toda una filosofía que rehacer en la senda de la vieja escolástica, y me estoy preguntando si esta refacción de los estudios no es uno de los trabajos más importantes a los que podamos entregarnos. ¡Ah!, mi querido amigo, cuántas cosas que hacer y que rehacer. Dirija su deseo de santidad hacia esta especie de trabajos...

### IV. A los religiosos de la Asunción, en Nimes

*Roma, 11 de abril de 1870*

Vais a disponer de un cierto reposo durante el tiempo de Pascua; me parece útil haceros algunas recomendaciones.

1º Recordad que la meta especial de nuestro Instituto es la enseñanza en todos los niveles. Ahora bien, el cardenal Reisach decía a uno de nuestros amigos que el más poderoso resultado del Concilio sería el de relanzar los estudios eclesiásticos. Sí, pero para esta restauración se necesitan dos cosas: hombres y tiempo. Respecto del tiempo, mirad ante todo si no lo perdéis. Mirad, en segundo lugar, lo que habéis hecho para trabajar de modo que os preparéis estudios útiles. No nos hagamos ilusiones, los estudios por todas partes son de una mediocridad desesperante y se debe al descrédito en que ha caído la gran teología basada en la gran filosofía. La teología, reina de las ciencias, habiendo bajado a un grado deplorable, las ciencias, excepto las ciencias materiales, han bajado otro tanto, y las ciencias mismas, que no tienen más meta que la materia, han perdido el sentido divino de su origen.

¿Qué se necesita? Que os dediquéis a restablecer, mediante el estudio fuerte y serio, las diversas ramas de las ciencias que os permiten discurrir la verdadera sabiduría en vuestras inteligencias; y que iluminéis la ciencia, objeto de la inteligencia inferior y cuya finalidad son las cosas creadas, mediante la razón superior que tiene como objeto la sabiduría, es decir, el conocimiento de las cosas divinas. Ahora bien, llegaréis a eso por dos caminos distintos: sea por el trabajo intelectual, sea mediante la oración. Y ahí reside una gran prueba de que rezamos mal, ya que después de haber rezado, conseguimos tan pocos resultados. La conclusión evidente es que nuestras oraciones y nuestros estudios son algo rutinario y maquinal. Si pusiéramos en unas y otros el esfuerzo de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, ciertamente llegaríamos mucho más alto desde todo punto de vista.

Importa convenceros bien de esta verdad, porque entonces haréis caminar al mismo tiempo, como deben hacerlo los religiosos, vuestro desarrollo místico y vuestro desarrollo intelectual.

2º Habéis de compenetraros con esta verdad, de que

el mundo, incluso en decadencia, es gobernado por las ideas. Después del Concilio, aquellos religiosos que se hagan sembradores de ideas, pero de ideas verdaderas y fecundas, serán los verdaderos regeneradores de la sociedad... Importa además, en este punto, que os apliquéis a compenetraros de ideas verdaderas y de grandes principios. Ahora bien, estas ideas y estos principios, ¿dónde están sino en los tesoros de la ciencia divina, cuyo depósito posee la Iglesia y que está encargada de distribuirlos al mundo? Sufro por deciros tan mal estas cosas, porque veo en ello la salvación de los hombres descarriados por tantas ideas falsas, cuyo oscurecimiento se extiende cada día de un modo más decepcionante para todos aquellos que aman un poco verdaderamente el reino de Dios y el triunfo de Nuestro Señor en las almas.

3º No hay que ocultarse que la Iglesia, tras la definición de la infalibilidad, se va a encontrar en una situación muy extraordinaria. El Papa será como un general de un gran ejército, cuyos regimientos son dirigidos por un cierto número de coroneles sublevados. Será necesario que el general pase por encima de sus cabezas para apoyarse en los capitanes y en los soldados. Los coroneles rebeldes son los obispos galicanos. El Papa debe apoyarse, por una parte en los sacerdotes y en los simples fieles, —y he ahí el inicio de la jurisdicción ordinaria e inmediata sobre las diócesis—, y por otra parte se necesita que tenga sus propias tropas y que las acuardele, en medio de los regimientos cuyos coroneles le den la impresión de empujar<sup>1)</sup> a sus hombres a la rebelión. Estas tropas más personales del Papa son las Congregaciones religiosas y tal es la razón profunda por la que habrá motivo para aumentar sus privilegios y exenciones, en vez de disminuirlas.

Todo esto será quizá desarrollado por mí en una carta o un trabajo más detallado. Por el momento me contento con haceros explicar lo que no comprendáis por el P.

<sup>1)</sup> El manuscrito dice: entrar

Laurent o por el P. Emmanuel. Estas ideas me parecen uno de los puntos de vista más importantes bajo los que se puede contemplar el Concilio.

Adiós, mis muy queridos Hermanos. Creedme enteramente vuestro en Nuestro Señor.

Nos siguen prometiendo el esquema sobre la infalibilidad inmediatamente después de la sesión del domingo de Cuasimodo.

29 de abril de 1870

Del P. Galabert  
al P. Vicente de Paúl

**Nuestra meta más  
especial**

El P. d'Alzon está siempre dispuesto a secundar vuestros esfuerzos en lo que concierne a las buenas obras; pero no quisiera que se conviertan en la meta principal de nuestra Congregación. En su intención, la meta esencial de nuestra pequeña Congregación es el desarrollo tan completo como sea posible de la enseñanza de la doctrina católica, sobre todo mediante el estudio, la educación de los niños y la predicación. No quisiera que la multiplicación de las obras populares, muy útiles por cierto, llegue a desviarnos de nuestra obra principal, y lo mismo que ha combatido las tendencias del P. Hipólito que quería empujar a los jóvenes religiosos hacia las misiones en las aldeas, así también se opondría a nuestra absorción por las buenas obras.

Le Vigan, 25 de octubre de 1870

Al P. E. Bailly

**Planes de acción**

No tengo nada muy especial que decirle, pero estoy preocupado por un hecho que me llama la atención, tanto en los establecimientos de la Iglesia, como en la formación de las Órdenes religiosas, como en las sociedades secretas, o en las guerras de pueblo a pueblo.

No se consigue el éxito sino cuando se tiene una meta determinada. Nuestro Señor ha dicho: *Quaerite primum*

*regnum Dei et justitiam ejus, et haec omnia adjicientur vobis* [Mateo 6, 33]. La Iglesia, el reino de Dios, ha sido fundada. Seguid a los grandes obispos, siempre han tenido una meta. Estudiad las guerras: el general, cuyo plan ha sido más estudiado y cuya acción está más en relación con los recursos, es el que tiene mayor éxito. En cuanto a las sociedades secretas, esto es más que evidente, y si no consiguen más que a destruir y nunca a fundar, es porque al primer éxito se desbandan y sus miembros vuelcan sus fuerzas, divididas por intereses personales, unos contra otros. He ahí por qué los hombres honrados, pese a su falta de inteligencia y su apatía, no resultan todos engullidos, como se lo merecerían por la Revolución.

¿Qué deciros ahora sobre mis conclusiones prácticas? He aquí. Nosotros queremos hacer llegar el reino de Nuestro Señor en la tierra. Todo en nuestra vida, en nuestros pensamientos, debe quedar subordinado a esta idea matriz. Miremos atentamente cuál debe ser nuestro plan y cómo hemos de utilizar nuestras fuerzas, cómo debemos evitar malgastarlas, cómo debemos dirigir las con una cierta unidad. Mediante la enseñanza, mediante los estudios teológicos, mediante las misiones, mediante la ayuda dada a ciertas Congregaciones de mujeres, mediante nuestra participación en la vida social.

Quisiera que sin cesar pudiéramos perfeccionar nuestros planes, partiendo de los mismos principios que son principios eternos, pero modificando la aplicación práctica. Así, sería necesario que usted pudiera ofrecer a la Congregación un plan de estudios y de educación; el P. Hipólito presentaría un trabajo sobre el noviciado; el P. Picard sobre la acción en París, sea respecto de los hombres y de los sacerdotes, sea respecto de las Congregaciones de mujeres; el P. Vicente de Paúl trataría de la cuestión de las obras; y si cada uno trabaja así por su lado ofreciendo al Superior General trabajos preparatorios que serían discutidos en la primera reunión general o

en el primer Capítulo, quizá llegaríamos a ver más claro nuestro futuro. Me resumo así:

1. Enseñanza y educación.
  2. Estudios superiores.
  3. Misiones.
  4. Acción social.
  5. Obras de caridad.
  6. Relaciones con las Congregaciones de mujeres.
- Cambio adrede el orden de los números.

---

27 de octubre de 1870

Al P. E. Bailly

**Un Consejo de guerra** Vienen todos los días a hacer sus ejercicios bajo nuestros castaños de Indias y admiro cuán necesarios son los movimientos de brazos, de piernas, las voces de mando fallidas o exitosas, para formar soldados, que no serán al fin y al cabo más que pacíficos guardias nacionales. ¡Pobre patria guardada por semejantes gentes! ¡Pobre nación con tantos guardias! Pues bien, en la vida religiosa, es lo mismo. ¡Cuántas repeticiones de los mismos ejercicios, antes de llegar a ser lo que Dios quiere de nosotros! Sin contar aquellos que no hacemos. Pero cuando toda Francia sólo fuera una gran guardia nacional o incluso un valiente ejército, ¿de qué sería capaz sin un jefe? Es necesario, pues, que todos los miembros de la Congregación trabajen en diversos niveles, desde el postulante hasta el Superior General. Solamente que, en vez de un jefe único, se necesita una especie de aristocracia, con el fin de que la idea matriz no muera con el jefe. Se necesita, si puedo decirlo así, un consejo de guerra perpetuo, si no reunido permanentemente, al menos agrupado frecuentemente e intercambiando sus puntos de vista por correo, lo más a menudo posible.

Pero ahora me interrumpen, volveré sobre el tema...

---

## Emisión de un voto de fidelidad

Del P. E. Bailly al P. d'Alzon

### 1. Instancias del P. E.

#### Bailly

...Quisiera insistir ante usted, Padre, para obtener que pida o haga pedir lo antes posible al Papa la aprobación del cuarto voto del que habíamos hablado: el voto de luchar a ultranza contra la Revolución, sus ideas, sus libros, sus obras, etc. Lo que Santo Domingo hizo contra los Albigenses, ¿no podríamos nosotros pedirle a Dios poder hacerlo contra la Revolución y la francmasonería? El momento en que Pío IX cautivo es crucificado por la Revolución ¿no estaría bien elegido? Y aunque no seamos nada, aunque humanamente no tengamos ningún medio apropiado, ninguna fuerza seria para luchar, ¿no podríamos contar con la misericordia de Dios que bendeciría sin duda nuestro intento hecho con la sincera intención de restablecer su reino y defenderlo?...

*Adveniat Regnum Tuum.*

### 2. Fórmula del voto

*En presencia de las agitaciones sociales de nuestra época, nosotros los abajo firmantes, religiosos de la Asunción, nos comprometemos a seguir fieles a la práctica de nuestras reglas y de la vida común, sean cuales sean las circunstancias en medio de las que nos podamos encontrar y sea cual sea la situación que deparen a nuestras obras o a nuestra Congregación los acontecimientos.*

*Queriendo así ligarnos más fuertemente a nuestros votos de religión, aceptamos todas las dificultades y todos los quebrantos que pudieran seguirse de este compromiso, sin poner en ello más límites que los que nos sean marcados por la obediencia.*

Nîmes, conmemoración de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, a 14 de abril de 1871.

*Firmado:* E. BAILLY, A. DUMAZER, GERMER-DURAND,  
Hermano PIERRE, JOSEPH MAUBON.

Aprobado por el Superior General,  
E. D'ALZON.

- C -

**Formación de los novicios***7 de septiembre de 1850*

A la Madre María Eugenia

Usted me ha invitado a preparar un plan seguido de instrucciones para el noviciado. Voy a intentar hacerlo. Le envío un bosquejo; le ruego tenga a bien hacerme sus observaciones.

Parto de esta pregunta: ¿Por qué estamos aquí? Cuatro motivos: 1º para salvarnos; 2º para llevar una vida perfecta; 3º para glorificar a Dios; 4º para extender el reino de Jesucristo.

1º Estamos aquí para salvarnos. ¿Qué es la salvación? ¿Qué es para el conjunto de los hombres? ¿Para el cristiano? ¿Para religiosos? ¿Para religiosos de la Asunción? ¿Para cada uno de nosotros en particular?

¿Quiénes son los enemigos de la salvación? Las pasiones, los sentidos, el mundo, el diablo. ¿Qué medios para combatirlos?

2º Estamos aquí para salvarnos santificándonos: mediante la fe, la esperanza, la caridad, como cristianos; pero de un modo más perfecto, como religiosos, añadiendo la castidad, la pobreza, y la obediencia. Examen, de acuerdo con Santo Tomás, de las virtudes que se siguen de aquellas, y de los vicios o pecados que se les oponen.

3º Para procurar la gloria de Dios. ¿Qué es Dios para nosotros? ¿Su gloria, su poder, su sabiduría, su amor, sus perfecciones, su providencia, su gracia? El fin de la gracia, o sea la glorificación del hombre, se opera en el seno de la gloria de Dios. El religioso debe alimentarse con estos pensamientos en la oración y, por ellos, dedicarse a la extensión del reino de Jesucristo.

4º ¿Qué es el reino de Jesucristo? – Su Iglesia. Amor a la Iglesia, amor a las almas. Dos clases de almas: las

almas puras, los niños que hay que formar, y los ignorantes que hay que instruir o los pecadores que convertir. De ahí la educación y las misiones.

A. – Educación: 1° Educación propiamente dicha: acción sobre los alumnos, sobre los padres; buenos ejemplos, conversaciones. ¿En qué medida?

2° Instrucción: estudios, vigilantes, profesores, estudios superiores; espíritu con el que hay que estudiar y enseñar.

B. – Misiones. ¿Qué cualidades? Fuerza, prudencia, perseverancia.

Finalmente tomo cada detalle de la vida religiosa y la comparo con cualquier parte de la vida de Jesucristo. Me parece que hay ahí con qué llenar un año entero. Me propongo, cuando les hable, exigirles que hagan análisis para retomarlos al principio de cada charla. Por este medio podrán hacer su provisión de ideas religiosas y caminar en un mismo espíritu...

---

### **Temas de conferencias para el noviciado de la Asunción**

*Nota de 1858*

1. El espíritu de la Asunción siendo un gran amor a Nuestro Señor, el mejor medio de formarse en este amor es tomar el crucifijo y decirse: “He aquí hasta dónde me ha amado Jesucristo; ¿quiero yo amarle hasta la cruz?”

2. Si amo a Jesucristo, debo imitarle. Ante mi crucifijo puedo preguntarme aún: “He aquí mi modelo. ¿Quiero imitarle en sus repugnancias, su despojo, sus sufrimientos, su muerte?”

3. Para entrar en este pensamiento seguiré paso a paso el Vía crucis. ¿Quiero morir con Jesús?

4. ¿Quiero llevar mi cruz con Jesús?
  5. ¿Quiero aceptar las caídas con Jesús?
  6. ¿Qué fuerzas, un religioso consolado como Jesús por María, no encuentra en sus penas?
  7. ¿Qué gracias el religioso llamado a enjugar las lágrimas, el sudor y la sangre de Jesús, no recibe para sufrir?
  8. ¿Qué confianza el religioso no puede sacar en sus caídas, ante las caídas de Jesús camino al Calvario?
- 

2 de abril de 1874

Al P. Alexis Dumazer

**Directrices para el noviciado**      Usted merece un tirón de orejas, no me habla del noviciado, en esto comete un error grave. Yo, sí le voy a hablar. Tengo la esperanza de que en breve usted tendrá de 15 a 20 novicios o postulantes. En primer lugar hay que buscarles sitio; luego hay que encontrarles ocupación; finalmente hay que formarles mucho mejor de lo que otros han sido formados hasta el presente. Para ello me propongo hacer un comentario de la Regla, del primer libro de las Constituciones, del Directorio y dar un curso de meditaciones. Fuera de las que preparo, trataré de explicar un método para meditar bien. Quisiera comenzar en el mes de mayo. Me parece que podríamos así formar finalmente una tradición de vida religiosa.

Doy por sentado que usted me ayudará. Este curso ocupará del primero de mayo al 15 de enero aproximadamente. Ya le diré por qué me detendré en esa época. En fin, me parece que en 9 meses se puede formar a mucha gente y decirles un montón de cosas. No olvidemos que a aquellos que hacen un noviciado estricto hay que hacerles estudiar: 1° la Sagrada Escritura; 2° los Padres de la Iglesia; 3° la Historia eclesiástica; 4° la Liturgia. Si a eso se añade la teología mística, el tiempo puede estar bien empleado. Se trata de darles los medios para profundizar

en estas materias y, para eso, hacerles tomar notas de manera útil. Le indico el trabajo a grandes rasgos, con el fin de que examine de lo que puede hacerse cargo y que yo pueda ayudarle en lo demás.

¿Tiene usted *El año litúrgico* de Don Guéranger? Me parece que es un libro importante que debe conseguir. Darras o Rohrbacher pueden escalonarse de manera útil. Con la Patrología usted puede preparar un elenco importante, sobre todo con San Agustín, que es una mina inagotable para todo, y lo es asombrosamente para los principios de una piedad sólida. Pienso bajar al noviciado en cuanto llegue. Esto me pondrá al abrigo de tanto tiempo perdido y me permitirá asentar la obra de la formación de los religiosos, la más importante de todas para mí en este momento.

---

### Notas sobre el noviciado

*Después de 1870*

Las instrucciones del noviciado deberían durar dos años y se debería explicar aquí la segunda parte de la *Suma de Santo Tomás*. Habría que hacer el curso en latín, y para ejercitar a los novicios en esto sería bueno comenzar por algunas instrucciones preparatorias en latín, donde se les explicarían los detalles más sencillos; luego, después de algunos días, se comenzaría el curso propiamente dicho en latín. Esta segunda parte, en la que se suprimirían tantas cuestiones inútiles, serviría para fundamentar la doctrina de la perfección en la doctrina del Ángel de la escuela. Estas lecciones prepararían a los jóvenes al estudio de la teología moral.

Se dirá quizá que la teología moral debería preceder a la teología ascética. Hablando en buena lógica, no digo que no, pero lo cierto es que este sistema es sencillamen-

te imposible, ya que el noviciado debe preceder a los estudios teológicos.

Las consideraciones filosóficas, que surgen a cada paso bajo la pluma de Santo Tomás, deben ser desarrolladas o dejadas de lado según la capacidad de los alumnos. Sin embargo, no se debe olvidar que es importante elevar sin cesar el nivel de las inteligencias y que, obligándolas a prestar una atención más constante, se hace florecer por decir así su capacidad de concebir y de razonar.

Creo que cada año haremos bien en consagrar alrededor de 20 lecciones a la explicación de la Regla y de 30 a la explicación de las Constituciones. El curso del noviciado comenzaría cada año por ahí, ya que por lo que respecta a las Constituciones es inútil explicarlo todo.

---

### **Sobre los estudios superiores para los religiosos**

*Nota de 1874*

1. Después de haber terminado los cursos en el alumna-  
do de humanidades y el noviciado, los jóvenes religiosos  
serán destinados a los estudios superiores.

2. Estos estudios comprenden para el curso completo:  
tres años de filosofía y cuatro de teología, a los que habrá  
que adjuntar, según la capacidad de los alumnos, otras  
ramas de conocimientos que se relacionen con estas dos  
ciencias maestras.

3. Los jóvenes profesos menos capaces podrán ser  
afectados a un curso de filosofía de un año y de teología  
de dos años.

4. Nuestros estudiantes recordarán siempre que, para  
no estar expuesto a la ciencia que hincha, deben desa-  
rrollar simultáneamente en ellos la caridad que edifica y  
preocuparse del espíritu en el que deben dirigir sus tra-  
bajos. Por eso, mientras se ocupan con su inteligencia

de Dios, término de toda ciencia, deben acercarse a él mediante el corazón, como al infinitamente perfecto.

5. El maestro, encargado de guiarlos durante el período del Escolasticado, les recordará sin cesar que deben sobre todo hacer crecer en sí mismos las tres virtudes teológicas, base de sus relaciones con Dios: la fe que adhiere a la verdad revelada, que se anonada mediante la humildad y que adora; la esperanza que reza, que se confía, que desea poseer mediante Jesucristo el bien infinito; y la caridad que trata de unirse a quien, el primero, tanto nos ha amado.

6. Se ejercitarán a comprender que todo estaría muerto en las ciencias humanas, si la vida no les fuera comunicada por el Verbo de Dios; pero que este Verbo divino la comunica, con una abundancia mucho más grande, a todo lo que se refiere a la doctrina sagrada en cuanto viva.

7. Los profesores o, si nuestros alumnos siguen los cursos en una facultad de teología, nuestros repetidores se aplicarán a hacer avanzar al mismo ritmo los progresos en la ciencia divina y el desarrollo de las virtudes que se relacionan con el objeto de esta ciencia.

8. Una de las características esenciales de nuestros estudios será la unión de la práctica de las virtudes y de la ciencia, de tal manera que un sujeto que descuidara su perfección, fueran cuales fueren sus medios intelectuales, sería reenviado a los cursos elementales de filosofía y de teología para ser puesto más tarde en la imposibilidad de participar en un Capítulo General, o si ya estuviera demasiado avanzado en el curso superior para ser excluido, las notas que se le habrían dado serían puestas a la consideración del Capítulo General, en el supuesto de que fuera propuesto para participar en él.

9. San Agustín y Santo Tomás serán en filosofía y en teología nuestros maestros por excelencia, a los que habrá que volver siempre para la solución de los problemas que abordaron.

10. Si los estudiantes no se sumergieran con ardor en la ciencia sagrada, quizá habría que retirarlos de ella, ya que con toda certeza más tarde la despreciarán todavía más.

Los maestros harán comprender que la ciencia sagrada no es una ciencia muerta, perdida en abstracciones que flotan con los vientos, variable como el pensamiento humano, sino una ciencia inmutable como Dios, luminosa como su Verbo, viva y fecunda como su amor.

*A 3 de octubre de 1876*

Al Hno. Mathieu Lombard

Señor hijo mío:

**Consejos a un joven  
filósofo**

Le agradezco su buena carta. Le invito a escribirme así de vez en cuando: será el mejor modo de no perdernos de vista, y comprenda cuánto me agrada todo lo que me recuerda su graciosa y simpática carita. Ha realizado pues un retiro. ¿Quiere añadir una resolución más? La de ser muy severo en su recitación del Oficio. No está aún obligado a recitarlo, pero eso llegará. Ponga en ello mucha atención y cuando esté obligado, no le costará resistir a la tentación de abandonarlo. Luego aplíquese a recitarlo bien. El sacerdote que recita bien su Oficio está en el camino de la santidad.

Otro consejo. Rómpase la cabeza en los primeros meses de su filosofía. No se imagina lo que me ha costado a mí ponerme a comprender más tarde, porque había descuidado los comienzos. El trabajo se hace cien veces más duro y además menos fructífero. Acose a su profesor hasta que haya respondido a todo. No se pierda en objeciones insignificantes, pero exija que nada se deje pasar sin que quede claro y probado. Felicite de mi parte

a todo el noviciado y crea, querido amigo, en toda mi ternura.

6 de diciembre de 1876

Al P. F. Picard

**Estudio de Santo  
Tomás**

...Invito al P. Géry a hacerse con el Zigliara. Yo lo estudio a tope. Lo encuentro quizá más claro que Goudin, más al corriente de los sistemas recientes, más metódico en su plan que puede *ad libitum* ser distribuido en dos o tres años. Solamente hay algunas partes más difíciles al lado de otras perfectamente claras. Quisiera que se sirvan de él. El Capítulo General ha adoptado a Goudin, pero no se lo puede utilizar en su física particular. Su lógica es muy larga y la exposición de los nuevos sistemas es nula por la fuerza de las cosas. En Zigliara se encuentra el mismo conjunto de ideas que en Goudin, excepto, me parece, con una mejor exposición. En todo caso, los Dominicos le tienen por lo mejor que existe en estos momentos. Evidentemente sólo hablo del gran curso de filosofía; el corto debe contentarse con el abreviado de San Severino. Paso mi tiempo leyendo y releiendo a estos autores...

---

- D -

### Los Alumnados de la Asunción

Aunque *La Asunción* ya haya publicado algunas reflexiones sobre los alumnados fundados por ella, me parece muy útil decir todavía algo sobre ellos. Lo diré sin mucho orden, pero deseo resultar persuasivo. La cuestión toma cada día mayor amplitud.

#### 1. Su fundación providencial

Que la institución de los alumnados sea una inspiración providencial, no hay cómo ponerlo en duda si se piensa en sus oscuros principios y en sus progresos maravillosos. ¿Quién de nosotros pensaba en ellos antes del Concilio? ¿Qué recursos teníamos en hombres, en dinero, en edificios? Nada, absolutamente nada. Sin embargo poco a poco los hombres se encontraron, el dinero llegó, los niños también. Los niños, seis el primer día, pronto reducidos a dos, son hoy un centenar; muy pocos pagan una pensión insignificante, el resto es aportado por la caridad. Cada día se nos hacen nuevas peticiones, que se rechazan con dolor, *mensis multa, operarii autem pauci* [Mateo 9, 37]. Tendríamos niños a millares, ¿pero profesores? *Pauci, paucissimi*.

#### 2. Educación plenamente sacerdotal

Dios nos preserve de querer criticar a otros métodos de educación clerical, otros modos de enseñanza cristiana. Pedimos sólo permiso para exponer nuestro método propio, y de indicar el motivo.

Para formar a aspirantes al sacerdocio se necesita, me parece, comunicar una vida plenamente sacerdotal, y para ello darles las costumbres eclesiásticas. Un gran obispo decía que no bastaba a un sacerdote ser hombre

de Dios; necesita además ser hombre de Iglesia. Tiene que tener los hábitos de la Iglesia, sus costumbres, sus virtudes, hasta sus alegrías y sus tristezas; necesita estar impregnado de los perfumes del santuario; y para ello, tener los pensamientos, las inspiraciones, la doctrina en sobreabundancia.

Todo debe ser pues para el niño que aspira a subir las gradas del altar una lección llena de encanto en que se reflejen a cada paso los misterios de los que será un día dispensador. Esto depende del maestro, de los instrumentos de ciencia puestos a disposición del maestro, de la atmósfera moral que el futuro sacerdote y sus compañeros deben respirar. Nada debe ser artificial o convencional, todo debe manifestar las santas realidades de la meta que se propone.

La influencia no debe ser impuesta, sino inspirada: cosa difícil cuando el número es grande. Por eso se restringe el número de alumnistas. Se necesita para moldearlos una vida de familia; pero ¡encontradme una vida de familia con doscientos, cien o incluso cincuenta alumnos! Llegados a más de treinta es casi imposible no recurrir a los castigos. Ahora bien, en la formación de las almas tal como la soñamos, los castigos quedan excluidos.

### 3. Vigilancia de los superiores

¿Cómo arreglárselas para no castigar? – 1º Velar muy atentamente sobre la inteligencia, la piedad, el carácter de los niños que se reciben. – 2º Hacerles pasar exámenes en que se estudia menos su ciencia que su capacidad de saber. – 3º Rodearse de toda la información que no siempre dan de modo enteramente sincero aquellos a quienes se creería poder pedírsela con mayor confianza. – 4º Una vez entrados, establecer un tiempo de prueba de tres a seis meses. – 5º Al cabo de este tiempo, declararles definitivamente admitidos o devolverles a sus familias, según se esté o no se esté satisfecho con

ellos. – 6° Hacer pasar numerosos exámenes durante el alumnado de gramática y despedir a los perezosos, a los incapaces, a los malos caracteres. No hablo de los malos sujetos que deben desaparecer inmisericordemente en cuanto se les descubre. – 7° Hacer pasar una última y severa prueba antes de pasar al alumnado de humanidades. No se castiga, se advierte; y si las advertencias repetidas no bastan, se despide.

#### 4. Una élite

Es comprensible que haya dos maneras de proceder en los colegios incluso cristianos: o multiplicar indefinidamente las exclusiones o guardar los alumnos que no son demasiado malos con la esperanza de mejorarlos. En los alumnos no se conserva más que lo mejor porque la institución no es diocesana. No se propone solamente formar sacerdotes, sino buenos sacerdotes. Tenemos derecho a tomar sólo a quien queremos, ventaja inapreciable y que aparta cualquier apariencia de crítica hacia quienes están obligados a proceder de otra manera.

**5. Una ciencia humilde** Ante todo, en los alumnados damos mucha importancia a no formar bachilleres. ¿Por qué? Porque para esa operación ya están los colegios y que el bachillerato es la ruina de las vocaciones. *La ciencia infla* [1 Corintios 8, 1], dice San Pablo, sobre todo la de ciertos exámenes. Se infla a las ranas, que no tienen otra cosa que hacer que desinflarse, pero en cuanto a formar jóvenes instruidos con los procedimientos modernos: ¡ni por asomo! No digo que más tarde no los presentaremos al bachillerato, pero se hará tan tarde que no merece la pena hablar de ello.

#### 6. Ante todo la vida divina

Lo que queremos comunicar ante todo es la vida, la vida divina. *He venido para que tengan vida*, decía Nuestro Señor, y *para que la tengan en*

*abundancia* [Juan 10, 10]. Quisiéramos hacer circular la sangre de Jesucristo lo más abundantemente posible en las almas, y para eso hacer que se preocupen sobre todo del amor de Dios, de su Hijo, de la Santísima Virgen, de la Iglesia, de los santos y, en una palabra, de aquella gran causa en que están en juego los intereses del Cielo contra los del Infierno. ¡Oh, quién nos diera modelar a nuestros niños para hacerlos guerreros contra Satanás y el mundo; médicos para las almas heridas o enfermas; amigos de las clases obreras, en las que hoy se acumula tanto odio contra todo cuanto hay de bueno, justo, verdadero; doctores frente a la ciencia moderna; y frente a los envilecimientos modernos, caracteres tan fuertemente templados que no se contenten de una virtud común, sino que tengan la ambición de todas las perfecciones para ellos mismos y del proselitismo para los demás.

Revista *L'Assomption*, 1875.

12 de febrero de 1874

A la Madre María Eugenia

Los alumnados: se trata de una de las obras más importantes a las que nos podamos dedicar.

6 de noviembre de 1874

Al Padre Bailly

La obra de los alumnados debe preocuparnos extremadamente. Es el porvenir de la Congregación.

21 de abril de 1875

A la Sra. d'Escures

Antes de morir me gustaría mucho hacer crecer esta obra de los alumnados que es a mi modo de ver una de las más importantes para la Iglesia.

*1 de octubre de 1875*

Al Padre Alexis Dumazer

No olvide que la obra de los alumnados es quizá la más importante de nuestras obras.

*5 de octubre de 1875*

A Numa Baragnon

Tengo 65 años. Dios bendice una obra muy modesta por ahora pero de la que debe salir, según mi parecer y si Dios la fecunda, un nuevo clero, tal como lo necesitamos hoy día. Usted comprenderá que esta obra requiere muchas vidas de hombre y yo sería muy feliz si Dios quisiera tomar las ruinas de la mía para el prelude de esta obra gigantesca. Por eso me quedo sobre mi roca entre tres torres feudales, al pie de las que aun se encuentran, de vez en cuando, puntas de lanzas de la edad media. Hemos construido una casa en que los niños se preparan para ser sacerdotes, misioneros, religiosos. La savia divina me parece circular por sus venas y el espectáculo que me dan me parece mil veces más hermoso que aquel del que se puede disfrutar desde lo alto de los Vicariatos Generales de la tierra.

*25 de octubre de 1875*

Al Padre Bailly

Hace ya más de un mes que estoy en les Châteaux. Recuerde que tenemos la llave del futuro, ¡si queremos! ¡Oh! Necesitaremos hombres que tengan la inteligencia de los alumnados. Lo que se puede hacer con esta maravillosa cera blanda que llaman un alumnista, es increíble.

---

### **Nota sobre los alumnados: 1877**

Importa ante todo que los niños pertenezcan a familias honradas. Se diga lo que se diga, siempre queda algo de la sangre que se ha recibido y de la leche que se ha mamado. El alumnado reposa:

- 1° sobre la confianza en Dios para la manutención;
- 2° sobre la santidad, la firmeza, la vigilancia y el trabajo exclusivo del superior;
- 3° sobre el espíritu de fe comunicado a los niños y el sentimiento de que se les ama;
- 4° sobre el vigor de los estudios que se les impone;
- 5° sobre la animación que se les debe comunicar, para que no se aburran en la soledad que les rodea;
- 6° sobre la aplicación para que obtengan lo mejor posible el hábito de trabajar rotundamente;
- 7° sobre la elección de los directores: a medida que la Congregación se desarrolle, deberán ser escogidos con especial cuidado.

Hay que pedir absolutamente, cada tres meses, un informe sobre los niños, que debe ser enviado al Superior. Este informe debe ser hecho a finales de octubre, a finales de enero, a finales de abril y a finales de julio. En el de octubre se dará cuenta de los progresos que han tenido lugar en el inicio de clases; a finales de julio, se recapitularán los resultados generales del año. ¿Es necesario hacer avanzar a los alumnos más inteligentes más rápidamente que a sus camaradas?

Dar un modelo de informe:

- 1° ¿Qué meta particular de su vocación? – 2° Su piedad. – 3° Sus defectos. – 4° Su carácter. – 5° Su inteligencia. – 6° Su trabajo. – 7° Sus progresos.
-

– E –

INSTRUCCIONES SOBRE LA VIDA RELIGIOSA<sup>1)</sup>

## I. Cuaresma de 1874

**I. Espíritu sobrenatural**

Diferentes espíritus conducen al hombre:

**1º Espíritu diabólico** El espíritu diabólico, en las persecuciones sufridas por la Iglesia, por parte de los poderosos. Nos encontramos frente a otros enemigos distintos de los poderosos: unos, encarnizados, deseosos de aplastar a la Infame; otros, gente hábil, que difunden ideas anticristianas y contribuyen a expulsar a Jesucristo. A estos hombres, pretendidos conservadores, los tenemos enfrente: hay los no inteligentes, a quienes el diablo utiliza a causa de su necesidad, los vanidosos, los débiles, que predicán la tolerancia de las doctrinas, peligro muy grande porque es muy pérfido. *Nunc saeviebat, nunc docet* [San Agustín, *In Ps. 39*]: profesor y periodista.

El espíritu de caridad difiere mucho de este espíritu de tolerancia. El culto a la verdad es la afirmación de la verdad: *Qui me confessus...* La tolerancia es, por el contrario, la negación. Es la fuente de la pérdida de una multitud de almas y un mal espantoso. Se ven muchos de estos hombres, moderados, amables, suaves, tolerantes, con tal de que se haga apostasía de la verdad. Se abandona entonces al Papa, y a fuerza de mentiras diplomáticas, se llega a intentar destruir a la Iglesia. El espíritu sobrenatural nos llevará quizá a la cárcel en nombre de la tolerancia diabólica.

**2º Espíritu de pecado** *Qui facit peccatum, servus est peccati* [Juan 8, 34]. En nuestro tiempo de libertades ¡cuántos hombres esclavos! La

<sup>1)</sup> Notas de oyente.

libertad no da derecho a hacer el mal: se pierde la libertad por ahí. Somos pecadores *moderados*, cometiendo pecados pequeños, y nos quedamos ahí por costumbre: somos esclavos. La costumbre del pecado se torna una tiranía.

**3° Espíritu humano**      Espíritu que todo lo mira bajo el prisma de las ventajas humanas. – Necesidad de preparar una nueva generación sacerdotal, porque las ideas humanas han invadido los seminarios. ¡Cuántas circunstancias en que, incluso en la vida religiosa, nos dejamos guiar por las ideas humanas! Entonces llegan la corrupción del clero y la insipidez de los pueblos. ¿Cuáles son nuestras ideas? El sacerdote debe comportarse como un santo, y no solamente como un hombre honrado; lo mismo el religioso. – De ello se sigue la vulgaridad, en la que se cae necesariamente a la larga. Como el diablo, *super pectus tuum gradieris... comedes terram*. “El diablo es un ser mediocre” (Hello). Se arrastra no sólo sobre el vientre, sino sobre el pecho y sobre el corazón.

**4° Espíritu sobrenatural**      El espíritu sobrenatural se planta frente a estos espíritus: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum*. Todo el mundo puede, pues, poseerlo; mientras no se le expulsa por el pecado, lo tenemos en nosotros: *Quicumque Spiritu Dei aguntur...* [Romanos 8, 14].

Existen diferentes formas:

1° Espíritu cristiano recibido en el bautismo, que desarrolla en nosotros motivaciones cristianas para actuar. Hay que devolver este espíritu a la sociedad y es el deber de los católicos en el tiempo presente. Ahora bien, el espíritu del bautismo es el espíritu de la sangre de Nuestro Señor y de las llamas del Espíritu Santo, que nos hará beber nuestras motivaciones en la fe y en el pensamiento de que Dios nos ha creado para él. Pero existen varias mora-

das: *mansiones multae* [Juan 14, 2]; varias jerarquías de ángeles: hay que aspirar a las más altas.

2º Espíritu de perfección. Es el más alto grado del espíritu sobrenatural. Existe un falso espíritu de perfección; el verdadero consiste en estas palabras: *Estote et vos perfecti* [Mateo 5, 48], dirigido a todos; *si vis perfectus esse, vade, vende omnia quae habes* [Mateo 19, 21], dirigidas a algunos. No ser como los apóstoles: *Nescitis cuius spiritus estis* [No sabéis de qué espíritu sois: Lucas 9, 55, en algunos manuscritos]. Desapego: no dejarse arrastrar sino por aquello que hay de más perfecto en Nuestro Señor; y eso en cada detalle de la vida; llegaremos a una perfección cuya medida será el ardor con que hayamos imitado a Nuestro Señor. Así es como la meta del verdadero religioso es Jesucristo: *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21]. Vivir cada vez más de la vida de Jesucristo, difícil, pero magnífico, con el fin de comprender aquellas otras palabras: *Cum apparuerit vita nostra Christus* [Colosenses 3, 4].

## II. El don de sí

La vida religiosa consiste en esto, pero hay distintas maneras de darse. El religioso se dona hasta la perfección. Debemos plantearnos esta pregunta: ¿Yo, me he dado? Retenemos para nosotros hasta las cosas más insignificantes; todavía menos dar nuestras ideas, a las que no renunciamos. Se hace a la ligera, pero las consecuencias son terribles, porque somos falsos religiosos; sólo hacemos simulacro de darnos.

¿A caso no hemos conservado las costumbres del pecado? ¿Con qué sentimientos nos damos? Con sentimientos humanos que presiden a los juicios que hacemos sobre los superiores, sobre la regla, sobre los propios deberes. Uno es bueno, complaciente, alegre; pero no hay nada de sobrenatural.

A veces, uno se ha dado y luego se ha retractado. Es la historia de muchos. Han empezado dándose, pero luego se

han vuelto atrás y en adelante se entregarán lo menos posible, esclavos *ad oculum servientes* [Efesios 6, 6], halagando a los superiores, denigrando a los religiosos fervorosos y comportándose hipócritamente ante ellos.

La entrega que hacemos de nosotros mismos tiende a destruirse, es necesario, pues, renovarla. Nos hemos entregado en algunas ocasiones solemnes, ¿en qué se ha convertido ese don? O si no nos hemos entregado: *amice, ad quid venisti?* [Mateo 26, 50].

Todo está ahí. El clero trabaja poco, porque se cuida, se presta o se alquila, pero no se da. Los religiosos hacen tan poco porque se entregan lo menos posible. Don de sí, de labios para fuera, de mala fe. Ananías y Safira fueron castigados con la muerte, y sin embargo sólo engañaban sobre el don de una propiedad. En nuestro caso se trata de mucho más. ¿Qué responderemos a Nuestro Señor y qué castigo sufriremos? *Nomen habes, quod vivas, et mortuus es* [Apocalipsis 3, 1]. Tenéis un nombre de religioso y estáis muertos, porque vuestro nombre es una mentira.

Por lo tanto, vivimos de nuestra propia vida, pero es de la vida de Dios de la que tenemos que vivir. Se trata no de un religioso criminal, sino de un religioso honrado, pero sin espíritu sobrenatural.

¿Qué decir del religioso cambiante, que se entrega y se retoma sin cesar, veleta espiritual que gira a todos los vientos?, no *omni vento doctrinae* [Efesios 4, 14], sino a cualquier palabra. Inconstancia, ligereza, inestabilidad.

Pero hay en esto una cosa espantosa: la facilidad para faltar a nuestros compromisos. Podemos ser débiles sin duda: pero ¿en qué queda la seriedad con la que hay que asumir las promesas hechas Dios?... Se faltará con facilidad a las mayores cosas... ¡Cuán vil es eso a los ojos de Dios!

Un joven se ha entregado; ha considerado las consecuencias de este don; se ha dado cuenta de todos los sufrimientos futuros; ha comprendido, pese a ligeras caídas, que había que esforzarse; se ha entregado con reflexión, sin restric-

ción. El diablo ha podido tentarle, pero no le ha vencido. Se ha colocado por encima de las motivaciones humanas, y eso ha sido producto de su fe y de su voluntad. La fe le ha mostrado lo que es Dios y Jesucristo y ha dicho: Iré. Lo ha realizado tras luchas interiores; pero cuando ha dicho: me entrego, ha mantenido esa entrega, porque es un hombre de honor. El religioso necesita el honor, cuando se trata de las cosas de Dios, como lo dice Dios mismo: *Juravit Dominus, et non poenitebit eum* [Salmo 110, 4]. Tendrá la tentación de una vida más suave, pero la rechazará, porque ha entregado no sólo el fruto sino el árbol. Este religioso es semejante al hombre que construyó sobre roca, es incommovible porque se ha entregado de la mejor manera.

Preguntémonos sobre qué hemos construido y qué solidez tienen los cimientos que hemos colocado. ¿Construimos sobre Jesucristo? Tres respuestas: el religioso cobarde, que dice: sólo me he entregado a medias, pero me siento incapaz de hacer más; el religioso tibio, que no quiere entregarse sino en la última hora; el religioso fervoroso, que reflexiona sobre sí mismo y promete entregarse en adelante completamente, para no hacer más que uno con Jesucristo: *qui adheret Domino, unus spiritus est* [1 Corintios 6, 17], para tener a Dios por recompensa.

### III. Comentario del Evangelio

*del miércoles después del segundo domingo de Cuaresma (Mateo 20, 17-29).*

Tres escenas: 1º el tipo de la auténtica vocación; 2º las ideas humanas destruyen lo divino de la llamada divina; 3º una aspiración muy humana y el modo como el Señor la endereza.

1º Noviciado del Colegio apostólico. Nuestro Señor trata a sus apóstoles virilmente, aunque sean poco in-

teligentes, y les instruye mediante el misterio del dolor. Jerusalén, ciudad sacerdotal donde Jesucristo quiere ser condenado. Nuestro Señor se lo dice a los que quiere formar. Lo mismo a quienes se encargan de los demás. Jesucristo va a ser entregado a los príncipes de los sacerdotes, que han conservado los restos de la soberanía, y a los escribas, los jurisconsultos y abogados enemigos de la Iglesia, los hombres de la falsa ciencia. Aquellas personas condenaron a Jesucristo a muerte; así la Iglesia es condenada en los consejos de los reyes, que la entregan luego al pueblo. Si quiero ser imitador de Jesucristo, es necesario que yo sea entregado *ad illudendum...* *Et tertia die, resurget* [Mateo 20, 19]: los mártires no esperan tres días para resucitar: van directamente al cielo; la Iglesia espera a veces, pero por todas partes donde hay mártires, siempre hay resurrección... Imitación de Jesucristo por parte de los religiosos.

2º Apenas Jesucristo ha pronunciado estas palabras llenas de tristeza, cuando la madre de los hijos de Zebedeo viene a proponer sus intereses humanos, con piedad, con formalidad, para hacerse preguntar: *adorans et petens* [Mateo 20, 20]. Ella pide. Jesucristo ve a los jóvenes y se dirige a ellos, o quizá a los tres; les pregunta si pueden beber el cáliz del que acaba de hablar. Ellos llenos de ardor aceptan. Pero Jesucristo, como hombre, no puede dar el sitio a su derecha o a su izquierda: lo cual es una condena de las ambiciones y una lección a quienes dispensan los lugares, para que consulten la voluntad de Dios. Los inferiores deben aceptar lo que viene de Dios mediante los superiores. Los diez estaban indignados, porque ellos contaban con esa plaza. Es lo que sucede en el orden humano y también entre el clero. La dicha en la vida religiosa consiste en no ser nada.

3º Los apóstoles se habían alejado. Nuestro Señor los vuelve a llamar a sí. Diferencia entre los príncipes de las

naciones y los superiores religiosos de la Iglesia. Ponerse a la disposición los unos de los otros. Dominar en la humildad, sin hacer sentir su poder, solamente el espíritu de Dios; ser el servidor de todos, como el Hijo del Hombre, venido para servir y entregarse por los demás.

#### IV. Sobre el carácter

Malo, hace sufrir a los demás; bueno, se forja grandes ilusiones y se hace insoportable a Dios. Malo, escandaliza; bueno, duerme a quien lo posee en una falsa seguridad.

¿Qué carácter hay que tener? Grande, cristiano, religioso. Hay que domar al malo, santificar al bueno.

##### **Medios para domar al malo**

1° Prevenir las ocasiones, ejemplos; 2° vigilancia para aprovechar las victorias ya alcanzadas.

El carácter es como una casa que hay que mantener en buen estado cada día si no se quiere verse obligado a hacer grandes dispendios. 3° Lucha abierta contra los ataques abiertos y violentos. 4° Resolución enérgica de vencerse. 5° Medio práctico: el castigo. El carácter es un caballo indómito que necesita que le pongan el freno y que tengan la brida corta: *castigo corpus...*, con mayor razón el carácter. Darse cuenta de aquello que le hará mayor impresión como castigo, ir al fondo: *per quae quis peccaverit* [Levítico 5]. 6° Ejercitarse en la virtudes contrarias a los defectos o vicios del carácter. Los malos caracteres se hacen sobre todo mal a sí mismos: de ahí la tristeza, el desaliento, etc.

##### **Santificar el buen carácter**

Carácter natural, que no merece recompensa, y quizá merezca castigo porque no habrá reali-

zado el bien. Hay, pues, que realizar todas las cosas con espíritu de fe. Es tanto más necesario cuanto que hoy nos dejamos arrastrar por las ideas humanas. *Accedentem ad*

*Deum oportet credere quia est* [Hebreos 11, 6]. El espíritu de fe es el que lo hace todo por Dios. Por eso las intenciones del carácter se transforman; celo sobrenatural, en lugar del instinto que nos empuja.

Recogerse y preguntarse por quién trabajamos. Dios mira el éxito en el sentido de que nosotros estamos obligados a hacer todo lo que podemos para conseguirlo. Hay que buscar a Dios muy puramente, pero sin hacerse ilusiones. Los caracteres buenos se forjan esa ilusión cuando no son sobrenaturalmente buenos al mismo tiempo. *Job vir simplex et rectus* [Job 1, 1]. Dirigir la intención hacia Dios...

Otro medio, la humildad. El buen carácter está muy sujeto al orgullo. La humildad nos enseñará a despreciarnos y nos dará la paz. *Cum mihi molesti essent, induebar cilicio* [Salmo 35, 13]. Quedarse en su rincón y alegrarse de que nos dejen allí.

Se necesita energía. *Gaudium cum in variis tentationes incideritis* [Santiago 1, 2]. Necesidad de aprovechar de esas dificultades para llegar a la santidad mediante la energía.

Modelo de carácter: Nuestro Señor Jesucristo. Si Jesucristo está demasiado alto, tomar la vida de los santos cuyo carácter se parece más al nuestro.

## V. Sobre la enseñanza en la Asunción

### *Conferencia característica*

San Pablo: *Non arbitratus sum me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2]: resumen de nuestra enseñanza.

Proponerse siempre a Jesucristo. Suponed a un artista ante un bloque de mármol; la estatua sólo se formará a partir de un ideal. Nuestro ideal es Jesucristo. Es necesario que tengamos como una visión de Jesucristo. ¿Con qué condiciones se formará un ideal y con qué condiciones se realizará?

1º Esfuerzo de unión con Jesucristo. *Vosmetipsos tentate si estis in fide* [2 Corintios 13, 5]. Abismo que separa al maestro cristiano de otro que es librepensador. Hay que elevar a la infancia hacia esa fe, sin lo cual no hemos hecho nada. Necesidad de predicar el espíritu de fe bajo todas sus formas. Es lo que hace el religioso que comunica la fe: *Justus ex fide vivit* [Gálatas 3, 11]. San Pablo añade: *An non cognoscitis quia Jesus Christus in vobis est, nisi forte reprobi estis?* [2 Corintios 13, 5]. Pocos maestros comunican a Jesucristo, porque está muerto en ellos por el pecado mortal, o dormido por el pecado venial. El maestro cristiano está más expuesto a la reprobación, si Jesucristo no está vivo en él y no es comunicado por él; porque no enseñando a Jesucristo falta a su vocación y se condena. Diréis: no enseño nada contrario a Jesucristo. Eso no basta. La mayor injuria que se pueda hacer a Dios es no ocuparse de él. Si mi enseñanza no se remonta a Jesucristo, niego que todo haya sido hecho por él.

2º Recordar aquella palabra: *Coepit Jesus facere et docere* [Hechos 1, 1]. La enseñanza del ejemplo. Ejercitarse en la imitación de Jesucristo. Se hacen en esto esfuerzos prácticos. Se aprende a realizar en sí mismo las virtudes de Jesucristo, con el fin de realizarlas más fácilmente en los demás. Se necesita, pues, hacer un esfuerzo de imitación, y para ello estudiarlo en las Sagradas Letras, en el crucifijo. Trabajo de la inteligencia; trabajo de la voluntad. Jesucristo, tipo perfecto demasiado elevado, ha modelado distintas arcillas, con sus distintas virtudes, en los santos, que reproducen cada uno ciertos aspectos y perfecciones del modelo. El maestro cristiano que trata con distintos caracteres debe estudiar estas diversas formas que puedan hacer conocer mejor a Jesucristo, como si se tratara de diversas aplicaciones. San Vicente de Paúl se remontaba a la bondad de Dios mediante la de San Francisco de Sales. En Jesucristo *plenitudo divinitatis*

*corporaliter... in quo sunt thesauri sapientiae et scientiae absconditi* [Colosenses 2, 9 y 3]. Jesucristo las ha plasmado en la imagen de los santos, en las que habita en cierto modo. Adquiriremos un cierto aire de familia con los santos. Crimen del renacimiento que ha sustituido a los santos con los dioses. Existen, pues, las costumbres familiares de santidad, que predisponen a conocer a Jesucristo.

3º Comunicar la enseñanza con un celo *dolorido*: *Filioli, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis* [Gálatas 4, 19]. Toda enseñanza es un parto; y en él hay dolor. Hay que hacer de un niño insoportable un cristiano y un santo. Saber las lágrimas que hay que verter ante Dios para ganar un alma. Obligación de separarse de la enseñanza universitaria, donde se procede mediante ideas humanas. Le han costado a Jesucristo para salvar al mundo. Nos costarán a nosotros para formar a Jesucristo en las almas. Pero nos elevaremos a una gran altura mediante este ministerio: *libentissime impendam, et superimpendar ipse* [2 Corintios 12, 15]. Tenemos algunas almas que salvar. Hay que salvarlas como Jesucristo, en la tristeza y en el dolor.

4º Adquirir la ciencia que refiere todo a Dios por Jesucristo. Las ramas de la ciencia humana son múltiples: en ninguna de ellas se encuentra el Dios de las ciencias. Todo se refiere a Dios, que es la ciencia. Es evidente para algunas, es cierto para todas. Siendo el hombre semejanza de Dios y ya que las criaturas llevan los vestigios de Dios, encontraremos a Dios en todas partes y en todas las ciencias. Las leyes de los seres son dadas por el autor de los seres. Ciencia que hay que rehacer. Ver a Dios y a su Verbo como principio de todas las ciencias; nos separaremos de la ciencia moderna, que cuando no niega a Dios, lo ignora.

*Sicut nemo a seipso esse potest, ita etiam nemo a seip-*

*so sapiens esse potest, nisi ab illo illustrante, de quo scriptum est: Omnis sapientia a Deo.* (San Agustín).

## VI. Sobre el amor propio

Encontramos a menudo a religiosos poseídos de diversas repugnancias. Su causa es el amor propio, que a menudo también es su resultado.

1ª causa: El egoísmo deseca al alma desde la raíz. Nos hacemos un santuario interior cerrado. Hacemos poco, pero estamos poco satisfechos y llevamos en nosotros un principio de muerte. Personas que se aman tanto que no pueden amar a los demás. Forma horrible del amor propio.

2ª causa: La vanidad. No se es gran cosa, pero uno se cree alguien y se cree deber hacer actos de humildad cuando sólo cabe la humillación. Esta vanidad aparenta mucho a los ojos del mundo.

3ª causa: La susceptibilidad. *Tange montes, et fumigabunt* [Salmo 144, 5]. El amor propio profesoral se alimenta de susceptibilidad.

4ª causa: El orgullo. Naturalezas llenas de sí mismas. Todo eso lleva a la decadencia de las comunidades religiosas, porque el amor de sí mismo es el enemigo esencial del amor de Dios.

1er resultado: Pérdida del espíritu de comunidad. El egoísta sólo se encuentra bien consigo mismo.

2º resultado: Pérdida del espíritu de fe, por el amor a los halagos y a las cosas de este mundo.

3º resultado: El amor propio en el orgullo es capaz de todo. No respetará nada, ya que se ama con un amor de

adoración. Lucha entre Dios y el diablo sobre este punto.

El amor propio produce el interés personal, horror en un religioso. No se miran las cosas más que bajo un punto de vista ventajoso; lo demás no cuenta. Este interés es la gran plaga del sacerdocio; ya San Pablo dice: *Coeteri quae sua sunt quaerunt, non quae Jesu Christi* [Filipenses 2, 21]. Un religioso que busca su interés personal, no puede actuar sobrenaturalmente. Las nociones primordiales del cristianismo desaparecen bajo este interés. Se necesitan luego personas santas y esfuerzos inauditos para remediar estos inconvenientes. *Dominus det vobis sensum... ut sitis in vero Filio Jesu Christo.*

Viene luego el amor por los establecimientos terrenos; se pierde el gusto por el Cielo. San Pedro en el Tabor: *Bonum est nos hic esse* [Marcos 9, 5]. Nos hacemos ilusión sobre lo que somos capaces de hacer. ¿Se puede uno ocupar de Dios, de la oración, en tales condiciones?

El interés propio es la ruina de la caridad; luego vienen las repugnancias, el amor de las comodidades.

Hoy día, en que el espíritu de fe se aleja, hay que darse y llevar una vida de sacrificio.

---

*II. Instrucciones de Retiros***SOBRE LA DISTINCIÓN SOBRENATURAL<sup>1)</sup>**

**Lo que la constituye** Cuando el alma es grande y bella, esta grandeza y esta belleza se exteriorizan en la fisonomía; sobre todo durante la juventud la cara se modela bajo la forma del corazón. Cuando la piedad es viva, cuando la inteligencia alcanza todo su poder, cuando las virtudes florecen y dan frutos, cuando la conciencia reposa en paz, existen en los rasgos, en los ademanes, en las acciones, incluso en las palabras, como un reflejo brillante de todas estas bellezas escondidas.

Por el contrario, si la tibieza toma posesión del alma, si el espíritu permanece inculto y estéril, si el corazón se marchita mediante los afectos terrenales, si la virtud desaparecida perturba como un remordimiento todos los recuerdos, entonces la cara parece perder su brillo, ya no hay más que rasgos vulgares, sin delicadeza y sin vida, el ojo ya no se ilumina con el fuego interior, da la impresión de que el cuerpo se vuelve pesado, que la palabra se haya vuelto materia como los afectos y que el hombre entero haya sufrido la decadencia del alma.

Esta alianza íntima de la belleza de dentro y de fuera, esta irradiación del alma sobre su revestimiento externo es lo que constituye la distinción sobrenatural.

**Accesible a todos mediante el esfuerzo** Esta distinción, compañera de la santidad, no es privilegio de un origen ilustre: es accesible a todos, al pastor como al príncipe. San Vicente de Paúl llevaba a los salones de Ana de Austria su pobreza religiosa y humilde recuerdo de su oscuro nacimiento. El campe-

<sup>1)</sup> Instrucción del P. d'Alzon redactada por el P. Edmond Bouvy.

sino cristiano puede mantener tan noblemente como los grandes de la tierra la inocencia de su juventud y el honor de sus canas.

Todo hombre está colocado en un gran camino; por un lado, la montaña escarpada y por el otro el vallecito risueño. La montaña está casi desierta, pero la ruta del vallecito está llena de alegres viajeros: se trata de la distinción y de la vulgaridad.

Para distinguirse de lo vulgar, hay que subir esa difícil pendiente. El descenso es más cómodo, pero hay senderos terribles que anuncian una salida funesta.

¡Excélsior! ¡Subamos! La cima está delante y Dios habita en ella, se necesitan esfuerzos, la pendiente, la perseverancia, pero ¡ánimo! Pongamos los ojos en nuestro ideal y su amable presencia nos confortará contra todas las fatigas.

**Fruto de la educación** La distinción, cuando es fruto de una noble educación cristiana, cuando se ha desenvuelto en las primeras luchas de la juventud, puede desaparecer en el umbral de la edad madura. La vida de rutina y de tibieza, el hábito de la ociosidad, el apego a las cosas terrenas, conducen poco a poco al alma a sentimientos menos elevados y las acciones externas a una fisonomía más vulgar.

Así mismo, si vuestra infancia ha sido entregada a educadores indignos, si habéis vivido largo tiempo en el estrecho egoísmo que gobierna al común de los hombres, si vuestra alma ha estado hasta hoy en este estilo rastrero en que parece caminar el mundo entero, nunca es demasiado tarde, ¡entregaos a la acción de la gracia, luchad bravamente contra vuestra pesadez natural!, venceréis la vulgaridad de vuestra infancia y tomaréis el empuje de la distinción sobrenatural.

**Sus variedades:** Existe la distinción del laico; es el laico la nobleza del cristiano. Dios le ha entregado la esperanza como deber, le ha destinado al cielo; su corazón debe despegarse del destierro y fijarse en la patria.

**el sacerdote** Existe la distinción del sacerdote. Es la aureola de su sacerdocio. Sus labios deben destilar la ciencia, su conversación debe residir en los cielos, todo su ser debe revestirse de aquella distinción suprema que es la de Jesucristo.

**el religioso** Pero existe también la distinción del religioso, del religioso apóstol, del religioso de la Asunción. Su vocación es ser el caballero, el heraldo de Dios. ¡Qué misión tan alta! Pero ¡qué grandeza de alma exige! No basta que los sentimientos terrestres sean vencidos, es necesario que desaparezcan.

Lejos de nosotros esa vulgaridad de la pereza que debilita todas las nobles facultades y proyecta en la cara los rasgos de la languidez y de la impotencia; aquella vulgaridad de la presunción que lo reduce todo a sí misma, que no ve más que su propio mérito y no actúa sino para su gloria; aquella vulgaridad de la resistencia a la gracia que pone límites a la vocación divina, que resiste a las inspiraciones de lo Alto, que mide el trabajo, la piedad, la entrega.

Seamos distinguidos por la generosidad de nuestros sacrificios, distinguidos por el fervor de nuestras iniciativas, distinguidos por la edificación de nuestros ejemplos, distinguidos por el entusiasmo de nuestro amor.

**el santo** La santidad es la distinción llevada a su más alto grado; la cara de un santo resplandece con un brillo particular. No es una belleza corporal, porque los cuerpos no tienen esa

pureza de luz; es una belleza que deriva a la vez de la inteligencia y del corazón.

Un santo, enfrascado en su oración, sea cual sea la debilidad de sus rasgos, parece revestido de la belleza misma de Dios; su palabra es dulce y suave en su sencillez; su ademán y todas sus acciones poseen un sello ignorado por la gente vulgar; se nota, cuando se nos acerca, que Dios está con él, que Dios habla en su voz, actúa en sus actos y nos bendice por su mano.

### **Dios**

Dios es el ideal supremo de la distinción y de la santidad, sólo hay un Dios porque es el único infinito, y no hay sino pocos santos, porque hay demasiados hombres vulgares. No hay más que un Dios que nos invita a la perfección y se propone a sí mismo como nuestro modelo.

### **Jesucristo**

Pero para asustar menos nuestra debilidad, ha enviado a su Hijo, que no forma sino uno con Él, y este Hijo se hizo hombre: *Ecce homo!* [Juan 19, 5]. Helo ahí, el ejemplar único de la santidad y de la distinción, el ideal que percibimos de lejos sobre la montaña y que nos llama a él para perdernos en su luz, el más bello de los hijos de los hombres, cuya divinidad brota a través de los poros de su humanidad, el tipo que debemos reproducir imitando su vida y abrazando su cruz, regulando nuestro corazón sobre el suyo, muriendo a nosotros mismos para vivir por él y en él.

¡Oh! Si nuestras oraciones, si nuestras contemplaciones, si nuestras comuniones son fervorosas, si en aquel momento sobre todo, cuando Jesucristo, tras haber pasado por nuestros labios, penetra en el santuario de nuestros corazones, escuchamos sus inspiraciones inefables, si nos dejamos calentar con el fuego que ha venido a traer a esta tierra, si nos unimos a él mediante un abrazo indisoluble, si le amamos en la medida en que nuestro corazón puede amar, ¡que cambios rápidos en nuestra vida!

Nuestro Bien-Amado, que se complace entre los lirios, hará germinar en nosotros aquellas flores de su predilección. La castidad desaparecida volverá a florecer para una nueva primavera. Luego vendrán los frutos de gracia y de salvación.

Entonces nuestra inteligencia se levantará en el poder de su humildad, el corazón se dilatará para encerrar a Dios mismo, el alma, como la paloma, se sentirá con alas para huir de la vulgaridad de la tierra, y deseosa de aquella distinción que es aquí abajo la corona de la santidad y en el cielo la corona de los elegidos, emprenderemos el vuelo hacia las regiones elevadas de la perfección, llevando en nuestros rostros el reflejo de los esplendores que nos esperan.

---

## JESÚS LLAMA AL ALMA RELIGIOSA

*Después de 1870*

Representémonos a Dios en el momento en que acaba de crear el cielo y la tierra. Los ángeles, en lo más alto de los cielos, cantaban sus alabanzas, pero en la tierra, ¡qué espectáculo! El caos. *Terra autem erat inanis et vacua* [Génesis 1, 2]. El mundo está sin forma, sin fecundidad, vacío de toda belleza, estéril. *Et tenebrae erant super faciem abyssi* [ib.]. Tinieblas profundas sobre los abismos, de los que el Señor hará brotar criaturas de toda especie. Sin embargo esta materia, esta tierra, este abismo, todo eso está creado. ¡Pero en qué estado! Imagen de mi alma en el momento en que Dios me llama. No soy sino una tierra vana y vacía, sin forma, sin virtud, un alma cuyo abismo de iniquidades quizá, de ingratitudes al menos, está cubierta de espesas tinieblas: *et tenebrae erant super faciem abyssi*. ¡Qué motivo para humillarme, ya que no soy sino un ser informe, vacío de todo bien, sumergido en las tinieblas más espesas!

Sin embargo, no debo desesperarme, porque el texto sagrado añade inmediatamente: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas* [ib.]. Esta tierra estaba rodeada de aguas impuras como ella. Pero, con su poder creador, el Espíritu Santo estaba allí, presto a fecundizar esta tierra, a incubarla, según el comentario de San Jerónimo. *Incumbebat*, dice este Padre. E inmediatamente Dios dice: “¡Hágase la luz! Y la luz se hizo”. *Dixitque Deus: fiat lux, et facta est lux* [Génesis 1, 3]. Imagen de mi estado y de las disposiciones inefables de Dios respecto de mí. El Espíritu Santo, que me llama a una nueva creación íntima, planea sobre mí: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas*. Y pronto dirá: *Fiat lux!* Y la luz se hará en mí, prelude de la creación de gracias que este espíritu quiere operar en las profundidades de mi ser. *Emitte spiritum tuum, et creabuntur et renovabis faciem terrae*.

**1º desde toda la eternidad**

¿Y desde cuándo quiere Dios realizar estas maravillas en mi alma? Desde toda la eternidad,

ya que desde toda la eternidad me ama: *In caritate perpetua dilexi te* [Jeremías 31, 3]. Su amor por mí es eterno, como su pensamiento y su misericordia. El mundo no existía, pero su Verbo eterno ya estaba, y en el Verbo me veía, me conocía, me amaba: *in caritate perpetua dilexi te*. He aquí el origen de mi vocación a pertenecer a la vida cristiana, a la vida religiosa. De parte mía, nada; de parte suya, pura misericordia: *Ideo attraxi te, miserans tui* [ib.].

¿Cómo corresponderé yo a este amor, eterno como Dios, y que parecía esperarme en el tiempo, en el umbral de mi existencia, para rodearme de la manera más admirable, si no es mediante el amor, en la medida en que mi corazón, ayudado por la gracia, pueda ser capaz? ¿Cómo corresponder a esta misericordia que me llama, me quiere, me atrae, si no mediante el abandono absoluto a su acción divina sobre mí? ¡Oh!, Dios, me habéis amado eternamente, quiero amaros por siempre. Me habéis atraído-

do, he aquí que me dejo llevar por tu gracia; no resistiré más, me abandono en ti y para siempre.

**2º actualmente** 2º Jesús me llama *actualmente* durante el retiro. *Ecce sto ad ostium, et pulso* [Apocalipsis 3, 20]. ¡Cuántos pretextos quisiera yo poder levantar entre la llamada de Dios y yo! ¿Pero? Está a la puerta de mi corazón y llama. ¡Oh, qué persecución más importuna, por su parte, y cómo preferiría poder decir que no le oigo! Pero, ya puedo yo hacer, ya puedo yo no abrirle; está ahí. Está ahí, con la incomodidad de mi conciencia, con ciertas inquietudes que me perturban y no me dejan respiro. Ya puedo refugiarme tras los más engañosos pretextos, de nada sirve: está a la puerta, reconozco muy bien su voz.

¿Qué haré? ¿Le rechazaré? Pero si se retira, ya no volverá; si me dice, como decía a los judíos: me voy y ya no me encontraréis. *Ego vado, et quaeritis me, et in peccato vestro moriemini* [Juan 8, 21]. ¿Qué significa eso? ¿Quiero rechazar a Jesús de tal manera que ya no pueda volver a encontrarle, y que yo esté condenado a morir en un pecado del que no quiero deshacerme? ¡Oh! Noto mi pecado, y siento que mi pecado no puede habitar en mi corazón al mismo tiempo que este divino Maestro. ¿Qué haré? ¿No es el retiro el tiempo propicio, el tiempo de salvación? Sin duda puedo decirle: Señor, te abriré más tarde, pero ¿quién soy yo para hacer esperar a mi Dios? Y si se retira, ¿quién me garantiza que su Majestad ofendida por mis rechazos no quede impedida de revenir? Mi buen Maestro, llamáis. ¡Pues bien, os abro! Mi corazón es indigno de vos. Entrad, purificadle, tomad posesión de él y reinad en él para siempre.

**3º gratuitamente** Nos llama *sin ningún mérito de nuestra parte*. ¿Quién es aquel a quien no se le puede decir, como el fariseo al ciego de nacimiento: *In peccatis natus es totus?* [Juan 9, 34].

¡Pero poco importa! Dios nos llama. Nos quiere para él, sin mérito alguno, y podemos decir con San Agustín: *Misericordia ejus praevenit eos secundum gratiam, et non secundum meritum.*

¡Oh!, si todo viene de la misericordia ¿por qué replegarnos sobre nosotros mismos? Hemos llegado a la existencia, sin ningún título a la vida; hemos llegado a la gracia sobrenatural, sin ningún derecho a los dones de Dios. ¿Cuándo, pues, reconoceremos la profundidad de nuestra nada, la profundidad de nuestras miserias, y en qué sentimiento de humildad no debemos mantenernos en adelante, con el fin de lanzarnos desde ahí hacia Jesucristo que nos llama? ¡Feliz el alma, suficientemente humilde para entrar por este sendero! ¡Feliz el religioso que, penetrado de su nada y convencido de que la humildad es el primer paso hacia la perfección, escuchando la voz de Jesucristo, toma la resolución de seguirle desde Belén hasta el Calvario para renacer con él, vivir con él una vida nueva, morir con él sobre la cruz, ir por todas partes por donde el divino Maestro quiera llevarle!

#### 4º a la santidad

Jesucristo os llama a la santidad.

Para darnos cuenta de la santidad a la que estamos llamados, meditemos sobre las primeras palabras de la carta a los Efesios. *Benedictus Deus et pater Domini nostri Jesu Christi, qui benedixit nos in omni benedictione spirituali, in coelestibus, in Christo!* [Efesios 1, 3]. Mirad en primer lugar todas las bendiciones espirituales que hemos recibido, de acuerdo con este hebraísmo: *Benedixit nos in omni benedictione spirituali.* Toda bendición, todo don, toda gracia, toda fuerza, toda luz ha bajado para nosotros del cielo, *in coelestibus.* Desde lo alto del cielo nos han sido concedidas estas gracias, estas bendiciones espirituales *in Christo.* Jesucristo es el mediador siempre, el enviado divino, por quien toda gracia de lo alto nos es enviada por el Padre, nuestro Dios: *Benedictus Deus et pater.*

¿Con qué fin? *Sicut elegit nos in ipso* [Efesios 1, 4]. En él, que es su Verbo, en él en quien están encerradas todas las criaturas a las que saca de la nada, en él hace su elección: *Sicut elegit nos in ipso*. Los tiempos no existían, el mundo no existía, pero el pensamiento del universo y de las criaturas ya estaba en Dios. Él ha elegido un número determinado, y nosotros formamos parte de ese número: *Sicut elegit nos in ipso*. ¡Elección admirable, elección misteriosa que depende de la pura voluntad de Dios, de su bondad y de su misericordia infinita! *Sicut elegit nos in ipso, ante mundi constitutionem* [ib.]. ¿Pero por qué? *Ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus, in charitate* [ib.].

Nos ha elegido, nos ha llamado. *Quos autem praedestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit, hos et justificavit; quos autem justificavit, hos et glorificavit* [Romanos 8, 30]. ¡Admirable encadenamiento! Somos elegidos, estamos predestinados. Si respondemos a nuestra predestinación, seremos llamados; si respondemos a esta vocación, a esta llamada, seremos justificados; justificados, seremos glorificados. Tal es el encadenamiento. Pero al mismo tiempo, no hay que olvidar que antes de la glorificación, después de la justificación, está este misterio de santidad y de pureza al que estamos llamados. Dios ha dicho que ningún ser vivo es justo en su presencia: *Non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens* [Salmo 143, 2]. Pero cuando somos justificados por él, no por nuestra justicia, sino por la suya, que su misericordia nos comunica entonces, ya no pone límites a sus divinas exigencias sobre nosotros; quiere que seamos santos y sin tacha: *Sancti et immaculati*. ¡Qué profundidad en esta santidad, qué perfección en esta pureza! ¡Quién puede decirlo! ¿Hasta dónde debe ir? Hasta aguantar su presencia: *In conspectu ejus*. Su ojo es el que escrutará lo más íntimo de nuestro ser para saber si somos realmente santos y puros como él lo entiende: *Ut omnes sancti et immaculati in conspectu ejus* [Efesios 1, 4].

Pero si su mirada divina está ahí, también está su amor. ¿De qué temer entonces, sino de no corresponder suficientemente a este amor? La última palabra a esta llamada es, pues, el amor divino. Dios me ha elegido, me ama. ¿Quiero responder a su elección, a su amor, en la santidad y en la pureza? Ahí está toda la cuestión.

Cuando el divino Salvador fue a consolar a Marta y a María por la muerte de Lázaro, que fue permitida para hacer resplandecer la gloria divina, Marta llegó la primera ante el Salvador, y después que las primeras palabras de esperanza le fueron dadas, Marta se acercó a su hermana y le dijo silenciosamente, *silentio dicens*: El Maestro está ahí, te llama: *Magister adest, vocat te* [Juan 11, 28]. María se acerca, y al cabo de un momento, Jesús, Marta y María se acercan a la tumba, de la que Lázaro iba a ser llamado.

Algo semejante pasa en vosotros, excepto que vosotros sois a la vez María y Lázaro. Lázaro está muerto, ha descendido al sepulcro desde hace cuatro días. Pero Jesucristo se acerca; viene hacia María, hacia vuestra alma, y yo os digo de parte de Jesús, como Marta a María: *Magister adest et vocat te*. ¿Queréis escucharle? ¿Queréis seguirle? Quizá estáis muertos, ¿qué importa? Escuchad al Salvador: *Ego sum resurrectio et vita. Qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet* [Juan 11, 25]. ¿Estáis muertos? He aquí que se te ofrece la vida. ¿Queréis aceptar esta vida? Será vuestra justificación en el tiempo, y será la liberación en la eternidad. *Qui credit in me, non morietur in aeternum* [Juan 11, 26]. ¿Queréis vivir eternamente? Id a Jesús para siempre, porque está ahí y os llama. *Magister adest et vocat te*.

---

## LA VIDA RELIGIOSA

*Amen dico vobis, auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus [Mateo 21, 43].*

Espantosa sentencia dada por el Salvador contra el pueblo judío, contra las naciones en otro tiempo cristianas, y que el Salvador quiere dar igualmente contra aquellas familias religiosas que, colmadas de dones, han abusado de ellos indignamente. Espectáculo lamentable y del que hemos sido bastante a menudo testigos, para preguntarnos si, pese a nuestro escaso pasado, no estábamos expuestos a un castigo semejante. *Auferetur a vobis regnum Dei, et dabitur genti faciente fructus ejus* [Mateo 21, 43]. Por eso importa grandemente reflexionar sobre el punto en que estamos de nuestra vida religiosa. Y para ver en ella de modo que no nos hagamos ilusión examinemos: 1º los deberes de un estado tan santo; 2º la práctica de las virtudes que este estado nos impone.

### I. Deberes de la vida religiosa

Nada tan triste como constatar cuán pocos conocen sus deberes. Se sigue el propio interés, sus ideas personales; se hacen arreglos para llevar una vida según las ideas humanas y, ¡por desgracia!, las más vulgares. Pero para organizar los días que hay que pasar sobre la tierra de un modo sobrenatural, conforme a la voluntad divina y a la ley de Dios, ¡oh, cuán pequeño es el número de los que se ocupan de eso!

Y lo que digo de los cristianos en general, lo digo de manera muy especial de los religiosos. Que los deberes del alma encadenada a Dios mediante los lazos de los santos votos sean más estrictos, ¿quién lo ignora? Nos contentamos con saberlo, a condición de no hacer nada en consecuencia. ¿De dónde viene eso? De que no se re-

flexiona, de que nos dejamos llevar a la pérdida de los ejercicios religiosos. Los deberes de la vida religiosa si no son meditados, dejan de ser apreciados; se los olvida, pronto dejarán de ser conocidos. ¿Cómo queréis que sean practicados? Sin embargo, si queréis pensar en ellos seriamente, es fácil resumirlos en algunos puntos muy sencillos.

1º El recuerdo de lo que se ha aprendido en el noviciado. Por imperfecto que ese noviciado haya podido ser, es seguro que en él se han tratado ciertos deberes muy serios. Se los ha tratado como un asunto de forma externa. Había en el corazón ciertas durezas que impedían a la palabra divina penetrar. Lo que los indiferentes sienten por las instrucciones parroquiales, los religiosos de cierta clase lo experimentan en el noviciado, lo experimentan desde su profesión. Sus maestros, sus superiores pueden decirles, como Nuestro Señor a los fariseos: *Sermo meus non capit in vobis* [Juan 8, 37]. ¿Qué puede quedar de todo lo que se ha escuchado con tales disposiciones? Y sin embargo, ¡qué conjunto de doctrina se ha recibido, cuántas instrucciones apropiadas a nuestro estado, cuántos coloquios íntimos puestos a nuestro alcance!

2º El segundo medio de conocer estos deberes son las lecturas serias sobre estos mismos deberes. No es cuestión de un momento recobrarlo, cuando se ha perdido el sentido de la vida religiosa. Pero si el religioso, una vez comprometido, no se puede salvar más que bajo el yugo sagrado que él mismo se ha impuesto, ¡mediante qué esfuerzos no debe renovarse y qué provecho no sacará de estas lecturas fuertes y fecundas que despiertan al alma de su torpeza, la obligan a considerar el porvenir y, más allá del horizonte terrestre, la eternidad sin límites!

Desgraciadamente, por esta razón, ¡qué importante es la elección de vuestras lecturas! ¡Qué peligros en las ilusiones que causan ciertos libros muy piadosos pero insus-

tanciales! Tienden a dar un impulso, pero sin que nada lo sostenga; luego uno se abrasa como las cañas secas, y no queda nada. Hemos tenido buenos sentimientos; impresiones de otra especie vienen y los sofocan. Hemos sido por un momento todo llamas; muy pronto no somos más que un poco de ceniza.

3° Tercer medio: exámenes concienzudos, en que se pueda comparar lo que nos habíamos propuesto ser en los días en que Dios hablaba al alma y lo que somos efectivamente. ¡Cuántas resoluciones tomadas! ¡Cuántas resoluciones evaporadas en las nubes de una imaginación que recae sobre sí misma! El esfuerzo penoso para ir a hurgar al fondo de esas fealdades es algo muy humillante y muy doloroso. El hombre siente mucha repugnancia a reconocer que hay algo horrible en su vida, sin embargo hay que llegar a eso. Tanto más cuanto que esos exámenes pueden encontrar un punto de arranque en las resoluciones tomadas en retiros precedentes. Con motivo de vuestra primera comunión, a lo largo de vuestros estudios, habéis tenido retiros; repasadlos. Recordad lo que habéis prometido y lo que no habéis cumplido. La nomenclatura es considerable y vuestras infidelidades problemáticas.

Hay un punto ante todo sobre el que llamo vuestra atención. Hay un momento en la vida en que el alma religiosa, ajada por la tibieza y sus arideces culpables, vuelve sobre lo que ella llama ilusiones de sus primeros tiempos de fervor. Hay una edad en la que, lo que más tarde se ha llamado el tiempo de las ilusiones, era en realidad el tiempo de la verdad, porque en aquel momento las relaciones con Dios eran sinceras y, si no han sido perseverantes, sólo hay que acusar a vuestra cobardía. Pero retomando en detalle cuanto habías prometido hacer y llegar a ser, quizá comprendáis que tenéis mucho más que hacer y llegar a ser verdaderamente mejores para reparar el pasado.

4° En fin, ¿qué cosa mejor podéis hacer, si queréis retomar la verdadera noción de vuestros deberes y volver a la oración práctica, si no repetir sin cesar: “Escucharé lo que diga en mí el Señor, mi Dios” y poner en ello vuestro espíritu? En el fondo todo está ahí: ¿queréis conocer sinceramente a Dios? ¿Queréis sinceramente servirle? Estad a vosotros mismos a sus pies, id a lo más profundo de vosotros mismos durante estos días de bendición. Pero allí, con los conocimientos adquiridos, con una conciencia de buena fe: *in fide non ficta* [Timoteo 1, 5], escrutad lo que sabéis que debéis ser y que no sois. Ved si es tiempo de entrar en el sendero de los mandamientos de Dios y correr por ellos para recuperar el tiempo perdido. Quizá entonces comprenderéis cuánto os importa transformaros y convertirlos mediante una renovación completa.

## II. Práctica de las virtudes que impone el estado religioso

Esta práctica se reduce para mí, en primer lugar, en la resolución permanente de tender a la perfección.

Sin duda no habéis hecho como Santa Teresa el voto de tender a la perfección, pero todos los teólogos os dicen que debéis estar en la disposición de tender a la perfección. ¿Por qué? Porque os habéis ligados por voto a practicar los consejos evangélicos. Lo que no es para los simples fieles más que una invitación, para vosotros es una obligación rigurosa, mediante la cual toda vuestra vida debe estar impregnada y todo en vosotros debe ser transformado. Cuestión terrible: ¿cómo enfocáis vuestros votos? ¿A qué se reducen para vosotros? Estoy espantado cuando abordo esta pregunta, porque existe una sinceridad que sólo Dios conoce y de la que es único juez.

¿Cuál es, en efecto, en el fondo de vuestro corazón la intensidad de esta disposición? Conoceréis muy pronto, en la respuesta que os daréis a vosotros mismos, el grado de vuestro fervor. Porque, fijaos bien, esta disposición se traduce en actos. Os es muy fácil examinar hasta qué punto sois pobres, castos, obedientes, mortificados, hombres de oración. Podéis saber sin mucho esfuerzo si sois fieles a la regla o si la violáis con facilidad. Esto espanta, porque vosotros ejercéis el juicio sobre vosotros mismos y Dios sólo tiene que sancionarlo.

Tenéis otros medios de saber dónde estáis. Tenéis tentaciones, ¿cómo las resistís? ¿De qué clase son? ¿Cuál es su intensidad, cuáles vuestras victorias y cuáles vuestras derrotas? Vuestras derrotas os muestran lo poca cosa que sois, vuestras victorias, los progresos que habéis hecho en las virtudes de vuestro estado. Daos cuenta de vuestros pecados más habituales. ¿Por qué estas lamentables cadenas que parecen haceros esclavos de faltas ligeras, si queréis, pero que su frecuencia terminan por hacerlas graves? Daos cuenta de los vicios que habéis permitido que envenenen vuestro corazón.

¿Queréis saber dónde estáis? El religioso es un hombre de penitencia. Cada miembro de una familia religiosa debe practicarla según su estado. ¿Cuál es la vuestra? ¿No lleváis una vida demasiado ordinaria, la vida de un hombre honrado y nada más?

El religioso, más que nadie, debe aplicarse la palabra que el Salmista dice de los justos: *Ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]. Cada día deberías adquirir una virtud nueva, al menos hacer algún progreso en las virtudes de vuestro estado. ¿Dónde están esos progresos? ¿Cuál es su solidez y qué se puede esperar para el porvenir? Pero, diréis, soy bueno, tengo un buen carácter, ¿por qué pedir más? ¿Por qué? Porque las cualidades naturales nunca serán virtudes sobrenaturales, y para un

religioso la perfección consiste en las virtudes sobrenaturales.

En fin, y aquí me paro, se conocerá lo que sois por vuestro amor a Jesucristo, por vuestro deseo constante de agradarle. El alma religiosa no cree nunca haber hecho nada mientras no le quede algo por hacer, y a medida que avanza, siente que el amor divino le pide nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios. Estos sacrificios, hay que hacerlos; estos esfuerzos, hay que llevarlos a los pies de Jesucristo como una prueba de amor. Hay que comprobar los progresos.

La esposa en el *Cantar de los Cantares* dice: *Veniat dilectus meus in hortum suum, et comedat fructus pomorum suorum* [Cantar de los Cantares 4, 16]. El huerto del bien-amado es el alma religiosa, es el jardín donde Jesucristo gusta bajar y reposar y tener su consuelo como compensación por todos los insultos de que es víctima, de todos los odios con los que es perseguido. *Veniat dilectus meus in hortum suum* [ib.]; y allí recogerá los frutos de sus árboles y se nutrirá de ellos. Qué son estos árboles sino los dones divinos, las virtudes infusas y las virtudes religiosas. Y estos frutos qué son sino los actos cumplidos bajo el sentimiento impuesto por la santidad de nuestro estado.

Dios mío, ¿dónde estamos? Y ¿cuándo aplicaremos enérgicamente toda nuestra voluntad, ayudada por la gracia, a la práctica de los deberes y de las virtudes del estado perfecto al que estamos llamados?

---

## PROGRESOS EN LA PERFECCIÓN

*Ibunt de virtute in virtutem* [Salmo 84, 8]

El alma que ha tomado la inquebrantable resolución de avanzar en la perfección debe plantearse diversas preguntas. ¿Qué hacer? Ahora bien, todas las sentencias de los Libros santos se resumen en dos palabras: sufrir y avanzar. San Agustín, comentando el salmo 83 [84], ha tratado esta cuestión maravillosamente. No haré más que seguirlo en cierto modo, contemplando las ráfagas de luz que hace salir de las palabras del profeta regio. Estudiemos cómo, en efecto, sufrir y avanzar son los dos grandes medios para llegar a la unión divina.

### I. Sufrir

Nada en los libros santos es inútil y hasta el título de los salmos tiene su significado y su enseñanza. ¿Qué quieren decir aquellas palabras: *pro torcularibus filiis Core* [Salmo 84, 1]? ¡Oh!, responde nuestro doctor, considerad los racimos de uva y considerad las olivas. Mientras están unidos a sus cepas o a sus ramas, disfrutan de una deliciosa libertad meciéndose en el aire. ¿Pero qué resultados dan estos frutos? Por el contrario, metedlos bajo la prensa, aplastadlos, y destillará de ellos un vino generoso o un aceite abundante.

¿No pasa lo mismo en el alma que quiere colocarse bajo el yugo de Dios? Acaso no se ha dicho: *Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem*. [Hijo, al entrar al servicio de Dios, tente en pie en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación: Eclesiástico 2, 1]. No existe vida cristiana sin una regla que resulte de la justicia, y si aplicamos estas palabras a un religioso, es incontestable que debe ver en las leyes de su familia espiritual la expresión de esta justicia más abundante que Jesucristo ha venido a traer

aquí abajo. Y ya es un sufrimiento el bajar la cabeza, el corazón, la voluntad bajo esta prensa: *sta in justitia*, he ahí la regla – *et timore*; sí, hay que saber experimentar el temor saludable, sin duda de su debilidad, sin duda de sus defectos, pero también de los superiores que están encargados de inspirar este temor y que están obligados a ello, porque se trata de intereses muy graves: *sta in justitia et timore*. Afincaos bajo la práctica de la regla, bajo el báculo de los superiores; sin eso no digáis que queréis avanzar, decid más bien que bajo la apariencia de la vida religiosa queréis seguir vuestros caprichos contra la regla y vuestras rebeliones contra el mandamiento: *sta in justitia et timore*.

¿Pero, por qué? Porque la obediencia a la regla y a los superiores es la gran preparación a este combate de la tentación, que es, digan lo que digan, el fondo de la vida religiosa: *Fili, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem*.

Sí, tendréis que sufrir las tentaciones por todos lados: tentaciones por parte del mundo que os reprochará el abandonar, que se lamentará por el rechazo que le hacéis de edificarlo mediante vuestros buenos ejemplos; tentaciones de parte de Satanás, furioso porque le desterráis de vuestro corazón para hacer de éste un santuario muy puro, muy misterioso de Jesucristo; tentaciones de vuestras pasiones, irritadas porque queréis expulsarlas de vuestra alma o transformarlas en virtudes. ¡Oh!, sí, tendréis que sufrir mucho.

No estoy hablando de las tentaciones interiores, bajo el propio techo de la comunidad: tentaciones a causa del carácter de vuestros compañeros; tentaciones por el lado de las obras diversas a las que seréis expuestos; tentaciones de repulsa hacia los alumnos que no progresan; tentaciones por parte de los niños, tentaciones por parte de los padres que quieren imponeros las exigencias más ridículas cuando no culpables; tentaciones de parte de los extraños que hunden sus miradas indiscretas en el secreto del claustro para censurar, juzgar, criticar; tentaciones de entrar en su manera de

ver y de provocar sus censuras, con el fin de hacer apología de vuestra conducta contra reproches quizá merecidos. Ved a qué tentaciones estáis expuestos, a partir del momento en que os dediquéis seriamente a querer avanzar al servicio de Dios: *Fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem.*

Esto para el comienzo, para la preparación, pero siguiendo paso a paso a nuestro gran doctor, veamos lo que sigue. *Sede, quoniam dictum est: fili, accedens ad servitutum Dei, sta in justitia et timore, et praepara animam tuam ad tentationem. Accedens quisque ad servitutum Dei, ad torcularia se venisse cognoscat.* [Siéntate, porque está dicho: hijo, al entrar al servicio de Dios, afiánzate en la justicia y el temor, y prepara tu alma para la tentación. Al entrar al servicio de Dios, que sepas que has venido a la prensa del lagar]. Ahora bien, ¿qué sucederá al alma que acepta ponerse bajo estas prensas? *Contribulabitur; conteretur; opprimetur*: será pisoteada, será aplastada, será oprimida. Y esta doctrina no es nueva; cantada por David, ha sido renovada por Jesucristo, la víspera de su muerte: *In mundo pressuram habebitis* [en el mundo tendréis tribulaciones: Juan 16, 33]. Las playas de los mares africanos las han recibido como un eco de los labios de Agustín: *contribulabitur; conteretur; opprimetur*. Ser pisoteado, ser machacado, ser oprimido y aplastado, es la herencia de todo aquel que tiende a la perfección. Y esto no es un vano desafío lanzado al mundo para declararle una guerra a muerte. No se quiere dejar el mundo por el placer de separarse de él: *Non, ut hoc saeculo pereat, sed ut in apothecas Dei fluat*, sino para que fluya en las bodegas de Dios. El ejemplo, nos dice el obispo de Hipona, nos ha sido dado, porque grande y magnífico es el racimo que no es sino Jesucristo: *botrus ille grandis*.

Por eso, en esta opresión universal, les queda Dios. *Restat illis desiderandus Deus*. ¡Oh!, el alma se deja pisotear, triturar, aplastar, pero en el fondo sabe que más allá está Dios, el objeto de sus deseos: *restat illis desiderandus Deus*. Y

termina comprendiendo cuán bueno es para ella estar bajo este horroroso lagar. *Si ergo sentis pressuras mundi, etiam cum felix es, intellexisti esse in torculari.* [Si pues sientes los aprietos de este mundo, incluso cuando eres feliz, es que has entendido lo que es estar en el lagar].

He ahí la gran separación del alma tibia, cobarde; del alma que cae y del alma cuyos deseos atraen la luz del sufrimiento. *Si ergo sentis pressuram hujus mundi, etiam cum felix es, intellexisti esse in torculari.* Tal es y tal será siempre la distancia infranqueable, que subsistirá entre las almas del mundo o que penden hacia el mundo, y las almas resueltas a caminar hacia toda santidad mediante las invenciones de Dios y los ejemplos de los santos.

No insisto sobre lo que San Agustín dice a cerca de las últimas palabras del título de este salmo: *pro filiis Core*, los hijos del calvo. El calvo por excelencia, según varios intérpretes, es quien se ha despojado de todo, Nuestro Señor Jesucristo. El alma religiosa se hace cortar los cabellos, para mostrar su deseo de despojarse de todo lo superfluo, significado por la cabellera. Despojada de todo, pisoteada, triturada, aplastada, el alma se da cuenta de que no está hecha para la tierra. Y por eso San Agustín, entrando en el texto del salmo, concluye: *Ergo in pressuris tentationum constituti, edamus hanc vocem, et praemittamus desiderium nostrum: Quam dilecta tabernacula tua, Deus virtutum!* [Por lo tanto, cuando estemos metidos en las angustias de la tentación, escuchemos aquella voz y expresemos nuestro deseo: ¡Qué deseables son tus moradas, Señor de los ejércitos!]. Tal es la fuente del valor del alma que sufre, el deseo de las moradas del Dios de las virtudes.

Pero hay dos clases de moradas, dice aún nuestro doctor, las moradas de los lagares y las moradas de la patria. Hay que pasar por unas para llegar a las otras. Y, en un sentido, se puede decir que la morada del sufrimiento, es el mundo. Se puede decir también que la vida religiosa, imitando al divino Maestro, es la que se ha colocado en el lagar de la cruz, con

el fin de entrar en el cielo vencedor del infierno y liberador de las almas.

Examinemos cómo se pasa de las moradas del sufrimiento a la morada de la alegría, del triunfo, de la patria, del reposo.

## II. Avanzar

El profeta, en medio de los quebrantos que él mismo experimentaba, exclamaba: *Quam dilecta tabernacula tua, Dimine virtutum; concupiscit et deficit anima mea in atria Domini*. [Qué amables son tus moradas, Señor de los ejércitos, mi alma ansía y anhela los atrios del Señor: Salmo 84, 2-3]. El sufrimiento mismo le da deseos de avanzar. Siente que hay una casa de Dios que es su padre, la auténtica casa de la familia, y ama esta casa mil veces más que un hijo ama la casa paterna. Y llegada al umbral, al vestíbulo, al atrium, su alma desea y desfallece: *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini*.

El umbral, el vestíbulo pueden significar las casas santas, que muchos llaman vestíbulo del cielo, cuando son habitadas por personas ya celestes. Éstas han recorrido como una primera etapa del mundo al monasterio, y cuanto más se han separado del destierro, más avanzan hacia la patria, hacia las moradas de Dios, y más grandes son sus deseos. *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini, cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. [Mi alma ansía y anhela los atrios del Señor, mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo]. ¡Oh, lo que desea es la vida y la vida está en Dios! Esa vida nos es comunicada por aquel Jesús, del que declara San Juan que en él estaba la vida: *In ipso vita erat* [Juan 1, 4]. Lo que es este Dios, vida eterna en sí mismo, que se comunica a sus criaturas, el profeta no lo sabe apenas. ¿Qué podemos nosotros saber de ella? Nosotros sabemos que nuestra vida es tan pesada que va a la muerte por su propio peso. Pero aquella vida, que es Dios mismo, no sólo hace exultar al alma, sino que

la misma carne experimenta misteriosas exultaciones: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.*

El gorrión ha encontrado su casa, la tórtola un nido donde dejar sus polluelos. Para el alma que tiende a la perfección, su morada, su nido, son los altares del Dios de los ejércitos. *Altaria tua, Domine virtutum, rex meus et Deus meus* [Salmo 84, 4]. Seguid al alma hasta el altar del sacrificio, el altar de los perfumes; tiene hambre del Dios de las virtudes, de la realeza de su Maestro, de su divinidad; se inmola, reza, obedece, adora. Todos los sentimientos perfectos están ahí.

*Beati qui habitant in domo tua, Domine; in saecula saeculorum laudabunt te.* [Felices los que viven en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán: Salmo 84, 5]. Parémonos un momento para penetrar la profundidad de estas palabras. Los judíos carnales sólo entendían evidentemente en estos cantos el templo de Jerusalén, y eso les bastaba. Para David, se trataba de la patria, se trataba del cielo. Para el alma religiosa, no se trata ya de las moradas de los pecadores, y todavía no se trata del cielo; es una tienda, una morada; es el claustro y sus delicias, a los pies de Jesucristo que viene a nosotros, porque nosotros no podemos estar aún lo suficientemente purificados para ir hacia él. *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te.*

Nosotros ya estamos en la casa de Dios, hermanos míos; se trata de afirmarnos en ella para poder alabar al Señor por los siglos de los siglos, y a eso es a lo que nos ayudan maravillosamente nuestros votos. Estamos comprometidos para la eternidad. Felices cadenas, lazos preciosos, que, si los conservamos, nos merecerán alabar a Dios eternamente. *Beati qui habitant in domo tua, Domine, in saecula saeculorum laudabunt te.*

*Beatus vir; cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit.* [Feliz el hombre cuyo auxilio está

en ti, en su corazón dispuso subidas: Salmo 84, 6]. Por nosotros mismos somos incapaces absolutamente de ir a la casa de Dios, pero Dios nos ayuda en ello y, como por lo general no quiere llevarnos allá de un solo salto, pone grados en nuestros corazones. El bautismo, la vocación, la respuesta, el noviciado, los votos, tales son las preciosas etapas que Dios nos señala y que el alma, abrasada del deseo de perfección, coloca en su corazón. *Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit*. Estos grados, los hemos pasado, y cada día se añaden otros nuevos, para facilitarnos la elevación a la cima de la montaña. ¿Pero de dónde se eleva de esta manera? Del valle de lágrimas, de la morada que se ha fijado: *In valle lacrymarum, in loco quem posuit*.

No lo olvidemos, no estamos aún en la patria. Estamos en el valle de lágrimas y ahí nos hemos fijado un lugar de espera, el retiro del monasterio: *in valle lacrymarum, in loco quem posuit*. Ahí es donde Dios da sus bendiciones más abundantes: *etenim dabit Dominus benedictionem*. Ahí están los santos progresos: *ibunt de virtute in virtutem*. Sin embargo, San Agustín parece adoptar una traducción que dice: *ibunt de virtutibus in virtutem* [irán de las virtudes a la virtud]. ¿Qué quiere decir? ¡Oh!, responde este intérprete admirable, el alma religiosa tiene virtudes, pero tiene algunas que no son más que el medio para ir a aquél que es la virtud, el poder y la sabiduría de Dios: *Christum Dei virtutem et Dei sapientiam* [1 Corintios 1, 24]. Las virtudes de la tierra nos acercan a la virtud del cielo, la virtud del cielo donde Jesucristo nos comunica con qué acrecentar nuestras virtudes terrenas y transformarlas en virtudes divinas. ¿Y cuál será el premio? La visión de Dios. *Videbitur Deus deorum in Sion* [veremos a Dios en Sión: Salmo 84, 8]. Seremos como dioses: *Ego dixi: dii estis* [Salmo 82, 6]. ¡Progreso admirable!

¡Oh! ¿Quién no suspirará por una dicha semejante? Escuchad el grito del profeta: *Domine, Deus virtutum*,

*exaudi orationem meam, auribus percibe Deus Jacob.* [Señor, Dios de los ejércitos, escucha mi oración, inclina el oído, Dios de Jacob: Salmo 84, 9].

*Protector noster, aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui.* [Protector nuestro, mira, oh Dios, y mira el rostro de tu Cristo: Salmo 84, 10]. ¡Oh!, sí, Señor, míranos y mira también la faz de tu Cristo. Pero ¿por qué mirar a este Cristo? ¡Oh, se trata del esposo de las almas castas! Miradle, las ama y tú las amarás a causa de él. Miradlas y comunicadles la belleza de este Cristo, que es el esplendor de vuestra gloria. ¡Oh, proteged a estas almas para que avancen en semejanza de vuestro Cristo, como avanzan hacia quien es vuestro poder eterno!

*Quia melior est dies una in atriis tuis super millia.* [Porque es mejor un día en tus atrios que otros mil: Salmo 84, 11]. Penetremos en el sentido profundo de estas palabras. El hombre puede tener miles de días: comienzan con la luz que cae por primera vez en sus ojos, y terminan asimismo con el último rayo de sol que toca estos mismos ojos dormidos para siempre. No es lo mismo con Dios. Dios sólo tiene un día, el día eterno que no ha comenzado y que no terminará. Es a este día al que el hombre aspira: *Melior est dies una in atriis tuis super millia.*

Y para comprar este día, que es la visión de Dios, que es la participación en su gloria, que es el triunfo eterno, ¿qué se necesita? Abajarse, anonadarse. Es lo que hace el alma en su progreso hacia Dios. Cuando con mayor abundancia se derraman en ella las virtudes, más se anonada ella. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.* [Preferí ser un abyecto en la casa de mi Dios a habitar en la morada de los pecadores: Salmo 84, 11]. Grande y terrible lección. Por muy alto que esté elevada un alma, tiene que abajarse. Prefiere la abyección, no sólo en la casa de Dios, sino en la casa de su Dios. No tiene nada, es vil y abyecta; pero

tiene algo que lo es todo: tiene a su Dios; y tiene en poco la casa, ya que posee al propietario. ¡Oh!, este Dios le pertenece, es suyo y seguirá estando con ella mientras ella no lo abandone. Feliz criatura, que al dejarlo todo lo encuentra todo, ya que al elegir la abyección encuentra a su Dios, y que la felicidad de la tierra, los honores, los placeres, todo le resulta despreciable, para estar en la casa de su Dios. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.*

¿Y por qué? Ved a qué mundo sois transportados: *quia misericordiam et veritatem diligit Deus* [Salmo 84, 12]. La misericordia, la bondad, la verdad, ¡qué elección! *Gratiam et gloriam dabit Dominus* [ib.]. He ahí el medio y he ahí la recompensa. ¿Es bastante grande? Dios no quiere que se priven los que caminan en la inocencia. La tendréis, hermanos míos, esta gracia y esta gloria, si sabéis estar santamente celosos de ella. No, Dios no privará de ella a los que se esfuerzan cada día por avanzar en la inocencia. *Non privabit eos qui ambulant in innocentia* [Salmo 84, 13]. ¡Oh!, sí, ¡oh Dios de las virtudes!, ¡feliz el hombre que pone su confianza en ti!

Confiemos en Dios, y aunque suframos, aunque combatamos, avanzaremos siempre. Nos quedará la victoria y nuestro triunfo será eterno.

---

---

## II. – LAS RELIGIOSAS DE LA ASUNCIÓN

*Fuera de los extractos que nos dan a conocer el alma íntima del P. d'Alzon, por falta de espacio nada podemos publicar de la importante correspondencia dirigida a la Madre María Eugenia de Jesús. El P. d'Alzon se había consagrado mediante voto a la santificación de la Fundadora; extendió ampliamente su solicitud a todo el Instituto; le procuró numerosas vocaciones; precisó, de acuerdo con la Fundadora, su espíritu, tal como atestiguan los documentos ya citados.*

*Añadimos aquí solamente algunos pasajes de las instrucciones de retiros, que mejor expresan la originalidad del Padre d'Alzon.*

---

### LUCHA CONTRA SÍ MISMO

18 de agosto de 1860      *Militia est vita hominis super terram*  
[Job 7, 1].

Mis queridas hijas:

Continuemos el examen de las gentes contra las que debemos luchar. Vamos a hablar del sujeto múltiple que es el hombre. Debéis luchar contra vosotras mismas.

1º *Contra vuestro cuerpo*. Aunque San Pablo diga: “No sólo debemos luchar contra la carne y la sangre” [Efesios 6, 12], sin embargo tenemos que luchar contra la carne y la sangre, contra este “querido andrajo”, como le llamaban las “femmes savantes” [Personajes de la comedia clásica francesa]. Hemos de darnos cuenta del dominio que el cuerpo intenta ejercer. Es un mal carruaje que nos vuelca a la izquierda cuando intentamos evitar que nos

vuelque a la derecha. Si no nos cuidamos, enfermamos; y así estamos arreglados. Si nos cuidamos demasiado, he ahí que el cuerpo se rebela; nos volvemos glotonos, perezosos, etc. Hemos de luchar contra la glotonería, resulta vergonzoso decirlo.

Yo, a los seis años era ya glotón. Le hacía levantarse a mi niñera a medianoche para que me diera un caldo frío. Las personas más inteligentes, tienen estas miserias u otras parecidas. Encontramos mil y un pretextos para mimar a nuestro cuerpo. Le queremos. Una religiosa sólo tiene que obedecer. Pero aquí se presenta una dificultad. ¿Presentaré a mi superiora sencillamente mi situación o me andaré con rodeos para conseguir lo que deseo? ¿Y qué hacemos con aquella palabra de San Pablo: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis?* [Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y sus apetencias] (Gálatas 5, 24).

Se necesita una crucifixión. ¿Está vuestro cuerpo crucificado? La crucifixión no siempre consiste en la austeridad, no para todos. Conozco una dama que me hablaba del placer que experimentaba dándose la disciplina. No se necesita ningún exceso. Pueden librarse muchos combates para hacer durar la crucifixión por más tiempo. De-seáis romper vuestras ataduras, y decís: *Cupio dissolvi, et esse cum Christo* (Filipenses 1, 23) y también: *Quis me liberabit a morte corporis hujus?* (Romanos 7, 24). No siempre, aunque seáis muy santas. Yo he visto personas que habían arruinado su salud como consecuencia de imprudencias y que tenían miedo de comparecer ante Dios, precisamente por eso. Si se encuentra en ello una excesiva satisfacción, se trata de una ilusión más, de una treta del diablo. La obediencia es el remedio para esto.

2º *Lucha contra la imaginación.* Tenéis imaginación. ¿Qué muchacha no la tiene? Leyendo a San Felipe Neri, he sentido deseos de ser levantado de la tierra. ¿Nunca os ha sucedido? Él se había preparado para eso haciendo

cuarenta horas seguidas de oración y no comiendo durante tres días. Sin embargo, si no aspiramos a imitarle, arreglamos las cosas de manera que nuestros superiores no entienden nada —son bastante bastos—, nosotros necesitamos consultar a maestros en Israel. En algún claustro he visto almas contemplativas llevar cruces y tormentos allí donde no era para tanto. No es vuestro caso; creo que es más bien propio de gente que vive en soledad. No se trata de saber si Dios nos llama a la vida interior y a los santos horrores de la contemplación, según la expresión de San Juan de la Cruz, sino que no sean otra cosa que sufrimientos imaginarios.

Santa Teresa hace observar que ella misma había curado a algunas Carmelitas de males espirituales horribles dándoles una buena comida. El amor propio incluso encuentra su paga en los sufrimientos. Seré una religiosa como las demás, yo que quería ser una religiosa extraordinaria. La lucha contra la imaginación debiera disiparse mediante un soplo de obediencia o al menos de razón.

3º *Lucha contra la voluntad.* Se me ha acusado en un seminario donde yo predicaba, de querer arrancar la primera piel de mis oyentes. Pues, no es la primera piel la que quisiera arrancar de vosotras, sino lo que está debajo de la piel. ¡La voluntad está de tal modo en nosotros, y no sólo en el exterior! Las tristezas, las susceptibilidades, etc., vienen de la voluntad. Quisierais mandar, tener influencia, que se ocupen de vosotras. Una persona que no ha entregado toda su voluntad podrá tener contemplación, hacer comuniones, etc., y estará triste. ¿Por qué? No se hace su voluntad.

“Nuestra Madre no tiene sentido común”. — La Hermana tiene mucho más que ella, por supuesto. — “Tal niña quiere a otra religiosa más que a mí. Y aquella idea de santidad de la que desearía verme rodeada y que haría que se siguieran mis consejos. — No se tiene en cuenta

esta sabiduría que me asiste. – No se trata de saber si tengo voluntad, se trata de saber si mi voluntad es buena y razonable, ¿por qué no la siguen?”

Ageo ha dicho: *Habéis sembrado mucho y cosechado poco...* [1, 6] e Isaías: *Ecce in sacrificiis vestris invenitur voluntas vestra* (58, 3). He ahí por qué el santo voto de la obediencia es tan precioso. Pero la voluntad es al mismo tiempo mi enemigo más cruel y más sutil, porque necesitamos tener voluntad. Yo quiero muchachas con voluntad. No quiero voluntades de papel mojado, camina como te empujo y ni eso. Sed fuertes mediante la obediencia, mis queridas hijas.

4º Podría hablaros aquí de la lucha contra la inteligencia, prefiero hablaros de la *lucha contra el carácter*: Vosotras estáis todas perfectamente bien educadas, por lo tanto no se encuentran entre vosotras aquellas formas desagradables. Nuestro Señor decía que había que desconfiar de ciertos personajes. No, no citaré aquella palabra. Pero bajo formas encantadoras tenéis vuestro carácter. ¿Qué hacéis con él? Existe el carácter malgeniado, el carácter dominante, el carácter disimulado y hábil. Pero éste no es el talante de la Asunción, gracias a Dios. Si fuera así, lo consideraría como una de las amenazas para la caída de la Congregación. ¿Cuál es la disposición de vuestro carácter? ¿Es un carácter envidioso, desagradable para sí, para el prójimo, siempre triste? La caridad hace desaparecer eso. Dios no quiere que sus esposas sean envidiosas las unas de las otras. La humildad del corazón, de la voluntad, la destrucción del orgullo de la vida, como dice San Juan, corregirán esta tendencia. La envidia reposa sobre una exageración de nuestros derechos. *Quid habes, quod non accepisti; si autem accepisti, quid gloriaris.* [¿Qué tienes que no hayas recibido, y si lo recibiste de qué te glorías?] (1 Corintios 4, 7).

Conoceréis aquella historia de Carlos V. Dos damas se peleaban por sus derechos. Carlos V, no sabiendo cómo

terminar esta discusión de precedencia, dijo: “Que la más loca pase la primera”. Normalmente de eso se trata.

“Pero, Padre, no peleo por mí, peleo por el honor de la Congregación”. Encontradme un solo santo que haya hablado así. Mientras tanto veo tal cosa entre vosotras. Si estuviéramos desasidos de nosotros mismos, nos daríamos cuenta de que entre las razones que pueden turbar nuestra paz está el sentimiento magullado de nuestros derechos no reconocidos.

¿El talante de vuestro carácter no es tal que evade algunas veces la caridad? La caridad es recta, y nosotros tomamos precauciones, formamos juicios. La voluntad, combinada con el carácter y la inteligencia lleva a ciertos juicios que no están completamente conformes con el que Dios dará un día.

5º Finalmente, *lucha contra vosotras mismas como un todo*. Antaño, el demonio tomó a Nuestro Señor y llevándole a lo alto de un monte le dijo: *Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*. [Todo esto te daré si postrándote me adoras] (Mateo 4, 9). Existe un monte sobre el que el demonio nos lleva y allí nos dice: “Adórate a ti mismo”. Y nos dejamos engañar por la maña. El yo es odioso, dice Pascal; Port-Royal y los Jesuitas tienen largas tiradas sobre el asunto. Vayamos al fondo y allí encontraremos la adoración de nosotros mismos.

¿Qué es la adoración? El reconocimiento del dominio soberano de Dios sobre todas las criaturas. – Referir a Dios todas las cosas. – ¿Qué es lo que no referimos a nosotros mismos? No queremos, ya lo sé, gobernar en Júpiter o en Urano, sino en nuestra esfera. Combatís, es cierto, pero si soltáis las riendas, ¿no volvéis a este sentimiento de adoración? Si no es así, ¿por qué somos tan susceptibles, tan poco obedientes? ¡Exagero! Quizá, pero por mi parte estoy convencido de esta verdad.

Si examináis bien, veréis pequeños detalles en los que referís todo a vosotras. Es necesario que esta tendencia sea objeto de un combate encarnizado, es necesario que sintáis esta necesidad de luchar contra vosotras mismas. ¿Queréis tomar durante este retiro, la resolución de combatir como un buen soldado? *Labora sicut bonus miles Christi Jesu* (2 Timoteo 2, 3). Os invito al combate y a la victoria mediante la gracia de Nuestro Señor. Si no queréis abrazar estos dos combates interior y exterior, ¿por qué lleváis el santo hábito religioso? Debéis anonadaros, uniros a Nuestro Señor ante todo, poner en él vuestra confianza, conforme a la palabra del salmista: *ponere in Deo spem meam* [Salmo 73, 28].

No quisiera desanimaros, os predico la esperanza con el fin de que, saliendo de vosotras mismas, os echéis en los brazos de Dios y que digáis con el salmista: *Mihi adherere Deo, bonum est* (Salmo 72 [73], 28); Señor, sálvame de mis enemigos espirituales, *spiritus nequitiae* [Filipenses 6, 12], pero sobre todo de mí misma. Mediante la gracia de Nuestro Señor triunfaréis de todos estos enemigos, seréis victoriosas en la lucha que debéis tener contra la carne y la sangre, contra vuestra voluntad, vuestra imaginación, vuestro carácter, contra vosotras mismas y seréis coronadas en el cielo. ¡Así sea!

## EL USO Y EL DISFRUTE

21 de agosto de 1860

Mis queridas hijas:

No sé definiros lo que voy a deciros esta mañana. Lo llamaremos si os parece, *sobre el uso y el disfrute*, y serán términos vagos, si no me explico sobre una doctrina que me resulta sin embargo muy clara. Voy a desarrollar al-

gunos puntos de la doctrina de San Agustín, en su libro 1º del tratado *De la doctrina cristiana*. Aquellas de vosotras que saben latín pueden leerlo, sobre todo los pasajes de los que voy a sacar lo que sigue.

**1º Los principios** Él da por sentado que los seres se dividen en tres categorías: aquellos de los que se disfruta, aquellos que se usan, y finalmente aquellos que usan y disfrutan, y trata de definir lo que es disfrutar y usar. *Disfrutar*, es adherirse por amor a un objeto por él mismo. *Usar* es servirse de una cosa con el fin de alcanzar un objeto que se ama. Sólo hay una cosa de la que esté permitido disfrutar: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Fuera de la adorable Trinidad que es esta sola cosa, el principio y la causa de todas las cosas, no hay que disfrutar de nada. Todo debe ser referido a Dios.

El mundo se divide en dos: *Dios* del que hay que disfrutar por él mismo y sus *criaturas*, de las que hay que servirse por Dios. Yo no debo poner mi felicidad, mi reposo sino en Dios. Por eso San Agustín dice: “Nos has creado para ti, mi Dios, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. Porque nuestro corazón sólo puede disfrutar de Dios y en Dios, Dios es el único ser que se pueda amar por él mismo.

San Agustín dice que hay cuatro especies de seres: los que están por encima de nosotros, los que están por debajo de nosotros, los que están a nuestro alrededor o con nosotros y finalmente nosotros mismos. Dios no nos ha mandado amar a los seres que somos nosotros, es decir *caro et sanguis*. Es normal, nadie necesita mandamiento para eso. Nos ha ordenado amar a los que están con nosotros, es decir a nuestros semejantes. El ser que está por encima de nosotros, es Dios; debemos amarlo y adorarlo. Los seres que están por debajo de nosotros, debemos servirnos de ellos sin amarlos.

**2° Consecuencias  
prácticas: a) en el  
orden natural**

Vengamos a las consecuencias prácticas. Cuando me gusta un objeto para comerlo y disfruto de él, cometo un pecado de gula

si me deleito en el disfrute de los sentidos. Eso es sensualidad. Si disfruto de mis ventajas personales, me apoyo en una criatura, porque soy un hombre y Dios dice: “¡Maldito el que confía en el hombre!” (Jeremías 17, 5). Si disfruto de mis éxitos, de mi influencia, pasa lo mismo. ¿De qué modo habéis disfrutado de todas estas cosas que no son malas en sí mismas, que pueden ser excelentes? ¿Las disfrutáis u os servís de ellas? *Divitiae si affluent, nolite cor apponere* (Salmo 61, 11). Y estas palabras se entienden de cualquier orden, espiritual o material. Serviros de ellas pero no os apeguéis a ellas.

Si descendemos al fondo de nosotros mismos, encontramos nuestras facultades de las que debemos usar y no disfrutar: la inteligencia, la voluntad, el corazón. Mi corazón no me pertenece, no es el término de la creación. No debo disfrutar con mi corazón apegándome a la criatura, ni de mi corazón por egoísmo. Esto es abominación ante Dios. La amistad es una virtud; es la caridad o el acto en que amo por Dios. El término está siempre ahí: Dios, el supremo y último disfrute.

Hagamos un estudio particular del modo como he disfrutado de las criaturas o como me he servido de ellas. *Ut in omnibus quibus utitur necessitas, superemineat caritas*. He ahí la regla y vuestra regla, porque se trata de una parte esencial de la regla de San Agustín. Encontraréis el comentario en San Agustín. Siendo Dios el centro de todo, todo debe referirse a Dios. Yo soy un rayo de esta inmensa esfera. Si encuentro un objeto, me sirvo de él para remontarme de la circunferencia al centro, me sirvo de la criatura para ir a Dios. El cardenal Belarmino desarrolla esto en su tratado *De ascensu per creaturam ad*

*Deum.* Yo podría aquí pulverizar nuestros corazones y ver cuáles son nuestros sentimientos y cuáles no remontan a Dios.

**b) en el orden  
sobrenatural**

Abandonemos el orden natural. Para subir hasta Dios por nosotros mismos somos incapaces.

*Deum nemo vidit unquam: unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* (Juan 1, 18) ¿Cómo nos ha contado las cosas de Dios? Haciéndose hombre. San Agustín dice en su carta a Dióscoro: “El hombre ha sido tomado por la divinidad, ha sido constituido mediador”. Y San Pablo dice: *Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum homo Christus Jesus* (1 Timoteo 2, 5). San Pablo no dice: Jesucristo Dios ha llegado a ser mediador; eso sería inexacto, porque Dios no puede ser más que término; sino que dice: *Mediator homo Jesus Christus*. Es la naturaleza humana la que es mediador. Por lo tanto la santa humanidad sola no es más que un medio.

Me diréis que voy a caer en el error de los místicos que dicen que hay un momento en que la santa humanidad no serviría ya de nada. No es eso lo que digo. Digo que si consideramos la naturaleza divina, ella es término, porque es Dios. Si tomamos la naturaleza humana, está unida eternamente a la divinidad y debemos amarla a causa de esta unión. Nada hay en el mundo más excelente que la naturaleza humana de Cristo, después de Dios. Él es el *primogenitus omnis creaturae*: primogénito de toda criatura (Colosenses 1, 15). Y esta palabra debemos entenderla en sentido estricto, no sólo en sentido místico. Porque en realidad en Jesucristo no hay una criatura, sino algo creado. Hubo un momento en que esta parte de la naturaleza no existía. Por eso, ¿cómo llama el Espíritu Santo a Cristo? *Mediator Dei et hominum*. Se trata de un mediador, de un medio: medio activo, es cierto, pero

siempre mediador. De ello se sigue que la santa humanidad no debe ser el término de nuestro reposo.

¿Pero para qué toda esta teología? He aquí el lado práctico. Si no me está permitido disfrutar de esta santa humanidad de modo que me repose en ella, por lo tanto no me está permitido disfrutar de las gracias que de ella se siguen y que son menos que la santa humanidad. Debo valorarlas mucho porque son medios, pero no el premio completo, testarudo, que muchas personas ponen en él. Dios es poderoso, puede emplear tal o cual medio para santificarnos. Lo mismo que no debo apegarme a la santa humanidad por ella misma, no debo apegarme a los medios que son menores.

**c) en nuestra vida  
íntima**

Establecido esto, tomo nuestra vida íntima, sobrenatural. ¿A qué estáis apegadas? ¿Sentís aquel despojo que hay que realizar para no apegaros más que a Dios solo y la libertad en que debéis manteneros para servirlos, sin ataros a ellos, de los medios que la santa humanidad os dará, ateniéndoos al amor de Jesucristo en cuanto a los medios que él querrá daros? Si *Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo único* (Juan 3, 16), ateneos al amor del Hijo en cuanto a los medios.

Estos medios son conocidos; se trata de los sacramentos de la santa Iglesia. Pero las gracias particulares nadie puede decir cuáles son. *Spiritus ubi vult spirat, et nemo scit unde veniat aut quo vadat* (Juan 3, 8). Y también: *Non datus est ad mensuram* (Juan 3, 34). Cuando decís: “Quisiera avanzar en la perfección mediante tal o cual medio”, estáis diciendo una cosa absurda o una impertinencia. Una cosa absurda frente a la sabiduría divina, o una impertinencia, porque Dios es el único dueño de saber mediante qué medios quiere atraeros a él y darse a

conocer de vosotras. Examinad vuestras relaciones íntimas con Jesucristo. Encontraréis en ellas una porción de voluntad humana, caprichosa, insensata —es la palabra— que siempre ponemos en nuestras relaciones con Dios. Queréis tener contemplación, mortificaros, etc. Sí, pero con la condición de que no os apeguéis, que no serán más que puros medios. Entonces todo os resultará favorable o perjudicial según plazca a Dios. Tendréis alegría o tristeza, tendréis oración, tendréis tal o cual pasión puesto que no sois dueñas de tenerlas o no. Pero eso os resulta favorable, eso se purifica, se torna un medio para ir a Dios.

### 3º Conocimiento de Dios

Tras los exámenes que acabamos de hacer, me veo forzado a reconocer que existe un punto importante en todo retiro, intentar conocer a Dios y a Jesucristo, porque no se puede desear lo que no se ama. No debemos tratar de conocer la gloria de Dios que nos aplastaría, pero a medida que trato de escrutar a Dios con un sentimiento de amor, me adhiero a Dios, no hago sino una cosa con Dios. Conocer a Dios cada día más, penetrar con fe en la naturaleza divina o llegar a ella mediante Jesucristo, por quien únicamente podemos conocer a Dios. Jesucristo sólo hace una descripción de Dios. Es en el orden de la fe como hay que aplicarse en conocer a Dios, y este orden tiene algo de muy oscuro. No os asombréis si encontráis fatigas, penas, angustias, incertidumbres en la fe. No vemos. *Deum nemo vidit unquam* (Juan 1, 18). Tenemos que referirnos a Jesucristo, mediante quien Dios nos ha hablado. *Locutus est nobis in Filio* (Hebreos 1, 2). Y ahí es donde se siente la incapacidad del hombre para hablar de Dios. San Agustín dice: “Si Dios es inefable, desde el momento en que digo algo de él, digo lo que no hay que decir”. El triunfo de la Sabiduría consiste en habernos dado a conocer algo de Dios;

se puede en la medida en que nos ajustamos a las luces de la fe. *Haec est enim vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum* (Juan 17, 3). El conocimiento de Dios mediante Jesucristo mediador, he ahí mi meta, con el fin de que conociéndole pueda disfrutar de él.

**Disfrute de solo Dios** Poco importa que esté yo seco, árido, que no tenga consolación, mi vida debe transcurrir en una aspiración constante a Dios. Si Dios nos manda consolaciones, se trata de supererogación, de sobreabundancia; no debéis necesitarlas. ¿En qué consiste el amor? En apegarnos a Dios sin consolación. La tierra no es más que un destierro. Lógicamente, por avanzadas que estéis en la oración, no debéis disfrutar aquí abajo; eso es para el cielo.

¿Qué es Dios? Lo más perfecto que existe. ¿Qué es vuestra alma? Está llena de miserias e imperfecciones. Con sólo considerar el abuso de las gracias, ¿no merece todo eso la prueba, la purificación? Jesucristo ha querido ser llamado el hombre de dolores, se ha hecho víctima por nuestros pecados. Aquí abajo no tenéis más derecho que a este sufrimiento del amor, al amor sufriente. En principio Dios puede daros consolaciones, pero sólo tenéis derecho a las gracias que purifican. Ha entrado en el plan divino de salvar al mundo mediante el sufrimiento. Por eso debemos impregnarnos de los ejemplos del Hombre-Dios y mostrarle nuestro amor a Dios, como él nos ha mostrado el suyo por nosotros. Ha vertido su sangre por nosotros. Vosotras no estáis llamadas a verter la sangre del cuerpo, sino a verter la sangre de vuestra alma, vuestras lágrimas: no las lágrimas de los ojos, sino las lágrimas del corazón mediante vuestras aspiraciones, vuestros pesares, vuestra detestación del pecado. Si tuviéramos esta razón sobrenatural para juzgar las cosas,

comprenderíamos que no tenemos derecho a nada y que habiéndonos Dios introducido en el orden sobrenatural, sólo tenemos derecho a la purificación.

### Conclusión

Por lo tanto, siendo así que el mundo está dividido en estas dos categorías, Dios y las criaturas, dado que no debo *disfrutar sino de Dios y servirme de las criaturas*, examinemos si nuestra conducta ha sido conforme a estos principios. En el orden natural, ¿no he profanado a las criaturas? En el orden moral, qué uso he hecho de las facultades que Dios me ha dotado. En el orden físico, ¿cómo he usado de mis sentidos; en el orden del corazón, de mis afectos? En el orden sobrenatural, ¿qué uso he hecho de las gracias de Dios? ¿Me he pegado a ellas de una manera insensata? Este apego ¿no ha sido para mí causa de caídas, de desaliento, de angustias?

Necesidad de la penitencia. – Necesidad para mí de entrar en esa libertad que rompa mis ataduras, que hará que sólo me apegue a Dios y no querer para santificarme sino los medios que él quiera. ¿Cómo quiero entrar en las luces que Jesucristo me concede aquí abajo para buscarle en la purificación, con el fin de entrar en su disfrute en el cielo? Esa es la verdadera doctrina, la doctrina católica.

He aquí las consecuencias prácticas. ¿En qué habéis cifrado vuestro descanso? ¿Cómo habéis merecido que Dios se retire de vosotras? Disfrutando de aquello de lo que sólo debíais servir. Aquí no se trata de pecado, sino solamente de abstención, de fibras del corazón que no están quizá totalmente vueltas hacia Dios. ¡Que estas consideraciones os hagan entrar en la santa caridad! ¡Que por Dios améis lo que debéis amar, que no disfrutéis de las criaturas, que rechacéis todo lo que sea abuso! Encon-

traréis así la facilidad de lanzaros en primer lugar hacia Jesucristo y de llegar al seno de vuestro Padre. ¡Así sea!

## ESPÍRITU DE ORACIÓN

Septiembre de 1871

*Oportet semper orare et non deficere*

[Lucas 18, 1].

En la vida de oración hay muchas almas que nunca llegan a la meta y así como los judíos decían a Nuestro Señor: “Estas palabras son duras de oír” [Juan 6, 60], así encontramos muchas religiosas para quienes la oración es penosa y que vienen a las horas de oración para distraerse, descansar, ¡no diré para dormir! Así es como un tiempo destinado a las comunicaciones con Dios se convierte en un tiempo perdido, si no en un tiempo culpable.

Ya que la meta de la vida religiosa es la unión con Dios, ¿qué preparación más magnífica para esta vida que la oración? ¿Y quién puede decir los progresos que el alma puede hacer en sus relaciones con Dios? San Agustín dice que hay un montón de cosas que creemos sin haberlas visto, la amistad, por ejemplo. No veis el afecto que una persona os tiene; tampoco podéis mostrarle el que tenéis por ella. Pero quitad la fe al amor y todas las amistades de este mundo quedan trastocadas. Así, añade el mismo doctor, como revelamos a los que nos quieren los secretos de nuestro corazón, así es muy conveniente que la sabiduría divina se manifieste en los espíritus, en las inteligencias, en las almas que son dignas de recibirla, mediante la palabra interior, ya que esta manifestación es en cierto modo la manifestación de Dios mismo, y es muy conveniente que sea llamada la palabra de Dios.

Por lo tanto la meta de la oración consiste en que hablemos a Dios y que Dios nos hable. Ved, pues, lo que

se quiere de vosotras en la oración. Que seáis dignas de escuchar a la Sabiduría eterna. Por eso se necesita una preparación. Para escuchar a la Sabiduría se necesita atención, y cuando la Sabiduría ha hablado, hay que conservar los frutos de esta palabra.

¿Cómo debemos prepararnos a escuchar a esta Sabiduría que nos manifiesta los secretos del Padre? ¿En qué situación debe estar un alma cuando entra en comunicación con Dios y qué frutos debe sacar de esta manifestación de los secretos de Dios? – Estudiemos en primer lugar lo que debe ser la preparación a la oración.

**1º Preparación para la oración**      ¿Creéis en el purgatorio? Es un lugar donde el alma justa se prepara para ver a Dios y para entrar en la unión perfecta con él. He ahí la purificación que la justicia de Dios tiene derecho a exigir de un alma justa, pero que no se ha preparado suficientemente en la tierra para esta comunicación con Dios.

Las relaciones del alma con Dios, en el tiempo y en la eternidad, no tienen sino esta diferencia en más o en menos. Dios se comunica al alma en el cielo y en la tierra, sólo que aquí abajo ella le recibe mediante la fe y allá arriba le recibirá en la clara visión. Santo Tomás dice que la fe es el comienzo de la gloria. Pero cuando sobre la tierra el alma no se ha preparado suficientemente para ver a Dios, existe entre el tiempo y la eternidad una purificación espantosa que se realiza en el purgatorio. Esto nos indica qué pureza exige Dios para que un alma entre en comunicación con él.

Mediante esta noción del purgatorio llegamos a la siguiente conclusión. Cómo debo purificar mi alma aquí abajo a fin de poder unirme a Dios durante la eternidad. Ahora bien, el momento en que esta unión comienza aquí

abajo para mí, es sobre todo en la oración y en la comunión. Por lo tanto, puesto que hablo de oración, ¿cómo mi vida debe ser una preparación a la oración para purificar mi alma?

Se necesita en primer lugar una preparación de silencio, haciendo callar a las criaturas; una preparación de deseo, ya que el término de mi dicha es Dios; finalmente una preparación de terror, porque he de reconocirme indigno de entrar en comunicación con la perfección increada. He ahí la verdad. Y ahora ¿qué es aquella religiosa que va, que viene, y que en un momento dado entra en la capilla, se arrodilla, cruza las manos y pretende ponerse en presencia de Dios? ¿Es oración eso?

Ahora, dejando de lado la justicia eterna de Dios que prepara mediante el fuego del purgatorio al alma justa para la unión en el Paraíso, démonos cuenta de cómo Dios quiere que nos evitemos este terrible castigo.

Existe un medio incontestable, es Jesucristo, Nuestro Señor, es su preciosa sangre. Me puedo cubrir enteramente con la sangre de Jesucristo, y esa sangre puede purificarme; la he recibido en el bautismo, luego en la penitencia, luego en la Eucaristía. Pero, ¿cómo he tratado la sangre de Jesucristo en estos dos sacramentos? ¿Cómo he recibido esta sangre divina, en tantas confesiones y comuniones, en que la gracia viene a caer sobre mí como un rocío bienhechor y purificador? Estoy empapada por la sangre de Jesucristo en algunos momentos solemnes mediante los sacramentos y a cada instante mediante la gracia como una lluvia incesante. ¿Cómo amo esa sangre? ¿Cómo valoro, cómo amo a Aquél que la ha derramado por mí? ¿Cómo entro en comunicación con el Mediador entre Dios y los hombres? ¿Cómo entro en comunicación con la humanidad de Jesucristo para llegar a la divinidad misma? ¿Qué hago de los tesoros, de los dones

de Jesucristo? ¿Cómo me dirijo a esta santa humanidad de Jesucristo para que este divino Salvador, en cuanto hombre, sea mi introductor ante la divinidad? ¿Cuál es mi agradecimiento a este divino Salvador que se ha hecho hombre, con el fin de llevarme a su Padre? ¿Cómo me empleo en purificarme mediante los méritos de esta sangre divina? La sangre de Jesucristo es más poderosa para purificarme que todas las llamas del purgatorio, pero con una condición: que la utilice y la trate con todo el respeto conveniente.

Es necesario que encontréis en vuestras relaciones con Jesucristo el medio de dejaros llevar a Dios y, para volver al texto de San Agustín, si Jesucristo es la palabra, hay que escucharla.

¿Qué atención prestáis a Jesucristo en vuestras almas? Jesucristo os toma y os levante, pero vosotras no queréis ser levantadas. Hay muchas almas que dicen como San Pedro... “¡Señor, se está bien aquí!...” [Mateo 17, 4]. Pero si Nuestro Señor les dice: ¡Subid más alto! Ellas responden: “¡No, estoy muy bien aquí, me hacéis demasiado honor, prefiero quedarme con mi vidita calma, apacible!...”. ¿Es eso vida de oración? – He ahí por qué no hacéis más progresos en la vida interior. Siguiendo a Jesucristo hubierais tenido sin duda algunas consolaciones, pero hubierais tenido también quebrantos, y ahí es donde el alma fiel encuentra el gran medio de purificarse. Un alma que se hace consciente de las llamas del purgatorio, del precio de la sangre de Jesucristo, esta alma se prepara para la oración mediante el desgarrar. Desgarra lo que hay de imperfecto; se prepara a la oración mediante la consideración de las grandezas de Dios y de su nada; se prepara mediante la fidelidad en escuchar la palabra de Dios, entrando en los sentimientos de fe, y así se dispone a recibir una inteligencia más alta y más grande de las grandezas de Dios.

Y así, sean cuales quieran las sombras de aquí abajo, el alma avanza en conocimiento de Dios, a condición de dejarse purificar y conducir por Nuestro Señor. Un alma que se mantiene en este estado y que espera esas horas benditas en que Dios se comunica más íntimamente con ella, esta alma se mantiene siempre dispuesta y entonces Dios, para recompensarla, la invade viniendo a ella.

**2º La oración misma**      ¿Qué sucede entonces en la oración? Hablamos a Dios y Dios nos habla. San Agustín muestra cómo la Sabiduría del Padre, que nos da a conocer a este Padre muy escondido y muy misterioso, se llama la Palabra. Esta palabra se deja oír en el fondo de nuestro corazón y aunque estemos en las tinieblas... *Lux in tenebris lucet*. Es cierto que San Juan añade: “*Et tenebrae non comprehenderunt eam... In propria venit et sui eum non receperunt...* – pero a los que le recibieron: *dedit eis potestatem filios Dei fieri*” (Juan 1, 11-12).

Por lo tanto esta sabiduría es el Hijo de Dios que nos da la capacidad de llegar a ser hijos de Dios; y daos cuenta de esto: recibimos a Jesucristo para que Jesucristo nos entregue a su Padre. Esta adopción comienza en el bautismo, pero debemos avanzar cada día en esta filiación, de modo que introducidos al pie del trono de Dios por Nuestro Señor Jesucristo en la oración, no nos encontremos ya ante un rey, ante un creador, sino ante el mejor de los Padres y se establecen relaciones de padre a hijo entre Dios y nosotros. ¡Y pensar que sólo de nosotros depende el llegar a ser cada día más hijos de Dios mediante la oración recibiendo al Verbo de Dios!

Y daos cuenta del disgusto que debe experimentar Nuestro Señor frente a algunas almas a las que dice: “Te autorizo a hacerte mi hija, lo quiero” – y que responden: “sí, quiero llegar a serlo, pero no demasiado”.

¿Comprendéis por qué tantas almas se han parado a la puerta de este hermoso reino de la oración?... es porque no quieren llegar a ser hijas de Dios, no comprenden al Verbo, porque no quieren recibir la luz. Existe una palabra secretísima, muy íntima: “un silencio elocuente y armonioso”, dice San Agustín, que cae en nuestras almas, y a veces en el momento en que menos pensamos, pero con una condición: que estemos en un estado de dependencia y adoración.

Después de todos los detalles del Creador, el alma debe instalarse en la adoración; es el reconocimiento del dominio supremo de Dios: se trata de la dicha de ser la criatura de Dios. “Yo era la nada, y me habéis dado el ser; era hija de la cólera, y me habéis hecho vuestra hija, y más que vuestra hija, ¡vuestra esposa! Vuestra palabra se deja oír en mí; al principio no es más que un soplo, pero que poco a poco se acompasa a mi debilidad. ¡El Verbo llega hasta mí, la misma palabra que ha creado el mundo, que crea a Jesucristo en mí, que habita en mí!...”. ¿Y no le vamos a adorar? ¿Y no comprenderemos la sublime vocación a que estamos llamados?... Nuestra vocación es a la unión más íntima con Dios. Pues bien, la oración no es sino el medio para llegar a esta unión. ¿Por qué en la oración no llegamos hasta allá? Jesucristo lo quiere, lo permite, está ansioso de manifestarse a vosotras, quiere hacerse vuestro dueño, vuestro doctor y hacer vuestra inteligencia más pura y más capaz de esta unión. Y luego se oye decir: la oración es aburrida – tenéis razón, pero reparad que estáis fuera de la oración. La oración es crucificante, lo concedo, pero si tenéis el valor de aceptar esta crucifixión, os acercaréis al divino Crucificado y, por Él, os acercaréis más a Dios. Y mirad la admirable posición que ocupa Jesucristo en la oración entre el alma y su Padre, y cómo es necesario unirse a Jesucristo, apoyarse en Jesucristo, vivir de la vida de Jesucristo para llegar un día a vivir de la vida de Dios. Ninguna lengua humana puede

narrar lo que sucede entre el alma y Jesucristo en la oración. Pero con una condición, y es que la Esposa comprenda que los sacrificios y la inmólación de sí misma, son los únicos medios de merecer esta divina unión.

**3° Frutos de la oración** Llegamos a la consideración.  
– Es que no sólo quien dice: “Señor, Señor” [Mateo 7, 21], entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Podéis entregaros a las más sublimes contemplaciones y ser todavía muy imperfectas. Además se necesita la acción de gracias. San Pablo dice: “Dad gracias a Dios por todo” [1 Tesalonicenses 5, 18]. El Evangelio nos habla de la curación de diez leprosos. Sólo uno vino a dar gracias a Nuestro Señor y los otros nueve se van; ya tienen lo que buscaban y que den gracias o no, poco les importa. Lo mismo vosotras, habéis hecho vuestra oración, pero no os creéis obligadas a dar gracias. Uno se imagina a menudo que las gracias de Dios nos son debidas. La ausencia de agradecimiento es una falta enorme; cuanto más se agradece a Dios más gracias concede. Por eso, si la vida de una religiosa debe ser una oración perpetua, debería ser también una perpetua acción de gracias.

Habéis comulgado, realizado vuestra oración, vuestra adoración, y al salir de allí, ¿cómo conserváis las gracias recibidas? – En lugar de eso se dice: pasemos a otra cosa. Y así se trocea la propia vida y no se crea un lazo de unión entre un punto y otro. Todo debería referirse a Dios en la vida de una religiosa. En medio de sus ocupaciones, su oración debe continuar. Dios ha dicho no sólo a Abraham, sino mucho más a sus esposas: *Ambula coram me et esto perfectus* (Génesis 17). Es necesario que vuestra vida sea una continua ejecución de las resoluciones

tomadas en vuestra oración, porque si no aportáis como fruto alguna de las virtudes cristianas, se puede decir que vuestra oración es una oración de imaginación. A qué grado de santidad llegaría una religiosa que se ocupara de acercarse continuamente a Dios y que continuara desarrollando a lo largo del día en su alma, las gracias que Dios hubiera depositado en ella por la mañana. ¿Por qué las cosas no suceden así? Por desgracia, el reino de los cielos se parece a un rey que invita a las bodas de su hijo. Manda decir que todo está preparado, y he aquí que cada uno de los invitados se excusa y no acude. También vosotras tenéis vuestras disculpas para no acudir a las invitaciones de Dios. No se trata de asuntos graves; será una nada, un arreglo de nada en la celda, un lazo formado en vuestro corazón, no es más que un hilo, pero ese hilo os impide ir a Dios, sois prisioneras.

### **Conclusión**

Para ir a Dios en la oración, se necesita generosidad. Por causa de vuestra cobardía no hacéis progresos en la oración. Es duro oírse acusar de cobardía y sin embargo si nos colocamos frente a los beneficios, a las delicadezas, a las misericordias de Dios, somos cobardes si no avanzamos en la oración.

Pero si tomamos una firme resolución de prepararnos para la oración, de avanzar en las profundidades de la oración, mediante la adoración, la atención, la dependencia, la acción de gracias, mostraremos que sabemos aprovechar las comunicaciones de Dios con nosotros y que queremos hacernos cada vez menos indignos de ellas.

¡Oh!, mis queridas hijas, si un cierto número de entre vosotras quisiera tomar la resolución de hacerse hijas de oración, vuestra Congregación, no temo decirlo, tomaría una vida completamente nueva. Entrando en esta vida de

oración, no negándole nada a Jesucristo, y dándole todo, mereceríais entonces que Nuestro Señor os lo diera también todo. No sólo en esta vida mediante su gracia, sino también en el cielo, en su amor y en su gloria. *Amén.*

## EL ESPÍRITU DE SACRIFICIO

*Sacrificate sacrificium justitiae  
et sperate in Domino (Salmo 4).*

La naturaleza humana está caída, pero ha sido renovada y esta renovación ha tenido lugar mediante el sacrificio. Hemos sido regenerados por el sacrificio de Jesucristo. Este sacrificio bastaría para purificar todos los pecados del mundo y sin embargo San Pablo dice: *Adimpleo in carne mea ea quae desunt passionum Christi* (Colosenses 1, 24). San Pablo no quería decir con eso que faltaba algo a la pasión de Nuestro Señor, eso sería una horrible blasfemia, pero Nuestro Señor ha querido esta ley: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (Juan 13, 15). Jesús decía eso en el momento en que acababa de lavar los pies a sus discípulos y en que iba a completar el sacrificio del Calvario. Así Jesucristo nos ha dado ejemplo y quiere que le imitemos. Nuestros sacrificios son agradables al Padre si los unimos a la sangre de su Hijo.

Sentados estos principios, examinemos tres puntos de vista principales sobre el sacrificio:

1. La reparación del alma mediante el sacrificio.
2. La conservación del alma mediante el sacrificio.
3. La preservación del alma mediante el sacrificio.

**1º Reparación** No existe vida religiosa sin el sacrificio. ¿Queréis ser hijas de sacrificio, en qué medida queréis serlo? Toda la cuestión religiosa está ahí.

¿Queréis ser hijas que se tienen por poca cosa a sí mismas? ¿Quién comprende algo del misterio de la cruz, quién comprende la necesidad del sacrificio? – Si queréis eso entonces mis palabras tendrán un sentido para vosotras. Lo que os voy a decir es difícil, pero la dificultad no está en la inteligencia, está en el corazón.

**a) para vosotras** Hay que abrazar el sacrificio desde dos puntos de vista: desde vuestro punto de vista y desde el de la Iglesia. Desde vuestro punto de vista sois una pecadora. Disponéis sin duda de la sangre de Cristo para purificaros, pero si le complace a Jesucristo que añadáis algo de vosotras mismas, ¿en qué medida debéis añadir algo a las expiaciones de Nuestro Señor Jesucristo? Considerad a Jesucristo expirando en la cruz y preguntaos en qué medida debéis entrar en su expiación.

Los primeros principios de la fe os dicen que como simples cristianas debéis entrar en el sacrificio para la expiación de los propios pecados. Todas, por pura que haya sido vuestra vida, debéis expiar. Tenéis cada una vuestras expiaciones personales y, como Santa Magdalena, como San Pablo, tenéis una vida de expiación que vivir. Creo, para hablar con verdad, que si tenéis una atadura de corazón y grandes faltas que reprocharos, habrá ahí un aguijón que hará de vosotras hijas de expiación, de sacrificio; sobre todo si en vosotras existe algo de aquel amor que atrajo el perdón a Santa Magdalena. Lo que más temería sería que fueseis una buena chica, cometiendo faltas ligeras, sin pasión por el mundo, pero sin ternura por Jesucristo, en una palabra viviendo en una honesta mediocridad. Si vivís en este estado, el sacrificio os es necesario; pero no llegaréis a él sino con esfuerzo, porque sentiréis menos su necesidad y anhelo. Las superiores deben impulsar a estas almas hacia el sacrificio; les falta empuje; ahora bien, es necesario en la vida religiosa

y no conozco nada que lo preste mejor que el espíritu de sacrificio.

Os supongo en este momento tan puras como la Santísima Virgen, San Juan o Jeremías. Las naturalezas de gran pureza experimentan la necesidad de sufrir, de darse. En efecto, ¿qué hombre ha sufrido como Jeremías? ¿Qué hombre ha sido más mortificado que San Juan Bautista, y qué criatura ha sido más admirable en los sufrimientos que Nuestra Señora de los Dolores?

Aquí estoy tocando un misterio: algunas almas sienten la alegría, la dicha del sufrimiento hasta el punto de temer esta dicha. Si vosotras hubierais llegado a este punto, comprenderíais que nada hay mejor que sufrir. Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su hijo, y Jesucristo ha amado tanto a los suyos que ha muerto por ellos.

El alma embargada por los castos abrazos de Jesucristo experimenta la necesidad de sacrificarse, de inmolarse y antes de unirse a Dios, en el cielo, en la felicidad, se une a Jesucristo, en la tierra, en el sufrimiento y el sacrificio. Hay ahí misterios que nadie osa sondear. Hay ahí tesoros, riquezas que Dios reserva a las almas generosas. Lo que sucede en esas almas, nadie puede decirlo. Jesucristo, el celeste Esposo, se complace en tomar a sus víctimas y colocarlas sobre su altar, cada una de un modo diferente. Para convenceros, leed la vida de aquellas vírgenes que sólo han sido martirizadas por el amor, que no han ofrecido su cuello al verdugo, ni su cuerpo al potro de la tortura, sino que han trabajado en unirse a Dios en la soledad. Mirad a Santa Catalina de Siena, consumida en las llamas del amor, y ¿quién dirá las mortificaciones de Santa Rosa de Lima?

Todas han sido hijas de sacrificio. Cierto que cuando se entra en esa vida, nunca se sabe hasta dónde se lle-

gará, pero una muchacha generosa no teme darse toda entera.

**b) para la Iglesia** Ahora tomemos el sacrificio desde el punto de vista de la Iglesia. ¿Por dónde va el mundo de nuestros días, por dónde se encuentra el reino de Jesucristo? Mirad el abandono de la Iglesia y las conspiraciones para arrebatarse a Dios la tierra que se había reservado. Jesucristo ya no tiene a Jerusalén, quizá pronto ya no tendrá Roma. Frente a estos hechos, ¿qué nos queda por hacer? La acción apostólica no basta; Jesucristo ha predicado tres años en la tierra, pero esos años de predicación no son nada al lado de las horas que ha pasado en la Cruz. Es el derramamiento de su sangre lo que constituye la meta de su descenso a la tierra, y en eso consiste la perfección de su vida. Para vosotras, sus esposas, ¿acaso la perfección no consistirá también en una vida de sacrificio? Un santo decía: “Dios mío, ocupaos de mis asuntos, yo me ocuparé de los vuestros”. – Mirad el amor desinteresado de un alma que se olvida completamente de sí para no vivir más que para Jesucristo y que, aunque sintiendo su incapacidad, se entrega entre las manos de Jesucristo para hacer cuanto él quiera. Ve a Jesucristo salvar al mundo mediante su pasión y dice: “Dios mío, tomadme, heme aquí toda entera como víctima, y ya que el momento más solemne de vuestra vida humana ha sido la hora del sacrificio de la cruz, que yo trabaje sin duda como Vos, pero que sobre todo, como Vos, yo tienda al sacrificio y a la inmolación”. Mirad entonces cómo vuestro sacrificio, unido al de Jesucristo, tomará una inmensa dilatación. Nuestro Señor también quiere instrumentos; mediante los méritos adquiridos por vosotras, en unión con Jesucristo, salvaréis almas. Es el trabajo de la comunión de los santos y de la reversibilidad de los méritos, mediante los cuales no sólo los sacerdotes, sino también las vírgenes cristianas,

herederas de las santas mujeres al pie de la cruz, que tomando una copa y llenándola con la sangre de Jesucristo, la derraman sobre las almas; y si la sangre de Jesucristo llegara a faltar, ellas pondrían la propia, entregándose e inmolándose enteramente.

He ahí el sacrificio, he ahí la belleza moral a la que todo cristiano debe aspirar.

El momento en que Jesucristo ha sido más agradable al Padre es aquél en que era objeto de horror para los hombres. Dios miraba a su Hijo con mayor complacencia en el Calvario que en el Tabor. Decía entonces: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui* (Mateo 3, 17). Y así también vosotras os haréis hijas amadas del Padre si os unís al sacrificio de Jesucristo.

## 2º Conservación

Examino ahora la conservación del alma mediante el sacrificio.

Todos los seres creados tienen un tiempo de crecimiento; por un momento quedan estancados, luego viene la decadencia. Cuando la planta ha dado su flor, se seca, y el árbol centenario de los bosques cae a su vez. Lo mismo le pasa al hombre. Entre los cuerpos morales sólo la Iglesia tiene promesas de inmortalidad; es un árbol que crece siempre, pero las órdenes religiosas que son sus ramas, se secan y caen a su tiempo. Los solitarios que tantas maravillas produjeron han desaparecido. Tantos monasterios, en que los monjes se entregaban a mortificaciones cuya narración nos hace temblar, han desaparecido poco a poco. ¿Pero cómo oponerse a esta decadencia religiosa? – Adhiriéndose a Jesucristo que ha dicho: *Ego sum via, veritas et vita* [Juan 14, 6]. Hay que adherirse a la vida eterna, vida que se ha manifestado sobre todo en el árbol de la cruz, ya que allí ha destruido a la muerte... *Ego mors tua, o mors* (Oseas 13, 14).

Hay que ofrecer a Dios sacrificios de conservación para evitar la muerte. Lo que más se olvida en general son los

derechos de Dios, el reconocimiento de su dominio, de su poder, y sin embargo no hay sacrificio más conservador de la santidad que la adoración. Nuestra naturaleza está de tal manera modelada, impregnada de mentira, que hay mucho de artificial en nuestras relaciones con Dios. El mejor medio de llegar a la realidad es la adoración mediante la que reconocemos el soberano dominio de Dios sobre nosotros. Pues bien, el acto de adoración más perfecto es el sacrificio, el holocausto: holocausto es la destrucción de la víctima. El sacrificio de Jesucristo ha sido un sacrificio de holocausto; para nosotros será la adoración lo que restablecerá la realidad de nuestras relaciones con Dios. Ella nos hará ver cómo aquél que nos ha sacado de la nada puede volver a sumergirnos en ella. Comprenderemos la Providencia de Dios respecto de un pobre ser, un pobre esclavo liberado por una misericordia infinita, y nos abandonaremos para, por una parte reparar nuestras faltas, y por otra adorar.

No creo que haya un medio de conservación más poderoso que el holocausto. Cuando un alma perece, es que Jesucristo se ha retirado de ella, porque Jesucristo es el alma de la humanidad regenerada. Cuando la vida de Jesucristo se retira también de las sociedades, éstas perecen, pero existe un medio de hacerle revivir en ellas, es el sacrificio, en vosotras en primer lugar y a vuestro derredor mediante el ejemplo. Una comunidad que ofreciera el ejemplo del sacrificio, de la regla, de la oración, de la adoración... *hostiam laudis*... atraería gracias inmensas, y esta nube del sacrificio, elevándose por encima de la tierra, Dios la aplicaría a Oriente, a Occidente, al Norte o al Sur; nadie lo sabe, pero ahí habría una fuente de méritos incontestable.

**3º Preservación** Termina con el sacrificio de preservación. La religiosa debe ante todo preservarse ella misma mediante el sacrificio,

luego debe preservar a los demás. *Cum autem dormirent homines venit inimicus ejus et superseminavit zizaniam in medio tritici et abiit* (Mateo 13, 25).

Vosotras sois muy fervorosas, habéis recibido con amor la palabra de Dios, pero la palabra de Satanás vendrá a su vez, ¿y cómo os preservaréis de ella? – Mediante el sacrificio, mediante la clausura, tan útil a la virgen cristiana. – Existen para el alma tantas ocasiones de mancharse: estáis rodeadas de peligros, de trampas; el mejor medio de preservaros de ellos es permanecer siempre atadas al árbol de la Cruz. La paloma soltada por Noé volvió al arca, volved a la Cruz como a vuestro lugar de refugio. Existe para el alma religiosa generosa como un placer en vengar a Nuestro Señor barriendo en ella hasta los últimos vestigios de la vida de los sentidos. Es aburrido, es penoso. También la paloma estaba cansada, y sin embargo voló hasta que volvió al arca. Vosotras que estáis obligadas a relacionaros con el mundo, las niñas, las personas de fuera, pobres de vosotras si no volvéis muy pronto al arca. No temo decirlo, debéis ser religiosas tanto más sacrificadas cuanto más expuestas estáis a peligros mayores. Mirad ahora lo que debéis dar a Dios: ¿todo o solamente alguna cosa?

Es seguro que algunas de vosotras dentro de ocho días serán lo que eran antes; otras caminarán durante dos meses, tres meses con un cierto empuje; pero ¿cuántas habrá que tomen la resolución firme, enérgica de una santificación continua mediante el sacrificio? ¡Esas serán felices, serán realmente esposas, verdaderamente santas!

Plazca a Nuestro Señor que sea la mayoría. Todas podéis ser fervorosas, sedlo mediante el sacrificio y la inmolación. Que vuestro sacrificio suba como incienso de agradable olor ante el trono de Dios.

Dejad a Jesucristo, víctima y sacrificador, realizar su obra en vosotras. Como víctima, será vuestro modelo; como sacrificador, abandonaos a sus divinos golpes. Cuanto más obréis así, más aumentaréis su amor por vosotras; más le amaréis también; más gustaréis la excelencia de esta inmolación que os hará, en su momento, resucitar con la víctima del Calvario, de acuerdo con la palabra de San Pablo: “Dios nos ha resucitado con Cristo para hacernos sentar con él en la gloria” [Efesios 2, 6].  
*Amén.*

---

### CLAUSURA DE RETIRO

23 de septiembre de 1878

*Beati immaculati in via, qui  
ambulant in lege Domini*  
[Salmo 119, 1].

Mis queridas hijas:

Estas palabras que la Iglesia pone cada día en nuestros labios, nos recuerdan sin cesar las auténticas condiciones de la felicidad. Quieres ser feliz, dice San Agustín, sé inmaculado: *Si vis esse beatus, esto immaculatus*. Al término de vuestro retiro, os supongo a todas en esta pureza perfecta del alma, resueltas a caminar en la ley del Señor; y por eso vengo a añadir a los excelentes consejos que habéis recibido durante ocho días, algunos consejos prácticos, que llamaré peticiones paternales. Los escucharéis con los sentimientos que me los dictan, y espero que contribuyan a dar un sello especial a vuestra vida religiosa, durante el año escolar que se va a abrir para vosotras.

## I. Despojarse de sí misma

Lo que solicito de vosotras ante todo es que en adelante no os deis ninguna importancia. ¿Qué somos, en fin de cuentas? ¿Qué es nuestro cuerpo en la inmensidad del espacio? ¿Qué es nuestra alma en el mundo casi infinito de los espíritus? ¿Qué es nuestra vida aquí abajo en la serie de los siglos? ¿Qué valemos por nosotros mismos, si colocamos sobre nuestra inteligencia el peso de nuestra ignorancia o de nuestros errores, sobre nuestra voluntad el peso mucho más pesado de nuestras faltas? Y sin embargo, es este pequeño ser tan inflado de miserias, de mentiras, de vanidades, que aspiramos a hacer pasar por objeto de algún valor, con derecho a consideraciones. ¡Oh!, cuán verdad es aquel dicho de San Agustín: *Magna est miseria superbus homo!* Y seríais vosotras esta gran miseria si siguierais en vuestro orgullo, satisfechas de vosotras mismas. Saldréis de ella al contemplar, frente a vuestra gran miseria, la mucho más grande misericordia que Dios os presenta desde el fondo de la humildad, a la que ha querido descender, para mostraros cuán bueno es contarse por nada. *Magna miseria homo superbus, sed major misericordia humilis Deus.*

Por lo tanto, cuando estéis dudosas entre las pretensiones de vuestro orgullo y el deseo muy perfecto de no daros ninguna importancia, fijaréis vuestras miradas en los rebajamientos de vuestro Dios. Eso será para vosotras la fuente de la misericordia. Rechazaréis todas las miserables pretensiones del amor propio, y haréis fluir sobre vosotras la misericordia divina mediante la humildad del Salvador: *Magna miseria homo superbus, sed major misericordia humilis Deus.* Echad por adelantado una mirada a todas las ocasiones en que la miseria de vuestro orgullo viene a chocar contra la humildad de Jesucristo, y comprenderéis cuánto la humi-

llación os conviene para entrar en el conocimiento del plan sobrenatural de Dios para con vosotras, de modo que podáis decir: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas*. No hay ciencia divina, no hay inteligencia de los caminos de este Dios sin humildad y sin humillación: *Bonum mihi, quia humiliasti me*. Este gran bien es el que os pido ante todo que adquiráis, los demás vendrán después en abundancia.

Y de ahí procede aquel grito del alma, que viendo su debilidad y su anonadamiento, exclama: *Adhaesit pavimento anima mea*. No es capaz sino de quedar echada sobre el polvo, en el pavimento del templo: *Adhaesit pavimento anima mea*; pero allí irá Dios a buscarla para devolverle la vida: *Vivifica me secundum verbum tuum*. ¡Oh, Dios!, exclama San Agustín, ¿dónde está el hombre, propiedad tuya, ya que se anonada en sí mismo para llenarse de ti: *Ubi est homo tuus exinaniens se, ut impleatur a te?* Vosotras os despojaréis de vosotras mismas, os anonadaréis, no os daréis mucha importancia; he aquí mi primera petición. Os llenaréis del espíritu de Dios: tal es la segunda petición que os planteo.

## II. Llenarse de Dios

Llenarse del ser de Dios, después de haberse purificado enteramente de cuanto el corazón encierra de corrupto, ¡qué meta para la criatura que está llamada a la verdadera felicidad! No encuentra esa felicidad a su alrededor; no la encuentra dentro de sí misma; sólo la encuentra por encima de sí, pero encima de sí misma no hay más que Dios. *Quod est anima melius, id Deum dicimus*. He ahí el concepto: abandonaros, porque valéis poca cosa, si es que tras el pecado valíais algo, y buscad algo mejor que vuestra alma; y mejor que vuestra alma no hay sino Dios. *Id autem quod est anima melius, id*

*Deum dicimus.* ¿Y cómo le poseeréis, cómo le alcanzaréis a este Dios tan por encima de vosotras? Escuchad aún a San Agustín. *Cui quisquis eum intelligit, junctus est.* Nos unimos a él cuando tenemos su inteligencia. ¿Pero qué es tener la inteligencia de Dios? La inteligencia completa de las perfecciones divinas no es de este mundo. Pero entre los dones del Espíritu Santo está el de inteligencia con cuya ayuda nos son reveladas aquí abajo las cosas divinas, en la medida en que somos capaces de conocerlas. Así es como la inteligencia nos hace avanzar hacia Dios.

Existen diversos grados de inteligencia, según como abramos los ojos del alma a las claridades divinas, y eso depende de nosotros. La luz común en primer lugar. Pero si cerráis los ojos, ya no es culpa de la luz si ella no os ilumina. *Et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non receperunt* [Juan 1, 5]. ¿Cuál es, pues, el deber del alma a quien Dios ha dado el don de la inteligencia? Aplicarse a ver, a comprender y siempre más; consiste en unirse a Dios mediante la contemplación. Ahora bien, ¿quién está más llamado a la contemplación que el alma religiosa? De estas almas es de quien se dice que buscan al Señor con todo su corazón: *In toto corde exquirunt eum.* Así le buscan, así le encuentran, pero es necesario que sinceramente quieran encontrarlo. Y reparad en un gran principio de San Agustín: *Sciens verba Dei non posse custodiri per obedientiam, nisi videantur per intelligentiam, hoc quoque orationi addit et dicit: Revela oculos meos.* El alma, sabiendo que las palabras de Dios no pueden ser practicadas por obediencia, si no son manifestadas por la inteligencia, añade esta petición a su oración y dice: *Revela oculos meos*, abre mis ojos.

De ahí se sigue la necesidad de esta constante preocupación de Dios mediante la oración, de la vida de Dios, de la unión con Dios, de la entrega de toda la vida a Dios

solo. ¡Oh!, si sólo Dios os ocupa, si le veis por todas partes: en lo que os rodea mediante su Providencia, en el gobierno de las almas mediante su Iglesia, en vosotras mismas mediante los misterios de la vida interior, en los que deberíais poner vuestra dicha, ¿a qué perfección no subiríais?

### III. Mediante la más exquisita obediencia

Ahora bien, los medios para alcanzar esta perfección –y ésta es mi tercera petición– consisten en la vida religiosa, cuyas sagradas prescripciones deberíais practicar con un celo santo. Escuchad al salmista: “*Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*: Dios mío, has ordenado observar tus mandatos con exceso” [Salmo 119, 4]. ¿Qué es este exceso? ¡Oh!, no se manda a todos sino a las almas privilegiadas.

A cerca de esta palabra de que hay que custodiar los mandatos de Dios con exceso, San Agustín hace observar la diferencia entre la sabiduría de los paganos y la de los cristianos. Los paganos tenían por regla de su conducta: *Ne quid nimis*, nada de excesos. ¿Por qué? Porque la idea de la virtud referida al hombre tiene sus límites. La virtud del cristiano, por el contrario, teniendo por meta a Dios que es infinito, nunca alcanzará su meta perfectamente; y por ello el profeta exclama: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*. La plenitud de la ley es el amor. ¿Pero qué criatura amarán nunca a Dios lo suficiente? No hay que temer mandarles amar demasiado, ya que nunca amarán lo suficiente.

Pero ésta es vuestra gloria, vosotras llamadas a la perfección: ser invitadas mediante la práctica de los consejos evangélicos a ir más allá, a alcanzar ese exceso del que la debilidad común parece incapaz, pero que

es posible para aquellas que buscan a Dios con todo el corazón. Qué os voy a decir, pues, sino que subáis a las cimas de los mandamientos de Dios, que miréis más allá, que veáis lo que el amor añade mediante los consejos, y que os dediquéis seriamente a aplicaros este grito que cada día dirigís a Dios: *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis*. Y cuando deis vuestro corazón a Dios; cuando al despertar os revistáis con vuestro santo hábito como de Jesucristo; cuando, vosotras mismas, os dirijáis a la santidad de las comunicaciones de Dios mediante la oración; cuando sujetéis vuestros cuerpos a las leyes de la penitencia y añadáis a esto lo que la vida religiosa os permita; cuando llevéis valientemente el yugo de la regla; cuando os hayáis hecho obedientes hasta la muerte, amantes como aquél que ha dado su vida por sus amigos; cuando vayáis a adorarle, con todas las intenciones de los ángeles, a los pies del trono de Dios; cuando, unidas a él mediante la comunión, le pidáis todos estos sentimientos para reproducirlos con constancia y ya no los substituyáis a los vuestros; en una palabra, cuando, llegadas a ser copias fieles del gran religioso, el Hijo de Dios hecho hombre, podréis decir: Para mí vivir es Cristo, *Mihi vivere Christus est* [Filipenses 1, 21]; entonces comprenderéis estas palabras: “Dios mío, tú mandaste custodiar tus mandatos en exceso”, porque los habréis observado como perfectas religiosas.

Entonces también encontraréis las verdaderas alegrías de la tierra, como sólo las almas religiosas pueden gustarlas, y repetiréis además: *In via testimoniorum tuorum delectatus sum, sicut in omnibus divitiis*. ¿Qué riquezas pueden procurar semejantes alegrías? ¿Qué criaturas pueden causar semejante dicha? Pero eso no basta. La vida religiosa ha hecho de vosotras valientes obreras; veamos, para terminar, a qué obras debéis con-

sagrar, tanto los trabajos preparatorios del sacrificio de vosotras mismas, como la visión de las perfecciones de Dios y la santidad de vuestras obligaciones religiosas.

#### IV. Mediante el amor desinteresado a las almas

Nuestro Señor, al pedirnos que no os escondáis tras las rejas de un claustro, os ha llamado evidentemente a una cierta acción. Ahora bien, esta acción, ya lo sabéis, ha de ejercerse sobre las almas. Y recordad esto, no por vosotras, sino por Dios: son las almas de Jesucristo, no son las vuestras; no os pertenecen, son de Dios. No, vosotras no sois las propietarias, y muy a menudo la usurpación de la propiedad de las almas es una de las más tristes causas del escaso progreso que se les hace hacer.

Esto no impide amarlas, y amarlas mucho, pero las amaréis por Dios. A veces están sublevadas y se necesita apaciguarlas; fácilmente se vuelven asustadizas, hay que domesticarlas; a veces son recelosas, hay que disipar sus fantasmas con la luz de una gran sencillez. Testimoniadles la amistad de los buenos consejos. Sobrellevad sus cargas: son ligeras para vosotras que sois fuertes, son grandes para ellas que son débiles. Caminad en este apoyo a las almas, que debéis practicar las unas para con las otras, pero que vosotras debéis practicar sobre todo con las niñas que os están confiadas.

San Agustín, apropiándose una palabra del Apóstol dice: *Ipsa est ergo lex Christi, ut onera nostra invicem portemus*. Se puede reconocer la santidad de una religiosa en el celo con que lleva la carga de las almas. ¡Y cuánto bien hacen entonces! No esperáis que os haga aquí un curso de educación. Pero era necesario, al final de este retiro, recordaros los importantes deberes de la formación de las almas.

Una vez más, no os regateéis más. Lanzaos a corazón abierto en los brazos de Dios. Sed religiosas santas, sed vírgenes apostólicas. Tales son mis deseos para vosotras, al final de este retiro. ¡Que Dios las bendiga y las haga fecundas para la santificación de vuestras almas! ¡Así sea!

---

### III.- LAS OBLATAS DE LA ASUNCIÓN

*La correspondencia del P. d'Alzon con la Madre Correnson (Madre Emmanuel-Marie de la Compassion) ya ha sido parcialmente editada por la Bonne Presse en 1933. Escogeremos de aquí algunos textos que esclarezcan mejor la meta y el espíritu de la Congregación de las Oblatas de la Asunción.*

*El P. d'Alzon ha dejado en herencia a las Oblatas, bajo el título de Testamento espiritual, sus notas de un retiro dado en 1877. Algunas de esas instrucciones fueron utilizadas en las Meditaciones destinadas a los Religiosos de la Asunción, en 1879.*

*Otro retiro sobre la Santísima Virgen, dado en septiembre de 1879, ha sido editado en 1941, por la Casa Madre, en un pequeño fascículo. Lo señalamos simplemente y damos aquí algunos extractos de las cartas a la Madre Correnson y algunas instrucciones inéditas dirigidas a las Oblatas durante los últimos años de vida del Fundador:*

*A. Extractos de la correspondencia del P. d'Alzon.*

*B. Instrucciones a las Oblatas.*

— A —

4 de octubre de 1864

A María Correnson

**Una Asociación  
eucarística para  
Oriente**

Quisiera tratar de explicarle hoy lo que pienso pedirle. ¿Quisiera ayudarme usted a fundar una Obra en Oriente destinada a reparar las ofensas que a diario recibe Nuestro Señor en la Eucaristía y a extender su culto y su amor?

Me parece más claro que el día, que la gran devoción de los tiempos modernos, frente a las negaciones de los

protestantes, debe ser la exaltación de la Iglesia, el culto de la Santísima Virgen y el amor ardiente hacia el Santísimo Sacramento. Ahora bien, mientras que en Occidente la incredulidad, hija del protestantismo, rechaza esta triple manifestación de piedad católica, ¿acaso no sería útil, o mejor dicho, acaso no entraría en los designios de Nuestro Señor que le ofreciéramos una Asociación que se proponga propagar por todo el Oriente cismático la gloria del divino Maestro, presente en la Eucaristía, como desagravio por tantas injurias y sacrilegios? ¿Acaso no sería éste un buen medio para preparar la unidad?

**Cualidades requeridas de sus miembros** Las personas que se consagrarían a fundar una Asociación de este tipo deberían tener:

1º Un amor ardiente a Nuestro Señor inmolado en el altar.

2º El deseo de reparar los agravios que recibe, mediante la oración, la penitencia y las obras de celo apostólico. Las personas que sólo pudiesen dedicarse a la oración y la penitencia podrían unirse de un modo más efectivo.

Las personas que se ocupasen de las obras de celo apostólico podrían multiplicar sus ramificaciones o asociarse con otras organizaciones ya existentes.

**Medios** Los medios para reparar los agravios cometidos contra Nuestro Señor, además de la oración y de la penitencia, son:

1. La construcción de iglesias en Oriente.
2. El cuidado de los ornamentos.
3. La catequesis dada a los niños para prepararlos a la Primera Comunión, infundiéndoles el deseo de la comunión frecuente.
4. La formación de escuelas con este fin.
5. La renovación del clero.
6. Establecer en esos países la adoración perpetua.

No necesito, querida hija, explicarle más esta idea; creo que ya se explica por sí sola.

**Una llamada** Pero, ¿qué puedo hacer yo?, me dirá usted. Primero que todo, pensar sin cesar en esta idea, madurarla a los pies de Nuestro Señor, ofrecer sus comuniones, sacrificios y limosnas durante algún tiempo, para ver si Dios la quiere en esto. Cuando empiece a sentir algo en lo profundo de su corazón que la impulse a entregar su vida a Jesucristo en la Eucaristía, en reparación por tantos agravios como recibe y para colaborar en la expansión de su culto en Oriente, tendrá entonces que poner manos a la obra y podrá decir: Bueno, ¿cómo puedo ocuparme de estas cosas? Ahí le contesto yo: ¿Cómo la señorita Jaricot, una pobre chica siempre enferma, fue capaz de fundar la Obra de la Propagación de la Fe? ¿Cómo una pobre mujer de Lyon, carente de recursos, pudo fundar la Obra del Cumplimiento Pascual Militar, que lleva ya 25 años ayudando a miles de soldados a cumplir con Pascua por toda Francia? ¿Y cómo tres colegialas internas de Saint-Maur fundaron en Nimes la Obra de San Francisco de Sales? Cuando Nuestro Señor quiso establecer su Iglesia, le preguntó a un pobre pescador: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?”. Y yo les pregunto a dos chicas de buena voluntad: “María e Isabel<sup>1)</sup>, ¿amáis mucho a Jesucristo?”. Eso es todo.

**Un plan de acción** Sé muy bien que todo el mundo no tiene la misma vocación, pero pienso que hay situaciones providenciales y creo que está usted en una de esas situaciones. Empiezo por decirle que no tengo intención en absoluto de mandarla

<sup>1)</sup> Isabelle de Mérignargues, una Adoratrix del Santísimo Sacramento.

para allá. Usted debe trabajar aquí. Quizá quiera adelantar algo y me pregunte usted: Bueno, ¿y qué haremos cuando nos hayamos entregado? Le podría contestar en primer lugar: ¿Piensa usted que cuando Nuestro Señor le dijo a San Pedro: “¡apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas!”, se volvió más listo por eso? Yo no lo creo; primero porque aún no había recibido el Espíritu Santo, luego porque, probablemente, los designios de Dios sólo se le fueron revelando poco a poco, como se deduce de la conversión del centurión Cornelio. Pero yo voy aún más lejos. En cuanto usted me diga: “Padre, mi vida pertenece a Nuestro Señor en la obra que me propone usted”, nos pondremos entonces a organizar las cosas según las circunstancias, según los obstáculos que serán muchos y según las facilidades que serán tal vez mayores aún de lo que pensamos. Vea, pues, algunas ideas que se me ocurren:

1º Establecer una casa de las Hermanas de la Asunción en Andrinópolis con la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento, tanto mediante ellas mismas como mediante las jóvenes católicas del país.

2º Ocuparme en la formación de religiosas y de religiosos para Bulgaria.

3º Conseguir fondos para mandar libros.

¡Ay, Dios mío, y dice usted que no tendrá nada que hacer! Bordará toallas, cuando no tenga otra cosa que hacer. Por ejemplo, ¿por qué no se libera y saca tiempo para pasar ratos más largos ante el Santísimo Sacramento orando por esta intención? Si la idea de trabajar de acuerdo con Isabel le gusta y a ella también, ¿por qué no ir juntas algunas veces a comulgar con este fin y por qué no ir juntas de vez en cuando a adorar al Santísimo Sacramento para pedirle luz, fuerza y consejo? Si esto que le propongo le parece bien, puede ense-

ñarle esta carta a Isabel. Aunque es mayor que usted, por algún tiempo tendrá menos libertad que usted. La salud de su madre y los asuntos familiares la absorben. Sin embargo, tras mucha oración, pienso que esta obra debe edificarse sobre ustedes dos, sin excluir otras ayudas más adelante.

### FUNDACIÓN DE LA OBRA DE BULGARIA

No tengo intención de escribir una historia. Me propongo sólo reunir algunas notas sobre los inicios y los progresos de una obra cuyo origen parece estar marcado por un sello providencial. Los obstáculos que debían ahogarla en sus inicios se convirtieron en elementos para su desarrollo. Llovieron sobre ella las bendiciones de Dios por donde parecía más bien que iba a llegar su sentencia de muerte, aun antes de nacer. Cuantos han estudiado el Oriente están convencidos de que, si algún día se podrá injertar la fe católica en el tronco del cisma, será mediante las escuelas. Esta persuasión, confirmada por la experiencia, llevó a algunas personas a comprometerse y a unirse para favorecer la formación de una pequeña familia religiosa cuya misión sería establecer escuelas en las aldeas búlgaras; algo que se había hecho ya en algunas regiones de Asia.

Al parecer, se necesitaba para esto una persona fuerte y enérgica, con espíritu de iniciativa y organización, capaz a la vez de dirigir con firmeza y de ser flexible ante las situaciones delicadas. Era difícil ciertamente encontrar a alguien así. Después de larga espera, parecía al fin haberla hallado. Pero cuando hubo que poner manos a la obra de una vez, aparecieron las dudas y temores. Total, cuando ya todo parecía listo, todo se desvaneció como por encanto.

El fundador y las tres fundadoras que se había buscado se encontraron ante un proyecto abortado y sin ele-

mentos para volver a empezar. Era una situación bastante desalentadora. Había actuado la mano del hombre, que no tenía de qué gloriarse ante este fracaso total; pero la mano de Dios no se había mostrado aún.

Sin embargo, parecía que algo quería el Señor. De modo que fundador y fundadoras se pusieron de nuevo a ver qué habría que hacer, aunque sólo fuese como protesta por nuestra primera aventura.

Por esa época, empezaba en Le Vigan el pequeño noviciado de los Agustinos de la Asunción. El Padre Hipólito, que era el director, pensaba que en los Montes Cevenas quizá se pudiese hallar lo que ni los llanos del Vistre ni las riberas del Hérault habían dado. Algunas muchachas que se confesaban con él comenzaron, bajo su dirección, a acariciar la idea de consagrarse a Dios. Algunas hacía ya tiempo que lo venían pensando, pero no habían podido superar ciertas dificultades. Otras eran piadosas, sin llegar a esa certeza consciente de la vocación que sólo dan circunstancias providenciales y benditas.

De modo que el P. Hipólito fue combinando poco a poco el material de que disponía. Era durante el invierno de 1864 a 1865. El intento hecho en Nimes había fracasado en la primavera de 1864.

En Le Vigan las cosas se presentaban de otro modo. Para empezar se necesitaba una casa. Se presentó una maravillosa ocasión de poder alquilar por nueve años una especie de villa, donde se podría alojar sin mayor dificultad a 20 o 30 novicias, incluso algunas más, apretándose un poco, como ocurre en todos los inicios de una obra.

Una docena de personas estaban listas para entrar en la Asociación y formar así el primer núcleo. El P. Hipólito seleccionó seis; de acuerdo con el P. d'Alzon, escogió el 24 de mayo, fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, para colocar el Santísimo Sacramento en una

pobre capillita donde Nuestro Señor seguramente no siempre había sido honrado.

Para darle una mayor solemnidad a tan humildes inicios, se invitó a algunas señoras piadosas de Nimes para que animasen con su presencia el proyecto de estas humildes chicas que, con sencillez y gran valor y confianza en la Providencia y en Nuestra Señora de Bulgaria, querían consagrarse como esposas de Nuestro Señor Jesucristo. Con un corazón generoso le ofrecían al Señor la escasa instrucción que la mayoría de ellas tenía, pero también su inmensa buena voluntad para formar e ignoraban esas desconfianzas tras las que se oculta a veces un espíritu de independencia que aparenta ser obediente.

Sor Margarita, Sor María Magdalena, Sor María de la Anunciación, Sor Teresa, Sor Luisa y Sor Verónica; pronto se unió a ellas Sor María de los Ángeles; fueron ellas las piedras fundamentales de la obra.

*Nota del Padre d'Alzon.*

20 de julio de 1866

A María Correnson

**Puntos fundamentales** Examine bien, hija mía, las preguntas que le voy a hacer:

1º ¿Se siente usted con fuerzas para entrar poco a poco en lo íntimo de la obra?

2º Pasando todavía un tiempo fuera, ¿cree usted que podrá ser algún día la Madre?

3º ¿Tendrá bastante paciencia para aguantar ciertos reproches y ciertas críticas que nunca faltan al inicio de toda obra que comienza?

4º ¿Consentirá en no chocar demasiado con algunos caracteres poco amables que no dejará de encontrar por el camino?

5° Si hay personas de su misma clase que se unan a usted, ¿aceptaría dirigir las con suavidad, bondad y, sobre todo, espíritu sobrenatural?

6° ¿Se siente con fuerzas para tener un auténtico corazón de madre? (Pregunta esencial).

7° ¿Está resuelta a dar a luz esta obra con todos los dolores fáciles de prever?

8° Las probables separaciones ¿no la asustan demasiado?

9° La vida dura y penosa que quizá algún día se le imponga ¿no será algo superior a su naturaleza?

10° ¿Será capaz su voluntad de volverse tan estable, con la gracia de Dios, que le permita llevar y afirmar a las voluntades vacilantes que la rodearán?

11° ¿Quiere usted llegar a ser una verdadera santa y asentarse firmemente en el orden sobrenatural, de tal modo que todo lo considere únicamente desde este punto de vista?

12° Y en fin, ¿quiere usted ser un apóstol y comunicar ese espíritu apostólico a las demás?

Mire que no le digo: “¿quiere usted ayudarme?”. Me parece que eso tendría un aspecto demasiado humano; pienso que, aún con los pies bien puestos en la tierra, debemos construir todo para el cielo. Esto es algo importante y solemne para usted; y cuando trato de resumir nuestras conversaciones precedentes, y trato de fijar algunos puntos fundamentales, créame que siento una emoción profunda al pensar que voy marcándole a una hija tan querida las etapas de una vida futura que en realidad consiste sobre todo en una corona de espinas y en los clavos de la cruz...

---

### Profesión de la Fundadora

*En presencia de la santísima y adorable Trinidad, y bajo la protección de la Santísima Virgen María, mi madre, yo, Sor Emmanuel-Marie de la Compassion, prometo y hago voto a Dios, a quien adoro aquí presente en*

*esta Hostia, de vivir para siempre en pobreza, castidad y obediencia y consagrarme a las misiones extranjeras, según la voluntad de mis Superiores y según la Regla de San Agustín y las Constituciones de las Oblatas de la Asunción.*

*Nimes, 18 de abril de 1867.*

---

### “Un Deber”

*En 1868*

El espíritu de la Asunción consiste en un gran amor hacia Nuestro Señor en la Eucaristía; 2º en un amor filial a la Santísima Virgen, y sobre todo, en una entrega total a la Iglesia y a la salvación de las almas.

Su piedad es franca, leal, desinteresada y enérgica. El vigor y la fuerza hacen parte sobretodo de su carácter porque no admite afectación de formas ni estrechez de ideas. Las obras de celo por la extensión del Reino de Nuestro Señor encuentran un gran apoyo en sus miembros. El espíritu de sacrificio les impulsa a trabajar en las misiones, donde se sienten felices de ganar almas para Nuestro Señor. La sumisión y la firme adhesión a la Santa Sede me llaman más la atención que en otras comunidades.

En la enseñanza se aplican sobre todo a formar *hombres* que sean inteligentes y profundamente cristianos, pero sin hipocresía; lo que se pretende inculcar ante todo es energía y lealtad.

*En 1868*

A la Madre Correnson

**Corrección del deber** Cuando le exigí, hija mía, que pusiera por escrito lo que más le llamaba la atención en la *Asunción*, es porque quería obligarla a darse cuenta de aquello en que usted pudiera tomar una parte más activa. Y para llegar a ese resultado, uno de los medios más poderosos es coger la pluma y escribir.

Entiendo que no quede satisfecha con el borrador ni con su primera copia, pero paciencia. Este trabajo se irá haciendo poco a poco y, como es usted misma quien lo

ha hecho, ya no se contentará con decir que las ideas de la Asunción son amplias e inteligentes; usted misma verá en qué consiste esa amplitud y su grado de inteligencia. Por ejemplo, habla usted de nuestra devoción a Nuestro Señor, al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen, de nuestra sumisión a la Santa Sede; pero ¿cuántas otras Órdenes tienen la misma meta? ¿Cuál es pues la especificidad de nuestra Congregación bajo ese punto de vista? Eso es lo que le pido buscar y, si le falla la reflexión, la memoria le recordará lo que yo le he dicho tan a menudo.

Habla usted de nuestra energía, pero ¿cuál es su fuente? Otra pregunta que espera respuesta. Note que lo que destaca a una familia religiosa son las ideas. Hay que difundirlas. Y para comunicarlas a otros es absolutamente necesario tenerlas, y sobre todo saber darles forma. Eso sólo se consigue mediante la reflexión. Espero pues que usted continúe reflexionando y expresando el resultado de sus meditaciones y, con la ayuda de Dios, llegará por su propio esfuerzo a compenetrarse tan bien del espíritu de la Asunción que será luego capaz de transmitírselo fácilmente a sus hijas.

Espero que haga usted un trabajo más desarrollado donde me diga: 1º Qué hay de más especial en la Asunción, en el amor a Nuestro Señor, al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen; 2º ¿De dónde saca su energía la Asunción?

17 de julio de 1869

A la Madre Correnson

**Como a una santa** ...Vamos a ver, ¿quiere usted que le hable como hablaría a una santa?

1º Tiene usted que tomar la resolución de dar a entender cada vez más que el poder sólo le importa porque

se lo han impuesto; para eso le falta aún limar bastante delante del Señor algunas partes angulosas de su querida pequeña personalidad.

2° Tiene que olvidar un poco más los puntos de vista que provienen de ciertas personas para tratar más los asuntos en sí mismos y en un sentido más general. Le señalo aquí un escollo que proviene más de su sexo femenino que de su naturaleza propia; creo incluso que con su personalidad usted posee todo lo necesario para liberarse de cualquier inconveniente propio más bien de su naturaleza femenina que de su carácter personal. Al contrario, la considero muy capaz, por poco que se esfuerce, de conquistar el don de dejar de lado las pequeñeces de las cosas; pero para esto usted tiene que hacer esfuerzos todavía.

3° Usted ama mucho a Nuestro Señor como su esposo, quizá no tanto como su rey. Impulsa muy lejos la delicadeza de sus relaciones con él; lo quiere para usted sola; pero la Fundadora de las Oblatas tiene que quererlo para sus hijas y para cuantas almas sus hijas conviertan y para toda la Iglesia y para todos los pecadores. Esfuércese por levantarle un trono en su corazón y preocúpese constantemente de los medios necesarios para ponerlo sobre un trono que domine todos los corazones. Y para eso, no sólo tiene que orar mucho y ofrecerle sus sufrimientos como un medio para cooperar al misterio de la redención, sino que debe preocuparse mucho más de todo cuanto pueda interesar a la gran causa de la Iglesia. Me parece que su inteligencia debe crecer mucho en ese aspecto.

Olvidese de las tentaciones de toda clase que le sugiera el diablo; es una manera muy hábil que tiene él de hacerle perder el tiempo. Mucho mejor empleado estaría ese tiempo si usted se dedica, en cuanto su salud se lo permita, a estudiar todo aquello que le haga comprender

las grandes necesidades de la Iglesia. Hay en esto todo un mundo nuevo que se abre para usted. Queda por ver qué hará usted, qué podrá usted hacer. Sé por experiencia que cierto cansancio físico impide el trabajo del espíritu. Por eso en ese aspecto, para no hablar de otros, mis deseos más fervientes son que recupere usted la salud en Vichy.

Usted no quiere que se petrifique ahí su corazón, y tiene toda la razón. Preferiría que pudiese usted hacerlo mil veces más grande y más ardiente para con cuánto hay de grande, de bello, de divino en las perfecciones de Jesucristo y en la causa de la Iglesia. Tiene que entrar en una vida completamente nueva mediante cierta fuerza de la inteligencia, de la que usted es extremadamente capaz, y mediante la dilatación de su capacidad de amar a las almas, como Nuestro Señor mismo las ama. María, regrese como una verdadera santa. Se lo repito, sin que usted se petrifique, corte, trinche, amplíe, agrande todo lo que en usted está hecho para dirigirse hacia el infinito y entrar en la plena posesión de Dios, mediante el cumplimiento de todos sus designios sobre usted.

Adiós, hija mía. La bendigo con un desborde de cariño y con un deseo muy ardiente de verla levantar el vuelo hacia la meta de su vocación, con unas alas tan grandes como el mundo y tan potentes como las de un serafín.

19 de julio de 1869

A la Madre Correnson

**Dos años ya** Dentro de unos días, mi queridísima hija, cumplirá usted 27 años. Hace ya dos años que le pertenece a Nuestro Señor. ¿No cree que la soledad de Vichy pueda resultarle muy favorable para hacerla entrar en sí misma y ayudarla a meditar qué es usted ante Dios y qué debe llegar a ser?

Evidentemente, si mira hacia atrás, desde aquel famoso 27 de junio, usted ha sufrido, ha hecho proyectos que se

esfumaron, afianzó más sus relaciones íntimas con Nuestro Señor, adquirió más experiencia, ha encarado sus deberes desde otros puntos de vista, y tal vez a veces consideró su vida con cierta tristeza; también formó proyectos de perfección; tuvo horas de profundo desánimo.

¡Bueno!, pero en medio de todos esos estados de ánimo que la han dominado sucesivamente y con toda esa ciencia práctica que ha adquirido, ¿en qué disposiciones se encuentra ahora ante Dios? ¿El amor es lo más profundo de su naturaleza? Esta inmensa capacidad de amar que surge en su corazón ¿quiere dirigirla enteramente hacia Nuestro Señor?

Va a entrar usted en un periodo de la vida muy precioso. Entre los 20 y los 27 años ha atravesado muchas emociones y muchas tormentas; de los 27 a los 33, la edad de Nuestro Señor, debe usted asentar su vida en la santidad. Esta vida debe repartirse en dos: la que dará usted a los demás y la que reserve en lo más íntimo de su ser para su esposo. De esta última quiero decirle una palabra.

Cualquiera que sea su vida externa, me parece evidente que, si usted quiere, la acción de su divino esposo sobre su alma puede llegar a un límite que supere toda expresión humana. Él la espera y le pide que se dé a él. Se trata de establecer nuevos lazos.

Es un abandono sin límites; la necesidad de hacer amar y de servir es la causa de todos los intereses que hay que defender; es la pérdida de su propio ser en el suyo, de su amor en el de él. Es la renuncia a todo lo que no sea él y para él.

La vida en él es una vida nueva, una vida divina; el amor en el sacrificio es la renuncia a todo sentimiento humano de amor propio, de orgullo, de satisfacción o de provecho personal. Es el dominio del rey, del amigo celoso. Es la pérdida total de sí misma en aquél que quiere ser su todo.

He aquí, hija mía, como veo yo su vida, si la miro desde el lado de Dios. Añádale la perfección de las virtudes cristianas y religiosas; la fe, que la hará resistir a todas las ideas humanas; la esperanza, que le muestra la sangre de Jesucristo que corre incesantemente por usted y le muestra también el cielo en el más allá; el amor, que quiere transformar su corazón en un volcán; y esa pobreza, esa castidad, esa obediencia que, practicadas por usted, deben ser la perpetua predicación de una madre para con sus hijas. No sé por qué, pero mi corazón está lleno de sentimientos por usted. María, regrese a mí transformada. Es preciso que la encuentre hecha una santa. Rezo mucho por usted, hija mía. ¿No le gustaría que tuviéramos allá arriba un hermoso lugar?

Adiós. La bendigo y le ruego que reciba con esta bendición todos los votos que hago para que usted se eleve a la cima de las exigencias que tiene Nuestro Señor para con su alma.

*14 de diciembre de 1869*

A la Madre Correnson

**Hermanas conversas** ... Vuelvo sobre lo que me decía de las hermanas conversas. Uno de los motivos que me llevan a prescindir de ellas es que, si tuviera que recomenzar, tal vez las descartaría en la Asunción. No se haga ilusiones; el tiempo de las hermanas legas ya pasó.

Estoy profundamente convencido que, para lograr la conversión de los pueblos, hay que abandonar hoy sobre todo las formas aristocráticas. Vamos hacia una democracia cuyas exigencias serán tremendas; y desde este punto de vista, usted no se imagina todo lo que yo observo por acá. Los puestos de honor ciertamente ya no les pertenecen a los obispos húngaros, que son los últimos grandes señores de Europa; pertenecen a los obispos

misioneros, que van a pie al Concilio, porque no tienen carruaje. Tampoco a los grandes expertos que ayudarán a redactar decretos y cánones. Se ve que trabajan para otros y que los destinatarios del Concilio son los amigos de Dios, los pequeños y los pobres. Créame, ahí está el poder del futuro. Si aún se puede salvar el mundo, lo será por la pobreza y la humildad.

Si algo pudiera apesadumbrarme, sería ver desviarse la obra de las Oblatas; y si pudiera buscar una razón de mi debilidad por ellas, sería precisamente ese espíritu más humilde y más apto, creo yo, para llegar a esa porción del mundo que Nuestro Señor ama muy especialmente y de la que es urgente ocuparse en primer lugar. Lo que usted podría hacer en adelante es tener una mayor exigencia en la selección. Auméntela, pero sobre todo mediante un espíritu de gran santidad que se verá en sus hijas, porque estará presente en su madre.

28 de febrero de 1870

A las Oblatas de la Asunción

**Recomendaciones para la Cuaresma** A veces me pregunto si se imaginan cuánto pienso en ustedes y cómo las tengo continuamente presentes en mi mente. Cuanto más pienso en la finalidad de su fundación, más me convengo de que hay en su obra los elementos para hacer un gran bien. Sólo que, como ya se lo dije tantas veces, el germen necesita ser desarrollado. Para esto se necesitan varias condiciones. He pensado recordárselas al inicio de la Cuaresma.

1º *Un gran olvido de sí mismas.* Una Oblata que incessantemente se vuelca hacia su querida persona no llegará jamás a algo grande. Y ya ven con qué facilidad se cae en esto. Vemos un abuso cualquiera, una violación de la Re-

gla, un defecto en una Hermana, y uno se dice: “¿por qué no puedo yo hacer lo mismo?”. Se recibe una llamada de atención e interiormente se piensa que siempre me caen a mí y nunca a las otras. Vemos que hubo alguna atención especial para con una hermana, y nos sopla el diablo al oído: “¿por qué no la hubo también para contigo?”. Nos sentimos fervorosas y miramos de reojo a ver si la comunidad se da cuenta; y pensamos que en la comunidad sólo hay ojos para ver lo malo. ¿Conocen ustedes a algunas personas así?

2° *Espíritu de oración.* Queridas hijas, recuerden que nunca tendrán tantas facilidades como ahora para ejercitarse en la oración. ¡Cuánto quisiera yo que, en medio de todas sus labores, estuvieran siempre unidas de corazón a nuestro divino Dueño! Ambiciono a veces que mis hijas tuviesen el poder de conseguir para mí todo lo que necesito. Es muy cierto que en ninguna otra rama de la Asunción confío tanto como en las Oblatas de Nimes y de Le Vigan para que le hagan violencia a Nuestro Señor en favor mío. Por supuesto, creo que almas santas tienen la bondad de orar por mis obras, pero yo confío en que las mejores intercesiones por las demás obras salgan de vuestras dos capillitas. Pero al mismo tiempo, ¡qué obligadas están ustedes a que sus oraciones vayan acompañadas de virtudes muy especiales y de aquel fervor que atraviesa las nubes y llega hasta el trono de Dios!

3° *Una obediencia franca y leal.* ¡Ah!, hijas mías, quizá me hago ilusiones, pero no es la dureza del gobierno lo que les da miedo de su Madre o de mí. A veces me reprocho de no ser bastante severo, ¡pero bueno!, quizá eso cambie un día, mientras tanto obligo en conciencia a su Madre a que las trate con franqueza. Por parte de ustedes, creo que tienen que obtener de Nuestro Señor esa obediencia que lo llevó hasta la muerte y muerte de cruz. Si durante esta Cuaresma hacen algún progreso en ese

sentido, ya sería un gran logro. ¿Qué más les diría sobre los males de la desobediencia que no sepan ya? No voy a insistir. Sólo que, como la desobediencia es tan funesta, huyan de ella.

4° *La caridad fraterna.* Les suplico: estén muy unidas entre ustedes. Todos tenemos defectos y necesitamos que los demás tengan con nosotros una inmensa paciencia. Cuando se presente la ocasión, tratemos de practicarla alegremente por nuestra parte; evitemos todo cuanto pudiera lesionar su autoridad o sus derechos. Cuando yo vuelva, quisiera muy especialmente encontrar en el fondo de sus corazones estas disposiciones, de modo que se note bien, en toda la extensión de la palabra, que tienen un solo corazón.

5° *El amor a la Iglesia.* Algo muy natural para ustedes, tanto por su vocación como por las circunstancias presentes. Ustedes deben ser muy especialmente las obreras de la Iglesia y, al mismo tiempo, tienen que pensar que, teniendo la dicha de vivir durante un Concilio, han de aprovechar al máximo el cúmulo de gracias que tal ocasión les depara, como auténticas cristianas. Recuerden que están destinadas a promover el amor a esa Iglesia a la que confió Dios la salvación del mundo.

6° *El amor a Nuestro Señor.* Por ahí hay que empezar y terminar. ¿Qué es una Oblata de la que Jesucristo no es la vida? ¿Qué es una Oblata que comulga varias veces por semana y no es *un todo* con su esposo? ¿Qué es una Oblata que va a misa todos los días y que piensa más bien en otras cosas que en inmolarse completamente a su esposo, a fin de demostrarle que lo ama como esposa suya? Jesús el Salvador le ha probado su amor inmoliéndose por ella. Amen pues a este divino Dueño con un amor ardiente, absoluto, celoso de sus derechos, pero demuéstrenselo

sobre todo en la perfección con que imitan los ejemplos que él les da.

20 de abril de 1870

A la Madre Correnson

**Hija de la Iglesia** ...Me persuado a veces de que Dios, eligiendo lo más débil del mundo para confundir a lo más fuerte, reserva para las Oblatas una maravillosa misión.

Esto depende de usted si, dejando de lado tantas pequeñas miserias, se dedica a inculcar a fondo en sus hijas toda la amplitud y toda la altura de miras del espíritu católico. Tiene que ser hija de la Iglesia Católica; no debe tener otra preocupación más grande que ésta y debe impulsar todos sus esfuerzos hacia esta meta. Para esto no se necesita una gran inteligencia, pero sí hace falta tener un inmenso espíritu de fe, que debe transmitírsele a sus hijas. Hábleles de la Iglesia con frecuencia; lea, mientras su salud se lo permita, cuanto se refiera a la Iglesia y le ayude a comprender cuán bello es servir la causa de Nuestro Señor y de su Iglesia. Una continua preocupación mía es ver qué podemos hacer al respecto...

27 de noviembre de 1874

A la misma

**Una misión más especial** ...Hace ya algún tiempo que ando preocupado por darles a las Oblatas una misión más especial con relación a los religiosos y a las demás obras de la Asunción. Ahora bien, leyendo en los Estudios del P. Danzas sobre los primeros tiempos de los Dominicos, encuentro lo que dice sobre el Beato Jordán de Sajonia, que fundó en Bolonia el convento de Santa Inés destinado sobre todo a conseguir vocaciones para la Orden de Santo Domingo. Le escribe continuamente a la Bea-

ta Diana, superiora de ese convento, para informarle de los candidatos que ha recibido gracias, como dice, a las oraciones de sus hijas. Le suplica que continúe y al mismo tiempo que dé gracias a Dios por todos los novicios que toman el hábito. ¿Por qué no se propondría usted una meta semejante? Puesto que han sido fundadas para ser nuestras auxiliares en las misiones, tienen que implorar para nosotros santos misioneros. Y si con sus oraciones, sus penitencias, sus comuniones, sus buenas obras, todas ustedes, mis hijas Oblatas, tejen con nosotros lazos de familia más íntimos, ¿acaso no podemos esperar que Dios será así glorificado? Esto me preocupa desde hace algún tiempo. Lo que le digo es un germen apenas. Si viene de Dios se desarrollará poco a poco y traerá grandes frutos, con la bendición de lo alto...

4 de enero de 1875

A las Oblatas de la Asunción

**Misterio de la  
Epifanía**

Quería escribirles esta mañana, mis muy queridas hijas, pero estuve tan ocupado con otra correspondencia que no me quedó tiempo para cumplir mi propósito. El tiempo pasa y su formación religiosa debe avanzar también. Para ayudarlas quisiera hablarles del hermoso misterio de la Epifanía desde un punto de vista especial. Fíjense en primer lugar que, después de los pastores, llegan también los Magos al pesebre. Alrededor de un Dios nacido en la pobreza hacían falta los pobres como sus primeros adoradores, lo mismo que para los primeros predicadores del Evangelio hacían falta los ignorantes. Esto era el milagro; pero después de probar con milagros su misión divina, Dios no quiere seguir haciendo milagros sin parar. Por eso, después de los pastores, llegan los magos, es decir la gente culta. La adoración de los magos fue sin duda un milagro, a causa de la estrella que se les apareció;

pero hubiera brillado inútilmente en el cielo esa estrella si no hubiesen sabido que era la del rey de Judá.

La Congregación de estudes estaba formada al principio por chicas que no sabían mucho, luego poco a poco fueron llegando personas mejor instruidas y espero que vendrán otras. Empezaron los pastores, siguieron los magos. No sabemos qué quedó de los pastores de Belén; lo que quedó de los magos fue la preparación al Evangelio en Oriente. Por eso la Iglesia no celebra la fiesta de la adoración de los pastores, en cambio ha hecho de la adoración de los magos una de sus grandes fiestas. Primero fueron invitados los pastores, en segundo lugar los magos, pero se da más énfasis a los magos.

Conclusión práctica: es bueno que entre ustedes algunas no sepan mucho; pero es indispensable, mientras el Espíritu Santo no renueve el milagro de Pentecostés, que ustedes lleguen a ser capaces lo más posible de estudiar y de saber, para después enseñar.

Estas reflexiones, queridas hijas mías, me parecen de la mayor importancia. Deben ustedes entregarle a Nuestro Señor todo el trabajo de la mente de que sean capaces; y me parece indispensable que entiendan bien su obligación en este punto. Algunas, por supuesto, no pueden empezar estudios que les serían inútiles; pero en lugar de sacar satisfacción y vanidad, deberían humillarse. En cuanto a las otras, que ya saben un poco más, que reconozcan que se podría hacer un libro muy gordo con lo que ignoran y uno bien chiquito con lo que saben.

Invoquen a los pastores, mis hijas más ignorantes; invoquen a los magos, mis hijas que tienen la obligación de alcanzar mayor instrucción. Sean muy humildes: unas porque no saben nada, otras porque siempre sabrán demasiado poco. Pero si las unas y las otras son humildes,

se darán cuenta de cuántas gracias atrae la humildad sobre sabias e ignorantes, aunque sólo fuera la conservación de la caridad.

Mil veces suyo en el Niño Jesús, adorado por ignorantes y sabios.

10 de septiembre de 1876

A las Oblatas de la Asunción

**Testamento espiritual** Les presento el testamento espiritual que les he destinado.

No sé si les predicaré otros retiros, pero en el momento en que el envío de algunas de ustedes a Andrinópolis nos permitirá establecer en esa misión una regularidad definitiva, cuando un noviciado más numeroso nos da esperanzas más sólidas para el porvenir, cuando el paso del tiempo les ha permitido establecer tradiciones más estables en la Casa madre, y en fin, cuando de acuerdo con su Madre General he establecido un Consejo para que la ayude con su colaboración, me ha parecido muy importante decirles con qué espíritu me gustaría verlas avanzar hacia la perfección en las virtudes religiosas, según su vocación particular.

Conserven pues el esquema de estas instrucciones como el fundamento de su vida espiritual. Ya les di unas Constituciones y un Directorio. Ambos trabajos son casi los mismos para ustedes y para los religiosos. En este retiro quisiera acentuar más enérgicamente el sello distintivo y la característica por la que se las va a reconocer como verdaderas hijas de la Santísima Virgen, Reina de los Apóstoles.

Anímense, pues, mediante un nuevo celo por su santificación personal, tal como se les exige para ser unas valientes obreras en esos campos que tendrán que regar con sus sudores durante mucho tiempo, antes de ver florecer las cosechas que el padre de familia espera.

No todas ustedes tienen el mismo trabajo, pero sí la misma meta. Lo que no consigan con la palabra deberán obtenerlo mediante la oración, el trabajo que será su penitencia principal, la edificación, la unidad en la obediencia a sus superiores y una gran caridad entre ustedes.

No se sorprendan si les hablo con cierto vigor. En el momento en que estamos, conviene suprimir de raíz hasta el menor abuso y recordarles la gran santidad a la que tienen que tender, si quieren ser auténticas religiosas misioneras.

Que Nuestro Señor, la Santísima Virgen y los Apóstoles las tomen bajo su protección, para que puedan ustedes iluminar a aquellos que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte y dirigir sus pasos por el camino de la paz.

---

30 de enero de 1877

A la Superiora  
de las Oblatas de Andrinópolis

...Aquí tiene algunas observaciones sobre lo que me parece a mí que debe ser una superiora en Andrinópolis. Para comprenderlo bien, méditelo largo rato y dese tres veces la disciplina.

*Nota sobre cómo debe ser una Superiora Oblata en misiones extranjeras.*

1° Su meta ha de ser, ante todo, la de santificarse mediante el más completo olvido de sí misma, poniendo siempre el espíritu de Nuestro Señor en lugar del suyo, y no siendo más que su instrumento en aquello que pueda hacer de bien por la salvación de las almas.

2° Debe renovar con la mayor frecuencia posible el don de sí misma a Jesucristo, su esposo, recordando que no sólo es su sierva, sino su esposa, y para eso debe suplicar incesantemente alcanzar el más ardiente amor en todos los detalles más simples de la vida.

3° No es solamente esposa de Nuestro Señor en cuanto religiosa, sino que es también madre como superiora, y por lo tanto debe tener para con las almas de sus Hermanas una ternura lo más materna posible. Para cumplir bien con su deber, debe hacer observar tanto la Regla como el espíritu de la Regla, no dejando pasar jamás ninguna violación que la infrinja, pero sobre todo inspirando el deseo de asumir ese espíritu, que se pierde tan fácilmente cuando no es objeto de una atención muy particular.

4° Debe castigar, pero con buen tino, mucha calma, dulzura y firmeza.

5° Tiene la obligación de ser siempre un modelo viviente, de tal modo que siempre puedan decir sus Hermanas: “nuestra superiora es una verdadera santa”. Si no lo llega a ser, toda su acción será nula.

6° Pero no debe ser santa para sí misma, sino que debe serlo para las demás, en el sentido de que debe tener las virtudes de una superiora. Estas virtudes consisten sobre todo en:

1° El olvido de sí misma, de tal manera que sólo se vea a Dios a través de ella.

2° La ternura materna.

3° La previsión de cuanto pueda suceder.

4° Una gran prudencia.

5° Una cierta iniciativa para el bien que hay que hacer afuera.

6° Mantener la caridad entre las Hermanas.

7° Reprimir cualquier abuso desde el principio para evitar así penosos desórdenes.

8° Velar para que las Hermanas no pierdan el tiempo, sobre todo en charlas inútiles. La superiora que no se preocupa de suprimir tales conversaciones se hace culpable de los pecados, a menudo mortales, que no impida.

9° Pensar en la eternidad y en la locura que significa, siendo religiosa, no hacerlo todo por Dios, y en la terrible cuenta que tendrá que rendirle por todas las gracias desperdiciadas.

10° En fin, pensar en el cielo y en la recompensa que tiene allí reservada la religiosa que habrá luchado bien.

12 de abril de 1879

A la Madre Correnson

**Amor a Jesucristo** ...¡Que Nuestro Señor le conceda la alegría de su Resurrección, pero sobre todo que le dé sus virtudes! ¡Cómo me gustaría, cuando nos encontremos, que pudiésemos reconocernos como verdaderos discípulos del Dios resucitado! ¡Cómo le deseo los verdaderos ardores del cielo y el menosprecio de todo lo que es creado, así como la preocupación por el Reino de Dios y la voluntad decidida de hacerlo todo *propter amorem Domini Nostrí Iesu Christi!* ¡Vea, tenemos que convertirnos! Es mucho lo que nos queda por hacer para no entregarnos a ello lo antes posible y de una vez por todas...

---

*INSTRUCCIONES A LAS OBLATAS*

**MARTES DE PASCUA**

*30 de marzo de 1875*

Vamos a hablar hoy de la aparición de Nuestro Señor a todos sus Apóstoles y a sus discípulos reunidos. Era la fiesta de Pascua por la tarde y, probablemente, los discípulos de Emaús ya habían regresado. Estaban cerradas las puertas, aparece Jesús en medio de ellos y les dice: La paz sea con ustedes [Juan 20, 19].

**La paz de Nuestro Señor** Hijas mías, hay diferentes paces. Así, la paz que le impone el vencedor al vencido es una especie de condición a veces muy desagradable de aceptar. Una Superiora, una Madre pone paz restableciendo el orden, pero no puede poner toda la paz que desearía. La paz que trae Nuestro Señor es muy particular, ya que es el vencedor de la muerte, la muerte de la muerte, como dice el profeta; viene con toda la plenitud de su poder a traer la paz a los hombres. Pues tengan en cuenta que verdaderos pacíficos sólo pueden serlo los fuertes, y que sólo la debilidad de ustedes es lo que ocasiona desconcierto y desorden. Si ustedes fueran fuertes, poseerían en paz sus almas y la impaciencia que las agita a veces es justamente una prueba más de debilidad. Observen un árbol muy fuerte; por más que sople el viento, su tronco sigue inmóvil; ciertamente las hojas se agitan porque son débiles; las ramas nuevas se agitan también, pero a medida que crecen y se vuelven fuertes, se quedan inmóviles. Sin embargo,

la paz que trae Jesús no está exenta de sufrimientos; ya lo dicen las Sagradas Escrituras: Habrá una amargura muy amarga en la paz que ustedes disfruten. Esa es la paz de Nuestro Señor al subir al Calvario; una paz impregnada de los dolores de María al pie de la Cruz; la paz de todos los santos en medio de sus trabajos y sufrimientos.

En el Antiguo Testamento se dice: Dios tienta a Abraham; efectivamente, no fue Satanás quien lo tentó, sino Dios mismo para probar su fe; y cuando Isaac lleva la leña del sacrificio y pregunta por la víctima, Abraham se contenta con decir: Dios proveerá [Génesis 22, 8]. Abraham es fuerte y posee la verdadera paz. Si quieren ustedes alcanzar la paz, ejercítense en ser fuertes.

### Llevar la paz

*Pax vobis*, dice Jesús. Es lo que él trae: ni riquezas, ni honores, sino la paz. Recibamos pues esta paz del divino Maestro y aprendamos también nosotros a darla. Jesucristo sufrió: por eso tiene derecho a darnos la paz. Aprendan a sufrir, ustedes también hijas mías, para ser verdaderas religiosas, Oblatas fervorosas que lleven la calma y la paz del Señor por doquier fueren enviadas.

De la misma manera que Jesús se entregó por ustedes, sepan con su ejemplo entregarse por los demás. Hay algo realmente maravilloso al aspirar a esta semejanza con Nuestro Señor, que es sin embargo el deber que les impone su vocación. Mediante el ejemplo de sus virtudes deben ustedes llevar la paz al mundo. Pero recuerden que, antes de llevar la paz a los demás, hay que poseerla uno mismo y tenerla entre ustedes como los ángeles en el cielo.

Antes de la venida del Espíritu Santo, vemos que los Apóstoles se peleaban entre ellos, pero Jesús no les hizo ningún reproche en su primera aparición; sólo piensa en la alegría de encontrarlos a todos de nuevo y les dice:

¡La paz sea con ustedes! ¡Singular modo de dar la bienvenida!

**Aceptar la paz**      *Pax vobis!* Luego dice: ¿por qué se turban? Vaya consolación

para tantos predicadores que quieren llevar la paz y que a veces perturban a todo el mundo. “Vean que soy yo mismo” [Lucas 24, 39], dice Jesús. ¡Qué misericordia la de Nuestro Señor! Los Apóstoles, espíritus burdos, dudan aún que sea Jesús; piensan que se trata de un espíritu y no de un hombre resucitado. ¿Qué situación es ésta? Es la de una persona a quien Nuestro Señor le habló al fondo de su corazón; soy yo, le dice; es tu Jesús que te trae la paz, la fuerza, el amor. ¿Van a rechazar tales dones? ¡Por desgracia, sí! Porque hay en nosotros un cierto fondo de orgullo, una tonta vanidad que nos ofusca y nos paraliza para el bien.

Si bajásemos a lo profundo de nuestro corazón, Jesucristo nos enseñaría en primer lugar a ser humildes y a vernos pequeños. ¡Mira estas cicatrices de mi amor en mis pies y en mis manos; vine hacia ti para mostrarte cuánto te amo; camina en la obediencia y en la paz; no busques demasiado tener razón y cree que mi presencia es verdadera; no es imaginación, yo sufrí en mi cuerpo y tú deberás sufrir también en tu cuerpo!

Vean, mis queridas Hijas, la necesidad de aceptar la paz de Jesucristo; no es una sombra, sino una realidad; es un hombre que ha sufrido y que ahora está glorificado. Sin embargo, como ustedes pueden ver, los Apóstoles aún no creen, pero están admirados. ¿Qué hace entonces Nuestro Señor? Les dice: “¿tienen algo de comer?” [Lucas 24, 41], y ellos le ofrecieron pescado y una porción de miel. Después de comer delante de ellos, tomó las sobras y se las dio. ¡Qué condescendencia la de Nuestro Señor para convencer a sus Apóstoles! Sigamos su ejemplo y dejemos al menos obrar a Jesucristo en nosotros; no

pongamos obstáculos a su acción divina y él nos tratará entonces con ciertas gracias especiales para atraer nuestras almas e inflamar nuestros corazones. La miel que ofrecieron los Apóstoles a Jesús es figura de la misión del Salvador en la tierra y el pescado, ἰχθύς, es la palabra compuesta de cinco letras que quieren decir: Jesucristo Hijo de Dios Salvador.

La razón de que no nos comuniquemos bastante con Nuestro Señor es porque nuestra fe es débil; lo digo y lo mantengo, que una religiosa después de la comunión debe creer que Jesucristo está realmente en ella y debe preguntarle sobre la perfección que debe alcanzar y qué medios debe emplear para conseguirlo. No hay que quedarse sólo en las dulzuras, en las alegrías de la comunión; hay que recibir a Nuestro Señor como el varón de dolores y llegar a ser una hija de sacrificio.

**Escuchar y comunicar la palabra de la paz** Era necesario que se cumpliera todo lo que estaba escrito; les abrió luego el espíritu para que entendiesen las Escrituras. Es incontestable, mis queridas Hijas, que Dios se comunica a las personas que caminan en la humildad y el amor, y que un alma pura, recta, franca y humilde recibe luces incomparables que las demás no tienen. Cuentan que San Carlos Borromeo y San Felipe Neri no podían ponerse de acuerdo sobre un punto de teología; fueron a buscar a Félix de Cantalicio quien, aunque ni siquiera sabía leer, les dio sin embargo una magnífica explicación sobre el pasaje que no habían podido entender. ¿Acaso no es consolador para ustedes, Hijas mías, pensar que Dios podrá revelarles sus secretos a pesar de su pequeñez? Por eso escucharé lo que el Señor mi Dios dirá en mí, porque me dará palabras de paz. ¡Mil veces dichosas las personas que escuchan la Palabra de Dios y sobre todo que la ponen en práctica! La lección, Jesucristo, es una lección de sufrimiento. Era nece-

sario que Cristo sufriese de esa manera, que resucitase al tercer día y que se predicase en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones. Ustedes se han hecho Oblatas, Hijas mías, y su título y su vocación las obligan a predicar también la penitencia y la remisión de los pecados donde quiera que las envíen. Es la misión que Jesús confió a los Apóstoles, a sus sucesores los obispos y a los sacerdotes; pero a ustedes también, en su calidad de hijas apostólicas: su misión es predicar con el ejemplo y encender en todos los corazones el fuego más ardiente del amor de Dios.

Examinen, les ruego, la forma en que Nuestro Señor procede para formar apóstoles; elige gente ruda, espíritus incultos y a ellos les confía la misión de enseñar y de extender su doctrina divina por el mundo entero. Pero la debilidad de los instrumentos será una nueva prueba de la verdad del Evangelio y su pronta difusión otra prueba que evocará San Pablo cuando dice: “Sonaron ya las doce trompetas por todo el mundo y no queda región alguna en el universo que no haya oído la buena nueva”.

---

### **TOMA DE HÁBITO DE LA HERMANA TERESA AGUSTINA**

*25 de septiembre de 1878*

*Quam pulchri super montes pedes praedicantis pacem, evangelizantis bonum (Isaías 52, 7).*

¡Qué bello es, sobre los montes, Jesucristo anunciando la paz y evangelizando el bien! Los montes en que se apoya son los Apóstoles, dice San Jerónimo; pero los pies de los Apóstoles son muy hermosos, y también los pies de aquellos que anuncian la paz y evangelizan el bien. Bellos son tus pies, mi querida hija, pues están des-

tinados también a llevar la paz y el bien. Y si bellos son tus pies, como los de Jesús y como los de los Apóstoles, qué diré de tus manos destinadas a llevar los bienes de la caridad; de tu cabeza, que debe guardar el tesoro de la verdad para proclamarla; de tu corazón, que debe ser un volcán de amor, cuyas benéficas llamas lleven en lontananza el fuego de la caridad de Jesucristo. Vengo pues a decirte: Sí, eres muy bella a los ojos de quien quiere ser tu esposo, pero con una condición: que, además de las virtudes religiosas que debes practicar, tienes que adornarte con las virtudes de la virgen misionera, que resumo en tres principales: menosprecio de sí misma, amor y confianza.

### 1º Menosprecio de sí misma

Acaso no dice el Apóstol: *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ea quae non sunt, ut ea quae sunt, destrueret* [1 Corintios 1, 27-28]. Busque ese carácter apostólico. ¿Quién mejor que el Apóstol de las naciones lo ha conocido? Para ser un instrumento poderoso de Dios tiene uno que ser un instrumento débil. ¿Por qué? Porque donde más débil es el instrumento mejor resalta la fuerza de la mano que lo empuña. No basta que usted sea débil, tiene que estar profundamente convencida de esto y es importante que entienda que usted no es nada. Porque con la nada destruye Dios lo que es: *Et ea quae non sunt, ut ea quae sunt destrueret*. ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere acaso Dios la destrucción de los seres que creó? En absoluto; pero quiere la destrucción de sus errores, de su ignorancia, de sus vicios, de sus pecados. Pero para eso quiere que nos demos cuenta de que es él quien actúa y no la creatura. Es necesario que Dios actúe enteramente, pero cuanto más él actúe, más debe sentir la creatura que no es nada y someterse a la acción de Dios manifestada por los superiores.

Ahora bien, la debilidad es tanta que nunca condenaré lo suficiente a ciertas religiosas. Son como esos ídolos de que habla el Salmista. Tienen ojos y no ven, no prestan atención a nada: *oculos habent, et non videbunt*; tienen oídos y no oyen: *ares habent, et non audient*; les habla uno y como si nada les dijese; *nares habent, et non odorabunt* [Salmo 115, 5-6], incapaces de inhalar los celestes perfumes que esparce sobre ellas su esposo; permanecen en no sé qué vulgaridad que las hace incapaces de recibir el impulso que Jesucristo quisiera imprimirles. ¿Por qué? Porque sus ojos se fijan en la Regla, sin comprender el espíritu de la misma; porque sus orejas escuchan las órdenes de los superiores pero su distracción no les permite fijarse en las órdenes recibidas; porque por más que respiren la atmósfera de la vida religiosa, les falta el necesario tacto para captar tanto su misteriosa belleza como sus santas exigencias.

Usted no será una de esas vírgenes necias porque, cuanto más sienta que es poca cosa, mayor necesidad sentirá de respirar la vivificante brisa de la perfección, de escuchar las directrices que le den, de fijar su vista en los más ligeros ademanes de aquellos a quienes viene a pedir la formación en la vida religiosa. *Ecce sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum, sicut oculi ancillae in manibus dominae suae; ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri* [Salmo 123, 1-2].

## 2º El amor de Dios

*Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur* [Lucas 12, 49], decía Nuestro Señor. De modo que quien quiera unirse a la obra de Jesucristo debe estar inflamado de un inmenso amor. Por eso la exclamación del Apóstol: *Charitas Christi urget nos* [2 Corintios 5, 14]. Hay que sentir el fuego de ese amor y, como el di-

vino Maestro, echar una mirada sobre esas naciones que parecen ovejas sin pastor: *Tamquam oves non habentes pastorem* [Marcos 6, 34]. Falta el pastor allí donde la enviarán un día. Las ovejas sobreabundan, ya que esas víctimas tan numerosas han sido bautizadas. Pero ¿dónde está el verdadero pastor? Jesucristo sólo dispone allí de mercenarios.

Pero profundice en el misterio. El reino de los cielos se parece a una red que arrojada al mar recoge toda clase de peces. Están bautizados esos cismáticos, como lo están también tantos católicos indignos del carácter que se les ha impreso. Pues bien, cuando llegue el momento, vendrán los ángeles, esos ayudantes de los pescadores apostólicos, y separarán a los buenos de los malos. Pero aquí está el misterio. ¿Qué eran los Apóstoles, qué eran los primeros discípulos? ¿No se los podría colocar también entre los peces malos y peligrosos? ¿Quién los volvió buenos? ¿Quién hizo aquella maravillosa pesca de 153 peces excelentes? Fueron los Apóstoles, pero el verdadero autor fue Jesucristo. Ahora bien, ¿por qué Jesucristo? Porque nos ha amado y porque acababa de derramar su sangre por nosotros.

Pues bien, mi querida hija, el amor de Jesucristo hizo esos prodigios, e imitándolo a él, usted hará otro tanto, si así lo quiere. Y mientras el amor de las almas consume su corazón, bajo la presión de los pies del divino Salvador usted trabajará por la conversión de las almas y les hará un gran bien; transformará esos peces y hará una pesca abundante. Ame, pues, las almas con un olvido total de sí misma; ame las almas de sus superiores para obedecerles de manera exacta, en verdad y con inteligencia; ame las almas de sus Hermanas para edificarlas; ame las almas de los herejes y cismáticos para esclarecerlos y convertirlos. Esta es su vocación, de la que el amor de Nuestro Señor la hará digna.

### 3° La confianza en Dios

¡Qué locura humana empeñarse en derribar el cisma griego, oriental, ruso, con unas pobres mujeres! Acuértese, hija mía, de la visión de aquel rey de Asiria que vio en sueños levantarse ante él una inmensa estatua, que una pequeña piedra la derribó y la redujo a polvo, a pesar de su altura. ¿Quién puede decir que Dios no prepara también hoy piedrecitas, motas de polvo, con las que operar grandes cambios? Dios se sirve de todos los medios y también se servirá de usted, una pobre hija, tanto o más incapaz que Pedro, Andrés, Santiago y Juan, de los que hizo sus apóstoles. ¿Bajo qué condición? Que esté usted convencida de que todo lo puede en Aquél que la conforta. ¿Qué tendrá frente a usted? Un inmenso imperio, corroído de arriba abajo por la incredulidad, los vicios, la borrachera. ¿Y qué es usted? ¡Nada! ¿Qué era San Pablo cuando habló por primera vez en Atenas? ¿Qué era San Pedro cuando vino, él, hombre inculto, a enfrentarse con la Roma de los Césares? Pero está dicho: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobabo* [1 Corintios 1, 19].

¿Quién puede negar que se preparan en estos momentos inmensos trastornos? Según la sabiduría humana, ¿a quién pertenece el porvenir? A los revolucionarios y anarquistas. Pero, según la locura de Dios, a menos que caigamos en el reino del Anticristo, a los más humildes, a los que más aman, a los que más confían en Dios y no en sí mismos.

Venga pues, hija mía, a tomar el santo hábito y ejercítese en el menosprecio de sí misma, en el amor a Jesucristo y en la divina confianza para las grandes cosas a las que Dios destina su nada. Escóndase en las fecundas sombras del noviciado; enciérrase durante tres años como se encerró tres días Jesús en el sepulcro. Saldrá de él victoriosa,

sabiendo morir a sí misma. La humildad le habrá dado muerte al pecado, el amor la transformará y la confianza en Dios le hará alcanzar esas victorias con las que su esposo la coronará por toda la eternidad. Así sea.

---

### INICIO DE CLASES

2 de octubre de 1879

*Angelis suis mandavit de te, ut  
custodiant te in omnibus viis tuis*  
(Mateo 4, 6).

Hoy han sido confiadas a dos clases de ángeles: a sus ángeles de la guarda, aquí presentes, y a sus maestras, encargadas de cumplir ante ustedes la misión de los ángeles. ¿Y qué les pedimos a ustedes que sean? ¡Ángeles!, y que los imiten en todo lo que de ustedes dependa.

Encuentro que hay tres condiciones que cumplir.

1° Los ángeles encuentran su dicha en la contemplación de la verdad eterna. Ustedes, para prepararse a contemplarla un día, tienen que estudiarla con gran espíritu de fe, a pesar de la imperfección de su naturaleza humana.

2° Los ángeles son los mensajeros de Dios y le obedecen. Del mismo modo, ustedes tienen que practicar la obediencia de fe para con sus maestras, así como los ángeles obedecen a San Miguel, el príncipe de las milicias celestiales.

3° Los ángeles se aman entre ellos, mientras que los demonios se detestan. Miren a ver si entre ustedes quieren amarse como los ángeles en lo alto, o detestarse como los demonios en el infierno.

Ya ven qué meta les propongo: hacer de esta casa como la antesala del cielo.

---

**BENDICIÓN DE LA CAPILLA**

*15 de abril de 1880*

Antes de celebrar por primera vez los santos misterios en esta capilla, —que un hombre de arte consideraba hace unos días como un monumento único en Nimes, no tanto por la amplitud y capacidad, o el tipo de materiales exteriores, sino por la pureza de sus líneas, la armonía del conjunto y la perfección de los detalles—, déjenme evocar el recuerdo y el pensamiento de todas aquellas personas por quienes voy a ofrecer la Víctima por excelencia.

**El edificio material** ¡Cuántas han venido, desde hace quince años, a inscribir sus nombres en la naciente asociación de las Oblatas y ya no están aquí! Bien porque hayan entregado el último aliento en tierra de Francia, o bien porque hayan preferido, antes de partir al cielo, hacer un ensayo de apostolado al que Dios las había llamado.

Permítanme sobre todo pronunciar el nombre de aquella valiente cristiana con quien había preparado yo durante largo tiempo una obra que sólo pudo atisbar de lejos, pero que en su lecho de muerte quiso inscribir su nombre en esta naciente familia y que, desde el cielo, donde probablemente intercede por sus hermanas, continúa entregándoles el afecto que les prodigaba acá en la tierra. Se trata de la señorita Eulalia de Régis, que vino a ayudar en los humildes inicios de Rochebelle y que, cuando una colonia de Oblatas emigró de Le Vigan a Nimes, las rodeó de sus atenciones. Por la ayuda que me aportó, por su generosidad, es ciertamente una de las fundadoras de las Oblatas de la Asunción.

¡Cómo no oraría yo por el hábil y concienzudo director de estos trabajos! ¡Con qué ciencia preparó los planos y ejecutó su obra! ¡Cómo no oraría también por su sin-

cero colaborador! Miren a este hombre, un prototipo de buen nimeño, cuya inteligencia, energía y perseverancia se unen a la bondad y a esa fe antigua, lista para toda abnegación, que hacen de Nimes una ciudad aparte en nuestra hermosa Francia.

Oraré por todos ustedes, señores, que supieron asociarse tan bien para esta obra común. Incluso oraré por aquellos que no cumplieron su palabra; pues, si hoy no pueden sentarse las religiosas en la magnífica sillería encargada hace tiempo, no podemos menos de felicitarlos, ya que una delicada atención cubrió estos muros con magníficos tapices; esto nos prueba que todas las formas de belleza tienen en Nimes hombres capaces de reproducirlas con un arte perfecto. Oraré por ustedes, poderosos obreros, que secundaban tan bien a sus jefes y en cuya compañía me encantaba encontrarme todos los días, pues con su concurso parecían formar una sola familia católica, tan unida como ya raramente se ve.

Pero elevémonos por encima del edificio material. Que nos inspire pensamientos más altos y digamos con San Agustín lo que significa una iglesia dedicada a Dios.

**El edificio espiritual** Una iglesia ofrecida a Dios es una enseñanza perpetua. Las piedras son un símbolo; representan las piedras vivas del templo santo que deben elevar al Señor quienes vienen a orar. Antes que la capilla, ya le habían construido ustedes al Señor un lugar sagrado más precioso aún: su propia asociación. Usted, Madre, es la piedra angular. Pero ya ve usted, a medida que una piedra es extraída aquí abajo, el divino arquitecto parece complacerse en transportarla al cielo para el templo de la Jerusalén celeste, de modo que ambos edificios parecen levantarse juntos: uno acá en la tierra y otro allá arriba. Y todo eso para la gloria de Dios.

Pero aquí tenemos una aparente contradicción. Mientras que Jeremías se lamentaba sobre las ruinas de Jerusalén y la destrucción del Templo, y proclamaba como uno de los mayores desastres la dispersión de las piedras del santuario: *dispersi sunt lapides sanctuarii* [Lamentaciones 4, 1], nosotros rogamos que Cristo proteja esta capilla para que las vírgenes, que estén listas, vengan cada día más numerosas a tomar parte en las bodas del celestial esposo: *Et quae paratae erant, intraverunt cum eo ad nuptias* [Mateo 25, 10]; nosotros tomamos las piedras del edificio espiritual y pareciera que nos complacemos en dispersarlas a lo lejos. Y en vez de afligirnos como el profeta de las Lamentaciones, nos alegramos cuando podemos exclamar con otro sentido: *Dispersi sunt lapides sanctuarii*. ¿Cuál es el fondo de esta contradicción, el sentido de este misterio?

Jesucristo, el divino arquitecto por quien todo fue hecho, quiere hacer en el mundo algo aún más bello que el mismo mundo. Planta los hitos de un edificio inmenso: son las piedras que lanza para que sirvan de indicación de su plan. Así hizo mediante los apóstoles, lo hace mediante los misioneros; los dispersa para levantar un templo más grande.

Jesucristo hizo dos templos: el de la ley antigua, el templo de Salomón y luego el de Zorobabel, continuación del primero. Faltaba otro con piedras vivas. Cuando se dedicó el de Zorobabel cantaron el Salmo: *Cantate Domino canticum novum* [Salmo 98, 1]. ¿Qué es este salmo, sino el mandato nuevo dado por Jesucristo? Dice San Agustín: *Quid enim habet canticum novum, nisi amorem novum. Cantare amantis est: vox hujus cantoris fervor est sancti amoris. Amemus, gratis amemus: Deum enim amamus quo nihil melius invenimus. Ipsum amemus propter ipsum; et nos in ipso, et tamen propter ipsum. Ille enim veraciter amat amicum, qui Deum amat in amico, aut quia est in illo, aut ut sit in illo. Haec est vera dilec-*

*tio. Propter aliud si nos diligimus, odimus potius quam diligimus*<sup>1</sup>.

Dios es el cemento de ese templo espiritual donde se predica la verdad, se inflama la caridad y se eleva la santidad. La luz misma canta en ese templo: *cantabit claritas*.

### PROFESIÓN DONDE LAS OBLATAS

3 de mayo de 1880

*Non enim judicavi me scire aliquid inter vos nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum* (1 Corintios 2, 2).

¡Qué otro tema más maravilloso podría presentarles hoy que no sea Jesucristo, y Jesucristo crucificado, en el día en que se van a convertir en sus esposas! Jesús, y Jesús crucificado, fue la ciencia del Apóstol de los gentiles y ésta debe ser la de ustedes. ¿En qué consiste? En cuatro condiciones que voy a desarrollar rápidamente: 1° la humildad, 2° la obediencia, 3° el sacrificio, 4° el celo.

#### 1° La humildad

*Exinanivit semetipsum* [Filipenses 2, 7]. Y sin embargo era

Dios; se rebajó hasta la nada.

Sin Jesucristo nada podemos hacer: *Sine me nihil potestis facere* [Juan 15, 5]. Para llegar a ser seres capaces de ser impulsados por Jesucristo, tenemos que tomar nuestro partido. No haremos nada bueno para al cielo si no dejamos obrar a Jesucristo en nosotros y nos eclipsamos como él.

#### 2° La obediencia

*Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*

<sup>1</sup>) El P. d'Alzon llevaba en su breviario como tema de meditación habitual este texto de San Agustín (P.L. XXXVIII 1472, Sermón 336, 1 y 2).

[Filipenses 2, 8]. He ahí la destrucción del orgullo. Durante toda su vida tienen que obrar por obediencia. La naturaleza se rebela, pero es la perenne lección que les da el Salvador desde lo alto de la Cruz. *Vir obediens loquetur victorias* [Proverbios 21, 28]. Si quieren hacer el bien, sigan el gran estandarte de la obediencia, la cruz.

**3° El sacrificio** El hombre siente un inmenso impulso a apoderarse y una inmensa repulsión a darse. La Cruz es la ciencia del don de sí mismo. *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* [Juan 10, 11]. Aprendan a entregarse, contemplando a Jesús crucificado. Aprendan a sacrificarse en todo cuanto Jesús les pida.

**4° El celo por las almas** *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* [Juan 12, 32]. ¿Qué es esta fuerza de atracción? La potencia con que muestra su amor y atrae por su amor. Y como nadie ha amado como él, nadie atrae como él. Pero tras él y por él hay que atraer con la llama de la caridad; hay que conocer el precio de las almas: la sangre de Jesucristo derramada sobre la Cruz, y hay que entregarse para atraérselas. Jesús las atrae desde lo alto de la Cruz; será desde lo alto de sus cruces que ustedes deberán atraerlas. Ese es el misterio de los santos: se inmolan, atraen y triunfan.

Por encima de las vírgenes y de los anacoretas, están los apóstoles.

¡Feliz coincidencia! Ustedes hacen sus votos en el día de la Propagación de la Fe. Una humilde joven, que yo he conocido, creó esta obra admirable de ayuda a los misioneros. Rueguen a Dios para que ustedes siempre sean sostenidas por Aquél que da de comer a los que tienen hambre: *dat escam esurientibus* [Salmo 146, 7].

## SERMÓN DE TOMA DE HÁBITO

24 de mayo de 1880

*Ut scivi quoniam aliter non  
possem esse continens, nisi Deus  
det, et hoc ipsum erat sapientiae,  
scire cujus esset hoc donum: adii  
Dominum, et deprecatus sum  
illum (Sabiduría 8, 21).*

La vocación religiosa tiene su nudo en la castidad. La castidad va más lejos que el sacrificio de la tierra y de sus riquezas; y mediante su vida angélica, prepara a esa obediencia perfecta de la que toman nombre los espíritus bienaventurados: *Qui facit angelos suos spiritus* [Hebreos 1, 7].

Pero por más que quisiéramos entregarnos mediante la pobreza, la castidad y la obediencia, sólo con una condición podríamos conseguirlo: que Dios nos dé la fuerza: *Aliter non possem esse continens, nisi Deus det* [Sabiduría 8, 21]. Y esa ayuda hay que pedirla, y hay que pedirla mediante la oración.

San Agustín desarrolla admirablemente esta doctrina en una de sus cartas a la abuela y a la madre de la virgen Demetríades. Ésta se había consagrado al Señor, y uno de los grandes heresiarcas de esa época pretendía que hubiera podido practicar por sí misma la vida perfecta. El obispo de Hipona refuta este error y demuestra que, sin la gracia, no podemos consagrar a Dios nuestra castidad; se apoya en el texto sagrado que no habla sino de la continencia; con cuanta mayor razón será necesaria la ayuda de Dios cuando se trata de la virginidad.

Así pues, si me pregunta en qué debe consistir su noviciado, le diría: en el aprendizaje de las virtudes religiosas. Pero si quiere penetrar la substancia del estado religioso, le diré: en la oración constante. Al alma religiosa sobre todo dirige el Apóstol sus palabras: *Oportet semper*

*orare, et numquam deficere* [Lucas 18, 1]. Por eso nada me pareció más apropiado que dirigirle estas palabras al inicio de esta vida nueva que comienza para usted, y hablarle de la necesidad de la oración para una novicia, de los progresos que debe hacer en ella y de la perfección que su oración debe alcanzar.

### 1. Necesidad de la oración

No es de hoy que usted reza, mi querida hija: pasó su infancia en una casa de oración, y desde hace varios años deseaba consagrarse a Dios. Parece que hubo obstáculos, sin embargo: una salud delicada se oponía, pero desde que entró a esta casa su salud se fortifica y así parece recibir la confirmación de la llamada que usted oyó. Se hizo una de esas hijas de María de las que habla San Bernardo y que, por la gracia de Aquél a quien desean tomar por esposo, reciben los más abundantes favores. *In omnibus siquidem et per omnia providens miseris, trepidationem nostram solatur; fidem excitat, spem roborat, diffidentiam abigit, erigit pusillanimitatem.* Eso es lo que Jesús le concedió en su oración. Con la Iglesia, usted le pidió a María: *Sancta Maria, succurre miseris.* Ha experimentado el abismo de la miseria común a todos los hijos de Adán; se dirigió a María y ella, como lo dice el gran abad de Claraval, se dirigió a su Hijo que todo se lo concede a su madre. *Quia sic voluntas eius, qui totum nos habere voluit per Mariam;* pues tal es la voluntad de Aquél que quiso que todo lo alcancemos por María, incluso a él mismo.

### 2. De una oración perseverante

Así pues usted invocó a María y ella le alcanzó el medio de obtenerlo todo de Jesús por su intercesión: *Quia sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam.* ¡Sí!, gracias a María recibió

usted de Jesús el don más hermoso de todos, el don de la vocación. Vea la recompensa que alcanzó ya su oración. Hace ya algún tiempo que lleva usted las primeras insignias de la vida religiosa, de las que con gran alegría se revistió. Hoy tendrá algo más, se lo diré enseguida. ¡Que el Señor la despoje del hombre viejo y la revista del hombre nuevo! Pero de nada serviría ese despojo y ese cambio de ropas, si su renuncia a toda idea humana no es absoluta.

Ya sé que tenía usted prisa y que se le pueden aplicar las palabras de San Ambrosio sobre María dándose prisa para ir a visitar a Isabel, con la gloriosa posesión del Hijo de Dios en su seno: *Exiit cum festinatione* [Lucas 1, 39]. El gran obispo de Milán hace observar que la gracia del Espíritu Santo no conoce las lentitudes de los obstáculos: *nescit tarda molimina Spiritus sancti gratia*. Pero ya que se trata de la gracia del Espíritu Santo, dejemos atrás el vestido de penitencia, el cingulo de la obediencia, la cofia y el velo de la modestia, la lámpara de las vírgenes sabias, la corona que recibirá con anticipación, pues no será reina hasta que no sea esposa. Entremos en el templo de su corazón y veamos qué le pide el Espíritu Santo. Le pide la perseverancia de la oración, le pide comprender que la inteligencia de la oración ya es un gran don: *Et hoc ipsum erat sapientiae, scire cujus esset hoc donum: adii Dominum, et deprecatus sum illum*.

Luchará en esta oración como Jacob, luchará mejor que los discípulos en el Huerto de los Olivos. Avanzará pasando de algún modo de mano en mano de quienes tienen el encargo de formarla; pero tenga en cuenta que la formación, ya provenga del piadoso sacerdote que le sirvió aquí de padre por mucho tiempo, o de las superiores que encontró aquí, no es nada comparado con Dios que da la gracia de querer y de cumplir. Seamos quienes

seamos, tanto su primer director como nosotros que la recibimos aquí con alegría, debe considerarnos bajo el punto de vista en que se colocaba San Agustín cuando le escribía a Juliana, la madre de la virgen Demetriadés: *Cum professa fuisset sanctimoniam virginalem, hoc ingens Dei donum quod per servos quidem suos plantat, et rigat, sed per seipsum dat incrementum.*

¿Y la perfección de esta vida? Viene de Dios, pero sólo tiene en la tierra comienzo y crecimiento. Usted crecerá, hija mía, y llegará a la perfección.

### PRIMERA COMUNIÓN

27 de mayo de 1880

*Tota pulchra es, amica mea*  
(Cantar de los Cantares 4, 7).

Este es el lenguaje que Nuestro Señor quiere hoy dirigir a cada una de ustedes, mis queridas niñas: «¡Eres toda hermosa!» Hermosas lo fueron por el bautismo, borraron sus manchas con la sangre de Jesucristo en el santo tribunal; y si algo les falta, pronto lo van a recibir. Porque escuchen este misterio. Sus mamás, que las quieren tiernamente, desearían, en un sentido muy inferior, que fuesen las más bellas de las criaturas, pero no pueden hacer otra cosa al respecto que expresar deseos estériles. Por el contrario, este Dios que quiere venir a habitar en ustedes, que se llama el más bello de los hijos de los hombres, tiene poder para darles esta belleza, no a sus cuerpos —ésa la desdeña— sino a sus almas. Quiere que ustedes sean lo que él es. El pecado había destruido esa belleza en ustedes; él se la devuelve mediante su sangre, se la devuelve en esta visita que va a hacerles, y en lo profundo de sus

corazones hará resonar estas palabras: “¡Oh, amada mía, qué bella eres!”.

¿Pero qué belleza espera de ustedes? Me alargaría al infinito, si entrase en detalles; señalaré sólo dos puntos principales: Jesucristo les da la belleza de su gracia y la belleza de su verdad.

**1º Belleza de la gracia** La belleza de la gracia de Jesucristo es el poder bajado del cielo que las hace capaces de todo bien. Pero esta gracia es exigente. Jesucristo no sólo viene a traerles sus dones en abundancia, sino que quiere darse a sí mismo. No les quiere quitar la sed con el agua del río, sino que les trae el manantial mismo. Él, que es el esplendor de la gloria del Padre y belleza de la sustancia divina: *splendor gloriae, forma substantiae eius* [Hebreos 1, 3]; él, que sostiene todas las cosas en la palabra de su poder: *portansque omnia verbo virtutis suae* [ib.]; él, que borra toda mancha del pecado: *purgationem peccatorum faciens* [ib.], él viene a darles su pureza, su poder, su belleza, su esplendor; pero ya que las quiere embellecer así, se dirige a su voluntad y espera una grande y pronta obediencia.

La Sagrada Escritura está llena de terribles ejemplos de la forma en que Dios castiga a las almas a las que ha dado todo, pero que se quedan en su voluntad. Vean a la mujer de Lot. El Señor recomendó a su servidor que huyera a toda prisa, él, su mujer y sus hijas; sólo pone una condición para el rescate de esta familia, maravillosamente arrancada de las llamas vengadoras de los crímenes de Sodoma. La mujer de Lot, ya sea por curiosidad, ya sea por nostalgia de dejar una tierra tan bella, por su fecundidad en aquel entonces, vuelve la vista atrás; queda convertida inmediatamente en estatua de sal. Ya no es un ser vivo, es materia tosca. Desapareció toda la perfección de esta alma porque se volvió para mirar lo que Dios le mandó dejar.

¡Ay, hijas mías! Si quieren permanecer siempre puras, bellas, dignas de Jesucristo, nunca miren para atrás. Ninguno de los que ponen la mano en el arado y vuelven la vista hacia atrás está hecho para el reino de Dios. Miren siempre adelante, tiendan siempre a una mayor perfección, tal como se la pide Jesucristo; caminen con la fuerza de aquel que quiere ser su fuerza, dejen que las adorne con todas las virtudes. Si ustedes lo quieren, va a comenzar para todas una vida nueva en ustedes, la vida que está en Jesucristo: *Christus vita vestra* [Colosenses 3, 4], como dice el Apóstol. Entren en esta vida, en esta belleza: *Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede* [Salmo 45, 5]. Esa es la belleza de las virtudes que les comunica Dios. A la gracia hay que añadir la verdad.

## 2º Esplendor de la verdad

¿A quién van a recibir? A un Dios hecho hombre. Pero este Dios es la verdad eterna; ahora es cuando hay que repetir: es el esplendor de la gloria: *splendor gloriae*. Jesucristo, hijo de María, es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, escondiendo bajo su humanidad esa luz inextinguible, *lumen indeficiens*; es además la belleza infinita. Hace notar San Agustín que los seres sacan su belleza de la luz. Ustedes tienen ante sus ojos el espectáculo más maravilloso. Pero si ningún rayo de luz lo ilumina, ustedes no ven nada: es bonito, pero no son más que tinieblas. Es pues la luz la que da a los seres su belleza. Y nuestro Doctor añade: “¿Acaso no es el sol, cuya luz da la belleza a los seres, el más bello de todos en la naturaleza? ¿Pero qué es el sol al lado del esplendor de la gloria divina, de esa luz que es Dios?”. Esa belleza infinita quiere bajar hasta ustedes y traerles algo de su infinita hermosura. Y cuando se la haya transmitido en su luz, les dirá: “¡Oh, amada mía, qué bella eres!”.

No quiere hacerlo todo él; la verdad quiere ser meditada, contemplada, adorada. Así es como se comunica; a quienes la reciben los vuelve radiantes. Y usando otra comparación, miren lo que canta hoy la Iglesia en la primera antífona de Laudes: *Sapientia aedificavit sibi domum* [Proverbios 9, 1-2]; la sabiduría, es decir la verdad, se construyó una casa, puso la mesa y preparó el vino, *miscuit vinum* [ib.]. La casa son ustedes, el vino es la Sangre divina, la mesa es la Eucaristía, que le da al alma la fuerza, la salud del alma y la ilumina con su belleza.

Vengan pues y coman; tomen y beban; reciban a su Dios, eterna belleza, en su poder, su sabiduría, su luz y su verdad.

---

#### IV. LAS ADORATRICES DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

*El proyecto de esta Asociación remonta a los años 1854-1855. Dirigía entonces el Padre d'Alzon a ciertas personas cuya situación familiar o estado de salud las descartaba de la vida religiosa, pero que podían llevar en el mundo una vida de total entrega a la Iglesia. Impulsándolas a una alta perfección contaba el Padre con la ayuda de su oración y de sus buenas obras. Esta Asociación, iniciada de hecho el día de Pentecostés de 1857, se presenta como una "Orden Tercera reforzada", o mejor dicho, como un Instituto Secular antes del tiempo, ya que pretendía cierta vida de comunidad a futuro.*

*El Padre d'Alzon siempre tuvo un gran afecto a la Asociación, como lo dan a entender sus cartas circulares; seguía además a cada miembro a través de frecuentes cartas de dirección espiritual de singular elevación. Le debe a esta Asociación sus inspiraciones más notables. Leeremos más adelante sus cartas sobre el Crucifijo y las lecciones del Crucifijo. El germen de nuestro Directorio estaba ya en el Examen Razonado que les destinó en mayo de 1859. Sus Conferencias de 1870-1871 sobre la Eucaristía (publicadas en 1954 en los Cuadernos d'Alzon: "Eucaristía, Luz de Vida", págs. 71-100), ya habían sido esbozadas para las Adoratrices en septiembre de 1862.*

*Esta sección comprende:*

*A. Las cartas circulares, dirigidas a las Adoratrices por medio de Sor María Walburga, Superiora del Priorato de la Asunción.*

*B. Algunos recuerdos de las Instrucciones, recogidos por las Adoratrices.*

---

## A.- CARTAS CIRCULARES

*Entre 1857 y 1860*      A la Orden Tercera de Santa Teresa<sup>1)</sup>

La meta que deben proponerse es la de vivir como religiosas en el mundo para hacerse esposas de Nuestro Señor un poco más cada día. Les doy como madre a la Santísima Virgen. Será nuestra Patrona común y a sus pies nos encontraremos siempre como a los pies de una madre a quien rodearemos con nuestro amor, y como a un modelo al que tratarán siempre de imitar.

1° Se dedicarán a vivir en el mundo como vivió la Santísima Virgen. María, modelo de religiosas, no se mantuvo escondida en un claustro, sino protegida por su modestia. Como ella, pueden aspirar a la más alta perfección, imitándola en sus relaciones externas.

2° Se aplicarán a imitar en María su espíritu de humildad, de oración, de obediencia y de caridad. Esas cuatro virtudes se desprenden, para ustedes, de un gran espíritu de fe y estarán coronadas por el talante de franqueza que debe reinar en todas sus acciones.

3° No les puedo fijar un reglamento que se imponga a toda hora. Eso llegará más tarde. Por ahora, me limito a pedirles un tiempo fijo para dormir, media hora para levantarse, media hora al menos de meditación diaria, la misa, tres horas de silencio por la mañana o por la tarde, la adoración del Santísimo Sacramento, el Santo Rosario, un capítulo del Nuevo Testamento, una lectura espiritual y el examen de conciencia.

<sup>1)</sup> La “Orden Tercera de Santa Teresa” fue el primer título de las Adoratrices, uno de cuyos fines apostólicos era la conversión de los Protestantes; se interesaban entre otras cosas por las niñas protestantes convertidas, en la llamada “Obra de Santa Teresa”.

Les toca a ustedes proponerme qué orden seguir en el desarrollo de los diferentes ejercicios y de las otras ocupaciones.

---

*Entre 1857 y 1860*

Es evidente que si Dios quiere que yo les sea útil, como creo que podré serlo, no será de una manera ordinaria. Espero de ustedes la resolución, muy especial, de prepararse para hacer aquella clase de bien que comporta su título de religiosas en el mundo. Espero, pues, una mayor severidad en la compostura y en sus relaciones externas, mayor espíritu de caridad en las conversaciones, una mayor modestia si es posible en su arreglo personal. En una palabra, espero que se transparente hacia fuera lo que desean ser en lo profundo de sus corazones.

Deberán emplear su actividad en las buenas obras. Quisiera sin embargo darles como meta principal preparar la adoración perpetua del Santísimo Sacramento y la conversión de los protestantes. Dos objetivos que se reducen a uno: el triunfo de Nuestro Señor en las almas; en otras palabras, la extensión del Reino de Nuestro Señor Jesucristo.

Para ello quisiera que se enamorasen perdidamente de nuestro bondadoso Maestro en el Sacramento de su amor; que se ofreciesen a él cada día como sus víctimas; que mantuviesen un continuo esfuerzo de purificación de sus corazones hasta convertirlos en sagrarios; que tratasen continuamente de compensarle con sus mortificaciones por las ofensas y el desprecio que recibe de los hombres; y que tengan la valentía de hablar con frecuencia de este tema tan olvidado por todos.

En cuanto a la conversión de los protestantes, hablaremos más largamente en otra ocasión.

---

10 de junio de 1857

A la Madre María Walburga

Esperaba que mi querida hija me diese noticias suyas, al menos de esa pequeña Asociación que le confié muy especialmente; le confieso incluso, que me parecería muy bueno que pudiésemos entendernos un poco sobre lo que hay que hacer con esas excelentes personas. Vea por qué. Algunas un día serán religiosas. Por un lado, podría usted ir ya preparándolas; por otro, creo que yo puedo darle algunas indicaciones útiles, si queremos llegar a mejorar la piedad de algunas personas del Sur. Tomando así las cosas, nuestra pequeña Asociación podría alcanzar excelentes resultados, esté usted segura; y aunque dejemos que nuestra Madre le dé su parecer sobre sus hijas, las religiosas, quizá pudiera yo también aconsejarle algo sobre sus hijas, las terciarias, y hacerle así algún bien.

Permítame, pues, que les escriba de cuando en cuando por medio de usted. Lo dicho anteriormente es para usted, lo que sigue es para ellas.

Le ruego que les transmita, de mi parte, a esas queridas hijas, una nota que leí hace poco en *Todo por Jesús*, de Faber. Nuestro Señor le reveló un día a Santa Teresa que le agradaba más un alma que trabajase por su perfección, que mil almas viviendo en comunidad. Hay aquí con qué inflamar muchos ardores y sacudir muchas perezas. ¡Qué no daría uno por amor a Nuestro Señor!

Veía yo en el Oficio de hoy el Reino de los cielos comparado a una piedra preciosa que un mercader compra por el precio de toda su fortuna. Pero esa piedra preciosa ¿qué otra cosa podría ser sino el amor de Nuestro Señor, prenda del cielo sobre la tierra para nosotros y en el cielo nuestra felicidad por toda la eternidad? Espero, pues, que este pensamiento de ser amadas por Nuestro Señor más que millares de cristianos, las dispondrá a hacer todos los sacrificios posibles e imaginables. Di-

rán como San Pablo: “Señor, ¿qué quieres que haga?” [Hechos 9, 6].

La perfección y el amor a Nuestro Señor son los dos temas de meditación que les doy para la octava del Santísimo Sacramento. Irán a adorar a Nuestro Señor, consumido de amor por los hombres, y le pedirán que hasta la última fibra de sus corazones sea consumida por ese fuego que abrasa al suyo. Luego se preguntarán a cada momento del día si sus acciones están conformes con tan bellas disposiciones. Una octava del Santísimo Sacramento vivida como impulso a la perfección en el amor, sería un bonito medio para santificarse rápidamente.

*15 de junio de 1857*

A la misma

Me encanta escribirles a las hijas de la Asunción. Mis cartas les dan una inmensa alegría y, aunque mi corazón no tuviese esa satisfacción de creer que causa tanta dicha, dígame usted si el amor propio no estaría ya satisfecho. Pero le aseguro que nada tiene que ver aquí el amor propio; es únicamente el corazón el que hace correr la pluma.

¿Sabe que estoy muy edificado del celo que pone usted en el progreso de la nueva Asociación? ¡Tantas veces me dijo que este trabajo le parecía aburrido, que a usted no le gustaba empujar a nadie! Veo sin embargo que, cuando quiere, empuja muy bien. Tiene usted terror a hacer el cuarto voto de las Asunciadas, pero veo que trabaja como si ya lo hubiera hecho. Manténgase muy firme e impulse a la práctica de sólidas virtudes, a la victoria sobre todos los defectos de carácter, a la verdadera caridad que soporta el mal pero no lo hace.

Ya que hace falta más dinero del que tienen esas pobres chicas para recibir a señoras de edad, que se contenten por ahora con visitar a algunas, el resto vendrá más ade-

lante. La práctica de llevar costura y de trabajar durante las reuniones es excelente. Eso les permite quedarse más tiempo a las que lo deseen y da además la ocasión de unirse sin molestias. Vigilando con atención esas charlas, se puede comunicar muy fácilmente el espíritu de celo y el espíritu religioso...

21 de Junio de 1857

A las Adoratrices

Aunque estoy esperando una carta que me ha anunciado nuestra Madre María Walburga, quisiera sin embargo conversar un poco con ustedes. Creo que tengo algunas ideas de las que podrían sacar provecho y, como estoy imposibilitado de hacer gran cosa, sería para mí un gran consuelo si me permitiesen ejercitar una brizna de apostolado para con ustedes. Las grandes teorías ya no están hechas para mi cabeza, pero pienso que tengo algo mejor que proponerles que una teoría. Se trata de una cosa muy práctica.

### **El Crucifijo**

¿Tienen un crucifijo? ¿Cómo se comportan con él? Déjenme primero aconsejarles que se consigan uno como los de las religiosas. Tienen una ventaja. Los crucifijos muy chiquitos no inspiran mucha devoción (al menos a mí); los demasiado grandes molestan. Si la ropa les permite llevarlo puesto, quítenselo lo menos posible, pero hagan de manera que puedan utilizarlo cuando quieran, ponerlo sobre la mesa cuando escriben, encima de sus rodillas mientras trabajan, para mirarlo de cuando en cuando y besarlo; ténganlo entre sus manos al dormirse.

Ciertamente, no hay nada más valioso que la comunión frecuente y la adoración al Santísimo Sacramento, pero no podemos tener siempre a Nuestro Señor substancialmente presente en nuestro corazón; no podemos estar

continuamente a sus pies; pero se puede tener siempre su imagen consigo o cerca de uno, y ¡cuántas cosas nos dice esa imagen!

**El Amigo de todos los días**

Si por la mañana, al levantarte, besas tu crucifijo con amor y prometes llevar tu cruz durante todo el día, caminando tras las huellas del divino Crucificado; si durante la meditación, —a menos que sea en la iglesia—, mantienes la cruz entre tus manos y te propones inmolarle sobre el altar del sacrificio de Jesús; si para despertar tu fervor tocas de vez en cuando el crucifijo con tu mano y si lo aprietas más fuertemente en los momentos de angustia, de dolor, de luchas, de tentaciones; si al salir para hacer alguna obra buena lo adoras recordando que es precisamente a Jesucristo a quien vas a socorrer en los pobres; si al practicar alguna austeridad besas las divinas llagas que son las fuentes de la vida de la Iglesia y los manantiales de nuestra purificación; si al atardecer caes a sus pies para rendirle cuenta de tu jornada, de tu orgullo frente a su anonadamiento, de tus vanidades frente a sus humillaciones, de tu cobardía frente a sus angustias, de tu pereza ante los sudores de ese divino cuerpo; de tu egoísmo frente a su amor infinito; de tus impaciencias, de tus despechos, de tus faltas de caridad frente a sus largas esperas e inalterable dulzura; ¡ah! entonces, hijas mías, ¡me parece muy difícil que tu crucifijo no se convierta en tu amigo, tu confidente!; o, mejor dicho, Nuestro Señor te amará, te instruirá, te fortalecerá a través de su imagen y, en ese trato más constante, a través de este intercambio mudo pero bendito con tu esposo, sentirás como una transformación de todo tu ser.

**Transformación en  
Jesús Crucificado**

Ya no será únicamente la madera o el metal lo que reproducirá para ustedes los rasgos del Salvador; éstos se grabarán más vivamente en sus almas. Sentirán la acción más inmediata de quien estuvo colgado en la cruz por ustedes; desearán transformarse en él y decir como San Pablo: *“Para mí la vida es Cristo”* [Filipenses 1, 21]; y sus vidas cobrarán un carácter nuevo y descubrirán nuevos horizontes en el conocimiento cristiano, dejándose llevar por el amor; y toda vida, toda ciencia, toda dicha, se resumirán en estas dos palabras: *“Jesucristo, y Jesucristo crucificado”*: *Jesum Christum, et hunc crucifixum* [1 Corintios 2, 2].

**Al momento de  
acostarse**

Les confesaré con toda sencillez que para mí el mejor momento del día es la hora de acostarme.

No se requiere gran esfuerzo para ponerse a pensar en este buen Maestro, cuya imagen tiene uno en sus manos. Uno le dice que lo ama; le pide uno perdón por sus tonterías; de pronto queda uno sorprendido por ese perdón que cayó de lo alto de la cruz; con remordimiento, piensa uno en el dolor que le ha causado el pecado, en el tiempo que uno ha perdido, en las gracias recibidas. Le agradecemos por sus beneficios; le hacemos promesas ardientes; nos avergonzamos de estar en una buena cama, mientras él murió en un patíbulo; y nos incentivamos a amarlo y a recuperar el tiempo perdido. Adoramos a Dios Padre, presentándole a su Hijo; invocamos al Espíritu Santo que él nos ha enviado; oramos por la Iglesia, que nació en el Calvario; nos avergonzamos de ser tan malos cristianos; pero después nos animamos pensando en el amor y el poder de Dios; y si para entonces aún no ha llegado el sueño, el tiempo se hace corto en tan grata compañía.

He aquí, mis queridas hijas, algunas ideas que espero les lleven a establecer un trato íntimo con su crucifijo; él

hará más presente a Jesús en su mente y en su corazón. ¿Qué más quieren?

Me encantaría saber que la Asociación crece cada día en virtudes sólidas, en humildad, en sencillez, en amor de Dios. Ruéguenle a la Santísima Virgen que les enseñe cómo deben pegar sus labios a las llagas de su Hijo, y a encontrar ahí el valor y el ardor que deben caracterizar a las vírgenes, esposas de un Dios.

¡Que la cruz sea su riqueza, su esperanza, su vida y su recompensa!

24 de junio de 1857

A la Madre María Walburga

Esperaba con gran impaciencia una carta suya, mi querida hija. Si espera librarse de las mías no escribiéndome, se equivoca del todo. No sé por qué estoy convencido de que nuestra pequeña Asociación puede llegar a ser algo muy bueno, y quiero intentarlo. De momento, propóngales esto. Pretendo mandarles una serie de cartas sobre las lecciones que les puede dar el crucifijo. ¿No tendríamos así ocasión de buscar un nombre apropiado para el priorato donde se reúnen, conforme al espíritu que yo quisiera darles? ¿No podríamos llamarlas Adoratrices de Jesús Crucificado, o sencillamente Adoratrices de Jesús?

Después de hablarles del crucifijo, tengo intención de hablarles también del Santísimo Sacramento; las designaremos sencillamente con el título de Adoratrices. Piénselo y deme su opinión. Si quiere darme algún signo de vida, que sea en Lavagnac, por Montagnac, en el Hérault.

Adiós, mi querida hija. Mil buenos recuerdos a sus hijas del priorato. Todo suyo en Nuestro Señor.

---

## LAS LECCIONES DEL CRUCIFIJO

## I. La Contrición

24 de junio de 1857

Además de los sentimientos, cuya fuente ya les mostré en el uso del crucifijo, pienso que puedo decirles algo también a cerca de una importante disposición del alma que tiende a la perfección, algo que me parece muy olvidado, se trata de la contrición.

La mayoría de las personas piadosas se detienen en su progreso hacia la perfección porque no combaten con bastante energía sus defectos; y no los combaten porque no les tienen verdadero horror a los pecados a donde tales defectos las conducen. ¿Qué progreso han hecho ustedes desde hace algún tiempo? ¿Y por qué no avanzan más? Porque no sienten suficiente deseo de conversión, si no del mal al bien, al menos de la imperfección a la perfección, sin lo cual se cae en la indolencia y la apatía. Ustedes no pueden quedarse en ese letargo. Hay que salir de él y, para eso, les traigo el auxilio de su crucifijo.

**Motivos de contrición**    ¿Por qué murió Nuestro Señor?  
Para pagar el precio de nuestros pecados. ¡Y ustedes, sus esposas, no le tienen horror al pecado! Entendámonos. Me inclino a pensar que aborrecen el pecado mortal, ¿pero cómo se sitúan con relación al hábito del pecado venial? Ese amor propio, esa susceptibilidad, esas antipatías, esa imaginación, ese deseo de aparentar, esa ligereza para con las cosas de Dios, esa negligencia en la oración, en una palabra, ese conjunto de pequeñas infracciones a la ley de Dios que constituye el bagaje de una persona piadosa cuando se va a confesar, ¿en qué queda todo eso? ¿Acaso esta carga se hace cada

día más liviana? ¿Se hace más pesada o bien se mantiene en el mismo peso?

Veán las consecuencias. No le doy la muerte, entre una confesión y otra, al que llamo mi esposo, pero lo hiero continuamente con mis rebeldías, con mis negligencias, con mis ligerezas, con mis distracciones, siempre culpables cuando se trata de Dios. Tomen en cuenta todas las tentaciones de insubordinación, de murmuraciones, de desánimo, de despecho por las que pasan. No pretendo pintarlas enteramente. La verdad es que, cada ocho o quince días, le prometen a Nuestro Señor corregirse, santificarse, pero siguen siendo más o menos las mismas. ¿Por qué esto? ¿Por qué? Por muchas razones. Les daré una sola: no conocen bastante su crucifijo, no aman suficientemente a aquél del que es imagen, no poseen ustedes el suficiente conocimiento de los dolores de Jesús; este conocimiento se los dará su crucifijo cuando se lo pidan.

Dejemos de lado el pecado mortal que causó la muerte al Salvador de los hombres. El hecho es que en la cruz lo veo desgarrado por los latigazos de la flagelación, coronado de espinas, devorado por una sed abrasadora. Esos sufrimientos habrían podido no darle la muerte. Pero, ¡cuánta sangre derramada ya, qué torturas en esa divina cabeza, qué angustias en ese pecho devorado por el deseo de salvar a los hombres! Asuman su parte en todo esto; son nuestros pecados veniales la causa. No fuimos nosotros quienes hundimos la lanza en su costado, no clavamos nosotros a Nuestro Señor en la cruz, pero lo hemos entregado a los dolores más insoportables y lo seguimos entregando a ellos cada día, cada vez que por falta de generosidad volvemos a caer una y otra vez en esos pecados nuestros que llamamos habituales. ¡Y decimos que lo amamos!

¡Ah!, mis queridas hijas, una sierva de Dios alcanzó la santidad porque sufrió sin quejarse, durante varios años, que su marido la atase cada noche a un poste y la azota-

se hasta sacarle sangre. ¡He aquí de qué hacer una santa! Ustedes la admiran; pero, ¿qué piensan del marido? Que era un monstruo, ¿verdad? Pues, ¡ese marido son ustedes! Le pegaba sin motivo a su mujer. ¿Qué motivos tienen ustedes para azotar a Nuestro Señor? Ese marido merecía que su mujer se separase de él. ¿Qué trato merecerían ustedes de parte de su bondadoso Dueño?

Vayan a su crucifijo; consideren a Jesús, a quien con tanta frecuencia han abandonado, insultado, despreciado, escupido, flagelado, coronado de espinas, y tengan el valor de decirle que lo aman, si no están decididas a arrancar de su corazón cuanto pudiera desagradarle, hasta las más mínimas imperfecciones.

#### **Preparación para la confesión**

Me gustaría que se preparasen para la confesión ya sea ante el Santísimo Sacramento, ya sea ante el crucifijo. Supongo que nunca cometieron un pecado mortal, pero ¿quién de entre ustedes puede estar totalmente segura? Y si ni siquiera están seguras de no haber perdido jamás la inocencia, ¿piensan que no tienen nada que reparar, que expiar a los pies de su Dios?

Espero de su pequeña Asociación y de su amor por nuestro buen Maestro una preparación más seria a la confesión. No quiero nada que las turbe, nada de escrúpulos, pero sí les pido un profundo horror del pecado. No les digo que examinen con más atención, sino que detesten sus faltas con más energía y eficacia. Ponderen su gravedad según lo profundo de las llagas del Hijo de Dios y tomen la firme resolución al pie del crucifijo de destruir en ustedes todo, sin reserva, cuanto pudiera desagradar a Nuestro Señor.

Quedo todo de ustedes, mis queridas hijas, con el deseo más ardiente de que el reino del pecado desaparezca de sus vidas.

## II. El Odio al pecado

3 de julio de 1857

Al condenar a muerte a su Hijo, quería Dios que la tierra conociese el horror que le causa el pecado. Y no pueden colocarse ustedes al pie de su crucifijo sin decir: “A esto redujo el pecado a un Dios”. Ahora bien, este Dios que expira en medio de los más atroces dolores es el esposo de ustedes; y es al mismo tiempo la cabeza de la Iglesia, la madre de ustedes, mediante la cual les comunica sus gracias, las alimenta con su cuerpo y las hace hijas de Dios.

Cuanto más amen a Dios, a Jesucristo y a la Iglesia, tanto más deben detestar el pecado, y no sólo el pecado en el que tengan la desgracia de caer, sino el pecado en sí mismo, es decir, esa suma de rebeldías contra la ley de Dios, de ingraticudes contra su amor, de sacrilegios contra sus dones, de blasfemias contra su poder, de incredulidad reflexionada contra su existencia misma. La vista de su modelo, crucificado por el pecado, es un continuo aguijón que les recuerda lo que el pecado debe significar para ustedes. Saco de aquí algunas consecuencias prácticas, sobre las que deberán reflexionar.

**1º Horror del mundo** Si el pecado debe serles tan odioso, deben aborrecer también los lugares donde se comete. El lugar del pecado es el mundo. Deben tenerle horror al mundo. Me dirán ustedes: “Pero si yo no voy al mundo, no me gusta el mundo”. Eso no basta. Hay que protestar contra el mundo y decir como San Pablo: “*El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo*” [Gálatas 6, 14]. ¿Qué quiere decir, mis queridas hijas, y qué significa esta doble crucifixión? Entre las diferentes explicaciones que se pueden dar, me quedo con ésta: El mundo debe ser una cruz para

el cristiano y todas sus relaciones con el mundo deben constituir una continua crucifixión. El mundo crucificó al Maestro, y no debe ser el discípulo mejor tratado que su divino Maestro. Cuanto más amen a Jesús crucificado, más el mundo deberá ser para ustedes una cruz y una crucifixión. De este modo el mundo está crucificado para ustedes y ustedes crucificadas para el mundo, que ignora su dicha de vivir enteramente entregadas a Jesús, que las censura, las critica y las persigue. Y deben sentirse muy felices por esto, ya que demuestra que ustedes se asemejan cada vez más a su esposo. Deben estar crucificadas a los ojos del mundo para dar continuidad al terrible misterio del juicio y condenación contra su príncipe, según las palabras de Nuestro Señor. Deben mostrar a los ojos del mundo todo el horror del pecado mediante la crucifixión voluntaria de toda su vida, para que el mundo conozca, no por palabras sino con hechos, la verdad de la doctrina de la cruz, y que, fuera de dicha doctrina, no hay salvación alguna.

## 2º **Mortificación**

Una segunda consecuencia es que, si tienen verdadero horror del pecado, hace falta, a ejemplo del divino Maestro que murió para destruirlo, combatirlo mediante todos sus esfuerzos y con los mismos medios que él utilizó. Ustedes no deben morir, pero sí mortificarse. Toda mortificación implica, además de la expiación personal, un acto de odio contra el pecado y un acto de amor a Dios. En otras palabras, no sólo deben hacer penitencia por ustedes mismas, sino también por el prójimo. Es precisamente ése uno de los más hermosos privilegios de las esposas de Jesús: es dejarle a él en cierto sentido el cuidado de la salvación personal y de la deuda por los propios pecados, para entregar su vida a fin de acrecentar el tesoro de los méritos de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Su penitencia ya no es el acto de un deudor que paga, sino el

esfuerzo de una esposa que busca compensar las pérdidas del padre de familia. ¡Dichoso privilegio del alma que ama a Dios y puede desagraviarlo y consolarlo por tantos insultos de que es objeto!

**3° Amor a la Iglesia** El horror del pecado y el amor a la Iglesia, nuestra madre, requieren de cierto valor para defender a esta madre insultada y cubierta en cierto modo de la suciedad que sus hijos rebeldes y sus enemigos le arrojan. ¡Qué consuelo poder llevarle a nuestra madre insultada el tributo de nuestros generosos esfuerzos en servirla, con tanto mayor ardor cuanto más abandonada está! ¡Ah!, mis queridas hijas, no amamos bastante a la Iglesia y por eso no entendemos suficientemente que toda nuestra vida debería estar consagrada a extender sus conquistas a través del imperio del pecado.

Quisiera presentarles aún otras consideraciones, pero las voy a dejar para otra carta. Desearía vivamente que estas cortas líneas les hiciesen comprender mejor cuánto agradecimiento deben de tener para con Nuestro Señor, que las ha liberado del pecado y las ha llamado a su luz admirable y pura. ¡Que él sea su alegría y su amor por toda la eternidad!

### III. La Preciosísima Sangre

*6 de julio de 1857*

Celebrábamos ayer la festividad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor. Como ya las he invitado tantas veces a cobijarse bajo el árbol de la cruz, desde donde esa divina sangre se derramó sobre la tierra por nuestros pecados, quisiera decirles hoy algo de sus maravillosos efectos.

### **Dstrucción del pecado**

La condición absoluta puesta por Dios Padre para la salvación de todos los hombres fue la efusión de la sangre de Jesucristo; por eso nuestro agradecimiento no puede tener límites para quien no dudó en derramar su sangre en medio de tantos dolores, dándonos así prueba de la inmensidad de su amor. Un Dios capaz de derramar hasta la última gota de su sangre para lavarnos de nuestras manchas y abrirnos las puertas del cielo es, ciertamente, un espectáculo muy apropiado para reanimar nuestro horror del pecado, para confundir nuestra ingratitud y para decidimos por fin a iniciar generosamente la obra de nuestra conversión.

### **Semillero de virtudes**

Pero quiero hacerles ver en la sangre de Nuestro Señor muchas otras ventajas para las personas que quieran, no sólo convertirse, sino que además llegar a ser perfectas. La sangre de Jesucristo no solamente destruye el pecado y expía los más espantosos crímenes, sino que es el principio del bien y la semilla de las más delicadas virtudes. ¿No la llama acaso un profeta el vino que engendra vírgenes? Desde este punto de vista quisiera yo hablarles hoy.

La sangre de Nuestro Señor estaba unida a la divinidad y por eso su mérito era infinito; por eso también no sólo debía tener un efecto negativo: ser remedio de la espantosa enfermedad original, sino que debía purificar las almas y devolverles su belleza primera; incluso debía hacer algo más: debía agregar algo a esa prístina hermosura. El Hijo de Dios que reina en el cielo tiene una corte digna de él, que son los ángeles. Dios es espíritu, y un ejército de los espíritus más puros rodea su inaccesible trono. El Verbo al hacerse hombre quiso también tener una corte compuesta por seres semejantes a él, revestidos como él de carne mortal, pero con algo de esa pureza divina que él vino a traer a la tierra. ¿Quién, sino las vírgenes, po-

dría constituir esa corte de espíritus angélicos en cuerpo mortal? Y las vírgenes nacen, nos dice el Espíritu Santo, de la sangre del Hijo de Dios. Ahora ven de inmediato, mis queridas hijas, lo que ustedes son y de qué misteriosa fuente fluye su maravilloso privilegio. Siendo vírgenes, remplazan a los ángeles alrededor del trono de Dios hecho hombre, y son vírgenes únicamente gracias a la poderosa fecundidad de su sangre.

**Sus frutos más  
preciosos**

Dejo de lado la primera consideración. Hablaremos más tarde de lo que ustedes son, en cuanto puestas alrededor del Cordero al que tienen que seguir a dondequiera que vaya. Me detengo a considerarlas como el más precioso fruto de esta maravillosa semilla que Nuestro Señor sembró en la tierra haciendo correr en ella su sangre.

1º Ustedes son el fruto de una sangre divina. Sin duda, son hijas de Eva, pero vean lo que la sangre de un Dios hace por ustedes. La sangre de nuestro divino Maestro me parece que está representada en el Apocalipsis por ese mar de cristal que vio San Juan delante del trono de Dios. Las vírgenes van a lavar y blanquear sus túnicas en la sangre del Cordero. Evidentemente, esta sangre divina se transforma y transforma a quienes se sumergen en ella. En ustedes todo tiene que ser puro, blanco, radiante, sin la menor mancha.

2º Ustedes son el fruto de una sangre divina, y por eso todo debe llevar en ustedes el sello de su origen sobrenatural, que es la sangre de Jesucristo derramada en la cruz. También ustedes fueron dadas a luz en el dolor, y es en el dolor, la penitencia y el sufrimiento que podrán conservar sus maravillosos privilegios. No se engañen. Si las espinas de la mortificación no las rodean, su tesoro les

será arrebatado. No puede haber virginidad sin combatir con las armas de la penitencia.

Pero al mismo tiempo esta sangre divina las transforma, hace de ustedes criaturas nuevas. No tienen más que estar atentas a ese trabajo interior. Ya que Jesús las hizo vírgenes por su sangre, fluye ésta mejor por sus venas mediante la comunión. Es preciso, pues, asumir la vida nueva que les aporta esta sangre y, puesto que los Libros Sagrados dicen que la sangre es la vida, al participar más íntimamente de la virtud de la sangre de Jesucristo, tienen que ser ustedes en cierto modo más divinas, que todo en ustedes sea divino: sus pensamientos, sus palabras, todo su ser.

3° Ustedes son el fruto más excelente de la sangre de Jesucristo. Nos lo dice el Espíritu Santo por medio de San Pablo: quien es virgen puede ocuparse mejor de las cosas de Dios y, por consiguiente, amarlo más. La castidad es, pues, el principio de la caridad y la condición para la perfección última. Dense bien cuenta, entonces, de todo lo que tienen que ofrecerle a Dios para alcanzar todo lo que él espera de ustedes. No, ustedes no deben ya ser de la tierra, tienen que ser enteramente del cielo. Dios las quiere todas para él. ¿Acaso lo más excelente no le pertenece precisamente a causa de su misma excelencia? Así pues, mis queridas hijas, que su virginidad, regada continuamente con la sangre de Nuestro Señor, se desarrolle y crezca para él. No teman hacer todos los sacrificios necesarios para conservarla y acrecentarla. Jesucristo les ha dado de su misma substancia, a fin de poder colocar sobre ustedes la corona de las vírgenes y de las esposas de Dios, para que también ustedes den algo, para que lo den todo.

¡La sangre de Jesucristo! He aquí, una vez más, la fuerza de ustedes, si llegasen a desfallecer; he aquí el baño en el que tienen que sumergirse a la menor mancha contraída, a la menor salpicadura en su vestido nupcial. ¡Ah,

hijas mías!, abracen la cruz con toda la fuerza de su amor y que, unidas a su esposo en este árbol misterioso, reciban allí, junto con la comprensión de los dones que él quiera concederles, la gracia de hacerlos crecer hasta el día en que no sean más que una cosa sola con él por toda la eternidad.

#### IV. El trabajo de la Perfección

*31 de julio de 1857*

Hace ya días que quería escribirles, pero varias causas me lo impidieron. Me parece, sin embargo, útil dirigirles de cuando en cuando algunas palabras de aliento, a fin de que el poco bien que hemos podido hacerles siga desarrollándose cada vez más.

##### **Despojarse**

Todo el trabajo de la perfección consiste en dos cosas, según la expresión de San Pablo: despojarse y revestirse. Se despoja uno mediante un trabajo cuya finalidad es destruir en sí mismo todo defecto, todo apego humano, toda imperfección. Las asperezas de carácter, las tristezas demasiado naturales, los desánimos, los sentimientos de amor propio, las susceptibilidades, el amor a las criaturas, a los consuelos, a las alegrías humanas, el replegarse sobre sí mismo, las motivaciones humanas en las mejores cosas, una cierta pereza, un inmenso deseo de reposo en medio de ciertas pruebas: todo esto y todo lo que se le parezca debe ser descartado con la mayor diligencia de nuestra alma. Y, ciertamente, el esfuerzo ha de ser continuo, si no queremos que la tibieza y la cobardía recubran con su musgo los pedacitos de terreno ganado al enemigo. Sí, tenemos que despojarnos y, mientras conservemos puestos algunos harapos de nuestra naturaleza mala, no

podremos pretender al traje de luz que Nuestro Señor nos tiene destinado.

Con frecuencia les habrán presentado esta comparación: cuando nos apegamos a alguna de nuestras miserias o a algún apoyo humano, no somos más que mendigos cubiertos de harapos, que se niegan a renunciar a ellos para revestirse con el traje de honor que un rey les ofrece. Desciendan, mis queridas hijas, al interior de sí mismas y pregúntense cuál es el andrajo al que tan apegadas están aún y que se opone a que su despojo sea completo. Con frecuencia será simplemente una cosa de nada. A veces nos parece imposible el despojo, porque ese sucio vestido que hay que abandonar se ha amoldado tan bien a nuestro cuerpo que nos parece que si nos lo quitamos arrancaríamos hasta la piel. ¡Pues bien!, peor para nosotros si, por nuestra culpa, ese vestido de ignominia, es decir, los hábitos de imperfección se han inoculado de tal manera en nosotros que parecen no hacer más que un todo con nuestro ser. Razón de más para hacer desaparecer esos viejos y sucios harapos que le impiden a Jesucristo darnos el vestido nupcial. Háganse pues esta pregunta: “¿Qué es lo que se opone en mí a que Nuestro Señor me entregue mi traje de boda?”

Ya ven que toco aquí un gran misterio. ¡Desdichadas ustedes, si no comprenden toda su dignidad, y desdichadas también si, siendo esposas de Jesucristo, pretenden conservar en ustedes cualquier cosa que pueda desagradarle! ¡Despójense pues, y despójense de todo! Si conservan algo para sí, no son dignas de alcanzar la perfección de las esposas de Jesucristo. Será un trabajo tanto más largo, cuanto menos generosas sean. La generosidad puede abreviarlo. Aquí todo depende de la fuerza de voluntad con que traten de arrancar de su alma el pecado y sus más mínimas impurezas.

**Revestirse de Cristo** Pero, luego de despojarse, mis queridas hijas, hay que revestirse. ¿En qué debe consistir este trabajo? Nos lo dice San Pablo en dos palabras: “*Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo*” [Romanos 13, 14]. La santísima humanidad del Salvador, esta misteriosa túnica con la que se revistió su divinidad cuando se anonadó para salvar a los hombres, ése es el vestido que les está destinado. Tomar los sentimientos de Jesucristo, las palabras de Jesucristo, las acciones de Jesucristo y convertirlos en sus propias palabras, sus propias acciones, sus propios sentimientos; no hacer, decir o pensar nada que no hubiera pensado, dicho o hecho el Salvador en esta tierra; me parece que esto es lo que quiere decir revestirse de Jesucristo. Examinen ahora su vida y compárenla con este modelo. De todas maneras, esa vestidura divina tiene la propiedad de penetrar de tal modo aquello que recubre que todo su ser queda transformado en Dios. ¿Este trabajo está ya comenzado en ustedes? Y sin embargo, ¿cuántos años hace que recibieron la vestidura del bautismo? ¿Desde hace cuántos años que Nuestro Señor baja con frecuencia al fondo de su alma para revestirla, adornarla y embellecerla? ¿Por qué siempre está igual?

No se pueden abordar estos temas sin quedar extrañado por un contraste: por un lado está lo que Dios quiere hacer por nosotros; por el otro, la manera con que no queremos que lo haga. Ciertamente quisiéramos alcanzar todos los privilegios de la santidad, pero no queremos aceptar las condiciones. Como dice San Pablo, queremos ser revestidos, pero no despojados.

Otro día les explicaré, mis queridas hijas, lo que yo entiendo por este revestimiento de Nuestro Señor. Por hoy, conténtense con examinar cuándo y cómo se piensan despojar enteramente de sí mismas.

¡Que Nuestro Señor lo sea todo en todo para ustedes!

## V. El revestimiento de Jesucristo

12 de agosto de 1857

Cada vez que trato de entender bien lo que quiere decir San Pablo cuando nos invita a revestirnos de Jesucristo, confieso que me siento algo perplejo. La unión entre el alma y Jesucristo es tal que toda comparación es incapaz de expresarla. Por eso se la representa a veces como la unión que debiera existir entre el esposo y la esposa; otras veces, a través de la figura del alma que vive en el cuerpo, se nos presenta a Nuestro Señor viviendo en el cristiano, a fin de animar en él hasta sus más mínimos movimientos, y mostrar así que él ha de ser el principio de todas nuestras acciones

1° Así, pues, cuando nos dice el Apóstol "*Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo*" [Romanos 13, 14], no pretende sino expresar el mismo misterio bajo un diferente punto de vista. El hombre aparece bajo el traje que lleva, pero este traje, sin embargo, lo modifica de una cierta manera. No son lo mismo los harapos de un mendigo que los ropajes de un rey. De modo que, si ustedes han de ser revestidas de Nuestro Señor, deben presentarse a los hombres con un aspecto divino. Los buenos ejemplos, la vida cristiana, la santidad del conjunto de sus acciones, las costumbres sobrenaturales, si puedo hablar así, he ahí lo que se tiene derecho a esperar de ustedes. En todo esto deben mostrar que Nuestro Señor las cubre y, en las santas acciones que realizan, deben acordarse de la misión que se les confía de manifestar a Nuestro Señor que les sirve de vestido.

2° Sin embargo, podemos decir también que San Pablo quiere mostrarnos que la acción de Nuestro Señor se ejerce en nosotros de varias maneras. Obra como la semilla de la planta que se desarrolla en el macetero en que fue sembrada. Crece, se desarrolla poco a poco y obra en ese caso, si se puede decir así, desde dentro hacia fue-

ra; su acción pasa a través de todos los poros de nuestra substancia; nos penetra enteros, si no ponemos ningún obstáculo. Experimentamos estos resultados sobre todo después de la comunión, cuando Nuestro Señor viene en lo más íntimo de nuestro ser. Pero puede también este divino Maestro proceder desde afuera hacia adentro, e investirnos de algún modo con su gracia, con su luz y con su fuerza. Es entonces cuando este maravilloso vestido nos cubre, protege nuestra debilidad y nos aporta un calor saludable; de nuevo, es Jesucristo. Estamos protegidos por él y por él somos puestos al abrigo de todos los peligros a los que nos expone el contacto con las cosas exteriores.

3° Pero, ya que tenemos que ver a Nuestro Señor tal como se presenta ante nosotros, me parece que, para que tengamos una idea exacta del maravilloso revestimiento de nuestras almas que es Jesucristo, hay que recordar muy bien lo que él mismo es. Nos dice San Pablo que, en el seno de la Trinidad, él es el esplendor de la gloria y la forma de la substancia divina. Cuando este esplendor glorioso y esta forma inefable se complacen en revestirnos con su resplandor y sus rayos, entonces lo que nos envuelve es verdaderamente un vestido de gloria, como infinita. Será ésa nuestra recompensa en el cielo. En la tierra, debemos aplicarnos a acostumbrar a nuestros miembros a llevarlo; mientras los vestidos ordinarios deben ser adaptados al cuerpo para el que están hechos, nosotros al contrario, y por un especial privilegio, tenemos que esforzarnos en ser dignos de tan magnífico manto real. De modo que todo su ser, sus facultades, su corazón, sus sentimientos, todo en ustedes se transforme, para que sean dignas de llevar ese inexplicable vestido que es, lo repito, el esplendor de la gloria de Dios y la forma de su substancia.

¡Qué grandeza, qué majestad, mis queridas hijas! Pero también cuánto esfuerzo necesitan para hacerse dignas de alcanzar semejante honor; necesitan también dejar de una

vez y para siempre las imperfecciones, las diversiones, las niñerías, las ligerezas, en una palabra ¡tantas nimiedades que absorben su vida y le restan la majestad de su carácter cristiano!

¡Que Jesucristo sea su única preocupación y que, para ser revestidas de él, renuncien de ahora en adelante a cuanto sea indigno del honor al que las quiere elevar!

---

*3 de mayo de 1859*

No quisiera dejar pasar la festividad de hoy, la Inven-  
ción de la Santa Cruz, sin recordar que hace dos años  
les escribía desde aquí mismo unas reflexiones sobre el  
Crucifijo. Quisiera, si ustedes me lo permiten, añadir a  
los pensamientos que les sugería entonces, algunos otros  
aún más tristes, pero que cobran valor de los espectáculos  
que tenemos ante nuestros ojos.

**Las pruebas de la  
Iglesia**

La Iglesia de Jesucristo tiene que luchar hasta el fin de los siglos y por eso se llama militante. Pues bien, conviene que luche con armas que le sean apropiadas, y estas armas le han sido dadas. Son los látigos del Pretorio, la corona de espinas, la cruz y los clavos del Calvario; en otras palabras, el sufrimiento y el menosprecio. “¡Sufrir y ser despreciado!”, exclamaba San Juan de la Cruz. Así pues, en medio de las agitacio-  
nes del mundo, es el medio más seguro para alcanzar la paz. ¿De qué se puede quejar quien pone su felicidad en el sufrimiento? ¿Quién podrá turbar al que halla su alegría en el menosprecio?

Cualesquiera que sean las pruebas que tenga que soportar quien se propone sufrir, sólo tiene lo que desea. En

cuanto al amor del menosprecio, les pregunto qué podría turbar a la adoratriz que partiese de este principio: “Soy una orgullosa y quiero luchar contra mi orgullo. La mejor manera de conseguirlo es amar el menosprecio y recibir con presteza todas las humillaciones que se presenten. En adelante, iré al encuentro de todas las que pueda prever”. Se lo repito, todo lo que la preocupaba se le convierte en pan bendito, ¡qué paz no alcanzará!

Pero no tengo razón para insistir en esto, porque me aparto del tema, ya volveremos más adelante.

Quería decirles que para la Iglesia parece que se avencinan tiempos difíciles, que las naciones se agitan aún y que los pueblos urden todavía sus vanos complots. Vivimos tiempos de incertidumbre. Estamos bajo la presión de no sé qué angustia y, aunque desde hace sesenta y cinco años Dios se complace en hacer avanzar a su Iglesia hacia el triunfo, a pesar de sus tribulaciones, no podemos predecir lo que sucederá dentro de poco: si las culpas de unos, la cobardía de otros, la furia del infierno, no atraerán un castigo sobre quienes olvidan tan rápidamente que la misericordia de Dios es grande, sin duda, pero que su justicia no lo es menos.

### **La hora de las víctimas**

En estos momentos, mis queridas hijas, es muy hermoso el papel de las almas que sienten la dicha de ser víctimas, pues continúan la obra de Nuestro Señor en la cruz. Y bien, déjenme decírselo, llegó el momento de redoblar el fervor y de ofrecerse aún más completamente a Dios.

¿Qué será del Papa? ¿Qué será de la libertad de la Iglesia, en medio de las agitaciones que comienzan y cuyo fin nadie puede prever? Evidentemente, hay proyectos espantosos y quienes creen manejar el curso de los asuntos no son más que instrumentos ciegos en manos de un poder superior. Pero por encima de todo está Dios, que se

dejó doblegar, hace mil ochocientos años, por la sangre de su Hijo derramada en la cruz. Y Dios, antes de dar a los ejércitos el poder de vencer y a los diplomáticos la ciencia de los protocolos, enseñó a los cristianos la ciencia y el poder de la oración. Yo les suplico, mis queridas hijas, que oren en unión con Nuestro Señor clavado en la cruz, que oren aceptando y haciendo suyas todas las enseñanzas de la cruz, que se hagan más que nunca víctimas, de modo que puedan afirmar, por su parte, que aman a la Iglesia y que hacen todo cuanto depende de ustedes por tratarla como a una buena madre.

Les escribo un poco deprisa. Ofrecí esta mañana la misa por ustedes y espero que también ustedes oren algo por mí. Esto es sólo un pequeño saludo. Ya les enviaré más tarde su famoso examen.

---

### EL EXAMEN RAZONADO

*10 de mayo de 1859*

**El propósito del Padre d'Alzon** Ya es hora de que yo cumpla mi promesa de enviaros el breve examen razonado que os había prometido. Es cierto que, hablando con propiedad, ya lo teníais en esas líneas que os di sobre el espíritu de la Asunción, pero esas líneas necesitan algunas explicaciones que os hagan captar el conjunto y seguir la concatenación del pensamiento que las ha dictado.

Al daros, ante todo, como finalidad principal el amor a Nuestro Señor, a la Santísima Virgen, su madre, y a la Iglesia, su esposa, no solamente quedáis informadas de que todos los latidos de vuestros corazones deben dirigirse hacia ese triple objeto, sino que, además, debéis

desarrollar en vosotras todas las virtudes cuyos modelos os presentan Jesús y María, y todas las que exige el servicio a la Iglesia, y prepararse a cuantos sacrificios os sean reclamados como prueba de vuestro amor. Ahora bien, esas disposiciones quieren ser desarrolladas y por eso debemos apoyarlas sobre algo sólido y práctico a la vez.

No conozco nada más sólido y práctico que las tres virtudes teologales y las virtudes religiosas y cristianas que de ellas se derivan directamente. Ahora bien, entre tantas virtudes que fluyen de esas tres fuentes, podemos elegir aquellas que mejor se corresponden con la meta que nos hemos propuesto. Tratemos de proceder con orden.

## I. La Fe

Fe en Nuestro Señor, verdad eterna que se ha manifestado a los hombres; fe imitando a la Santísima Virgen, que hizo el acto de fe más sublime jamás realizado cuando dijo: *“He aquí la sierva del Señor”* [Lucas 1, 38]; fe en la Iglesia, a la que debemos someter nuestra razón, nuestras dudas, nuestras rebeliones, en todo cuanto nos enseña. Espíritu de fe que nos lleva a buscar y a adorar la voluntad de Dios en todo lo que nos sucede. Espíritu de fe que nos lleva a unir de manera sobrenatural todas nuestras acciones a las de Jesús y María cuando estaban en la tierra, y nos incita a cumplirlos, en lo que de nosotros dependa, con aquella perfección que ellos ponían en sus más mínimos actos, palabras o sentimientos.

De la fe se sigue el amor a la verdad, su culto. Una de las maneras de hacer honor a la verdad viva es la franqueza, y esta virtud será uno de nuestros sellos distintivos.

**A la luz de la fe: la  
obediencia**

Pero la fe es una sumisión del espíritu a la verdad, es un acto de obediencia del corazón que, elevado a su mayor grado, se convierte en la obediencia religiosa. Pero ya veis cuánto valor y fuerza adquiere esta obediencia cuando es iluminada por las luces de la fe; cuando con la ayuda de estas luces tratamos de ser obedientes, como Jesús, hasta la muerte y muerte de cruz, en unión con María que cumplió en sí misma el misterio de la Encarnación mediante su obediencia al ángel que le traía la palabra de Dios, y al obedecer, ya sea a la Iglesia, en representación de la autoridad de Jesucristo en la tierra, ya sea a aquellos a quienes hemos prometido nuestra obediencia.

**la humildad**

Hay más. La fe nos ilumina sobre lo que debemos creer y hacer, pero nos aclara también sobre lo que somos, y por lo tanto, sobre lo poco que somos, sobre nuestros defectos, nuestros vicios, nuestros hábitos, nuestros pecados, nuestra corrupción. Y cuando hayamos visto, a la luz de la fe, todo este entramado de tristes elementos que componen nuestro ser; y cuando a esto añadimos la visión de nuestro rechazo de la gracia, no queda mucho de qué estar orgullosos de nosotros mismos; quedamos entonces evidentemente bajo el peso de un gran desprecio de nosotros mismos, que engendra o la desesperación o la humildad. Hay que rechazar la desesperación y contentarse con ser muy humilde, conocerse bien tal como uno es, menospreciarse y aceptar el desprecio de los demás como castigo por nuestros pecados y por nuestro orgullo; acordarnos de que aceptaremos el ser menospreciados en proporción del amor que sintamos por la justicia de Dios ofendida, y del deseo que tengamos de ofrecerle una reparación tan grande como seamos capaces.

**Examen sobre: la fe** De ello se sigue un examen concebido así. ¿Tengo la fe? ¿Estoy dispuesta a creer todo lo que la Iglesia me enseña? ¿Qué intensidad tiene mi fe? ¿He adorado suficientemente a Jesucristo, verdad eterna y, en cuanto Dios, objeto infinito de mi fe? ¿He ido a Dios mediante Jesucristo, autor y consumidor de mi fe? ¿Tengo bastante reconocimiento a Jesucristo que me ha dado la fe? ¿He tratado de imitar la fe de la Santísima Virgen? ¿Mediante mi fe, he atraído a Jesucristo en mí, como María en el misterio de la Encarnación? ¿He creído en todo lo que me enseña la Iglesia? ¿He comprendido el valor del depósito que se le ha confiado para mí, el tesoro de la verdad por el que seré salvada? ¿Tengo espíritu de fe? ¿Me he aplicado a dar a mis pensamientos, a mis sentimientos, a mis palabras, a mis acciones, un valor lo más grande posible, uniéndolos a alguno de los misterios de la vida del Salvador que me son revelados por la fe? ¿Conociendo al Salvador por la fe, lo he tomado como mi modelo en todo, lo mismo que a María, su madre? ¿Me doy cuenta de la grandeza y valor que pueden alcanzar cada uno de mis actos, si los realizo con espíritu de fe? ¿En qué he desarrollado en mí el espíritu de fe?

**la obediencia** ¿Cuál es mi obediencia a Jesús y a María, en las buenas inspiraciones que me envían, y a la Iglesia en sus mandamientos? ¿Qué significan para mí los mandamientos de Dios y los de la Iglesia? ¿Qué es para mí la obediencia religiosa, que es el cumplimiento más perfecto de aquellos? ¿En qué soy obediente? ¿Hasta qué grado, con qué espíritu, con qué abandono?

**la humildad** Finalmente la fe me enseña a conocerme. ¿Qué sinceridad he empleado en el estudio de mí misma? ¿Bajo qué pretextos me escudo a menudo para no ver mis defectos?



bien, no se posee a Dios, sino con la ayuda de Dios y por los medios que a él le plazca darnos; y aunque se anticipa con sus dones, siendo el primero en darnos los medios para ir a él, desea además que se los pidamos. De donde baso la necesidad de la oración.

**Los sacramentos** Los medios que da Dios son o internos o externos. Los medios internos son la gracia, bajo cualquier forma que se presente. Los medios externos son, sobre todo, los sacramentos, cuyo depósito ha confiado a su Iglesia. De donde además deduzco: el respeto por los sacramentos y el agradecimiento a la Iglesia que tiene el depósito y que me los dispensa.

**La pobreza** Pero nadie puede servir a dos señores. Si permanezco apegada, siguiendo la inclinación de mi naturaleza, a las alegrías, a los placeres, a los bienes de la tierra, no puedo amar el cielo. El amor del cielo, el deseo de poseer a Dios como bien supremo, no puede ir a la par más que con el desprendimiento de las cosas de aquí abajo. Cuanto mayor sea mi deseo de poseer el bien infinito, mayor será mi desprecio de los bienes creados; y la perfección de este deseo de poseer a Dios, este desprecio, este desapego de cuanto no es él o no es medio para llegar a él, llevado a su más alto grado, eso es la pobreza religiosa, que no sólo se desapega de corazón, sino de hecho, de todas las criaturas para ir al Creador, al Padre de quien procede todo don perfecto.

Pero si quiero ser pobre, sin embargo tengo que vivir. De ahí la necesidad del trabajo, que se puede considerar, es cierto, como un castigo del pecado, pero también como una secuela de la pobreza voluntaria. La pobreza misma se puede considerar también por el lado espiritual: todos somos pobres ante Dios, todos tenemos algo que pedirle.

Sólo os indico aquí los puntos principales sobre los que tendréis la bondad de reflexionar. Ahora comienza el examen.

**Examen sobre: la esperanza**      ¿Cuál es mi esperanza? ¿Dónde he colocado mi bien supremo? ¿Cuál es mi más íntimo deseo?

¿Dónde tengo mi confianza? ¿Está solamente en Jesucristo? ¿Acaso no confío sobre todo en mí? ¿No me creo capaz de todo, con la fuerza de mi voluntad? ¿Qué valor les doy a las gracias que me prodiga Nuestro Señor sin cesar? ¿Cómo se lo he agradecido? ¿Cómo le he pedido otras nuevas? ¿En qué situación estoy con relación al orden sobrenatural? ¿Refiero todo a mi salvación, de modo que sólo estimo lo que me la facilita; desprecio lo que le es inútil; tengo horror a todo lo que se le opone?

**la oración**      Las gracias de Dios aumentan en mí mediante la oración.

¿Cómo las pido? ¿Qué hago para alcanzar nuevas y más abundantes?

Las gracias son interiores y requieren de un cierto recogimiento, que le deje a Dios la posibilidad de actuar. ¿Qué tan recogida soy? ¿Cuáles son las distracciones, las preocupaciones que me absorben y se roban mi tiempo?

Las gracias llegan con la inspiración de buenos pensamientos. ¿Cómo las recibo cuando llegan? ¿En qué he tratado de multiplicarlas?

Las gracias son también ayudas, un aumento de fuerza. Cuando he tenido esa fuerza más grande, ¿cómo la he desarrollado mediante el ejercicio de acciones que podían serme pedidas?

**los sacramentos**      Las gracias son exteriores y las más preciosas son los sacramentos. ¿Cómo los he recibido? ¿Cómo me he preparado a ellos? ¿Qué fruto he sacado? Tantas absoluciones

recibidas, tantas comuniones hechas, el Espíritu Santo residiendo en mí por la confirmación, ¿qué provecho he sacado de todos estos tesoros? ¡Con mucho menos se haría una santa! ¿Qué contrición he tenido al confesarme y qué fervor al comulgar? Por mi profesión, yo tenía la posibilidad de corresponder más particularmente mediante la oración pública de la Iglesia a estas gracias exteriores concedidas a mí por la Iglesia. Ya que tengo la dicha de recitarlo al menos en parte, ¿cuál ha sido la atención, el respeto, el sentimiento de adoración, de petición, de agradecimiento, con el que he recitado el Oficio, en unión con Jesucristo y en nombre de la Iglesia?

**la pobreza**

¿Respecto de la pobreza, ¿tengo su espíritu? ¿Estoy desprendida de todas las cosas que están a mi disposición? ¿Estoy dispuesta a sacrificarlas? ¿No estoy apegada a ciertos bienes, aunque no fuese más que a mi reputación? El verdadero pobre está desprendido de todo, incluso de sí mismo. ¿No estoy enormemente apegada a mi persona, a mis comodidades, a mis satisfacciones? Si soy realmente una religiosa pobre, todo debe serme indiferente, dentro y fuera de mí, excepto la posesión de Dios y lo que me la procurará. ¿He llegado a eso? ¿O al contrario, no estoy aún muy lejos? ¿Qué voy a hacer en adelante para llegar al desapego completo? La pobreza propiamente dicha, ¿es siempre exactamente practicada por mí? Al no poder hacer más por causa de mi posición, ¿hago siempre lo que puedo? ¿En qué punto se encuentra mi trabajo? ¿Puedo decir que me gano la vida? Puedo ganarla por el cuidado que pongo en el manejo de la casa, por el trabajo de mis manos, por la privación de cantidad de caprichos, por el empleo de mi tiempo en las buenas obras, por el silencio que me hará el trabajo más fácil. ¿En todo esto, qué he hecho de lo que hace una verdadera religiosa?

Habiendo sido la pobreza el patrimonio de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, debe de tener para mí un precio inestimable, pues ha sido para Nuestro Señor una manera de demostrarnos su amor, y porque a ejemplo de María podría ser para mí un medio de demostrarle mi amor. ¿Qué valor les he dado, hasta ahora, a esas finezas de la pobreza que tan bien conocieron los santos?

La práctica de la pobreza me permite hacer algunas economías. ¿En qué las he empleado? Hay pobres de otra categoría distinta de la mía a quienes eso superfluo les sería muy necesario. ¿Qué empleo le doy a lo que está a mi disposición y con qué miras sobrenaturales lo uso? ¿Mis buenas obras no me procuran acaso amor propio y no hacen de mí un pobre orgulloso, una de las cosas que más horror le causan a Dios?

#### **la envidia**

La esperanza y la caridad, de las que vamos a hablar, tienen que luchar contra un vicio del que ni siquiera las personas más piadosas están exentas, la envidia: se entristecen por el bien espiritual que otros tienen y ellas no poseen. ¿No soy acaso envidiosa? ¿No ha engendrado en mí la envidia ciertas tristezas, ciertos rencores, ciertos rechazos, palabras poco caritativas, desánimo? ¿He entendido bien que los dones de Dios son como la luz del sol que penetra en todos los ojos, sin que la porción que reciben unos disminuya la parte de luz que reciben los otros?

En una palabra, ¿pongo mi confianza únicamente en Jesucristo? ¿Soy una persona de oración? ¿He orado bastante por la Iglesia? ¿Soy pobre, laboriosa? ¿Empleo bien mi tiempo? ¿Está mi corazón libre de toda envidia y de todo sentimiento de celos?

### III. La Caridad

La *caridad* produce también sus virtudes. Para ser más libre de poder unirse a Dios, la caridad renuncia a todo afecto terreno y produce:

1º La castidad, el amor de Dios que exige el sacrificio de cuanto pudiese empañarlo, incluso en las cosas permitidas.

2º La oración, considerada como unión con Dios.

3º El apostolado.

**Examen sobre:**           ¿Soy bastante consciente del in-  
**la caridad**                   menso amor que Dios me tiene  
desde toda la eternidad? No soy

más que una nada, pero Dios pensaba eternamente en mí.  
¿Qué hago para devolverle su eterno pensamiento y su amor eterno? ¿Cuál es mi agradecimiento por todos sus beneficios? Y ya que me ha dado a su Hijo para unirme a él, ¿cómo he respondido a ese deseo de unión divina?

**la castidad**               ¿Cómo he vivido la virtud de la  
castidad? ¿Con qué espinas he

rodeado ese lirio mediante el cual puedo ser la esposa de Jesús, más especialmente la imitadora y la hija de María? ¿En qué me he esforzado para alcanzar esa pureza de corazón que merece, a quienes la poseen, ver a Dios más de cerca?

Y no hablo ahora de la contemplación, pues volveré sobre ella enseguida.

**caridad para con el**    Pero si de la caridad para con  
**prójimo**                Dios pasamos a la caridad para  
con el prójimo, ¿en qué estoy?

¿Me he formado una idea del bien que puedo hacer a través de mi vida regular, de mis protestas prácticas contra la vida del mundo, de mis buenos ejemplos, de mis conversaciones, de mis buenas obras? ¿Cuál es mi objetivo

en todo esto? ¿No se desliza por ahí a veces el amor propio en lugar del amor de Dios? ¿Y no me he dejado llevar por algún sentimiento de satisfacción cuando puedo decir: “he hecho muchas buenas obras” o “las he hecho muy bien”?

**el celo por las almas** Toco aquí la meta más específica de la Asunción, que es la extensión del Reino de Nuestro Señor en las almas y que implica el doble amor a Jesucristo y a las almas. Jesucristo está vivo en cuanto Dios en su santa humanidad y en la Iglesia, que es a la vez su cuerpo, su esposa y su reino. Todas estas expresiones son muy pobres, como se ha observado, para expresar la unión que, en su amor, quiere establecer Nuestro Señor entre él y las almas de los santos. Sus delicias consisten en no ser más que una sola cosa con ellos. Por tanto, después de haberme esforzado por unirme enteramente a él, no puedo desear otra cosa que unirle el mayor número posible de almas, y lo más santamente posible. Desde este punto de vista, el celo por la extensión de Reino de Nuestro Señor en las almas y el espíritu apostólico son absolutamente la misma cosa. ¿Tengo este celo? ¿Tengo este espíritu? No voy a decir que esto no atañe a las mujeres. Santa Teresa, una simple mujer y monja de clausura, tenía el celo de los Apóstoles. ¿Por qué no lo tendría yo también? ¿Por qué no haría cuanto de mí depende? Y en esto, como el estado de cada una es diferente, cada una tiene que examinarse según su estado, para apreciar lo que hubiera podido hacer en el pasado, lo que hace ahora y lo que podrá hacer.

#### IV. El sello especial de las Adoratrices

En fin, mis queridas hijas, tenéis un sello más especial aún, sobre el que voy a insistir más particularmente. Sois adoratrices, y si, como estoy profundamente persuadido,

ésa es vuestra verdadera vocación, dejadme deciros cuán magnífico es este privilegio, que os merece haceros cada día más parecidas a los ángeles que rodean el trono de Dios. Permitidme indicaros cuatro condiciones principales que, según mi parecer, debe tener vuestra condición de adoratrices. Se trata del anonadamiento, la expiación, el celo, la unión.

**Cuatro condiciones**    *El anonadamiento.* En efecto, ¿qué es la adoración? Es un acto mediante el cual reconocemos el dominio supremo de Dios sobre toda criatura; el sacrificio que en la Antigua Ley se refería a la adoración es el holocausto, donde la víctima era enteramente consumida por el fuego. El gran crimen de los tiempos modernos es que Dios ya no es suficientemente adorado, ni es suficientemente reconocido como dueño soberano de todas las cosas. Pues bien, vuestra vida de adoratrices debería consistir en adorarlo por vosotras y por los que no lo adoran. Ved con qué anonadamientos, con qué destrucción de sí mismas, con qué proclamación de los derechos de Dios, deberíais reparar los insultos que recibe.

*La expiación.* Ciertamente, para expiar nuestros crímenes subió Nuestro Señor al Calvario. Pero cuando estáis a sus pies, ¿no sentís acaso que quiere ser adorado en unión con los sentimientos que él tuvo? Aunque resucitado de entre los muertos, no por eso es menos la víctima por excelencia, el cordero que quita los pecados del mundo; y aunque su oblación es superabundante, os pide que la hagáis más superabundante aún, si puedo expresarme así; y bajo ese punto de vista, podéis ser víctimas por el pecado.

Cuando al pie del Santísimo Sacramento os consideráis, como Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, frente a la justicia de su Padre, ¿entráis en todos los sentimientos que anegaban el alma de nuestro divino Maes-

tro en aquel terrible momento? Considerad lo que puede ser entonces vuestra oración; mirad lo que ella puede ofrecer; ved cómo entre esta oración dolorosa y una vida de expiación debe haber una relación íntima, y cómo al retiraros de la presencia de esa adorable víctima, debéis haceros víctimas vosotras mismas, y hasta qué grado.

*El celo.* No podéis ser apóstoles como los hombres del Evangelio, pero podéis ser su alma, como María era el alma de los apóstoles en el cenáculo. Ella es aún la reina, y vosotras que sois sus hijas, podéis orar como ella por los apóstoles; y mediante vuestro celo al pie del Santísimo Sacramento, al pie de Quien ha enviado a los apóstoles, podéis obtener para el sucesor de los apóstoles, Nuestro Santo Padre el Papa, para los obispos, para todos los sacerdotes, todas las gracias de apostolado que necesitan más que nunca.

Mirad, hijas mías, el cuerpo humano tiene como dos focos: la cabeza y el corazón. La cabeza comanda, dirige, gobierna; pero el principio del calor y de la vida es el corazón. El corazón no actúa, pero es un principio de acción; y vosotras como adoratrices pertenecéis más especialmente al corazón de la Iglesia y de Jesucristo. El corazón es invisible y sin embargo, ¡qué importante es su acción! Vosotras no tenéis que mostraros demasiado, pero ¡cuántas cosas santas no debéis remover, si poseéis un verdadero celo!

*La unión.* ¿En qué consistirá la felicidad en el cielo? En la unión con Dios. Y vuestra vida de adoratrices en la tierra debe ser un comienzo del cielo. ¿Qué tendréis en el cielo? A Dios. Y mediante el celo, ¿no lo tenéis en el Santísimo Sacramento? Nadie puede decir aquí en la tierra en qué debe consistir esta unión, cuáles son sus misterios, cuáles sus arrobos. Esta unión va precedida sin duda de grandes padecimientos. ¡Qué pureza, y en consecuencia, cuánta purificación no exigirá Dios a un alma con la que

quiere unirse! A vosotras, hijas mías, os toca ver qué precio queréis pagar aquí abajo por esa unión con Dios en la eternidad.

### Examen

Esta última parte de nuestro examen será breve.

Debo *anonadarme*. ¿Acaso no estoy llena de orgullo, de altivez, de susceptibilidad, de independencia? Quiero ser pisoteada y alzo la cabeza sin cesar y expongo mis quejas. Quiero ser tenida por nada y sin cesar quiero que me consideren para algo o para mucho.

Quiero *expíar*. ¿Qué sentimientos de horror me producen las ofensas hechas a Dios, tantas impiedades, sacrilegios, blasfemias, impurezas y crímenes que ensucian la faz de la tierra? ¿En qué medida se inquieta por eso mi amor a Jesucristo? ¿No tengo acaso una de esas piedades estrechas, egoístas, que se repliegan sobre sí mismas y se preocupan poco del prójimo, de las almas que se condenan, de la causa de la Iglesia traicionada, de la gloria de Dios tan desdeñada? ¿Qué hago en cuanto a expiaciones y a mortificaciones reparadoras?

El *celo* implica olvido de sí. ¿Cuándo terminaré por olvidarme de mí misma? ¿Con qué ardor le ruego al padre de familia que envíe obreros a su mies? ¿Qué hago ante el Santísimo Sacramento? La fuente del celo es la oración, y si no consigo tener el que debería devorarme, debiera al menos obtener con mi oración que el celo pase a aquellas almas que tienen la gracia y la misión de evangelizar. ¿Qué esfuerzos he hecho por imitar a la Santísima Virgen cuya vida, después de la Ascensión de Nuestro Señor, fue a la vez una vida oculta y una vida de celo? Aunque no vivió en un convento, ¿qué no hizo ella por la Iglesia, y qué pudiera hacer yo, si quisiera imitarla de verdad?

*Unión*. ¿Consiste acaso toda mi dicha en no ser sino una sola cosa con mi divino esposo? ¿Todos los latidos de mi corazón se dirigen sólo a él? ¿Estoy dispuesta a

sacrificarlo todo por unirme más a él? ¿Qué hago para probarle que es el Dios de mi corazón y mi única herencia para la eternidad?

**Conclusión:**  
**vuestro Directorio**

He aquí, mis queridas hijas, el examen que os había prometido. Pienso que contiene casi todo cuanto espero de vosotras para ayudarlas a alcanzar el espíritu de verdaderas adoratrices. Os invito a leerlo con frecuencia. Podéis dividirlo en cuatro partes. Os aseguro que si empleáis cada día unos minutos en meditarlo, descubriréis en vosotras cantidad de cosas que corregir, virtudes que desarrollar, defectos que modelar, costumbres que suprimir y disposiciones que modificar. Será para vosotras como una especie de *Directorio*, de donde sacaréis esa unidad de vida espiritual que hará de vuestra pequeña Asociación un cuerpo más compacto y os imprimirá una energía más inteligente para el bien.

No pretendo que todas vosotras os toméis todo al mismo nivel. Los incentivos son diversos y es bueno tenerlos en cuenta. Unas serán llamadas a más humildad, otras a más mortificación. Algunas prefieren una vida oculta, otras finalmente la oración. No insisto en esto, os dejo la libertad y, sobre todo, la libertad del Espíritu Santo, que sopla donde quiere y como quiere; pero insisto en que estéis atentas a su impulso, que no cerréis los oídos a su voz, por más sacrificios que os vaya a pedir.

¡Que Nuestro Señor y la Santísima Virgen bendigan estas breves líneas y las hagan producir en vuestras almas frutos de santidad, para que seáis dignas de adorar eternamente al Cordero divino en las puras llamas de los serafines!



---

## B.- RECUERDOS DE INSTRUCCIONES

26 de marzo de 1858

Festividad de la Compasión

### **María, modelo de las Adoratrices**

**Su energía** La festividad que celebramos hoy, mis queridas hijas, es una de las que mejor convienen a las Adoratrices, después de la del Santísimo Sacramento. Qué modelo más perfecto en sus adoraciones podrían tener que el de María al pie de la cruz, a donde siguió a Jesús. Los judíos saciaron su odio y los esbirros su crueldad; Judas realizó su traición y los Apóstoles se dispersaron; sólo María, acompañada de algunas piadosas mujeres y del discípulo que Jesús amaba, lo siguió hasta el Calvario. ¿Piensan que su corazón de madre no sufrió angustias espantosas y que llegó hasta allí sin haber vencido la debilidad de la naturaleza, desestimando los sufrimientos que le esperaban? No, no lo duden, la magnitud de su sacrificio se le presentó con todo lo que tenía de terrible; ella sabía que iba a ver expirar a su Dios y a su hijo, pero quería asistir a ese momento de dolor supremo y quedarse junto a Jesús hasta su último suspiro.

**Sus dolores** Siguiendo el ejemplo de María, mis queridas hijas, y tomándola por modelo en sus adoraciones, quédense también ustedes al pie de la cruz, cada vez que a Jesús le plazca clavarlas allí con él. Que los disgustos, las sequedades, las molestias, e incluso las tinieblas que se presentan a veces en la oración, no sean obstáculo para prolongarla cuanto deben. Sufirán, es verdad, y serán inmoladas, pero el mismo Dios del Calvario y la Madre de ustedes al pie de



la cruz sufrieron mil veces más. Sólo una cosa las sostendrá si son fieles: la gracia que les es concedida de poder añadir sus debilidades y sufrimientos a los de su Dios y a los de su tierna Madre.

María al pie de la cruz no pensaba sino en los tormentos de su divino Hijo. No se dice que sucumbiera bajo el peso de su dolor sino, por el contrario, que estaba de pie. Se olvidaba enteramente de sí misma para referirlo todo a la gran víctima del Calvario que, junto con darle un intenso sufrimiento, le concedía también una gran fortaleza y un gran consuelo en el dolor. ¡Quién pudiera comprender los raudales de amargura que fluían del corazón de Jesús y anegaban el de su madre! ¡Quién pudiera expresar lo que pasaba en esos corazones y quedar insensible a tanto amor! María al pie de la cruz representaba a la Iglesia entera, en nombre de la cual y por la cual ella adoraba a Jesús.

### **Su abnegación**

Que María sea también su modelo, mis queridas hijas, en todas sus adoraciones; a ejemplo suyo, olvidense de sí mismas y no piensen sino en Jesús. En este momento él es olvidado, insultado y ultrajado por la mayoría de los hombres; la fe es atacada de todas las formas; incluso las personas que practican pareciera que se dejan insinuar pensamientos y sentimientos contrarios a los de Jesús. Si tuviésemos una fe viva y ardiente, nos paralizaríamos de dolor a la vista de tantos males y de tanta ingratitud; al menos, no seamos nunca del número de los que ultrajan a Jesús. Y a ejemplo de María, nuestro modelo, olvidémonos de nosotros mismos para asumir sus intereses, para ganarle corazones con nuestra oración y nuestro ejemplo y para resarcirlo de todo lo que sufre, consintiendo en sufrir con él. Con María, sentiremos entonces la fuerza que él nos dará para sufrir y el consuelo que se encuentra en el sufrimiento.

**Su compasión de los pecadores** En fin, María al pie de la cruz es verdaderamente el refugio de los pecadores, ya que los recibe a todos como a sus hijos, en lugar de Jesús que está por expirar. Admiramos con qué generosidad y amor ella acepta a los verdugos de su Hijo y a quienes son la causa de su muerte. Ella puede entonces decir a su Hijo, orando por ellos: “He aquí todas las almas rebeldes que te ultrajaron; te las ofrezco en estos mismos brazos que tantas veces te llevaron y en los cuales quisiste reposar. Acuérdate de tantas fatigas que he soportado, de tantos cuidados que te prodigué, y te suplico, en nombre de todo eso, que te apiades de todos estos hijos que ahora me entregas y que yo acepto por amor a ti”. Y sobre todo durante sus adoraciones, hijas mías, deben orar por las almas descarriadas; pero, a ejemplo de María al pie de la cruz, no olviden a aquellos pecadores de los que más quejas ustedes tengan. Oren por ellos más especialmente y encomiéndenlos a Dios para que los salve. Imitando así la caridad del Salvador y el amor de la madre de ustedes, se harán dignas de estar unidas por toda la eternidad al que es el Esposo de sus almas.

---

*Jueves Santo, 1° de abril de 1858*

### **Jesús en Getsemaní, modelo de las Adoratrices**

En mi última instrucción les mostraba a María al pie de la cruz como el modelo que deben seguir en sus adoraciones. Les voy a proponer hoy un modelo aún más perfecto: Jesucristo mismo en agonía en el Huerto de los Olivos, cuya oración deben continuar ustedes.

Después de instituir la última y la más grande maravilla de su amor y de haber establecido el sacerdocio para

perpetuarla hasta el fin de los siglos; después de decir a sus Apóstoles, para mostrarles la unión que existía entre ellos: Yo soy la vid, ustedes son los sarmientos [Juan 15, 5], y otras palabras llenas de amor y de ternura, sigamos a Jesús a Getsemaní, donde lo consideraremos como víctima de la justicia de su Padre y del abandono de los hombres.

**La justicia de Dios** La justicia de Dios es infinita, es el ceñidor de sus lomos, como el mismo Espíritu Santo lo dice; quién podrá comprender entonces sus terribles efectos, ya que va a actuar sobre el mismo Dios, revestido de las iniquidades de todos. Y se dilata aún el corazón de Jesús para recibir los raudales de dolor que le prepara su Padre, que olvida todo lo que este Hijo predilecto es, para no ver en él sino la persona de los pecadores y dejarle todo el horror de su sacrificio del que no puede sostener la vista. Así, abismado por el sufrimiento y sucumbiendo bajo el peso de esa justicia infinita, implora que se aparte de él ese cáliz, porque no puede soportar su amargura y verlo inútil para tantas almas que no lo aprovecharán. Pero Dios Padre permanece insensible y no se deja doblegar. ¿Qué pueden hacer, mis queridas hijas, sino aceptar ser víctimas con Jesús? Es el momento de ponerse a su lado y de desarmar a la justicia divina. Es con él que tienen que ofrecerse para continuar su oración y expiar los crímenes que se cometen cada día.

**El abandono de los hombres** Mas, si Jesús es triturado por la justicia de su Padre, los hombres por los que tanto ha hecho ¡no se olvidarán de él y lo sostendrán en ese terrible momento del enojo de su Padre! Pero no será así, mis queridas hijas. Tomó consigo a tres Apóstoles, a Pedro el discípulo de la fe, a Santiago el discípulo de la esperanza

y a Juan el discípulo del amor. Pero ellos no entendieron nada de lo que Jesús les había dicho, y lo dejaron solo, y no pensaron ni en consolarlo ni en sostenerlo. Con el sueño de los tres Apóstoles, Jesús quiere hacernos comprender que las tres virtudes que ellos representaban ya no lo consolaban en el momento de su abatimiento. Aprendan con esto a sacrificar todos los afectos y todos los socorros humanos; que nada las frene ni detenga; inmólese sin reservas por un Dios que, por amor a ustedes, ha querido inmolarlo todo.

**El ángel del consuelo** Jesús, abandonado, vuelve a su oración y encuentra en el Padre la misma inflexibilidad. Sucumbe entonces bajo el peso de su dolor y con la sangre que derrama fecunda a la Iglesia, que constituye con sus sufrimientos.

En ese momento de suprema agonía, un ángel, enviado de los ejércitos celestiales, viene a fortalecer al Salvador. Se cree generalmente que fue el arcángel Gabriel, cuyo nombre significa Fuerza de Dios; pues, habiendo sido enviado a Zacarías para anunciarle el nacimiento del Precursor del Mesías y a María para saludarla como a la Madre de Dios, parece normal que haya sido elegido para sostener a Jesús. ¡Qué humillación para un Dios recibir la ayuda de su creatura! Jesús la acepta, sin embargo, y consiente en querer ser levantado por amor a nosotros y para compadecerse de nuestras debilidades. Entiendan bien, hijas mías, cuán admirable es la misión de ustedes. No las pongo en el lugar de los Apóstoles pues, aunque estuvieron acompañando al Salvador, se durmieron; pero yo les digo: son ustedes las que han sido elegidas para consolar a su Dios del olvido de tantas creaturas. Con su amor, deberán ustedes cumplir la función del ángel para con Jesús. Y voy más lejos: tienen que ser aún más que eso, las pongo en el lugar mismo de Jesús; es la oración de Jesús la que ustedes tienen que continuar durante toda su vida,

una oración poderosa, una oración fecunda, una oración agradable a Dios. Tengan en cuenta, hijas mías, que el Ángel desaparece y lo deja, una vez que ha consolado a nuestro Salvador; así es la consolación, que tiene su tiempo y luego se retira. ¡Aprendan, pues, a inmolarse! Que su reclinatorio sea el altar en el que se sacrificarán cada día y a cada instante del día. Ya que Jesús salva las almas sufriendo y derramando por ellas su sangre, sepan que las vírgenes que son sus esposas y el corazón de su Iglesia, deben con sus lágrimas y también con su sangre, trabajar por las almas que él ha salvado y por las que quiso morir.

**La rabia del infierno** En fin, nuestro Dios sometido a la justicia del Padre y al olvido de los hombres es además víctima de la rabia del infierno. Se le permitió a Satán atormentarlo, aunque ignorando quien era, pues si lo hubiese sabido, jamás hubiera osado acercársele. Veo pues al Salvador en presencia de cuanto hay de terrible, en los horrores de la muerte, en el abandono de su Padre celestial y, sobre todo, en el pensamiento de la inutilidad de su sacrificio para un gran número de almas que persisten en perderse. Todos los crímenes del mundo se aglomeran en su corazón para atormentarlo, y su alma divina no puede soportar el terrible combate que el infierno le presenta al mostrarle su amor desconocido y ultrajado. ¡Quién puede expresar sus angustias y comprender su dolor! Como el divino Salvador y a ejemplo suyo, deben también ustedes vencer al infierno, que no ahorrará nada para abatirlas y desanimarlas. La tentación se presentará muy a menudo para tratar de quitarles a Jesús. ¡Ay, hijas mías, aprendan del Salvador que sólo con la perseverancia en la oración podrán resistir! Que jamás las pruebas las alejen de él; por el contrario, que la magnitud de la prueba sea la medida del amor de ustedes, y que este amor creciendo sin cesar y convirtiéndose para ustedes en vida, las una a su Dios cada vez más y las haga

sufrir todo para agradarle hasta el día en que lo poseerán para la eternidad.

*Jueves Santo de 1862*

### **Tres características de las Adoratrices**

He querido, mis queridas hijas, reunir las hoy y a esta hora, en la que realmente fue instituida la Eucaristía, porque este día y esta hora pareciera que les pertenecen muy especialmente a causa de su título de Adoratrices y de su consagración más grande al amor y a la adoración de Nuestro Señor en la Eucaristía. Vamos a reflexionar, pues, sobre el alcance de este título de Adoratrices. Comprometidas como están por los votos, deben tener ustedes, hijas mías, unas características distintivas que yo resumo en tres.

Voy a partir de muy alto para indicarles su primera característica como Adoratriz; pero estudiándola conmigo comprenderán que, por muy elevada que sea, debe constituir realmente su punto de partida.

**Serafines**                    ¡Pues sí, hijas mías, por el amor tienen que ser Serafines aquí en la tierra! En el cielo, por encima de los Ángeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Potestades, en lo más alto de la escala angélica, están los Serafines que arden de amor y se consumen cantando este cántico inmortal: ¡Santo, Santo, Santo...! [Apocalipsis 4, 8]. Con ellos me atrevo a compararlas, hijas mías; tienen que arder de amor a Dios. Sí, aquí en la tierra, la vida de una Adoratriz debe ser semejante a la existencia de esa lamparilla; su corazón ha de consumirse de amor a Dios y brillar como una llama. El amor de ustedes ¿sería acaso digno de aquél cuyo ob-

jeto es, si no fuese infinito? Su pobre corazón, limitado en sí mismo, deja de serlo al entregarse en toda la amplitud de su ser y de su fuerza; de este modo, su amor puede ser infinito, ¡siempre y cuando ustedes mismas no le pongan límites! ¡Ah!, no digan: va más allá de mis fuerzas. Ya se lo decía yo hace unos días: cuando comulgan ¿no reciben acaso al autor de toda santidad, de toda perfección, de toda pureza, al autor mismo del amor? Está, pues, allí, en su corazón, en el momento de la comunión, para comunicarles su santidad, su pureza y su amor; sólo de ustedes depende participar de todo esto; déjenlo hacer, no pongan ningún obstáculo a su acción; y él inflamará su corazón de un amor tan ardiente como el que consume los corazones de los Serafines. Dejen que Nuestro Señor sea dueño de actuar en ustedes y él obrará verdaderas transformaciones en ustedes, porque el amor es un fuego que quema, y al arder ¡consume y purifica! ¡Ay!, ¡cuántas cosas no quemaría, consumiría y purificaría en ustedes, si le entregasen del todo el corazón, y la intensidad de su llama aumentaría cuanto más ella consumiera!

Sí, hijas mías, mediante el amor pueden pretender igualar a los ángeles. ¿No es acaso María, su Madre, la Reina de los Ángeles y por eso superior a ellos? En ella se realiza esta palabra de la Escritura: El hombre ha sido puesto un poco por encima de los ángeles [Salmo 8, 6]. Que sus vidas sean en adelante una vida de amor, que su corazón se transforme en hoguera y así serán verdaderas Adoratrices.

### Esposas

La segunda característica de ustedes podría parecerles, a primera vista, inferior a la primera; pero tal como yo la considero, pronto verán el progreso que hay en ella. La segunda característica es la de esposa. Sí, hijas mías, ¡son ustedes las esposas de un Dios! ¿Han pensado alguna vez en todo lo que este título supone de intimidad y unión entre Dios y ustedes?...

Si, en cuanto Serafines, deben amar a Dios con un amor ardiente y sobrenatural, ¡como esposas están llamadas a ser una cosa sola con él!... Esas palabras que pone la Iglesia en boca de sus ministros al administrar el sacramento del matrimonio: serán dos en una sola carne [Génesis 2, 24; Mateo 19, 5], ¡también se pueden aplicar a ustedes, hijas mías! Serán con Nuestro Señor uno en una sola carne. Este prodigio se cumple sobre todo en la comunión; Jesucristo se apodera de su cuerpo, se incorpora a él y ustedes ya no son sino uno con él. ¡Qué unión más grande, más íntima y más completa que la del esposo con la esposa! Es la suya, hijas mías, gracias a su título de Virgen.

Ya lo ven pues, esta unión implica un perfecto acuerdo. Así lo dice San Agustín: la casa bien organizada es aquella donde el esposo manda y la esposa obedece. Tomando estas palabras en serio y aplicándolas con todo el debido respeto a sus relaciones con Nuestro Señor, encontrarán en ellas grandes enseñanzas de sumisión y abandono, con las que debemos seguir la voluntad de nuestro celestial Esposo. Sus deseos deben ser los nuestros y nuestra alegría ha de estar en complacerlo hasta en las más pequeñas cosas.

Al ser Jesucristo su Esposo, es también su Dueño; tiene todo el derecho de mandarlas; y si ustedes son esposas fieles, con los ojos fijos en su mirada, sabrán prevenir hasta sus más mínimos deseos; y verán en todo lo que les ocurra la manifestación de la voluntad de aquél a quien están unidas por los más íntimos lazos. Este pensamiento de que aceptando los más mínimos acontecimientos que les sucedan están aceptando la voluntad de su Esposo, será para ustedes un apoyo y una fuerza.

### **Víctimas**

Su tercera característica, mis queridas hijas, es la de Víctima.

De nada servirían el amor de los Serafines y la unión de la esposa, si no se hicieran víctimas con Jesucristo. Para

que sean auténticos, el amor y la unión de la esposa exigen una continua inmolación; esta inmolación estrecha de tal manera los lazos de ustedes con su Esposo que, siendo ya una sola cosa con él, se convertirán en otros Cristos.

Jesús se inmola sobre el altar; también ustedes se inmolarán haciéndose víctimas con él. Ya ven que esta característica sobrepasa a las otras. La primera las obliga a un amor único y ardiente; la segunda a una perfecta unión del corazón y de la voluntad con su esposo; la tercera las obliga a convertirse en otro Jesucristo mediante la inmolación y el sacrificio continuamente renovado de su corazón, de su cuerpo, de su voluntad, de su inteligencia, de su libertad, en una palabra de todo su ser. He aquí, hijas mías, lo que tienen que ser para Dios. Miren ahora ¿qué le han entregado desde que son Adoratrices y están ligadas de modo particular por los santos votos?...

Nuestro Señor, mediante sus divinos anonadamientos, ¡se ha ligado también por amor nuestro! ¿Qué le han dado ustedes a cambio? ¿En qué han hecho consistir su vida de sacrificio y de víctima? Piensen, hijas mías, que esta vida de sacrificio y de víctima no cesará para ustedes sino con la muerte. Se han comprometido en ella por medio de los votos, pero Nuestro Señor, que es un Dios celoso, encontrará siempre nuevos sacrificios que pedirles. ¡Desdichada el alma a la que cese de pedirselos! Significaría que se está apartando de ella. Si alguna vez en la vida, a los momentos de fervor se siguen otros de tibieza, ¡atribúyanselos a un rechazo al sacrificio o a una falta de generosidad por parte de ustedes!

**Conclusión**                      Examinense seriamente, hijas mías, sobre el pasado, sobre lo que hubieran debido hacer y no hicieron. Tomen luego serias resoluciones, no en general, pues quien da todo a menudo no da nada, sino sobre los puntos más importantes para sus almas. Unas, las tomarán y marcharán luego

con gran impulso, lo cual es bueno; otras, las madurarán con reflexión, lo que también es bueno; poco importa en qué dirección su naturaleza las impulse, con tal que se dirijan por ese camino con generosidad, ardor y perseverancia, para ser realmente Serafines por el amor, esposas por la unión y víctimas por la inmolación de sí mismas.

Lo importante es que nunca den marcha atrás en el don de sí mismas. Dios no lo permita, que alguna de ustedes pudiera algún día retroceder y renegar de lo que ha prometido a Dios. Déjense apremiar para entregarse cada día aún más a Nuestro Señor. Mediten seriamente sobre qué es lo que Dios les pide como Adoratrices, y principalmente, sobre aquello a lo se comprometieron por los votos. Hay luego un punto que se vuelve tan íntimo para el alma donde yo ya no la puedo seguir; ¡tiene que comunicar y tratar a cerca de su perfección y purificación directamente con Dios! En una palabra, vean qué quieren ser en adelante como Serafines, como esposa y como víctima. El amor ardiente de los Serafines se añadirá a la unión de la esposa y, mediante la inmolación, merecerán acompañar eternamente a ese cordero inmolado, cuyas huellas habrán seguido aquí en la tierra.

---

*Agosto de 1862*

### **La oración**

Tenemos dos medios para ponernos en contacto directo con Dios: la oración y la comunión. Hoy vamos a hablar del primero.

**Dios es poder**      Una de las causas que hace  
estéril nuestra oración es que  
no estamos bastante penetrados de la presencia y de la

grandeza del ser de Dios... Dios es esencialmente Poder, Luz y Amor. El poder de Dios llena el universo, está en todo y en todas partes; nosotros estamos en él, vivimos en él, respiramos en él como en un Océano. Estamos aún más en Dios que nuestros cuerpos en el aire o que los peces en el agua. Sí, habitualmente estamos de tal modo rodeados por la divinidad, que (aún sin perder nada de nuestra libertad) no podemos pensar ni obrar fuera de ella; y lo estamos de un modo más particular cuando nos separamos de las cosas externas, para recogerlos en su presencia; entonces es cuando esa presencia debería penetrarnos de un profundo sentimiento de dependencia que le diese a nuestra oración y a nuestra adoración esa fuerza que les falta. Al reconocer en toda su extensión el soberano dominio de Dios sobre nosotros, desaparecerían todos esos caprichos a los que nos aferramos demasiado...

Sí, hijas mías, déjenme decírselo: ¡no tratamos a Dios con suficiente respeto!, ¡no lo tomamos bastante en serio! Nos damos y luego nos echamos atrás; trazamos nuestro camino, limitamos nuestros sacrificios; en una palabra, olvidamos que Dios es nuestro *Dueño* soberano, que estamos en él, vivimos en él, que él conoce todos nuestros pensamientos de independencia y todas nuestras rebeldías... Parecemos decirle: mira, Señor, ¡por supuesto que quiero ser tuyo, pero concédeme en cambio esto y lo otro!

Que los reconozcamos o no, los derechos de Dios son muy reales. Ese infinito poder, que nos envuelve por completo, sabrá llevarnos precisamente a donde quiere que vayamos. Entonces, ¿por qué no dejarnos llevar por él?... Reconozcamos enteramente el soberano dominio de Dios sobre nosotros y estemos listos para cualquier sacrificio que nos pedirá y que tiene derecho a exigir...

Poco importa lo que hagamos o seamos, con tal de que cumplamos en todo la voluntad de Dios.

**Dios es luz**

Dios es también luz por esencia.

Sólo él tiene el conocimiento exacto de lo que él es y del valor real de cada cosa. Es a la vez luz y sabiduría. Esta sabiduría y esta luz son tales que, si se nos revelasen, no podríamos soportarlo: nos aplastaría y nos aniquilaría al instante... Por eso cuando Dios se nos manifiesta lo hace en proporción a la debilidad de nuestros ojos y al alcance de nuestra inteligencia; sin embargo, esa mirada y esa inteligencia tienen diferentes grados y sólo depende de nosotros alcanzarlo. Pidámosle a Dios en la oración que nos conceda la capacidad de ver más claro; dirijámonos a esa sabiduría divina para que nos enseñe a conocer las cosas tal como las conoce Dios..., y a juzgarlas tal como las juzga y aprecia él.

Si nos esforzásemos durante la oración por acercarnos a esa divina luz, nuestra vista se fortalecería, de modo que descubriríamos en nosotros lo que se nos escapaba antes y lo que no percibíamos... Elevándonos luego más alto, aprenderíamos a conocer mejor a Dios, penetraríamos más hondo en el secreto de sus divinas perfecciones y beberíamos de los tesoros de su sabiduría. Sí, hijas mías, si no ponemos obstáculo a los rayos de esta luz divina, si supiéramos olvidarnos un poco más de nosotros mismos junto a Dios, sin volver continuamente a lo que nos afecta o nos ofende, entonces nos sumergiríamos de otro modo en esa adoración que no es otra cosa que el reconocimiento del dominio soberano de Dios sobre nosotros. Perdiéndonos en él alcanzaremos la fuerza y la libertad que nos faltan para estar dispuestos a ir allí donde Dios nos quiere.

**Dios es amor**

Dios no es solamente poder y luz, ¡es también amor! ¡Qué poco conocemos este amor que vela sobre nosotros sin cesar, que nos rodea con tanta solicitud, que nos colma de tantas gracias y nos invita a gozar de él por toda la eternidad! Es horroroso ver cuán desconocido es este amor; cuán poco que llena nuestros corazones; sólo le entregamos una parte y guardamos el resto para las criaturas, y eso con un descuido y una facilidad que muestra a las claras el poco caso que hacemos del amor de un Dios. ¿No deberían conmoverse todos los hombres al verse tan amados? ¿No deberían sus vidas ser un acto continuo de amor y de reconocimiento? No, en lugar de eso se preocupan de política, de ciencia, de comercio, de afectos, ¿y de Dios? ¡Nunca o casi nunca! Sin ir más lejos, hijas mías, ¿es nuestra vida una vida de amor, en nosotros que hemos sido colmados de tantas gracias y que recibimos con tanta frecuencia a Nuestro Señor?... Esto es lo sorprendente e incomprensible: que seamos tan fríos, tan cobardes, tan preocupados por las criaturas, tan llenos de nosotros mismos, estando a los pies de Nuestro Señor, de ese Dios al que venimos a adorar y al único que deberíamos amar...

Que en adelante nuestra oración sea más seria; ¡abandonémonos al poder de Dios, para que haga de nosotros lo que él quiera; a su luz, para que nos ilumine a cerca de nuestras miserias, a cerca de la nada de las criaturas y de la grandeza de Dios; y en fin a su amor, para que sólo él llene nuestro corazón!

---

29 de septiembre de 1862

Festividad de San Miguel

## Semejantes a los Ángeles

La festividad que celebramos hoy me brinda la oportunidad de desarrollar esta idea, que encaja perfectamente con las anteriores instrucciones: “Que siendo vírgenes, deben ser ustedes semejantes a los ángeles”. Los ángeles, hijas mías, son puros, obedientes, portadores de las órdenes de Dios, y encargados de cantar sus alabanzas. Tienen otros muchos atributos, pero sólo nos ocuparemos de estos cuatro.

1º *Los ángeles son puros*, y por su pureza ¡la virgen debe ser un ángel! Los ángeles están libres de todo lazo y exentos de todo apego; tienen mirada y amor sólo para con Dios y su gloria, y preocupación sólo por su servicio. También la virgen debe estar libre de todo lazo, desapegada de todo y no tener otro amor que Dios ni otra preocupación que servirlo. He aquí, hijas mías, lo que deben ser... ¿Lo han pensado seriamente alguna vez?... Los ángeles fueron sometidos a una prueba, conocieron la tentación del orgullo, pero ninguna otra tentación los alcanzó jamás. De modo que no es bajo este aspecto que les propongo la pureza de los ángeles como modelo de la suya; su pureza me aparece aquí como desapego y como tal se la propongo. Les puedo aplicar también lo que se dice de Melquisedec: “No tenía ni padre, ni madre, ni genealogía; no se vinculaba sino a Dios” [Hebreos 7, 3]. La esposa común abandona a su padre y a su madre, pero para ustedes, que deben ser semejantes a los ángeles, no se trata de eso en absoluto; se trata únicamente de su esposo; él ha de ser *su todo*, y por lo tanto, debe ser para ustedes *toda cosa*... De modo que me refiero a lo más

íntimo de su alma, al sacrificio de todo cuanto retiene aún su corazón... Semejantes a los ángeles, deben estar libres de todo lazo, de todo apego, de todo afecto, para estar siempre listas a partir y para ir a donde Dios las mande. Para alcanzar esta libertad no es necesario cambiar de estado, hacerse trapense por ejemplo, no; se trata sencillamente de hacer todo lo que hacemos con todo el amor de que somos capaces, y una gran pureza de intención; toda la perfección está aquí; sale del corazón, y no es más que un inmenso deseo de agradar a Dios; cuanto mayor sea ese deseo, más nos pareceremos a los ángeles...

2° *Los ángeles son obedientes.* No hay obediencia más grande, más pura, más pronta que la de los ángeles; al menor signo de la voluntad de Dios, se precipitan para apresurar su cumplimiento. Están deseosos de que se cumpla siempre y en todo lugar, pero sobre todo, de que se cumpla en ellos mismos; éste es el punto sobre el que quiero insistir. La virgen no debe amar nada tanto como la voluntad de su esposo y no desear nada tanto como el cumplimiento de esa voluntad, alrededor suyo, pero sobre todo en sí misma. Si realmente ustedes son esposas y si su corazón se separa de todo para no ser sino de Dios, es imposible que la voluntad del esposo no se haga sentir interiormente en su alma, a través de los mil sacrificios que se les pedirá y de las muchas exigencias que las irán apartando de todo para unir las más a Dios. Pues bien, en el trabajo de su perfección, nada debe parecerles más grato que el cumplimiento de la voluntad de Dios. Deben ustedes aportar un celo y una obediencia iguales al celo y a la obediencia de los ángeles. Deben estar deseosas de arrancar de ustedes cualquier cosa que desagrade a su esposo; deseosas sobre todo de entregarse a las purificadoras brasas del amor de Dios, para que destruyan y consuman todo cuanto pudiera impedirles parecerse a los ángeles.

3° *Los ángeles son portadores de las órdenes de Dios.* Ya lo indica su nombre: ángel quiere decir enviado. Se encuentran alrededor del trono de Dios, listos a partir, al menor signo, para ir hasta el último extremo del mundo. Como vírgenes, hijas mías, ésta es también su misión; ustedes son las enviadas de Dios en la tierra para manifestar su voluntad mediante todos sus actos, mediante su dulzura, su paciencia, su humildad, en una palabra, mediante todos los buenos ejemplos que tienen que dar a su alrededor. Una misión de edificación pesa sobre ustedes. Su cuerpo entero pertenece a Dios; todos sus miembros deben ayudarles a glorificarle y a extender su reino. De la cabeza a los pies, si así puedo expresarme, le pertenecen a él; pero será sobre todo con la lengua y con los pies, hablando y caminando, para ir allí donde Dios las quiera enviar, como manifestarán sus órdenes sobre la tierra. Su lengua y sus pies tienen que ser como sus alas, a fin de manifestar las órdenes de Dios y comunicarlas a su alrededor. Sobre todo mediante su vida angélica serán ustedes realmente las mensajeras de Dios.

4° *Los ángeles cantan las alabanzas de Dios.* Y la virgen adoratriz ¿qué tiene que hacer sino alabar y glorificar a Dios? Ésta es su vocación. Ustedes están pues llamadas, hijas mías, a glorificar a Dios y todo en ustedes debe tender a este fin. Millones de ángeles rodean el trono del Altísimo, cantan eternamente sus alabanzas y se consumen de amor a sus pies. Como vírgenes, ustedes tienen los mismos derechos, les corresponde aquí abajo rodear su trono y amarlo con un amor que se convierta en la unión más estrecha posible. Así podrán ustedes igualar a los ángeles e incluso sobrepasarlos y decirles algún día: “Permítanme, oh ángeles, que me coloque entre ustedes. Soy su hermana, y hasta me atrevería a decir que soy su hermana mayor; María, mi Madre, es la Reina de los Ángeles y como virgen, como esposa, ¿acaso no estoy

llamada no sólo a rodear el trono de Dios, sino a compartirlo con él?”. Ya ven, hijas mías, que ustedes pueden igualar y hasta sobrepasar a los ángeles mediante su amor, su desapego y su unión con Dios, que empieza en la comunión y continuará en el cielo. Lo que es en ellos efecto de su naturaleza, será en ustedes el resultado de la gracia. Tengan pues, hijas mías, la ambición de igualar y de sobrepasar a los ángeles. Sí, ¡sean ambiciosas e incluso celosas de los ángeles! ¡Esa envidia sí que se las permite, y hasta se las deseo! Sean santamente envidiosas de igualar la pureza de los ángeles, por su desapego y por su amor; de igualar su obediencia, no rehusando jamás nada a las mudas exigencias de la gracia; de igualar su celo en el llevar las órdenes de Dios, haciendo de sus vidas una íntima manifestación de sus mandatos; en fin, tengan el corazón tan repleto de este divino celo, que todo en ustedes no tienda sino a glorificar a Dios y que sus vidas no sean más que un acto continuo e incesante de amor y de adoración.

---

## V. EL COLEGIO DE LA ASUNCIÓN

*Una primera serie de documentos contiene una selección de consignas y de directrices dirigidas a los Maestros del Colegio de la Asunción de Nimes, sacerdotes y laicos, que formaban la Orden Tercera, a partir de 1845. Han sido clasificados en cuatro capítulos.*

- I. Principios de la Asociación*
- II. Consignas espirituales*
- III. Principios de educación cristiana*
- IV. Consignas prácticas.*

*La segunda serie comprende algunas instrucciones dirigidas a los alumnos del Colegio, hacia el final de la vida del Fundador.*

## 1. Principios de la Asociación

*En la sesión del 27 de diciembre de 1845, el P. d'Alzon presenta la Regla de la Asociación de los Maestros del Colegio. Esta Asociación era el preludio de la fundación de la Congregación y de la Orden Tercera de la Asunción. El espíritu de la nueva Asociación se fue despejando, como se verá, a lo largo de las primeras reuniones por parte del Fundador.*

### REGLA DE LA ASOCIACIÓN DE LA ASUNCIÓN

#### *Meta de la Asociación*

Los miembros de la Asociación de la Asunción se proponen una doble meta que se resume en una sola, la gloria de Dios y la salvación de sus almas mediante la extensión del reino de Jesucristo. En este sentido, su divisa podría ser ésta: *Adveniat regnum tuum.*

Los medios que se proponen son:

- 1° La ayuda que resulta de la unión fraterna.
- 2° La victoria sobre sí mismos mediante la sujeción a una regla.
- 3° La protesta contra la vida del mundo mediante una vida más severa.
- 4° La manifestación del reino de Jesucristo mediante la evangelización de las almas.

#### *Espíritu de la Asociación*

1° Su espíritu es un espíritu de amor a Nuestro Señor, modelo y ejemplar perpetuo de todos los asociados.

2° Un espíritu de caridad compasiva y paternal para con las almas.

3° Un espíritu de franqueza, de apertura y de libertad en el cumplimiento de los deberes y en las relaciones con los hermanos.

4º Un espíritu de pobreza para consigo mismos, en lo que consistirá su principal mortificación.

### *Miembros de la Asociación*

Los asociados se dividen en dos clases: los que viven en la casa y los que viven fuera e incluso están casados. Unos y otros deben asumir lo más posible el espíritu de la vida religiosa. Deben considerarse como religiosos en medio del mundo, no por sus vestidos, sino por sus costumbres; no por ciertas prácticas más o menos aceptables para todos, sino por sus virtudes.

Por lo tanto deben estar profundamente convencidos de que, según la hermosa expresión del abate de Rancé, los religiosos deben ser ángeles, mártires y apóstoles: ángeles por la pureza de su vida, de sus intenciones y el fervor de su oración; mártires por su generosidad en la lucha contra el demonio, la vida de los sentidos, el espíritu del mundo; apóstoles por su celo sobrenatural por dar a conocer a Jesucristo, la eterna verdad y la eterna ley manifestada en el tiempo por la misericordia de Dios, y por la meditación continua que deben hacer sobre el precio de las almas y sobre el honor al que están llamados de glorificar a Dios preparándole adoradores.

Los asociados que viven en el mundo deben comprender a qué peligros está expuesto su fervor por el contacto continuo con el mundo, por el que Jesucristo no ha reza-do, y concluirán de ello sobre la necesidad de la humildad y la desconfianza en sus propias fuerzas; asimismo las caídas que puedan tener les inspirarán un mayor desprecio de sí mismos, cuando estén solos, así como una gran confianza en Dios, en quien todo lo podemos, y un mayor agradecimiento por su bondad que les sostiene mediante el socorro que encuentran en la compañía de sus Hermanos, siguiendo aquella expresión del Espíritu Santo: *frater qui adjuvatur a fratre quasi civitas firma*

[el hermano que es ayudado de su hermano es como una plaza fuerte] [Proverbios 18, 19].

Los asociados que habitan en la casa, elevándose siempre a pensamientos de fe, darán gracias a Dios por haberles dado a entender a qué les llama y le pedirán sin cesar mediante la oración nuevas luces. Recordando que forman, hablando con propiedad, el punto central en torno al que gira en cierto modo la obra entera; que son la base del edificio que nos proponemos construir para la gloria de Dios y del cual las almas que nos son confiadas son las piedras vivas; cimentarán mediante los lazos de la caridad la unión más completa con la piedra angular por excelencia, Nuestro Señor: *ipso summo angulari lapide* [Efesios 2, 20].

Consultarán con el Espíritu Santo mediante la oración, para que sus luces les sean concedidas y que puedan conocer hasta qué grado de perfección les llama la gracia de Dios.

#### *Medios externos*

Los medios externos son:

1° La educación.

2° La predicación.

3° La composición de obras cristianas.

4° La aplicación del espíritu cristiano a las artes.

Pero, ya que todo debe ser considerado desde el punto de vista de la Asociación, importa declarar de entrada que estos cuatro medios principales necesitan, para ser comprendidos en el sentido en que los comprendemos, explicaciones que serán dadas más tarde.

#### *Sobre la admisión*

El Director elige a los miembros susceptibles de ser admitidos. Le serán presentados por los miembros ya recibidos a la profesión.

Las condiciones de admisión son:

1° Tener una edad razonable, al menos de dieciocho a veinte años.

2° Pertenecer a una clase instruida.

3° Estar resuelto a tomar como meta de su vida la gloria de Dios, la extensión del Reino de Jesucristo, el bien de las almas.

El Director no necesita consultar al Consejo para admitir a prueba. Por los distintos miembros de la Asociación recoge las informaciones necesarias para juzgar si los candidatos propuestos reúnen las condiciones y las cualidades requeridas. Durante el tiempo de prueba, el maestro de novicios y el prior están encargados de examinar a los postulantes más de cerca y de conversar con ellos para conocerlos mejor, ponerlos en relación con los otros Hermanos y hacerlos venir a las asambleas, en las que sólo asistirán sin embargo a la recitación del Oficio. Al cabo de algunos meses de probación, los postulantes podrán ser recibidos al noviciado por el Director, quien escuchará el parecer del Consejo, en el que tiene voz preponderante.

.....

Se procederá de la misma manera para la profesión, que se concederá igualmente mediante voto del Consejo a presentación del Director, y normalmente un año después de la admisión al noviciado. Esta profesión se hace solamente por un año. Pero tras haber renovado su profesión diez años seguidos, los Hermanos podrán ser autorizados a emitirla a perpetuidad. Al recibir a los Hermanos al noviciado, se les dará un Nuevo Testamento y un crucifijo. Llevarán habitualmente el crucifijo bajo sus ropas.

#### *Obligaciones*

Mediante la profesión de la regla, los Hermanos se comprometen:

1° A la *obediencia* al Director en todas las obras que puedan ser llamadas espirituales, es decir, que se refieren directamente al servicio de Dios y del prójimo, de tal manera sin embargo que el Director no pueda imponerles abrazar aquellas obras que pudieran repugnarles y que les sea dejada la elección. Solamente, no emprendan ninguna de aquellas obras que les inspiran atractivo sin permiso.

2° En cuanto a la *pobreza*, los Hermanos y las Hermanas se aplicarán a la pobreza de espíritu; la practicarán regulando su estado de vida más bien por debajo que por encima de sus medios, con el fin de hacer aprovechar a los pobres. Observarán una gran sencillez y modestia cristianas en cuanto a sus vestidos. Usarán solamente colores austeros y estarán obligados por su profesión a no llevar joyas. En cuanto a los objetos de devoción, a los que el mundo no tiene ningún derecho, practicarán muy especialmente la pobreza no teniendo más que las cosas que convienen a religiosos.

3° Respecto de la *castidad*, a los Hermanos se les recomienda guardar la castidad que conviene a su estado y, si quedan viudos, a no volver a casarse, a menos de un permiso expreso de los directores.

4° Además del compromiso que engloba la profesión, los Hermanos pueden hacer anualmente, con el permiso del Director, los votos simples de pobreza, castidad y obediencia, e incluso el cuarto voto de consagrarse a extender el Reino de Jesucristo en las almas.

Los Hermanos recitarán todos los días el Oficio de Jesús, a menos que reciten el gran Oficio. Consagrarán al menos media hora a la meditación y media hora a una lectura seria que se harán indicar por el Director; y para adquirir perfectamente el espíritu cristiano que deben

empeñarse en comunicar, leerán cada día un capítulo del Nuevo Testamento, de rodillas en lo posible. Ayunarán la víspera de las cuatro fiestas siguientes: la solemnidad de Jesús el 28 de enero, el Santísimo Sacramento, Navidad y la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. Harán cuatro comuniones generales en las fiestas de Navidad, del Santísimo Sacramento, de la Asunción y de la solemnidad de Jesús. Se les invita, por lo demás, a acercarse a los sacramentos lo más frecuentemente posible y según el juicio de sus confesores.

Se prohíbe a los Hermanos ir a fiestas del mundo, bailes, espectáculos y grandes festines, salvo las excepciones concedidas por el Director.

Uno de los deberes más importantes para los Hermanos, en cuanto su posición se lo permita, es velar sobre su hogar; establecer en él los usos cristianos, en lo posible la oración en común y la observancia de las leyes de la Iglesia; desterrar de él los malos libros y los malos discursos; no tolerar en él ninguna especie de escándalo, poner orden en sus asuntos, incluso temporales, y emplearse de un modo muy particular en la educación cristiana de sus hijos.

Cuando los Hermanos abandonen la ciudad donde habitan, lo advertirán al Director.

Cuando un Hermano esté enfermo, el Director encargará al enfermero que lo visite y designará, además, a dos Hermanos para que vayan cada día a verlo, a cuidarlo y a consolarlo según Dios. Si un miembro de la Asociación llegara a morir, los sacerdotes dirán una misa y los otros Hermanos recitarán una vez el Oficio de los difuntos por el reposo de su alma.

### *Organización*

Los Hermanos estarán bajo la guía de un Director. Además de eso, elegirán anualmente un prior, cuyo cargo será presidir las asambleas en ausencia del Director, vi-

gilar a los Hermanos y dirigirlos en las obras de celo que hayan asumido en el exterior. Será ayudado en sus funciones por un sub-prior, un maestro de novicios, un enfermero, un ecónomo y un secretario que serán elegidos anualmente por la Asociación y que formarán el Consejo.

El Director podrá dispensar a los Hermanos de ayunos y otros puntos de la regla por razones serias. Podrá incluso dar el poder de dispensar al prior.

#### *Reuniones*

Cada quince días, hay reunión a la hora y lugar que designe el Director. Después de misa, si es por la mañana, la recitación del Oficio y la exhortación que les será dirigida por el Director, los Hermanos se acusarán de las faltas que hubieran podido cometer contra la regla. Después de esto, los Hermanos reunidos bajo la presidencia del Director informarán de cuanto concierne al bien de la Asociación y del progreso de las buenas obras de que están encargados.

---

## LA OBRA DE LA ASUNCIÓN

*27 de diciembre de 1845*

El Sr. d'Alzon llamó nuestra atención sobre los compromisos que deseamos asumir, cada uno según nuestra posición y nuestras disposiciones particulares, al consagrarnos a la obra de la Asunción.

#### **Su meta**

La meta que nos proponemos alcanzar nos es ya conocida. La Iglesia, privada hoy día de la influencia que las Órdenes Religiosas ejercían en la educación pública, no puede sin embargo renunciar, en una cuestión tan grave, a sus derechos más legítimos. Puede sacrificar a los prejuicios

actuales algunas Órdenes contra las que se han levantado injustas pero invencibles antipatías, pero no debe abandonar el depósito de la fe que perece entre las manos extranjeras que pretenden arrebatárselo. Es necesario que salve esta fe y que, por las buenas o por las malas, la conserve entre las generaciones que crecen bajo nuestra mirada.

No quieren Órdenes religiosas: sacerdotes y laicos que se unan, en un común espíritu de entrega, para realizar, si Dios quiere, lo que habían emprendido esas mismas Órdenes religiosas, es decir, concurrir, mediante la educación cristiana de la juventud, al progreso del reino de Jesucristo. Esta unión, la estamos intentando. ¿Lo lograremos? No nos inquietemos por el porvenir. Vayamos con espíritu de fe, de entrega, de santidad y de oración. Seamos pacientes y prudentes; y nuestra obra se desarrollará por sí misma, con la ayuda de Dios.

### **Sus miembros**

Por el momento, constituyéndonos en una comunidad, vamos a comenzar un primer esbozo de esta asociación del sacerdote con el laico, los unos imponiéndose las reglas de la vida religiosa, los otros entrenándose en el noviciado de una Orden Tercera, uniéndonos todos en una misma comunicación de influencia caritativa, en una común edificación.

Esta separación se hace necesaria en nuestra Asociación, ya que queremos imprimirle un carácter religioso. Pero si ella nos distingue, no nos desune. No se trata más que de un intercambio más abundante de oraciones y de buenos ejemplos que va a establecerse entre nosotros. No habrá ni censores ni vigilantes; solamente amigos más fieles y más entregados, que se ayudan unos a otros en la caridad, a practicar todas las virtudes cristianas. Esta caridad, que será nuestra regla y nuestro deber, reforzará los lazos que nos unen, lejos de debilitarlos. Sobre todo

allanará las dificultades de esta nueva vida común y sin embargo distinta; en medio de los diferentes elementos que podrán componerla, sabrá formar una secreta unidad que los acercará a todos.

### **Su espíritu**

La unión así mantenida y fortificada entre nosotros, ¿en qué espíritu se desarrollará la Asociación? Está enteramente expresado en la meta que se propone: la extensión del reino de Jesucristo. La apertura de corazón y la franqueza, estas virtudes amables que atraen a las almas y que se inspiran en la caridad; la ciencia que instruye, la verdad que clarifica; sobre todo el celo, la fe, la entrega que hace fáciles los sacrificios y triunfa de los obstáculos, tales deberán ser los medios de acción y de influencia. La pobreza y la obediencia, entre otras virtudes, ayudarán a la Asociación en este difícil y laborioso apostolado.

La pobreza, que sabrá limitar sabiamente su acción y que al restringirla le da mayor amplitud, la preservará de la ambición. En espíritu de pobreza se aplicará a hacer las cosas lo mejor posible, antes de multiplicar lo más posible los elementos de su acción. La obediencia, no la obediencia a éste o a aquél, sino a Jesucristo; la obediencia, con una mirada sencilla a Jesucristo, en todo y por todas partes, tanto en los niños que hay que formar como en la Regla que hay que seguir; la obediencia iluminada por la fe, disciplinando la voluntad y la inteligencia, sin debilitar a la una ni extinguir a la otra; la obediencia libre y espontánea, sumisa sólo a Dios, sobrenaturalizando todas las acciones mediante un sentimiento elevado de fe, redoblará la energía de la voluntad, desposeída del orgullo mediante la humildad, y fecundará mediante la piedad, en un desarrollo libre, perseverante y concienzudo, la inteligencia voluntariamente regulada y sumisa.

---

## ESPÍRITU ECLESIAÍSTICO Y ESPÍRITU LAICO

28 de junio de 1846

El Sr. d'Alzon examina la cuestión de la unión del espíritu laico y del espíritu eclesiástico.

**Ninguna oposición radical**

¿Hay oposición entre uno y otro? No debería ciertamente haberla. Todos, en cuanto cristianos, no formamos sino una sola cosa; somos todos un mismo cuerpo puesto que participamos todos de un mismo pan eucarístico [1 Corintios 10, 17]. Sin duda los ministerios son diversos. Pero estos ministerios variados no establecen sino matices, no oposiciones. Si el espíritu eclesiástico es de por sí más elevado y más sublime, si el sacerdote puede y debe presentar un modelo más perfecto de santidad y de entrega, las gracias espirituales pueden igualmente abundar y abundan a menudo en el laico que puede aspirar a la perfección del sacerdote, como individuo, y superarla. San Luís y tantos otros son ilustres ejemplos de ello.

Si nos detenemos en las aptitudes particulares, las gracias, que Dios vierte en el corazón del sacerdote, le dan sin duda mayor acción y poder para la educación de las almas. ¿Pero hay que concluir de ahí que sólo el sacerdote puede actuar sobre las almas? Evidentemente sería afirmar una consecuencia ilegítima. Ahí también hay una unión de funciones, como en la enseñanza propiamente dicha, en que sería excesivo no admitir sino al laico, reservando para él lo profano y abandonando lo sagrado al sacerdocio. Las oposiciones verdaderas residen en los defectos particulares de uno u otro espíritu.

**Pero sí tendencias divergentes**

El Sr. d'Alzon aborda con franqueza esta cuestión delicada, tras haber establecido las ne-

cesarias reservas. Señala en el espíritu eclesiástico una inclinación al orgullo, a la dominación, al aislamiento, a la ignorancia; señala en el espíritu laico los abusos de la ignorancia y de la independencia.

**1. Entre los sacerdotes: orgullo**

El sentimiento mismo de la elevación y de la sublimidad de su ministerio empuja al sacerdote a un espíritu de dominación. El hombre se exalta en sí mismo viendo el poder con que está revestido por Jesucristo. Se complace en ejercer tal poder y tiende a apropiarse de lo que sólo es un préstamo en él. El poder le viene de Jesucristo, pero se deja llevar por la creencia de que puede hacer de él un uso humano. Tiende a apropiárselo y a usarlo como un derecho. Que se llame Lutero o que sea un Gregorio VII, estas tendencias son connaturales a todo poder considerado humanamente. Se quiere atraer hacia sí mismo, concentrar y absorber en sí todo cuanto puede parecer legítimamente por debajo de uno mismo y dependiente. Ahí reside el nudo de las luchas perpetuas entre el poder temporal y el poder espiritual. Una y otra están entrenadas para la invasión. Ahora bien, el sacerdocio ha merecido este reproche, hay que reconocerlo valientemente, tras tener en cuenta las calumnias indignas de los enemigos de la Iglesia. Ha querido dominar, ha querido ser servido. Bajo el título de ministerio, ejerce una función social, y por ello tiene relaciones, comunicaciones con la sociedad. Muchas veces ha dejado de pensar en el deber que estas relaciones legítimas, necesarias, conlleva y las ha considerado como un derecho absoluto; de ahí las resistencias, las luchas, los roces deplorables, que han terminado en la separación y el aislamiento de nuestros días.

**Aislamiento**

Aislamiento ventajoso en un sentido, ya que ha separado al sacerdocio de la influencia de los vicios sociales, pero en

un sentido también aislamiento funesto y deplorable, porque ha colocado al clero fuera de la sociedad que ya no recibe la útil impronta del espíritu religioso mediante la acción constante del sacerdocio y de la cual el sacerdocio mismo, retirado de todo contacto con ella, termina por ignorar las necesidades, las exigencias, la verdadera situación, haciéndosele cada vez más extranjero en su soledad.

### **Ignorancia**

De ahí una deplorable impotencia. La palabra del sacerdote se ha vuelto una palabra muerta. Su lenguaje es un lenguaje extranjero: ¿cómo puede atraer a la sociedad a sí? Ya no la conoce; viene a resolver objeciones que ya no lo son, refuta errores olvidados y remplazados por otros errores, por otras objeciones. Opone la ciencia teológica a la ignorancia religiosa, mientras las otras ciencias plantean sus dificultades; y no ha abordado el estudio de aquellas ciencias que combaten contra él y de las que podría, por el contrario, hacer sus poderosas auxiliares. Se queda en el misticismo y se le piden hechos, historia, demostraciones, razonamientos; ya no tiene a la multitud, sólo ha guardado un auditorio de devotas. La humanidad se le escapa, él la ignora.

Este mal es reparable: se trata de resistir a estas tendencias perniciosas de orgullo, de aislamiento, de ignorancia. No se trata ya de dominar. Construir sobre el espíritu de dominación es arruinar la obra emprendida. Hay demasiada independencia a nuestro alrededor, demasiada resistencia al absolutismo. Hay que abajarse voluntariamente, hacerse laico, en cierto sentido, preparar una reintegración, una fusión. Se necesita, al mismo tiempo que aislarse mediante la vida religiosa, restablecer las comunicaciones interrumpidas, respirar el aire de la sociedad. Hay que estudiar no desde un punto de vista muerto sino vivo, familiarizarse con las objeciones de toda especie, familiarizarse con el lenguaje actual, con las ideas que circulan.

**2. Entre los laicos** Orgullo, aislamiento, ignorancia en el sacerdote; independencia, rebelión en el laico, ignorancia profunda. El laico quiere secularizarlo todo; así como el sacerdote tiende a la concentración, así el espíritu laico tiende a la disolución de toda unidad. De ahí, espantosas perturbaciones, el agotamiento, la ruina del principio de autoridad y una anarquía inevitable. Rebelión del espíritu laico: ignorancia sin medida. El espíritu eclesiástico se ha retirado de la humanidad, o al menos se ha asociado poco a ella; el espíritu laico no se ha asociado en absoluto a la sociedad cristiana. De ahí espantosos absurdos, increíbles equívocos; y se han visto inteligencias de élite retirarse de la Iglesia por no haber estudiado el catecismo.

El espíritu laico contiene elementos de muerte, pero encierra también elementos de vida. Se puede sacar gran provecho del ardor que le anima a las investigaciones de toda especie, de aquella curiosidad que le lleva a buscar la solución de todos los problemas y le incita a bajar a las recónditas profundidades de la ciencia. Hay que hacer de esta curiosidad mala y enemiga, una curiosidad saludable, servicial, y, armada con la antorcha de la fe, emplearla en el estudio de la religión, de las ciencias, de las letras, con el fin de defender la religión y de mantener la verdad.

**Neutralización de estas tendencias** Las oposiciones que son inherentes a los defectos particulares de uno y otro espíritu cesarán tan pronto como se moderen mutuamente en una aproximación cotidiana. Es la meta práctica de nuestra Asociación. Una Orden requiere unidad, y la unidad es fruto de la obediencia. El espíritu de dominación desaparece en cuanto es contrabalanceado por el espíritu de obediencia. En cuanto tal, el sacerdote debería mandar en la Asociación; pero como simple miembro, como simple religioso, se despoja de este mando y se vuelve laico;

nuestra Asociación nos da los medios que permiten tomar las actitudes francas y libres del laico; el laico las da de por sí y se las comunica al sacerdote. De ahí un espíritu misericordioso, bueno, comprensivo, aceptado en cierta medida. El sacerdote se une al laico sin asustarse de lo que ha sido, asumiendo el pasado, no mirando más que las consecuencias felices de este acercamiento; y mediante el laico, entra en comunicación con el mundo, se hace a su lenguaje, aprende a hacer considerar la verdad desde un punto de vista aceptable.

Todo se restablece así en el espíritu de Jesucristo. Nos hacemos todo para todos mediante la caridad. No nos apropiamos del bien, no hacemos de él un monopolio; nos apoderamos de la ciencia, del estudio, del trabajo, para asimilar los progresos del espíritu humano; obedecemos cristianamente en la libertad y en la franqueza. El espíritu de dominación se rebaja, se modera, se torna humildad; el espíritu de rebelión se somete, se regula, se torna obediencia. El aislamiento cesa, la separación ya no existe; todo se alinea en una dulce y pacífica armonía.

---

## LA FRANQUEZA

*15 de noviembre de 1846*

En medio de las malas ideas que las Revoluciones nos han traído, un excelente principio de conducta sin embargo nos ha sido dado: la franqueza. Se trata de una necesidad actual en el mundo de las relaciones sociales. Decir hoy lo que se es, sinceramente, sin disimulo, es ganarse la estima y la confianza, si no la simpatía y la aprobación. Esta franqueza conviene particularmente al católico: es su característica, es su deber. Bendigamos a Dios por habernos intimado a retomar esta franqueza y esta libertad.

El cristiano puede hoy manifestar públicamente su fe, sin levantar sospechas de servir a sus propios intereses y de querer hacer fortuna, como se podía sospechar en los tiempos en que el poder protegía a la Religión. Ya no se nos protege hoy día. Por el contrario, tenemos que proteger y hacer respetar nuestra fe. Es un deber serio para nosotros manifestarnos públicamente como cristianos; es una conveniencia en el estado actual de las costumbres. Debemos ser francamente y abiertamente católicos.

Mostrémonos tales. Ahora bien, hay varias maneras de mostrarse cristianos. *Qui fecerit et docuerit vocabitur magnus* [el que los observe y los enseñe, ése será grande] [Mateo 5, 19]. Es el consejo que nos da Nuestro Señor en persona. Aunque fuéramos pensadores o doctores o profesores de religión, nuestra labor será estéril y seremos infinitamente pequeños ante Dios: *Minimus vocabitur in regno coelorum* [ib.]; y de muy poco valor ante los hombres, que no verán en nosotros más que habladores y gente del sistema. Hay que añadir a la palabra la práctica: *Qui fecerit et docuerit* [ib.]. De ahí la necesidad de las prácticas. Se las admite pero no se las quisiera exteriores. Se cree que sería más útil no manifestarse; en una palabra, se quiere ser apóstol sin parecerlo. No hay más que una respuesta para esta dificultad: atengámonos a la franqueza, para ser de nuestro tiempo. La posición que nos viene dada nos permite actuar francamente. Que nuestra predicación sea franca. Sin duda nada de devociones minuciosas, nada de prácticas sobreabundantes, nada de mortificaciones exageradas; pero prácticas sin embargo y prácticas fuertes, católicas. No seamos cristianos a medias. Mostrémonos de una pieza. Hace algunos años los Caballeros del Espíritu Santo cumplían públicamente algunas prácticas de devoción. Eso no chocaba en absoluto. ¿Por qué no hacer lo mismo? ¿Que eso ya no hace parte de las costumbres? Hagámoslo entrar. Ahí está precisamente nuestra empresa.

La franqueza nos reinstala en la valentía, en la acción, en la lucha. No declinemos este honor. En dos palabras muy sencillas: ¿queremos arrastrarnos a remolque de las costumbres del día? Entonces, borremos de nuestra frente los signos que revelan al cristiano. ¿Por el contrario, queremos traer de nuevo las costumbres al nivel del cristianismo? Mostrémonos cristianos y hagamos hoy lo que estaba permitido hacer antaño, retomemos los buenos hábitos olvidados. Después de todo, las exageraciones de las costumbres anticristianas ¿no nos darían el derecho en cierto sentido a colocarnos en el exceso del bien? Ya que la incredulidad se precipita en el extremo del mal, ¿no podríamos muy legítimamente ir hasta el extremo del bien? Este fue el espíritu de los primeros tiempos del cristianismo; y si preguntamos a la historia sobre los progresos de la Religión cristiana, encontraremos que ha vencido al paganismo porque nuestros padres en la fe se plantaron francamente en oposición a las costumbres paganas...

---

---

## 2. Consignas espirituales

*El Padre d'Alzon se aplicó ante todo a desarrollar entre los Maestros del Colegio una piedad lúcida, generosa, práctica, enteramente orientada al advenimiento del Reino de Nuestro Señor en las almas de los alumnos confiados a sus cuidados. Estas primeras instrucciones nos han sido conservadas por la pluma atenta de Monnier, uno de los maestros más distinguidos y de los más piadosos del Colegio, que iba a morir prematuramente en 1856.*

---

### LAS VIRTUDES DE UN BUEN MAESTRO

17 de enero de 1847

#### La seriedad

**I. Seriedad interior**      ¿En qué consiste la seriedad?

No puede ser cuestión aquí de aquella gravedad cuyo exceso intolerable raya en la pedertería. La gravedad recomendada por el abate de la Salle a sus discípulos tampoco es la seriedad en la que debemos formarnos. En las Escuelas Cristianas, les basta a los Hermanos alcanzar una cierta seriedad, ciertos modales que impresionen a las naturalezas un tanto toscas de sus alumnos y les inculquen un temor respetuoso. El maestro que se dirige a las clases superiores debe aportar algunas modificaciones a este tipo de gravedad. La que adoptará, tomará algo de la del discípulo del abate de la Salle, pero interior. Será como una irradiación de la gravedad interior la que, comunicándose al conjunto de sus actos, irá a compenetrar de respeto a sus alumnos.

¡Seriedad interior! Destaquemos en efecto que las ocupaciones más graves no constituyen la gravedad. El carácter de los hombres ocupados en cosas serias, no es por ello muy a menudo ni más grave ni más serio. Hay ahí un resultado deplorable de las costumbres ligeras del tiempo presente. Hoy se está singularmente dispuesto a la ligereza de carácter, no se sabe dar a las cosas toda su importancia y elevarlas hasta la seriedad cristiana. Por eso, todo hombre que no tiene el espíritu cristiano, resultará siempre, haga lo que haga, ligero en algo.

La seriedad tampoco consiste en una cierta dignidad, una cierta majestad de costumbres; esto es una cualidad, feliz con toda seguridad y deseable en muchos aspectos, pero no es la virtud de la gravedad. No se siente aquí aquella constancia, aquella energía de esfuerzos con cuya ayuda, colocándonos en el espíritu cristiano, llegamos a considerar todas las cosas seriamente, gravemente... La gravedad desde este punto de vista es, pues, el pensamiento de la salvación fuertemente impreso en todos nuestros actos, el pensamiento religioso, el recuerdo de Dios, la preocupación constante por la meta de la vida.

**II. Salvación personal** Si cualquier hombre que no presta a estas ideas serias la atención que merecen no es un hombre grave, la consecuencia es que la salvación, no siendo sólo la obra de un acto aislado, sino del conjunto de la vida, todo adquiere entonces una gravedad, relativa sin duda, pero en fin muy positiva; y las simples diversiones, las distracciones permitidas deben siempre ser consideradas seriamente y colorearse de gravedad. Descuidar el aportar seriedad en todos los detalles de la vida es, pues, además perder el tiempo, y Dios nos pedirá cuentas del tiempo perdido, ya que deberemos responderle por toda palabra ociosa [Mateo 12, 36]. Faltamos, pues, a un deber importante cuando no habituamos a nuestra voluntad a relacionar los hechos,

los actos, los pensamientos de nuestra vida entera a la obra seria de la salvación. El negociante toma en serio su comercio; calcula seriamente todas las gestiones, todos los compromisos, ése es su estado. Si nuestros cálculos, nuestras gestiones, nuestros compromisos desembocan en nuestra condenación o en nuestra recompensa eterna, en nuestra profesión de cristianos, ¿queremos poner en ella menos seriedad que el negociante en sus negocios?

### III. Salvación de las almas

Otra consecuencia de la gravedad desde el punto de vista cristiano. Si la obra de nuestra salvación está unida a la de la salvación de otras almas, la responsabilidad de cada uno de nuestros actos aumenta el purgatorio. Nos jugamos la eternidad; aventuramos el porvenir de nuestra alma. Pero tenemos también entre manos la salvación de algunas almas. La cosa se torna completamente seria. Padres de familia, nos hacemos serios a medida que nos preocupamos más del porvenir de nuestros hijos, de su situación, de su éxito en el mundo. Frente a la eternidad, ¡cómo han de crecer nuestras preocupaciones! Sacerdotes-religiosos, ¡la responsabilidad se hace también seria! Si tiene su gloria, tiene también su carga. ¡Cuánta dedicación se nos impone! ¡Cuántas obligaciones nacen para nosotros! Ante los ojos de Dios y de cara a la eternidad, nuestros deberes, respecto de nosotros mismos y respecto de las almas que nos están confiadas, toman un carácter extremadamente serio; necesitamos convencernos de esto cada vez más.

### IV. Ejemplo de Cristo

¡Triste condición, efecto de nuestra debilidad! La ligereza nos domina y la naturaleza siempre prevalece. Preguntamos a los años transcurridos de nuestra vida, a esos años de los que sólo queda el recuerdo de recompensa

o de castigo para la eternidad; ¿cómo hemos empleado esos momentos tan breves y tan pronto escurridos entre nuestras manos? ¡Todos ellos eran efecto o principio de gloria o de confusión eternas! Merece la pena sopesar estos pensamientos; nos ayudan a comprender y a definir para nosotros la gravedad cristiana; nos mantienen en una seriedad constante; nos ayudan a superar fácilmente la ligereza, tan pronto como nos dejamos deslizar hacia la distracción o la negligencia. — Encadenemos nuestro corazón a la seriedad, tengamos los pensamientos de Jesucristo. Éstos se resumen en el amor a Dios y a los hombres, fundamento único de su ley. Recordemos que Jesucristo quiere el honor de su Padre y el triunfo de su Iglesia. Para eso, cada día, a cada hora, opera la separación misteriosa de los buenos y de los malvados. ¡Que este recuerdo nos haga temblar y nos arranque de nuestra ligereza natural! Cuando comprendamos a fondo la necesidad de ayudar a Jesucristo a salvarnos y a salvar a los otros, tendremos aquella gravedad cristiana, esa gravedad interior de la que Nuestro Señor ha sido el modelo, y daremos un gran paso adelante en la perfección. Reconducir incesantemente el propio espíritu a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia, al fin supremo de la vida; entrar seriamente en estos pensamientos; pensar en los intereses de su eternidad; resistir a la ligereza: he ahí el esfuerzo que hay que hacer para adquirir la virtud de la gravedad, y la virtud adquirida, poseída, se transmite fácilmente. Cuando la gravedad esté en nuestros pensamientos, en nuestro corazón, se derramará por sí sola al exterior; cuando todo en nuestra vida se impregne de gravedad, inspiraremos el respeto y, respetados nosotros mismos por nuestro carácter cristiano, haremos respetar las cosas de Dios.

**V. Gravedad exterior** El Maestro predica mediante toda su persona: a la gravedad interior debe unir la gravedad externa. Pero ésta se adquiere por sí misma cuando se apoya en la primera. Si

algunas ventajas naturales de carácter, de costumbres, de experiencias nos dan ya esta gravedad, conservemos tales ventajas, pero que no nos ahorren el adquirir el fondo interior. La oración, la presencia de Dios, nos ejercitarán en ello grandemente. Pongamos ante todo en práctica la palabra de San Vicente de Paúl y repitamos a menudo con él: *Quid nunc Christus!* Por encima de todo, acostumbremos a desprendernos de cuanto es ligero, movimiento de vanidad, tonterías de puntillo de honra, susceptibilidades, amor propio. Elevémonos poco a poco a una cierta altura; hagamos poco caso de tantas naderías a las que nuestra pobre naturaleza se apega fuertemente; poseámonos en toda calma y no tengamos más urgencia que de una sola cosa: nuestra salvación.

7 de febrero de 1847

#### VI. Recuerdo de las propias faltas

Si hay un pensamiento doloroso para el alma cristiana, es con toda seguridad el pensamiento de sus imperfecciones y de la inclinación al mal que conserva pese a todas las gracias y a todas llamadas de Jesucristo. Estas ofensas, estas ingratitudes, estas rebeliones contra Dios, tanto en nosotros mismos como en los demás, son un triste espectáculo que se contempla. Esta tristeza ¿no debería resultar todopoderosa para arrancarnos de nuestra ligereza y devolvernos a la gravedad? La gravedad nace entonces de una doble emoción: tristeza y terror.

A. *Tristeza.* Cuando consideramos nuestras miserias de cara a Dios, por un lado, ¡cuánto amor!, y por otro, ¡cuánta ingratitud! Esta ingratitud nos hace odiosos a los ojos de Dios, nos tornamos sus enemigos. Si salimos de nosotros mismos, seremos capaces de considerar la precocidad del mal en las almas jóvenes de nuestros alumnos y seguir los estragos en sus corazones. Con esta visión

del pecado en nosotros y en los demás, ¿acaso el recogimiento grave, serio, no vendrá por sí mismo a llenar las almas?

B. *Terror*. ¿A dónde nos llevan sin embargo estas ofensas? ¡Qué consecuencias deberán tener nuestras cobardías! ¡La pérdida de la fe, el abandono de Dios! Dios nos llama a actuar en las almas; nos entrega los intereses de la libertad de su Iglesia para defenderlos: ¿hemos tenido sobre nuestros alumnos toda la influencia que debíamos o que podíamos tener? ¿Hemos entregado toda nuestra parte de dedicación a la defensa de la Iglesia? Si no lo hemos hecho, ¡qué responsabilidad la nuestra! ¡Qué consecuencias graves para nuestra salvación!

Estos pensamientos podrán ser una preparación suficiente para el santo tiempo de Cuaresma. Recojámonos en presencia del mal; detestémoslo, odiémoslo; para luchar contra él tomemos los sentimientos de fe, de energía, de celo, de generosidad, de abnegación. Ahoguémoslo en nosotros mismos; aprestémonos a combatirlo, a vencerlo también en las almas de nuestros alumnos. En esta lucha de fe y de caridad, otro sentimiento nos ayudará también a tornarnos graves: aquella alegría de la que habla el Apóstol, aquella alegría triste que da al cristiano, en medio de la preocupación por el mal, la fe en Jesucristo. Sufrimos por el mal al recordar el amor de Jesucristo, al pensar en su cólera; pero la esperanza viene a mezclar de alegría esta tristeza. Sabemos que luchando por Dios, luchamos con Dios y Dios triunfará tarde o temprano sobre las rebeliones del mal.

---

14 de febrero de 1847

### La caridad

La caridad es el lazo de toda asociación: debemos estrecharla lo más posible en nuestra comunidad naciente. Veamos cuáles son nuestras disposiciones frente a esta

virtud principal del cristianismo; examinemos retrospectivamente nuestra conducta a este respecto, escuchando a San Pablo, que nos define de manera tan precisa las cualidades de una caridad perfecta [1 Corintios 13, 4-7].

*Patiens!* ¿Qué es la paciencia? ¿Es apatía de la voluntad? ¿Es una cierta somnolencia, una cierta indiferencia de carácter? Ciertamente no. Para ser paciente hay que sentir. Por lo tanto, la definición de San Pablo, que ataca a los caracteres menos apasionados, no deja ninguna excusa a los caracteres más vivos. La vida del cristiano es una vida de combate. Hemos de luchar contra nosotros mismos sin tregua. Somos, pues, inexcusables cuando no superamos nuestras imperfecciones. Vayamos a Jesucristo, que nos enseñará esta admirable virtud de la paciencia. Al replegarnos sobre nosotros mismos, al analizarnos sobre todas nuestras miserias, comprenderemos que la virtud de la paciencia consiste en aquella benevolencia natural que nos hace evitar cuidadosamente herir a los demás. Combatamos los impulsos interiores; no escandalicemos; dictémonos una ley del sufrimiento continuo que el hombre experimenta al dominarse valientemente. *Pati!* ¡Sufrir! Es el sentido profundo de la paciencia. Seamos pacientes voluntarios; que todo se convierta para nosotros en ocasión de virtud, de sacrificio; de un sacrificio real, cuya llama será la caridad; la paciencia será el sacerdote; nosotros mismos seremos la víctima mediante el sufrimiento. Quebrantos, choques involuntarios de caracteres, aburrimiento de la enseñanza, fatigas de la educación... ¡tantas ocasiones de transformarnos!

*Benigna.* La benignidad es la virtud más sosa a los ojos del mundo. Sólo la acepta con los aderezos de su gusto. Consiente en no causar pena a los presentes, pero se le debe permitir al menos la maledicencia sobre los ausentes. Dejémosle estas ideas mundanas. Para nosotros, la benignidad es buena. Pero, ¡qué difícil es! ¡Cómo! ¡No

tener antipatías por ciertas personas!, ¡sin ninguna excepción legítima! Alumnos, colegas, ¡a todos hay que abrazar en la caridad benévola universalmente, diariamente! ¡Sacrificarse siempre! ¡Inmolarse siempre! ¡Efectivamente es una dura práctica!... Hay naderías a las que no hay que rebajarse. —No soy lo bastante fuerte para superar ciertas repugnancias. —Quizás tengas razón, por desgracia. Pero el cristiano es más fuerte que todo ya que se apoya en Dios. —¿No es, pues, una imbecilidad? —Sí, desde el punto de vista humano; pero en sentido divino, la locura es sabiduría. —Hay que decidirse en su favor y renunciar a las objeciones. Quememos en la llama viva de la caridad todos esos pequeños sentimientos mezquinos.

Meditemos un poco sobre el poder que le da al maestro el espíritu de benevolencia. ¡Qué imperio no tiene! Atrae a las almas: es como un pegamento donde vienen a aferrarse y a someterse al amable yugo de Jesucristo. ¡Qué bien no podríamos hacer si tuviésemos aquel espíritu de benevolencia que no es la tontería de un optimismo exagerado, sino una disposición de dulzura, de amor que nos lleva a desear por encima de todo el bien de las almas! ¡Un alumno es desagradable! Nos sobrepone quizá por un esfuerzo de razón. Pero analicemos nuestro corazón: ¿qué encontramos en él? La satisfacción personal de haber sometido o quizá reconducido a una naturaleza difícil. Bajo la apariencia de bien, se esconde una vana complacencia en nosotros mismos. El mérito ha desaparecido, porque no nos hemos limitado a la caridad. Habíamos comenzado en el niño y hemos terminado en nosotros. Nos hemos contemplado en vez de servir de canal de gracia para él; quizá nos convirtamos en ocasión de recaída.

Parezcámonos pues a Jesucristo. Seamos lo que él es, en el silencio, en el olvido del sagrario. Está ahí, autor y consumidor de la gracia, disponible para todos, benevolente para todos, seamos quienes seamos. A qué altura nos elevaríamos respecto de nuestros alumnos, si supié-

ramos tomar esos mismos sentimientos. Iríamos siempre adelante, pese a todo; les conduciríamos a Jesucristo.

*Non cogitat malum.* Piensa mal y acertarás. Es un refrán de sentido común cuya aplicación resulta a menudo cierta. Pero Jesucristo no la quiere. Nos reprende: no penséis mal. Quien no piensa el mal fuerza a hacer el bien. Existe una ley de prudencia sin duda que hay que observar; pero por encima de todo, se trata de una cuestión de celo y de caridad: forzaremos al bien creyendo en el bien. En un montón de circunstancias el mal consiste en la forma como enfocamos las cosas; se las mira por el lado malo, con una disposición de desconfianza, y sucede que la intención, buena en sí misma, desaparece bajo la apariencia del mal que nos imaginamos. Así sucede que exageramos las faltas de los niños y que tomamos a mal sus defectos naturales. Por regla general, abstengámonos de pensar mal. Cuando nos dejamos arrastrar a esta costumbre de la sospecha, a una opinión siempre desfavorable, el mal viene del juicio mismo que hacemos y se envenena por lo mismo; creer preferentemente al bien, es darse herramientas para apartar el mal. La caridad, en cuanto caridad, suspende sus juicios. ¡Cuántas sospechas, cuántas suposiciones, cuántas falsas apreciaciones, excluidas de hecho por este carácter de la caridad cristiana! ¡Y qué paz establece en el corazón, cuando sabemos mantenernos perseverantemente en estos sentimientos de bondad y de equidad!

*Congaudet veritati.* ¡Huir de las falsas posiciones, retirarse con rapidez! Quedarse con lo bueno, con el bien, atenerse a él, buscar lo que es verdadero, amar lo que es verdadero, permanecer en la calma y en la imparcialidad: ¡qué de veces faltamos a estas reglas de conducta tan seguras y tan sabias!

*Omnia suffert.* El silencio del amor propio, los roces ahogados, la insensibilidad externa: sí, Dios nos pide todo eso; tan literalmente como podemos leerlo en San Pablo.

*Sperat.* Todo lo podemos con Dios. Y sin embargo, ¡cuán poco pensamos en ello! Sea por cobardía, sea por descuido, sea por falta de fe. ¿Cuándo, pues, viviremos en Dios, para Dios y con Dios?

*Sustinet.* ¡El sufrimiento amoroso! Confesémoslo: ¡no entendemos nada de esto! Y sin embargo hablamos de nuestro cristianismo. Sí, ahí es donde nos quiere Jesucristo, inmolados, crucificados, pero alegremente, con toda buena voluntad, en la paz, sin murmuración, sin rebelión, con resignación, con amor. Si queremos, tomémonos la cabeza a dos manos, como se dice, por miedo a que nos dé vueltas cuando escuchemos estas palabras de San Pablo. Pero, en fin, eso, todo eso, por las buenas o por las malas, es hachazo, alfilerazo, bastonazos, estocada, en lo grande, en lo pequeño, el alma debe sufrirlo todo. No juguemos a ser niños: aquí se trata del combate del amor, del combate del valor, se trata del honor de las almas, rescatadas al precio de la sangre de Jesucristo. ¡Qué! ¡Miraríamos al honor, al valor, al amor!

Sí, somos niños en cuanto a la santidad, niños en cuanto a la piedad. Aceptemos sin embargo con confianza la ley que se nos da. La naturaleza puede espantarse, pero no escuchemos los sustos de la naturaleza. Se trata de ver en qué queremos abandonarnos a Jesucristo que nos apremia, a la caridad que nos solicita, a la fe que nos ilumina, a la esperanza que nos sostendrá. Se trata de aplicar al conjunto de nuestra conducta esta hermosa ley de la caridad que debe ser el estilo vivo de Jesucristo en nosotros. No dudemos: mereceríamos verdaderamente el

nombre que San Pedro daba a los paganos: seríamos sin corazón, *sine affectione*.

24 de febrero de 1847

**In caritate non ficta** Seamos fieles ministros de Jesucristo, en la sinceridad y la caridad: *In caritate non ficta* [2 Corintios 6, 6]. Apliquemos esta palabra a la solidaridad de nuestras obras, a nuestra responsabilidad común e individual, particularmente a nuestra conducta en las relaciones diarias. En nuestras relaciones de los unos para con los otros recordemos que la caridad pasa y no dura, cuando se limita a las formas, a la pura cortesía; en este caso no es más que una corteza. El mundo puede contentarse con esto, pero Jesucristo lo rechaza; necesita algo más que exterioridades y puras apariencias. Evitemos, pues, toda acritud. Es imposible seguramente que humores distintos no produzcan ciertos roces. En este sentido aceptemos pacientemente las dificultades que nos sucedan. Pero apliquémonos a encontrar los motivos a esas palabras y a esos actos que nos hayan herido. Esos motivos, a menudo somos nosotros los causantes y la ofensa que nos apena parte muchas veces de nosotros mismos. Vayamos valientemente a los últimos límites del corazón y veamos si no hay en estos arrebatos, en estos debates, en estas brusquedades, mucha culpa de nuestra parte. *In caritate non ficta*. Sin duda es agradable sentirse víctima inocente, nos importa no mentirnos a nosotros mismos, queremos tener razón; pero la caridad sincera sabe ir más allá de estos embustes, de estas sorpresas causadas a la conciencia, y pone el dedo en la miseria del corazón; se reconoce culpable, reconoce con franqueza que los errores están de nuestro lado, que sólo tenemos lo que hemos buscado. Dios da, cuando se la pide, esta limpieza de la mirada interior. Si podemos decirnos con entera sencillez que no hemos hecho nada para causar la

ofensa, todo está dicho; uno se calla, no se envenena, se acepta la humillación, el dolor, el quebranto; uno queda en una disposición pacífica, se espera a que pase la tormenta.

Practiquemos esta paz, esta suavidad y podremos adquirir sentimientos superiores a los sentimientos humanos. Nuestra moral será realmente una moral cristiana y no nos quedaremos en un estéril paganismo. ¿Acaso no tenemos en Jesucristo a un sublime modelo? *Videte qualem caritatem*: ¡qué caridad desinteresada! Todo es para el hombre. ¡Y qué modo de soportar nuestras ingratitudes! ¡Qué condescendencia frente a nuestras debilidades! Tendemos a preferir las formas amables, el buen tono, el encanto del mundo; y sin embargo ¡qué hipocresía se esconde bajo este barniz falso, bajo esta máscara adornada! Podemos encontrar ciertas bestedades, cierta rudeza en el talante cristiano. Sepamos adaptarnos. Ahí siempre está la franqueza. Y cuando la franqueza nos alcanza a nosotros mismos, cuando no nos pasa nada por alto y se dispone siempre a no excusarse, ¡qué dignidad no nos confiere! ¡Qué autoridad también y qué derechos!

Por lo tanto, bajo este epígrafe, una ruda guerra a nuestras inclinaciones, a nuestras susceptibilidades, a nuestras amarguras. Llevemos el amor de Dios al fondo de nuestros corazones y hagámosle prevalecer. *In caritate non ficta!* Desgraciadamente queremos el nombre pero no la cosa. *Deus caritas est*: he ahí a Dios, he ahí al hombre sobrenaturalizado. Superémonos generosamente, dejemos de lado o ahogemos las repugnancias, las resistencias y lleguemos a actuar según los pensamientos de Dios, en una esfera superior a las bestedades de la naturaleza.

---

28 de febrero de 1847

## La prudencia

Tras la virtud de la gravedad viene la virtud de la prudencia, que no nos resulta menos necesaria, sea como vigilantes, sea como docentes. Y ante todo como vigilantes. Todos lo somos más o menos y por eso todos y todos los días tenemos algo que adquirir tocante a la prudencia.

**En la vigilancia** Tenemos frente a nosotros el mal; tenemos que combatir la prudencia mala de los alumnos, sus astucias, sus estratagemas, sostenidas muchas veces por la habilidad del demonio que quiere expulsar a Jesucristo de sus almas para tomar posesión de ellas. Pero, ¿se trata de combatir actuando habilidad contra habilidad? Sería prudencia humana y nada más. La prudencia del maestro cristiano, cuando se da cuenta de las astucias del alumno, evita herirle; le corrige sin lastimarle. ¿Es tan difícil por otra parte descubrir el mal cuando se quiere realmente? Pero, ¿cuántas heridas vienen a agravar el mal si uno no emplea la prudencia unida a la caridad, es decir, la prudencia cristiana? El buen médico sondea la herida para conocerla mejor y curarla mejor, pero lo hace con mano delicada, experta; si, por el contrario, una mano inexperta va a rasgar las carnes vivas, la sangre brota enseguida y el dolor se hace más agudo. Hay, pues, que ver el mal pero con habilidad. El alumno sorprendido en falta y descubierto es como el animal que cae en la trampa, se rebela, se enfurece y termina a menudo por romperse el miembro cautivo; luego a veces se escapa pero mutilado. Un alumno es malo, urde alguna trama con algunos camaradas, malos como él o solamente dudosos; si la trama es descubierta sin los miramientos convenientes, estos alumnos serán severamente castigados, incluso excluidos: la ma-

yoría de ellos seguramente se harán peores. La autoridad puede triunfar, ¿pero dónde queda la prudencia?

La prudencia es también necesaria para saber casar la indulgencia con la severidad. Si castigamos tanto es porque somos imprudentes. En ciertos momentos aflojamos demasiado las riendas, luego tratamos de recogerlas, pero no lo conseguimos si no es al precio de una severidad desacostumbrada y de castigos exagerados. Todo buen vigilante debe poseer la inmovilidad de la fuerza y ser siempre el mismo. El que sea fuerte y ajustado al reglamento conseguirá un orden más perfecto. Los castigos numerosos son a menudo signo de debilidad y de inexperiencia. No se domina suficientemente a sus alumnos porque no se domina a sí mismo lo suficiente. Debemos formar caracteres. Abordar esta tarea sin prudencia es exponerse a deformar los caracteres en vez de formarlos, es correr el riesgo de darles una dirección falsa. Usemos, pues, la prudencia en la aplicación de los castigos. Sepamos distinguir cuidadosamente el momento en que hay que imponer o no imponer tal o cual castigo; el momento de hablar, el momento de callarnos.

**En la educación** Es una falta de prudencia juzgar, ya sea entre nosotros o ante los alumnos, las palabras y las acciones de los demás; es una falta de prudencia en su enseñanza no reflexionar ni preguntarse a menudo, pensando en los diferentes caracteres de los alumnos a los que nos dirigimos, qué se debe enseñar sobre tal o cual punto y qué hay que dejar de lado. ¿Practicamos algunas veces el abandono y otras veces la gravedad, según las circunstancias y los caracteres? Por lo que respecta a nuestros alumnos, los hay ingenuos que lo creen todo y los hay escépticos que dudan de todo. ¿Sabemos adaptar nuestra enseñanza a estas naturalezas

tan diversas? ¿Tomamos todas las precauciones necesarias para llegar a un resultado feliz? En una palabra, ¿qué lugar tiene la prudencia en nuestra enseñanza? ¿Qué progresos hacemos en este dominio? ¿Hemos impedido el mal? ¿Hemos previsto las causas? Un maestro tiene que vigilarse mucho en sus mínimas palabras, en sus menores respuestas. ¡Una sola palabra puede a veces causar tantos desórdenes, una sola palabra evitar tanto mal!

Hasta aquí el lado humano de la prudencia. Considerémosla ahora por el lado sobrenatural. Bajo este aspecto, la prudencia es difícil. Nos vienen ganas de hablar, uno tiene ciertas ideas o ciertos juicios que comunicar. Uno siente que no sería prudente, que valdría más callarse. ¡Poco importa!, se va adelante, se cede a la tentación de mostrar autoridad. Las lecturas que hacemos ante los alumnos o los juicios que pronunciamos ante ellos deben llamar también nuestra atención. La prudencia es a veces algo tan sutil que puede suceder que faltemos a ella sin darnos cuenta. Se trata de una cuestión de tacto. Sin duda, el tacto se da o no se da, se tiene o no se tiene. Pero incluso cuando uno lo tiene, puede estar dormido, hay que desarrollarlo, formarlo. Sólo él permitirá practicar la prudencia, en nuestras relaciones de profesor a vigilante y de vigilante a profesor, en los juicios que hacemos los unos sobre los otros en presencia de los alumnos. No olvidemos nunca que es un deber nuestro saber apreciarnos unos a otros. ¿En cuántas circunstancias no sucede que los alumnos aprenden a juzgar a un maestro por las palabras de otro maestro? ¿Qué imprudencia no hay cuando se autorizan críticas malévolas, juicios poco delicados mediante los juicios y las críticas de una lengua intemperante?

**La virtud de la prudencia**

¿Qué es la prudencia en su origen? Una cierta disposición que lleva al cristiano a evitar el mal.

Si el celo practica el bien, la prudencia se mantiene a resguardo del peligro. Ahora bien, el peligro está en todas partes, y si no queremos caer en él, es necesaria la huida. A menudo, la imprudencia de nuestra conducta ha podido tener consecuencias lamentables para nuestros alumnos: es que no nos hemos observado, contenido; no hemos sabido prever. Y sin embargo, ahí está el mérito, la virtud. Cuanto más leemos el Evangelio más nos sorprende la extrema prudencia de nuestro divino Salvador en todos sus discursos y en todas sus acciones. Nos admiramos de sus respuestas a los doce años; y más tarde, en los días de su vida pública, con qué habilidad prevé las consecuencias de sus mínimas palabras, de sus mínimos pasos. ¿Tenemos nosotros esta vigilancia cristiana? Para poder vigilar a los demás, hay que ser primero prudente en vigilarnos a nosotros mismos. El maestro cristiano, que tiene que tener la prudencia para dos, debe saber también que no adquirirá la prudencia conveniente, si no la ejerce primero sobre sí mismo.

Hagamos sobre nosotros mismos un examen severo: que esta vigilancia y esta atención sean de todos los instantes. Hagamos de ello nuestra preocupación personal. Seamos prudentes en nuestro exterior, la prudencia exterior se traducirá en nuestro porte; el porte es hijo de la prudencia, que en este punto se alía con la seriedad. Preguntémonos si en esto no hacemos a veces algunos compromisos. Y seamos prudentes para evitar ciertas efusiones, porque es dar al niño una ventaja de la que abusa con gusto. ¡El niño es tan hábil para sacar ventaja del maestro que se desahoga con él! Y sin embargo las familiaridades son necesarias: abren el corazón del niño y ganan su confianza; sin ello no hay acción eficaz sobre el carácter y el corazón de los alumnos. Sólo la virtud de la prudencia podrá indicarnos la medida y los límites. Cal-

cularemos hasta dónde debemos ir con tal o cual alumno, para abrir su corazón y no abrirle el nuestro, para seguir siendo dueños de nosotros mismos y al mismo tiempo saber entregarnos. Todo eso exige un profundo conocimiento del corazón humano. Estudiémoslo en nosotros mismos y en los niños. Para adquirir esta acción y esta influencia que deben ser nuestra principal ayuda, hay que tener en nuestro corazón de educadores tacto, observación, porte, cualidades que implican mucha reflexión.

Por encima de todo, propongámonos la gloria de Dios. En nuestra acción sobre los niños a menudo pensamos demasiado en nosotros mismos. Por el contrario, refiramos a Dios los intentos realizados por formar a estos jóvenes corazones. Solamente teniendo esta visión superior conseguiremos preservarlos del mal y conducirlos al bien.

---

14 de marzo de 1847

### La sabiduría

#### La virtud de la sabiduría

La sabiduría es una virtud que consiste en dar a nuestras buenas acciones un motivo superior. Es un don del Espíritu Santo, don muy precioso, tanto más precioso cuanto más raro. Si examinamos el conjunto de la vida cristiana, incluso la mejor, la encontraremos siempre llena de manchas, de faltas que opacan su brillo. Todas las acciones que forman su tejido no están hechas por motivos sobrenaturales. Y sin embargo, eso es lo que la sabiduría pide. Nos manda hacer todas las cosas con el pensamiento y el temor del Señor: *Sapientia timor Domini* [El principio de la sabiduría es el temor del Señor] [Eclesiástico 1, 14]. Pero lejos de que así sea, por lo común cumplimos todo de una manera ordinaria, vulgar, lejos de cualquier pensamiento de fe. Tratemos de dar a cada uno de nuestros actos la importancia que con-

viene, y que esta importancia vaya creciendo mediante el sentimiento sobrenatural, el sentimiento de fe al que referimos nuestros actos. La cosa no es fácil, sin duda. Se necesitarán de entrada muchos esfuerzos en la oración para apartar todas las distracciones. Entre nosotros algunos dicen el Oficio, otros asisten a él: todos hacemos actos de piedad; la distracción, que viene a tomarnos mientras los llevamos a cabo, paraliza la dirección de nuestro pensamiento hacia un fin sobrenatural. Eso no sucedería si estuviéramos bien convencidos de la importancia de tales actos. Por desgracia no lo estamos o no lo estamos suficientemente. Y ahí se nota que somos insensatos, que nos falta sabiduría. En esos momentos en que parece interiormente que queremos acercarnos a Dios, no lo hacemos, cuando lo podríamos y lo deberíamos hacer, en las relaciones más humildes y más íntimas con él. ¿Cuál es el resultado? Que nuestros actos pierden el sentido de sabiduría que podrían tener para revestir un carácter humano, vacío, estéril.

¿Qué queda, en efecto, de un acto sobrenatural realizado sin una intención suficiente? Nada, o casi nada. Hagamos, pues, todos nuestros esfuerzos para adentrarnos en las intenciones de Dios, para aportar toda la perfección posible a nuestras relaciones con él. La mayor atención en estas relaciones nos es necesaria si queremos practicar aquella sabiduría que Salomón pedía a Dios para reinar bien: *Da mihi sedium tuarum assistricem sapientiam* [dame la Sabiduría que se sienta junto a tu trono] (Sabiduría 9, 4). Imploramos la ayuda de esta sabiduría para que nos asista y trabaje con nosotros para hacernos más perfectos.

**Su fuente**

Pero esta sabiduría, ¿en dónde beberla sino en Dios? Comprenderemos toda su importancia; y a medida que valoremos mejor su precio, Dios nos concederá una parte mayor en

ella. Para estimar esta sabiduría como se merece, echemos un vistazo a nuestra vida. ¿Cuándo damos a nuestras acciones la altura de miras y de intención que deben tener? Por la mañana, en nuestras oraciones, tomamos resoluciones, nos animamos a vivir en presencia de Dios, nos prometemos cumplir todos nuestros actos con un pensamiento de fe. Pero olvidamos muy pronto todas estas intenciones de la mañana; la jornada transcurre en las ocupaciones y las acciones que deben llenarla y retomamos el curso de la vida ordinaria y si, en un momento dado, examinamos retrospectivamente nuestra conducta para escrutar el móvil que nos guía, retomamos en cada uno de estos actos, quizá buenos en apariencia, las motivaciones más comunes, vulgares y a veces incluso los motivos más rastreros y vergonzosos que apenas osamos reconocer; será, por ejemplo, un sentimiento de pereza o de rencor, o serán maledicencias, malos pensamientos, malas conversaciones, falsos juicios. Es que nuestra sabiduría consiste en una sabiduría humana fundada en nuestro interés personal y que, si se presentan a nuestro espíritu algunos pensamientos de fe que no se dejan desviar de su meta, pronto los dejamos escapar.

Finalmente Dios no es el móvil de nuestras acciones, somos nosotros mismos, y en esto consiste la locura. Tenemos el sentimiento de los deberes cristianos para cumplirlos externamente, pero existe en el fondo de nuestro corazón algo que nos paraliza, ya sea porque nos hemos dicho: no iré más lejos (y ¡pobre del cristiano que quiere ponerse un límite en la perfección!, debe subir sin tregua y responder a las llamadas de la gracia), ya sea que, como efecto de una funesta dejadez, hayamos caído en aquel estado de falsa seguridad en que creemos que Dios ya no nos pide nada más. La sabiduría de Dios nos hace descubrir siempre un punto más alto de sabiduría. Somos culpables si no damos a Dios todo aquello que nos pide en esta dirección. Un cristiano de este tipo colma la pa-

ciencia de Dios y cae en la tibieza, si no más bajo. Si nos dejamos arrastrar a esta vida vulgar, si caemos sin cesar en nuestra rutina, es que no sabemos ver en la sabiduría de Dios, ni considerar las cosas en la claridad de sus rayos. Sólo ella sin embargo puede enseñarnos a tener en cuenta una meta sobrenatural en todas nuestras acciones; a descubrir los medios necesarios para triunfar en nuestras luchas contra las corrientes vulgares, contra aquella pesadez natural que devuelve sin cesar nuestra alma a la tierra, cuando ella querría elevarse. ¿Cómo hacer para adquirir esta sabiduría tan preciosa? Rezar mucho, regular la propia vida en la oración al pie del Crucifijo, en la acción de gracias después de la comunión. He ahí las fuentes de la sabiduría; si queremos beber en ellas, es necesario que nos acerquemos a ellas.

### **Su importancia**

Quando tengamos la sabiduría en el fondo de nuestro corazón, habrá que reprimir la prudencia humana y habrá entonces luchas difíciles de sostener. Cuando, gracias a la sabiduría, una motivación sobrenatural superior ilumine todas nuestras acciones, la prudencia humana vendrá a oponerse a estos impulsos de la fe. Otros obstáculos surgirán en tropel. Si queremos enseñar esta sabiduría a nuestros niños, —y debemos esforzarnos por enseñársela, porque ¿cuánto no les animaría?—, ¿qué energía y qué superioridad no dará a sus caracteres haciéndoles ver todo cuánto hay de vacío y de miseria en sus pequeñas pasiones? Pero para darles este principio superior de acción, es necesario que lo practiquemos nosotros. Ahora bien, nosotros no lo hacemos. La sabiduría se acerca mucho por un lado al espíritu de sacrificio, que es una sabia locura, que no tenemos, retenidos como estamos aún por los cálculos de la prudencia del mundo, obligados como estamos a adquirir la sabiduría para nosotros mismos, obligados a comuni-

cársela a los demás; sólo podemos hacerlo saliéndonos de las nociones humanas.

### Examen

¿Somos realmente sabios con esta sabiduría? Confesémoslo, hay muchos puntos en los que estamos obligados a decir: No, la sabiduría de Jesucristo no está en nosotros. ¿Qué contraste en efecto no existe entre nuestras faltas de intención y aquella perseverancia con la que Nuestro Señor Jesucristo tiende constantemente hacia su meta que es la gloria de su Padre? Toda acción sabia implica una meta: ¿Qué metas cristianas hemos alcanzado en esta jornada? Hemos rezado, hemos leído, conversado, estudiado: ¿cuántos momentos ha habido en que hemos actuado con la razón cristiana? Siendo la sabiduría una luz que viene de Dios, debe iluminarnos sobre todos nuestros deberes: ¿qué perfección hemos tratado de dar a nuestras diversas acciones durante esta jornada? Hemos celebrado la misa, las vísperas, etc. ¿Hemos dado a Dios todo el honor que tiene derecho a esperar de nosotros? Y si hemos actuado en todo eso sin intención, maquinalmente, ¿hemos sido sabios? Y si nuestra vida se compone de una sucesión de días parecidos a éste, ¿qué habrá habido finalmente de sabio en nosotros?

La Escritura dice del hombre injusto: *Noluit intelligere ut bene ageret* [renunció a ser sensato, a hacer el bien] (Salmo 36, 4). Esta palabra se aplica también al cristiano que no hace el mal, pero tampoco el bien, y que no quiere comprender por miedo a tener que dar demasiado a Dios; que en un montón de ocasiones en que podría actuar sobrenaturalmente no lo hace; que encuentra demasiado penoso tener siempre el corazón elevado, y vuelve a caer en sí mismo y se remite a las falsas luces de la prudencia humana. Habíamos sin embargo recibido el espíritu de sabiduría en el sacramento de la Confirmación. ¿Qué

hemos hecho de él? Lo hemos ahogado o al menos no hemos hecho nada por desarrollarlo. Ha quedado estéril en nuestro corazón: ¿Por qué? Porque no somos más que barro y pecado, y porque el pecado es lo contrario de la suprema razón. Pero el cristiano puede liberarse de esta vergonzosa esclavitud dejándose guiar siempre por motivos superiores, viviendo conforme con la sabiduría divina. Estudiémosla en sus oráculos, escuchémosla en nuestro corazón cuando Nuestro Señor viene a reposar en él. Todo cuanto hagamos, hagámoslo con las miras de Dios y de su gloria y podremos esperar tener un día esta misma sabiduría como recompensa en la Eternidad.

---

### La contemplación

14 de enero de 1851

...La meditación del *Pater* podría ser ya para nosotros una materia inagotable. ¿Quién creería que ha saboreado suficientemente esta palabra divina de Nuestro Señor? Sin embargo, y para mayor seguridad, atengámonos a las reglas ordinarias. Dos condiciones son necesarias para la contemplación.

**I. Preparación lejana** Hay que pensar por adelantado en la propia contemplación, recogerse. Cuando hemos solicitado audiencia a un grande del mundo, sabemos lo que queremos pedir. Antes de ser introducidos, hemos conversado con nosotros mismos sobre el objeto de esta audiencia. La contemplación también es una audiencia: vamos a hablar con Dios; ¿pondremos en ella menos preparación porque la audiencia es más solemne? Por lo tanto, necesidad de cierto recogimiento. ¿Tenemos este recogimiento? Podemos ponerlo

en duda, sin equivocarnos. Adquirámoslo: y, para eso, retirémonos de las lecturas inútiles, de las conversaciones vanas, de los espectáculos peligrosos; en una palabra, sepamos poner una salvaguardia a nuestros sentidos. Estas precauciones son otras tantas preparaciones lejanas para la contemplación. ¿Por qué hacemos tan pocos progresos en la contemplación, sino porque vivimos habitualmente en la disipación? Opongámosle una vigilancia general, sostenida, activa, dedicándonos a lecturas más serias, ocupándonos de obras de caridad, huyendo de conversaciones ociosas.

## **II. Preparación cercana**

Con el corazón y el espíritu más llenos, tendremos mayor facilidad para entrar en la preparación positiva. Elijamos entonces un tema particular, volvamos a él a menudo, conversemos la víspera sobre el tema elegido con preferencia a otros, de modo que no tengamos que improvisar al día siguiente, cuando llegue el momento. Invoquemos al Espíritu Santo: es una buena costumbre; nos ponemos mejor en presencia de Dios cuando hemos realizado esta invocación. La meditación puede comenzar luego. Nos damos cuenta del estado de nuestra alma. Para ayudarnos en esto opongamos a nuestra imperfección la perfección de Dios. Que nuestra mirada se dirija ante todo hacia él, y baje luego a nosotros. Nuestra propia miseria resaltará más fuertemente de esta comparación.

## **III. Método**

Quizá aceptemos el método. ¡Pero cuántas objeciones no pondremos! ¡Cuántas dificultades pondrá la naturaleza como pretextos! En primer lugar nuestra libertad, ¿acaso no se ve coartada por esta regularidad tan puntual?; luego ¿de qué conversar en esta entrevista a solas con Dios y

cómo conversarle? ¡Tenemos tanto miedo a someternos a reglas!, pero ¿qué perdemos al hacerlo? Fijar nuestra distracción, ¿es tan poca cosa? ¿De qué conversar? Pues de lo más urgente, del asunto más importante, de nuestra enmienda espiritual. Tantas reformas son aquí urgentes. Queremos hacer bien la oración: tenemos razón; sólo recordemos que la dificultad no está en saber si hacemos oración contemplativa con facilidad, sino en saber si tenemos dificultad en ponernos a ello. Ahora bien, nos gustaría persuadirnos de que para eso se necesita mucho tiempo, una larga experiencia, una ciencia consumada. Estas no son más que pobres derrotas. ¡Vaya sobrecarga que supone un cuarto de hora o media hora como mucho dada a la oración! ¿Se necesita más tiempo?

Pero tenemos distracciones: no las analicemos. Volvamos tranquilamente al objeto de nuestra meditación mediante un acto de humildad y de amor a Dios. Nos humillamos por no poder detenernos un momento a contemplar las maravillosas perfecciones de Dios; protestamos, pese a todo, de nuestro firme deseo de unirnos a él. Pero rápidamente volvemos a nuestras simpatías, a nuestras antipatías, a nuestros roces; y Dios queda olvidado, y la visión de nuestra miseria se borra. Excelente ocasión de despreciarnos, de estimarnos en nuestro valor real ante la prueba. Pero las distracciones dejarán infructuosa nuestra oración. Si es culpa nuestra por falta de preparación, sí; pero no podemos quejarnos. Si la distracción es involuntaria, no; habremos aprendido una vez más la triste clase de personajes que somos y en qué medida nuestra alma está todavía bajo el peso de los sentidos.

Ya que el orgullo es nuestro gran enemigo: ¡qué mejor ocasión para combatirlo mediante la viva humillación que podemos sentir a la vista de nuestra bajeza, de nuestra falta de finura espiritual! Y en esta humillación, ¿cómo no va a nacer la oración? Nuestra debilidad bien sentida nos hace comprender la necesidad de recurrir a Dios: pero recurrir a Dios, es ya oración. Por lo tanto, la

distracción involuntaria tomada con paciencia, sin despecho, humildemente, nos llevará a la oración mediante la confusión que nos dejará el sentimiento de nuestra incapacidad. ¡Esta no es una contemplación improductiva!

*21 de enero de 1851*

#### **IV. Meta de la contemplación**

Hay que penetrar más a fondo en el cuerpo de la contemplación. Mas, si queremos avanzar en la contemplación estemos resueltos a seguir la voz de Dios, a escucharle, a hacer lo que hayamos oído en el recogimiento y el silencio de nuestra alma. Si Dios nos habla, tratemos su palabra con un profundo respeto y estemos dispuestos a aceptar lo que él nos diga. Primer examen serio: ¿Estamos en estas disposiciones de sumisión absoluta y de completa generosidad?

No basta ir a la buena de Dios, asumiendo sólo lo que puede soportar nuestra fragilidad. Es necesario prepararnos a dar más. Quedarse allí, conservar, en una meditación regulada, puntual, en una cierta regularidad de oración, recogerse un momento, a una hora determinada, es permanecer en una actitud de espera, en una preparación, en una especie de noviciado. Dios quiere más.

¿En qué medida abandonarse? En esto es imposible fijar reglas. Cada uno es llamado según su camino. San Pablo, derribado en el camino de Damasco, exclama: “Señor, ¿qué quieres que haga?” [Hechos 22, 10]. Y está resuelto a hacer lo que sea. Semejante generosidad no se impone. Lo que nos basta saber es que necesitamos ejercitarnos sin cesar, con una aplicación constante, y con el firme propósito de desapropiarnos, de elevarnos hasta aquel don sin reservas de todo nuestro ser, de no pertenecernos ya, de no ser entre las manos de Dios sino dóciles instrumentos. Eso es la oración de contemplación consumada.

¿Qué hacemos al respecto? ¿Qué despojo aceptamos? Si no llegamos a ninguna renuncia, no llegamos a nada. Nuestra oración no es entonces sino una vana especulación. Si la perfección cristiana se da bajo la condición de este abandono, de este despojo, entonces vemos cuán útil e indispensable es enfrentarse valientemente a los propios deseos, a la propia voluntad; domar esta naturaleza que siempre se resiste; frenar los perpetuos deslizamientos del alma hacia todo lo que la aleja de estos duros sacrificios, en los que ella puede sin embargo reencontrarse, recuperarse. Sí, es costoso, pero el ejemplo lo tenemos ante nosotros. Nuestro Señor agonizando en el Huerto de los Olivos es la imagen del cristiano que lucha así contra sí mismo, contra las repugnancias de su corazón. Sí, es costoso, porque hay que sacrificar la admiración personal, el amor propio, las complacencias en sus propios deseos, en sus pensamientos, en sus ideas propias. ¿Cómo hacer literalmente el sacrificio que se resume en esta palabra del Señor: *Non sicut ego volo, sed sicut tu?* [No se haga mi voluntad, sino la tuya] [Lucas 22, 42]. No nos engañemos: ahí es donde hay que llegar, en esos sentimientos es donde debemos colocarnos. Pasar por encima de estas aversiones; sentir la propia voluntad debatiéndose y no dejarla que se vuelva atrás; no resistirse a estas destrucciones totales: he ahí como se construye el cristiano, o mejor dicho, he ahí cómo se da en nosotros el triunfo de Dios.

Comprendido esto, se trata de comenzar. No nos inquietemos por el tiempo que se requiera para alcanzar la meta. Vayamos, actuemos, sin contar con las dificultades o sufrimientos; y pongamos manos a la obra. Ahí está, una vez más, la contemplación, toda la contemplación: una crucifixión de cada día. La meditación es una preparación a este rudo ejercicio, a este solemne combate, a este estado violento de la naturaleza que se ahoga a sí misma. Pero ella no es más que un medio, y por eso mis-

mo, es insuficiente. Por cierto que Dios no pide a todos, en el mismo grado, tales voluntarias agonías. Todos no están llamados a los prodigiosos combates de los Antonio, de los Pablo, de los Hilarión; pero de más cerca o de más lejos, todos deben tender hacia allá. Recordemos solamente que cuanto más amemos, más haremos; que cuanto menos amemos, menos daremos a Dios y más nos retrasaremos en el progreso espiritual. Puede que haya ahí un cristianismo honrado; pero no será un cristianismo animado por la fe y el ardor de la caridad.

**Conclusión**           ¿Queremos quedarnos en el estado de cristianos vagos, indecisos? ¿Queremos dar, finalmente, frutos? ¿Qué sacrificios estamos dispuestos a ofrecer a Dios? ¿Cuándo nos decidiremos a este generoso y heroico sacrificio general de nosotros mismos? ¿Cuándo querremos uniros a Dios, a Nuestro Señor Jesucristo mediante el despojo absoluto? Si nos sentimos interiormente empujados a comenzar la obra, ¿queremos continuarla hasta sus últimas fronteras? En una palabra: ¿queremos escuchar a Dios?

### La señal de la Cruz

*17 de noviembre de 1851*

Preocupémonos particularmente de la fidelidad a las cosas pequeñas. Cuántos actos en la piedad cuyo mérito se pierde para nosotros porque ponemos en ellos demasiado poca atención. Tendrían, sin embargo, un valor positivo si quisiéramos reflexionar más, con el fin de hacerlos más personales. ¿Qué es la señal de la cruz, por ejemplo? Muy poca cosa aparentemente. Y sin embargo ¿cuántas enseñanzas no encierra?

Elevemos nuestros pensamientos. Dos grandes hechos deben formar el término de nuestra vida: el Cielo y el

Infierno. Entre los dos coloquemos el purgatorio. Tengamos bien presente que una serie de actos irreflexivos puede prepararnos para una caída; que a fuerza de permanecer indiferentes ante algunas cosas, podemos debilitar el vigor de nuestra fe dentro de nosotros. Si muriéramos con un pecado mortal, ¿no tenemos acaso motivo para temblar ante el solo pensamiento? Apartémoslo. Detengámonos ante el purgatorio. Una serie de méritos, ligados a un montón de pequeños actos, ¿no puede adquirirmos gracias que nos eviten el fuego del purgatorio? Virtudes nuevas se formarían, se desarrollarían en nosotros bajo la influencia de estas gracias. Examinemos la señal de cruz desde este único punto de vista.

### **Invocación**

Invocamos en primer lugar a la Santísima Trinidad. Si ponemos en esta invocación un sentimiento de fe, ¿acaso no nos unimos entonces, mediante la adoración, a Dios, cuya posesión debe ser, más allá del tiempo, la consumación de nuestra vida terrestre? Unirse a Dios desde aquí abajo, ¿es tan poca cosa? La imagen de Dios está impresa en el hombre. Invocar sobre nosotros a la Santísima Trinidad, ¿no es hacer un acto de obediencia al Padre, de adhesión al Hijo, de amor al Espíritu Santo? Que profundizáramos estos pensamientos cada vez que hacemos la señal de la cruz, sería pedirnos demasiado. Pero si alguna vez, una vez por semana nos esforzáramos por aplicar nuestra mente a estos pensamientos, el ejercicio los haría insensiblemente más intensos y llegaríamos así a ponernos más frecuentemente en contacto con la Sabiduría, la Verdad infinita, con el Amor soberanamente perfecto.

### **Enseñanza**

Bajemos a la práctica. La señal de la cruz ¿no enseña elocuentemente al profesor que la realiza con fe? Al comenzar su clase, la señal de la cruz le dice que su palabra, de alguna manera, va a ser una manifestación de la verdad, una ini-

ciación a la sabiduría, una irradiación del hogar mismo del amor. Al final de su clase, la señal de la cruz puede ser una ofrenda de inmolación y de sacrificio. Presenta a Dios aquella fatiga de su trabajo, aquellas molestias, aquellas penas que ha podido sentir, como holocausto de resignación y de sumisión, como una expiación de sus pecados. ¡Oh, cómo es más fuerte, cuánto es digna la enseñanza que se une así a Dios! ¡Qué valor reviste, qué carácter más respetable le es impreso! El maestro habla entonces como en nombre de Dios, *tamquam Deo exhortante per nos* [2 Corintios 5, 20]. Es un embajador de la omnipotencia celeste. Por su parte, también el alumno crece. Porque a fin de cuentas, también el alumno es un poder con el que Dios condesciende a tratar, hacia el que, de algún modo, envía como delegado al maestro cristiano. Con estos pensamientos, ¡qué sentimiento de su dignidad y de la dignidad de sus jóvenes oyentes no experimentará!

¿No significa esto, pues, ponerlo todo en la señal de la cruz? En definitiva, ¿acaso no lo es todo la cruz, no es la escala que vio Jacob y que subía de la tierra al cielo? ¿Queremos ir más lejos? Hacemos esta señal de la cruz sobre nuestros cuerpos. ¿Qué queremos decir? Que aceptamos la necesidad, mejor dicho, el deber de llevar nuestra cruz como la llevó Jesús. Sí, la enseñanza tiene su fastidio, el estudio su trabajo. Aceptémoslos, carguémoslos sobre nuestros hombros. Desde la mañana, al levantarnos, tomemos la cruz mediante la aceptación voluntaria y por adelantado de las dificultades de nuestro día. Así nuestra vida quedará compenetrada enteramente por el pensamiento de la fe. Y seremos entonces verdaderos hombres del deber y de abnegación. Dedicuémonos a juzgar nuestro pasado y nuestro presente a la luz de estas reflexiones.

*Concluyamos* con la rigurosa obligación en la que estamos de actuar con estos pensamientos de fe, de recor-

darnos sin cesar que estamos hechos para la perfección, que hemos de avanzar en ella, que detenerse es retroceder, que debemos avanzar en este sendero mucho más de lo que pensamos. ¿Por qué entonces esta flojera en los esfuerzos, por qué tantas vacilaciones? ¿Hasta dónde hemos aceptado el sufrimiento? Dicho de otra manera, ¿hasta dónde hemos amado? Sí, si una sola vez por semana hiciéramos lentamente, reflexivamente, en perfecto espíritu de oración y de adoración nuestra señal de la cruz, entonces la cruz entraría en nuestras almas y daría sus frutos. No estamos llamados únicamente a ser rescatados por la sangre de Jesucristo: el Salvador quiere también que seamos santos.

---

12 de enero de 1857

### Saludo de año nuevo

Hubiera debido responderos antes y expresaros a mi vez mis saludos de año nuevo. Están resumidos en una palabra de San Pablo que encuentro admirablemente bella, sobre todo si se aplica a hombres dedicados a la enseñanza: *Tamquam ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur*<sup>1)</sup>. ¡Que toda vuestra enseñanza emane de Dios! ¡Que no pronunciéis palabra sino bajo la mirada de Dios! ¡Que todo vuestro ser esté sumergido en cierto modo en el espíritu de Jesucristo! Tal es el ámbito en que quisiera veros vivir y ejercer vuestra acción; y si esta acción no ha sido siempre tan fértil como se hubiera podido esperar, es porque no nos hemos obligado bastante a mantenernos en la presencia de Dios y de su Hijo, *coram Deo, in Christo*.

---

<sup>1)</sup> 2 Corintios 2, 17. El texto de San Pablo dice: *sicut ex Deo, coram Deo...*

---

### 3. Principios de educación cristiana

*El P. d'Alzon ha recordado a menudo a los maestros del colegio los grandes principios de la educación cristiana. Aquí se encuentran: 1º dos instrucciones que datan de 1846, en los inicios mismos de la Asociación; 2º una serie de 9 instrucciones, dadas entre 1867 y 1868, y destinadas a remontar el colegio tras un periodo de baja. Los informes son bastante esquemáticos, pero la familiaridad del tono no quita nada de la riqueza y de la altura del pensamiento. El P. d'Alzon ha retomado en parte estos mismos temas adaptándolos para las Religiosas de Asunción, en las conferencias de 1870-1871, que tratan de la Educación (Ver: Aspectos de Pedagogía cristiana. Les Cahiers d'Alzon, IV, pp. 11-88).*

---

## EL ESPÍRITU DE LA EDUCACIÓN

*1º de febrero de 1846*

Hemos de compenetrarnos profundamente con el pensamiento cristiano mediante la fuerza, la fe y el amor, bebidos en el conocimiento de Dios y de la Iglesia, y extender hacia fuera, fuertemente y en todas partes, en la inteligencia y en el corazón de los niños este pensamiento cristiano, para obrar sobre su ser entero, sin desalentarnos ante los obstáculos que presentan su ligereza y su ignorancia.

**Triple comunicación**    ¿Cómo comunicar esta fuerza, esta fe y este amor a los niños?  
¿En qué consiste este triple desarrollo?

Si el cristiano, que entra en comunicación con la vida divina, considera su alma como una potencia, la encontrará fecundada incesantemente por todo el ser de Dios.

En el Padre desarrolla su fuerza, en el Hijo su inteligencia; y a medida que conoce la verdad, se siente atraído hacia ella, se adhiere a ella y la ama; es el Espíritu Santo quien se inclina entonces hacia esa alma, la toma, la levanta. Sin este triple desarrollo, la vida del alma está incompleta; y para realizar en sí toda la perfección a la que debe aspirar el cristiano, debe permitir que actúe en sí esta triple influencia de la vida divina que fluye hacia él mediante una triple comunicación.

**1. La fuerza**                    ¡Cuán necesaria nos es! Bajemos a nuestro corazón, encontremos en él una voluntad rota: queremos y no queremos. El vicio original paraliza nuestros anhelos y hace estériles nuestros esfuerzos. Con esta debilidad interna ¿cómo pretender manifestar a Dios? Y ¿qué medios nos pueden ayudar en esto?; sólo aquellos que nos devuelvan nuestra fuerza primitiva, sumergiéndonos en el poder mismo de Dios y manifestándonos nosotros mismos, como él, mediante el poder. Cuanto más fuerte seamos, más poderosamente y eficazmente manifestaremos a Dios; cuanto más nos quedemos en nuestra debilidad, más incapaces seremos de extender la vida cristiana en los corazones y nuestra acción quedará sin efecto. Salgamos, pues, de nuestra debilidad y, con la mirada puesta en Dios, sepamos cuáles son los recursos que se nos ofrecen para levantarnos, para devolvernos a nuestra dignidad y reconquistar toda nuestra fuerza.

Veamos cómo actúa Dios mismo y cómo se manifiesta: crea, repara. Mediante esta doble acción es como se da a conocer al mundo. Imitemos a Dios en esta acción reparadora y mediante ella manifestemos en nosotros el elemento de la fuerza. Lo podemos. Restauremos nuestro mundillo y el mundillo que nos rodea. En esta obra de restauración Dios nos asocia a él y ha querido que fuéramos sus cooperadores. ¿Por qué temer y dudar? Así, ayudados por la fuerza de Dios, recogiendo en él nuestra vo-

luntad dividida y repartida, comunicaremos eficazmente a los niños la fuerza que a ellos les falta y que nos habrá sido transmitida. Sin duda necesitamos mucha fortaleza para luchar contra los numerosos obstáculos que nos presentan los caracteres de los niños, contra sus rechazos, contra el mal, contra todas las influencias del espíritu de las tinieblas. Necesitamos una fuerza inmensa; la tendremos en Dios y con Dios. Recemos, perseveremos; demos nosotros mismos ejemplo, seamos buenos modelos, hagamos como Nuestro Señor: *coepit facere et docere* [Jesús empezó a hacer y a enseñar] [Hechos 1, 1].

**2. La inteligencia** Uno de los medios para comunicar esta fuerza es la enseñanza, mediante la que haremos conocer la verdad. ¡Pero cuán oscurecida está nuestra inteligencia! ¡Cuántas tinieblas se disiparán poco a poco! Veamos lo que somos, comprendamos las contradicciones de nuestros corazones, entremos en la comprensión del mundo, apreciándolo en lo que vale. Sintamos disgusto por nuestra débil voluntad que, conociendo el bien, siempre hace el mal. A la luz de la fe, estas miserias se nos revelarán claramente. Y, despojados del orgullo, de la mentira, de la ilusión, estaremos preparados para acoger la verdad, a la que nos habremos crucificado voluntaria y valerosamente. Ella es la que nos liberará de la esclavitud de nuestra voluntad mustia y nos dará el deseo de salir de aquella confusión en que nos encontramos, para atraernos hacia ella y colocarnos bajo sus claridades.

Cuando la verdad sea así incorporada en nosotros, cuando nos la hayamos apropiado, no nos preocupemos por saber cómo la comunicaremos. La boca habla de la abundancia del corazón. En la medida en que la verdad se vaya inoculando en nuestras almas, irradiará hacia fuera. Nos sentiremos urgidos a dirigir también a los niños hacia Dios, a liberarlos de la mentira, a elevar sus almas hacia la verdad, a transformarlos en ella, haciéndoles

comprender que no hay nada tan real y tan bueno como la verdad. Nos tornaremos ingeniosos, con la ayuda de la caridad, para apoderarnos de ellos, para presentarles la verdad bajo todas sus formas, para saber descubrir en estos caracteres viciados la materia inflamable que se esconde en ellos y sobre la que bastaría lanzar la chispa.

### 3. El amor

La verdad no es sólo un objeto del sistema, un objeto de pensamiento para el cristiano. Es sobre todo un objeto de amor; y quien la busca, quien la desea, una vez que la posee, se apasiona por ella. Este amor, ¿de dónde lo sacaremos sino de Dios mismo, cuando nos adentramos en las realidades del Ser divino y nos adherimos fuertemente a la verdadera vida que está en Dios, que está en la Iglesia? Si nosotros mismos tenemos este amor a la verdad, trabajaremos generosamente para hacerla amar también por los niños, para luchar contra las influencias malsanas que rodean su debilidad y contra el mal que está en su corazón. Nos apasionaremos por el deseo de liberarlos, independizarlos, elevarlos hasta la verdad, atarlos a ella, consagrarlos a ella.

---

## LAS RELACIONES CON LOS ALUMNOS

*8 de febrero de 1846*

Hemos de meditar, a la luz de la fe, sobre qué es un alma, cuán admirable es un alma, cómo en el cristiano tiene un sello de dignidad que ni siquiera posee la naturaleza angélica, ya que Dios, para manifestarse, ha preferido elegir la naturaleza del hombre y la raza de Adán. Este sello de dignidad le ha sido impreso sin duda en el Bautismo, pero no hay ahí todavía sino rasgos esbozados. Han de ser desarrollados. Esta tarea, este desarrollo, es obra de la educación.

**I. La obra que hay que realizar** El alma entonces es como un metal con el que hay que hacer una medalla, o como un mármol con el que hay que hacer una estatua. Dios ha trazado los primeros rasgos; queda por hacer resaltar el relieve del metal, por dibujar los contornos del mármol. El modelo está dado, es Dios mismo. Hay que reproducirlo. Nosotros somos los obreros encargados de esta reproducción. Los instrumentos han sido puestos en nuestras manos. Se nos da la fuerza para acabar la obra. Dios mismo trabajará con nosotros, ablandará el mármol, preparará el alma del niño para ser amasada, moldeada, esculpida, como el mármol o el metal.

¿Pero vamos a trabajar con nuestras ideas o con las de Dios? El obrero a quien el escultor confía el mármol para desbastarlo, a quien da un modelo, un compás, cinceles, ¿dejará satisfecho al artista si trabaja únicamente según su propia idea y no según el modelo que se le ha indicado? Si no es fiel en reproducir la idea del maestro, estropeará ciertamente el trabajo; habrá sustituido la inspiración del genio con la habilidad del hombre práctico. Así sucede con la educación. Hemos de plasmar, modelar nuestras estatuas sobre Jesucristo si queremos lograrlas bien. Para ello hemos de compenetrarnos más y más con el pensamiento de Jesucristo y unirnos a su acción general sobre las almas; y en el trabajo especializado y personal que nos podrá ser confiado, preguntarle cuál es su voluntad, sus proyectos, sus designios sobre las almas, con el fin de progresar con mayor seguridad en nuestro trabajo.

**II. Elementos de la educación** Desde este punto de vista consideremos los diversos elementos que integran la educación: el alma que hay que modelar; el modelo que hay que seguir; el instrumento que hay que emplear; la fuerza que nos ayudará a realizar el modelo.

1° *El alma de los niños.* Es el bloque de mármol. Hemos de conocer su naturaleza. Puede ser duro o blando; habrá que hundir el cincel más o menos. El mármol es diferente de la piedra, la piedra es diferente del yeso: con cada uno hay que trabajar de modo distinto.

No basta conocer la naturaleza del mármol que se nos confía. Hay que considerarlo con vistas a Jesucristo. Si tenemos que hacer una estatua procederemos de modo distinto a si tenemos que construir una casa. Habrá que estudiar luego los pliegues y repliegues de los vestidos que vamos a poner en el mármol; hay que establecer los contornos de los miembros, fijar la expresión del rostro, caracterizar la fisonomía, impregnarla aquí de fe, allá de pureza, acullá de humildad.

2° *El Modelo que hay que seguir.* La fisonomía dominante es la de Jesucristo. Pero toma formas diferentes según los caracteres: *non est inventus similis illi* [y no se halló quien le igualara] [Eclesiástico 4, 19]. Hemos de ver, pues, en Jesucristo lo que debemos tomar para plasmarlo en el mármol, es decir en el alma. Sin duda nos será imposible expresar exactamente la pureza y delicadeza del modelo. Pero busquemos siempre qué parte podemos reproducir. ¿Trabajaremos en platería? ¿Trabajaremos en bronce? El modelo reproducido en plata, ¿no correrá el riesgo de resultar debilitado y sin relieve? ¿La impronta no quedaría mejor fundida en bronce? He ahí, pues, tantos otros metales que hay que estudiar en función del modelo, para la fidelidad de la expresión y de la fisonomía. Este conocimiento del divino modelo lo adquiriremos por medio de la meditación; y Jesucristo, mejor conocido por nosotros, se transformará mejor en las almas.

3° *La fuerza que hay que desplegar.* Otra condición es aún necesaria para el éxito de nuestro trabajo. Necesitamos la fuerza. Pongamos herramientas en manos de un cadáver, el cadáver no hará nada. Se necesita fuego para fundir la dureza del metal; el brazo de un niño no bastará para pulirlo. Del mismo modo, por encima de nuestras

fuerzas tenemos que colocar una fuerza superior: la de la oración. Como Moisés en la montaña, comuniquémonos con Dios mediante la oración. Escuchemos en estas comunicaciones íntimas cuanto se agita en nosotros bajo el soplo de Dios; concentremos en nuestros ojos la luz que nos presenta horizontes sin límite; recibamos las aguas que correrán por los canales de la vida. En una palabra, vayamos a Jesucristo para que él mismo nos inspire, para que nos ilumine, para que nos dé calor.

4° *La imitación de Cristo*. Con esta luz divina veremos con claridad cómo imitar a Jesús en nuestras relaciones con los niños. Aquí las consideraciones de la fe nos elevan singularmente: puesto que nuestras relaciones con los alumnos pasan a ser las mismas que las de Jesucristo con las almas. Jesús ama a las almas. Ha dado su vida por ellas. Nosotros también podemos dar nuestra vida por estas almas jóvenes. Aquí reside la perfección de la entrega. *Fortis ut mors dilectio* [es fuerte el amor como la muerte] [Cantar de los Cantares 8, 6]. ¡Amar a las almas como Jesucristo amó a las almas, prodigarlo todo y prodigarse uno mismo por las almas! Sin duda todos no están llamados a estos sacrificios sublimes. Pero finalmente en esto está la perfección, no lo olvidemos: podemos inmolarnos por las almas. ¿Qué es, al fin y al cabo, nuestra sangre para un alma?, ¿no es demasiado ligera?, ¡pues se ha necesitado toda la sangre de Jesús para salvar a las almas! ¿Iremos hasta allá? Si Dios nos empuja a ello, no miremos mucho más, e inmolémonos como Jesucristo se ha inmolado. Por lo demás quedan todavía muchos grados de sufrimiento que recorrer antes de alcanzar esta inmolación: estemos dispuestos a recorrerlos generosamente. ¿Acaso la sangre de Jesucristo no estaba impaciente por derramarse por los hombres?

5° *El amor por los niños*. Ahí está todo el amor que hemos de tenerles a los niños: amor de apostolado, amor comunicado por parte de Dios y por parte nuestra, convertidos en intermediarios entre Dios y los niños; apos-

tolado extraído de la verdad, apostolado salvador; iluminación de las almas a las que comunicamos el amor y que ellas mismas nos devolverán una viva y abundante luz. Santo Tomás, transportándonos al seno del mundo angélico, nos presenta la verdad que fluye de grado en grado a través de todas las jerarquías celestes. Así desciende sobre nosotros la verdad y, de cascada en cascada, la derramaremos sobre las jóvenes inteligencias colocadas cabe nosotros.

Pero, y seamos bien conscientes de esto, cuanto más vaciada esté nuestra alma, tanto más ampliado y agrandado será este frágil vaso, y más grande será la porción de verdad que se derramará en nosotros y más grande la que desbordará sobre nuestros alumnos. Apasionémonos por este apostolado. Hagámonos dignos de él. Sacerdotes y laicos, todos estamos llamados a esta comunicación de la verdad y del amor mediante la educación. Hagamos de ello el objeto de nuestras meditaciones, de nuestros deseos, de todos nuestros esfuerzos.

---

## INSTRUCCIONES A LOS MAESTROS DEL COLEGIO EN 1867

### I. Nova et vetera

*22 de octubre de 1867*

**A la luz de la Escritura** Buscando un plan para la serie de instrucciones que debo daros, el primero que me ha venido en mente es aquel que se encuentra en las palabras del divino Maestro: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* [Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo] [Mateo 28, 19]. Notad sobre todo esta palabra *baptizantes eos*: la educación cristiana en efecto debe

ser un verdadero bautismo, una verdadera purificación mediante la cual debemos hacer nacer a Jesucristo en las almas de nuestros alumnos. También podríamos tomar como tema de meditación aquellas palabras del Salvador: *Simile est regnum caelorum sagenae missae in mare et ex omni genere piscium congreganti: quam, cum impleta esset, educentes et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt* [Es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos] [Mateo 13, 47-48]. Las redadas de las casas de educación son los prospectos; a veces la pesca es exitosa; algunas veces, como nos ha pasado este año, los peces se nos escapan y entre los que quedan puede haber buenos y malos. A vosotros, Señores, toca hacer la selección de la que habla aquí Nuestro Señor; cierto que añade en el mismo lugar que esta selección, este discernimiento, sólo se hará al fin del mundo. *Sic erit in consummatione saeculi*. Por lo tanto, el juicio de los alumnos expulsados puede ser considerado como el prelude del juicio final en que los ángeles, como dice también Nuestro Señor, serán encargados de hacer esta separación: *Exibunt angeli et separabunt malos de medio justorum et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium* [Mateo 13, 49-50]. Sí, Señores, en una casa cristiana de educación los profesores, y los directores sobre todo, encargados de esta selección entre buenos y malos alumnos, deben considerarse como ocupando el lugar de los ángeles.

Pero las palabras que quiero sobre todo tomar como base de la presente instrucción son las que en la Escritura vienen inmediatamente después de las que acabo de comentar. Tras haber expuesto a sus discípulos esta parábola, Jesús les pregunta: “¿Habéis entendido todo esto?: *Intellexistis haec omnia?*”. Los discípulos a quienes Jesús acababa de comparar con los ángeles no quisieron pasar por ignorantes y se apresuraron a responderle:

“Ciertamente, hemos comprendido. *Dicunt ei: Etiam*”. Entonces Jesucristo añade: *Ideo omnis scriba doctus in regno caelorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera* [Mateo 13, 51-52]. *Omnis scriba*: todo escriba, es decir todo profesor, *doctus in regno caelorum*, instruido, sabio en las cosas del reino de los cielos; por eso la educación cristiana debe tener siempre como meta elevar las almas hacia el cielo, pero volveré más tarde sobre esta bella palabra *doctus in regno caelorum*.

**De thesauro suo** Permitidme comentaros primero esta palabra: *profert de thesauro suo nova et vetera*: saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. *De thesauro*: por eso el profesor cristiano debe tener un tesoro, tesoro que puede haber conseguido por medio de otros en sus estudios; pero al que debe añadir mucho de lo que le es propio, porque es su tesoro, *thesauro suo*, y le pertenece. ¿Pero este tesoro ha de guardarlo para sí? No, debe comunicarlo; debe, nos dice el divino Salvador, sacar de él *–profert–* cosas nuevas y antiguas, *nova et vetera*. El profesor cristiano no debe temer perder su originalidad al comunicar su ciencia; debe dar todo cuanto ha recibido, debe permitir a cada uno venir a sacar de su tesoro. Y ahí reside, Señores, nuestro magnífico privilegio de dar lo que hemos recibido, de no recibir sino para darlo inmediatamente. Y si quisiéramos guardar para nosotros nuestra ciencia, ya no seríamos aquel padre de familia, del que habla Nuestro Señor: *Omnis scriba, similis est homini patrifamilias*. Seríamos más bien el profesor universitario que no enseña sino por interés. Si somos de verdad padres de familia no tendremos en cuenta más interés que el de nuestros niños; y no estoy hablando solamente de un vil interés de dinero, demasiado despreciable para que yo quiera detener en él un solo instante mi pensamiento. Pero otro interés, del que es bien difícil despojarse enteramente, es aquel interés personal que

hace que en nuestra enseñanza nos busquemos a nosotros mismos más que a nuestros alumnos, y mediante el cual un profesor dirá aplaudiéndose a sí mismo: “Doy mi clase con estilo, sólo hablo a punta de citas, envuelvo cada una de mis palabras con una cierta elegancia que, por así decir, les comunica un valor mayor”. No, así no es como habla y actúa el profesor verdaderamente cristiano, aquél que es *doctus in regno coelorum*, que conoce el precio del Reino de los cielos y conoce el precio de las almas que le están confiadas; es sin duda inteligente, incluso espiritual, pero sus palabras no las pronuncia para atraerse la gloria; es padre de familia, tiene un corazón amplio respecto de sus niños. Ha meditado mucho aquellas palabras de Vísperas: *Dispersit, dedit pauperibus* [Salmo 112, 9]. Dispersó, por así decir, ha dado, pero ha dado generosamente, *dispersit*, diré casi: ha despilfarrado. Lo que ha dado a estas inteligencias débiles, desnudas, es la verdad, son las cosas nuevas y viejas, *nova et vetera*.

#### **Nova et vetera**

*Nova*, cosas nuevas: se necesita en efecto que el profesor cristiano dé de lo nuevo; de ahí la necesidad para el profesor de preparar su clase, volviendo a lo que ya he dicho la última vez<sup>1)</sup>. *Nova*, es lo que el profesor tiene de su propio fondo; es necesario que el profesor cristiano sea original, al menos si puede. La palabra *nova* es, pues, la condena del profesor rutinario; la rutina debe ser desterrada de la enseñanza cristiana; el profesor no debe tener frases estereotipadas en cierto modo; debe aportar a sus alumnos *nova*, es decir, dando a esta palabra otro sentido del que tiene en retórica, debe tener invención.

Pero eso no basta, es necesario también que el profesor cristiano saque de su tesoro *vetera*, es decir que posea a

<sup>1)</sup> Ver los consejos dados a los Maestros del Colegio, el 8 de octubre de 1867, página 1381.

los autores antiguos, que tenga experiencia: no debe contentarse con preparar a sus autores en el momento mismo de la clase. *Vetera* es pues la ciencia, pero ante todo las verdades religiosas, la antigüedad de la verdad revelada, y es lo que el profesor que es de veras instruido en las cosas del cielo, *doctus in regno coelorum*, dispensará a sus alumnos. Sabe demasiado, para faltar a sus deberes, cuán preciosas son las almas que le están confiadas, las telas que pinta no tendrán nada que sufrir de las injurias del tiempo, porque ha mojado sus colores en la sangre de Jesucristo. No será él quien tomará en consideración una sórdida ganancia o la satisfacción del amor propio: trabajará para el cielo; es verdaderamente padre de familia; se muestra verdaderamente digno de administrar este bautismo de la educación cristiana de la que hemos hablado; no es avaro de su tesoro, lo prodiga con profusión. *Dispersit, dedit pauperibus*, porque sabe que en eso consiste la verdadera justicia, la justicia que dura eternamente y *justitia eius manet in saeculum saeculi* [Salmo 112, 9]. Por eso aquellos rayos de luz que ha prodigado para hacerlos servir a la iluminación de las inteligencias se transformarán un día para él en rayos de gloria. *Et cornu eius exaltabitur in gloria* [ib.]. Así sea.

## II. Cuatro medios de purificación

**Un nuevo bautismo** *Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...* [Mateo 28, 19]. La educación cristiana no es solamente una enseñanza, es una purificación, un bautismo; y antes de entrar en materia es bueno haceros observar que la Iglesia, queriendo que el mayor número posible de hombres tuvieran parte en esta regeneración espiritual del bautismo, ha permitido que todo infiel, judío o mahometano, pudiera comunicarlo. Pero no es así de esta educación cristiana en la que se

han de purificar también las almas, no del pecado original ya borrado por el bautismo, sino de aquellas miles de miserias a las que está sujeta la naturaleza humana: para purificar a otros es del todo necesario estarlo uno mismo. ¡Hermosa misión la del profesor cristiano!: es la misión del sacerdote en el altar, misión del sacerdote en el tribunal de la Penitencia, y sobre todo misión del sacerdote en el catecismo. Por eso, me parece que el profesor debería siempre, antes de comenzar su clase, recitar estas bellas palabras del diácono antes del Evangelio: *Munda cor meum et labia mea, omnipotens Deus, qui labia Isaïae prophetae calculo mundasti ignito. Ita me tua grata miseratione dignare mundare, ut sanctum evangelium tuum digne valeam nuntiare* [Limpia mi corazón y mis labios, Dios omnipotente, que limpiaste los labios del profeta Isaías con un tizón ardiendo. Así, por tu gracia misericordiosa dignate limpiarme, para que pueda anunciar tu Evangelio de manera digna]. Sí, es el Evangelio lo que el profesor con su palabra, sea matemática, sea histórica, sea filosófica, sea literaria, puede y debe anunciar sin cesar y para ello se necesita que sus labios hayan sido purificados. Lo repito, nada hay en el mundo más hermoso que una misión tal: purificar las almas, aumentar su brillo, su blancura; hacerlas más dignas de Jesucristo, es decir, de aquél que es la pureza misma.

**a) El ejemplo** Pero, ¿por qué medios podrá el profesor cristiano operar más eficientemente esta purificación, administrar este bautismo? Los medios son numerosos y el primero de todos, el más eficaz, es el del ejemplo. *Verba movent, exempla trahunt* [las palabras mueven, los ejemplos arrastran], se ha dicho con razón. Efectivamente, se puede juzgar del alma de un profesor según los resultados que produce, desde el punto de vista moral, en los alumnos. No quiero exagerar: un santo podrá no obtener sobre el alma de sus alumnos sino éxitos mediocres, un maestro, indigno de su

misión, podrá por el contrario tener una buena influencia sobre aquellos que está encargado de formar. Pero estos no son más que fenómenos muy raros, y aquí sobre todo está permitido decir que la excepción confirma la regla. Pero ese buen ejemplo que estamos obligados a dar a los niños cuya educación nos es confiada, encuentra muchos obstáculos y el mayor es el *respeto humano*. Hablemos francamente: este respeto humano que paraliza muchas veces a los alumnos en el cumplimiento del bien, ¿no paraliza muy a menudo también a los maestros? No se quiere dejar que se perciba en la casa que uno ha cambiado de conducta, que uno se ha hecho mejor. Ahora bien, si queremos ser dignos de la misión de maestros cristianos hemos de combatir el respeto humano, y los alumnos, viéndonos practicar el bien, lo aceptarán, estemos seguros, más voluntariamente y más francamente.

**b) El horror del mal** Un segundo medio, que se aproxima al precedente y casi se confunde con él, es el horror del mal, que debe ser manifestado en todo momento por el profesor cristiano. Y permitidme al respecto hablaros con franqueza: no temo decir que existen comedias incluso entre el sacerdocio; sí, existen sacerdotes que por la manera como hablan del mal parecen estar representando una comedia. Se diría que el horror que le tienen no es real, que es un horror convencional. Y si tal abominación se encuentra incluso en el sacerdocio, ¿no puede encontrarse también entre los profesores laicos? ¡Oh!, mantengámonos muy alejados de esta disposición, de esta comedia, de la que los alumnos no se dejan engañar; porque, para decirlo de paso, los alumnos ven muy bien nuestros defectos, mejor que nosotros, mejor incluso que nuestros colegas; observan hasta los menores detalles y muy a menudo adivinan. No digo que vean todo, pero ven mucho. Por eso, cuando hablemos delante de ellos del horror que debe inspirar el mal, hagámoslo con toda la energía de nuestra alma

y que sea con la mayor sinceridad. Estad persuadidos de que este horror, si es sincero en nosotros, pasará y se impregnará tanto más fácilmente en el corazón de nuestros niños. ¿Pero, para eso qué hay que hacer? Lo que hay que hacer es muy sencillo: hay que comenzar por detestar el mal en nosotros mismos y, para volver a lo que decía al principio, es necesario que nos purifiquemos nosotros mismos. Me faltaría tiempo para desarrollar adecuadamente esta idea; pero la dejo a vuestras reflexiones y la desarrollaréis vosotros mismos.

**c) El buen  
comportamiento**

Otro medio que puede ayudarnos en la educación cristiana son los modales. Hay dos clases de comportamientos: el oficial y de él no hago mucho caso; ya sabéis lo que son los discursos oficiales, las ceremonias oficiales, el lenguaje oficial: no es muy diferente a los comediantes callejeros de títeres y a los polichinelas. He ahí qué cosa es el comportamiento oficial. Pero existe otro comportamiento, el realmente cristiano, y del cual el anterior no es más que un remedo: comportamiento que muestra que se respeta a los demás y se respeta a sí mismo. Quizá tenga que hacerme reproches a mí mismo en este tema; pero examinaos bien, también vosotros, y ved si en más de una ocasión no os habéis visto imposibilitados de hacer a los alumnos todo el bien que tenían derecho a esperar de vosotros, por causa de esta falta de ademanes. Nada de afectación, sin duda; por otra parte eso es cosa vuestra, si no queréis veros expuestos a hacer el ridículo. Pero se necesita ese talante que es una especie de predicación, ese ademán de un sacerdote en el altar, ese comportamiento que proviene del recogimiento del alma, ese ademán finalmente que prueba que se anda siempre en presencia de Dios, de acuerdo con lo que le fue dicho a Abrahán: *Ambula coram me et esto perfectus* [Génesis 17, 1]. Sí, Maestros cristianos, estad continuamente en presencia de Dios y conseguiréis la perfección.

Admirad al mismo tiempo la fecundidad de este ademán, de esta disposición que consiste en andar continuamente en presencia de Dios. Abrahán recibe de la boca de Dios, inmediatamente después y como consecuencia de la palabra *ambula coram me*, la promesa de que nacerá de él un gran pueblo y que en él serán bendecidas todas las naciones de la tierra.

**d) La comunión frecuente**

Finalmente me queda hablaros de un último medio que se añade al del horror al mal, del que ya hemos hablado: es la comunicación, la insuflación del bien. Volveré, pues, a las palabras que ya he citado, las del diácono antes del Evangelio. ¿Cómo podéis purificar mejor a otros si no es interiorizando a quien es la pureza misma? Como Isaías, acercaos al altar del Señor y allí no será un serafín, sino un sacerdote quien depositará en vuestros labios y en vuestro corazón, después de haberlo tomado del verdadero altar, ese carbón encendido, si puedo hablar así, en el fuego del amor, Nuestro Señor Jesucristo. Ya habéis comprendido el sentido de mis palabras: lo que aconsejo ante todo al maestro cristiano es la comunión frecuente, y anotad que yo no digo la comunión *rutinaria*, sino la comunión *frecuente*. ¡Qué hermoso es ver al profesor cristiano avanzar hacia la mesa santa, rodeándose con el pensamiento de las almas que le están confiadas o al menos de sus ángeles custodios! ¡Qué bien comprende ese profesor su misión, que se dirige a Jesucristo mismo y que, para hacer brillar la verdad en las almas, se nutre de aquél que es la verdad misma, la Palabra de Dios, el Verbo encarnado que encuentra sus delicias en habitar entre los hijos de los hombres! ¿A quién más se puede recurrir para hacer brillar la luz en las almas, la luz que purifica, sino a quien es el sol de justicia, a quien declara que ha venido a traer a la tierra el fuego del amor del que todas las almas deberán ser abrasadas? ¡Oh, comprended bien, Señores, la belleza

de vuestra misión, comprended todo el bien que podéis hacer a vuestros alumnos mediante vuestro ejemplo, mediante la majestad de vuestro porte, comprended en una palabra que podéis, al hacer santos, llegar vosotros mismos a ser santos! Así sea.

### III. La imagen de la Trinidad

La educación no es sólo una enseñanza, no es solamente una purificación; es además, si puedo expresarme así, una *impresión*. Cuando Nuestro Señor envió a sus apóstoles a predicar el Evangelio a toda la tierra, les dijo: *Euntes docete...in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* [Mateo 28, 19]. Para crear al hombre, Dios había tomado un poco de barro y había dicho: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram* [Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza] [Génesis 1, 26]. El hombre tenía, pues, en sí la imagen de Dios; esta imagen el pecado la destruye, el bautismo la repara. Lo mismo pasa con la educación, y el maestro cristiano debe de algún modo *incelar* en el alma de los alumnos la imagen de Dios. La educación perfecciona esta imagen ya reparada por el bautismo; la educación es, pues, el suplemento del bautismo. Estamos encargados de imprimir y de grabar en las almas la imagen de la Santísima Trinidad.

*In nomine Patris.* El Padre representa para la inteligencia humana la facultad de recibir o más bien de conservar las ideas. Todo está en él, hasta la perpetua emanación, la eterna generación de su Hijo. Si no recurrimos, pues, a este Padre Celeste para que haga descender a nuestras almas las ideas de las que él es la fuente, nuestra enseñanza no será nada, o más bien será algo frío y lánguido. Seremos auténticos loros que no lograrán ni siquiera formar a otros loros. Entremos, pues, introduzcámonos en

estas ideas, en estos poderes del Señor de los que habla el profeta: *Introibo in potentias Domini* [Salmo 71, 16]. ¿Cuáles son estos poderes del Señor? Son los misterios divinos, los actos mediante los cuales Dios nos manifiesta su poder. Ved, por consiguiente, cuán bella es esta misión del profesor cristiano, para un hombre que tuviera un poco de entusiasmo (Monseñor me hablaba el otro día de un hombre muy virtuoso, de un santo varón, que carecía de entusiasmo); ved, digo, cuán bella es la misión del profesor cristiano: tomar los corazones que le están confiados y conducirlos a la unión con Dios. Que se juzgue por ahí lo absurdo de la enseñanza universitaria que pretende encontrar algo más bello que los poderes del Señor, *potentias Domini*, que los misterios divinos que deben formar parte de la enseñanza cristiana. En efecto, sea literariamente, sea filosóficamente, sea científicamente podéis introducir a las almas de los alumnos en estos misterios, en estos poderes, en aquellos puntos de vista divinos de nuestra religión. Tomad después la enseñanza que se sigue del conjunto de estas sublimes verdades; ¿se puede encontrar algo más hermoso y más grande? Pero para eso hay que conocer esta bella ciencia de la religión, de la teología; hay que entrar uno mismo en las potencias del Señor: *Introibo in potentias Domini*. Es cierto que las palabras del profeta que preceden son aplastantes para el profesor: *Quoniam non novi litteraturam*, dice, *introibo in potentias Domini* [Porque no conozco la literatura, entraré en las potencias del Señor] [Salmo 71, 16]. Pero, ¿qué es esta literatura, sino la vana literatura, la vana historia, la vana gramática, la vana retórica y la vana ciencia? La literatura no es sino un vestido, pero es un vestido conveniente cuando es modesto. En cuanto a lo fundamental, a lo que está en la base de la enseñanza, hay que buscarlo en aquellos poderes del Señor en los que debemos introducirnos con el fin de introducir en él a los demás.

*In nomine Patris et Filii.* Pero las ideas no bastan, se necesita que vayan combinadas con un cierto orden, una sabiduría eterna cuyo modelo es la sabiduría eterna del Hijo. Las ideas son indispensables sin duda; Santo Tomás las llama los arquetipos; pero no bastan y hay profesores llenos de conocimientos que sin embargo no son buenos profesores cristianos, porque no regulan sus conocimientos sobre esa sabiduría eterna e inmutable del Hijo. Poned juntas una gran cantidad de piedras, haréis un montón; pero para construir un edificio o una pared se necesita orden y una cierta combinación, en una palabra, una inteligencia. Por medio de la inteligencia, el Verbo ha hecho todas las cosas: *Omnia per ipsum facta sunt et sine ipso factum est nihil quod factum est* [Juan 1, 3]. Por medio de esta sabiduría divina ha dado a sus obras la vida: *Quod factum est, in ipso vita erat* [Juan 1, 4], según la puntuación admitida por algunos Padres y por San Agustín en particular. Si queréis que vuestra enseñanza sea viva, conformaos, pues, a esta divina sabiduría que alumbrá a todo hombre que viene a este mundo. Vosotros sois los que debéis ser en cierto modo los portadores de la antorcha de esta luz. Vosotros no podéis ser buenos profesores, profesores cristianos, si no lleváis impresa en el fondo de vuestros corazones la imagen del Verbo, de la divina Sabiduría, del Hijo de Dios.

*In nomine Spiritus Sancti.* Pero tampoco podéis prescindir del Espíritu Santo. ¿Y qué es el Espíritu Santo sino el amor que une al Padre y al Hijo?; el profesor cristiano debe pues unirse a Dios mediante el amor. Aquí es sobre todo donde se deben repetir aquellas palabras: *Nemo dat quod non habet* [Nadie da lo que no tiene]. ¿Cómo vais a alumbrar en las almas aquel fuego del amor divino, si vuestras palabras no salen de un alma inflamada por este amor? Que hay que amar a Dios y hacerle amar, es una verdad sin duda aceptada a nivel de la conversación, pero

demasiado poco practicada a nivel de la acción. Y sin embargo, la educación ya no es nada sin este amor que la reanima y la vivifica. Sea cual sea la ciencia que tenéis que comunicar, no dejéis jamás de inflamar al mismo tiempo a las almas con el amor a Dios, en quien reside la ciencia infinita.

Estas consideraciones podrían desarrollarse más largamente; os las entrego. Meditad y tratad de daros cuenta de la magnífica misión que os está confiada, y cuando comencéis vuestra clase mediante estas palabras: *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*, os acordaréis de que estas palabras son en cierto modo una clase que os dais a vosotros mismos, con el fin de aprender a hablar dignamente de la Santísima Trinidad que es la única que os puede comunicar de una manera eficaz la ciencia, la inteligencia y el amor. De esta manera, grabaréis en vuestra alma la imagen de la Santísima Trinidad y la grabaréis en las almas de vuestros alumnos, y mereceréis que esta Santísima Trinidad sea vuestra recompensa en la eternidad. Así sea.

#### IV. El buen ejemplo en la escuela de Nuestro Señor

La enseñanza cristiana no es solamente un bautismo, no es solamente una purificación, no es solamente una impresión de la Santísima Trinidad en las almas; es además, si puedo hablar así, la transformación de los hombres en Dios. Y para operar esta transformación, ¿qué otro modelo podemos estudiar que no sea Jesucristo que ha reunido en sí mismo estos dos elementos: la divinidad y la humanidad, con el fin de que, por su medio, la humanidad entera se divinizase: *Deus factus est homo, ut homo fieret Deus?* He ahí la enseñanza de todos los Padres, admirablemente resumida por Santo Tomás. Estudiaremos,

pues, a Jesucristo: él será el modelo según el cual nos formaremos como maestros cristianos.

Necesitamos para ello buscar en la Escritura algún sitio en que podamos encontrar a Jesucristo enseñando; entre otros pasajes de los libros sagrados, tomaré como texto estas palabras: *Coepit Jesus facere et docere* [Jesús empezó a hacer y a enseñar] [Hechos 1, 1], que podrían darnos materia para un gran número de instrucciones. Veremos más tarde el método de la enseñanza de Jesucristo, el modo como se las arreglaba para expandir o inculcar la verdad en las almas. Por hoy, me atenderé a esta única palabra: *Coepit facere*; os mostraré a Jesucristo predicando con el ejemplo, lo que debe ser siempre la preocupación constante del maestro cristiano. Permitidme recordaros una vez más aquellas palabras: *Verba movent, exempla trahunt* [Las palabras mueven, los ejemplos arrastran].

**Sin respeto humano** Necesitáis el ejemplo, en primer lugar, para combatir y destruir el respeto humano en los alumnos. La humildad aquí debe desaparecer para dejar sitio a la caridad. *Luceat lux vestra coram hominibus ut glorificent Patrem vestrum qui in caelis est* [Luzca así vuestra luz ante los hombres para que glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo] [Mateo 5, 16]. Sé muy bien que los señores Durand y Allemand, cuando tenían veinte años menos, podían dar ejemplos de mayor eficacia; por eso ahora me dirijo sobre todo a los profesores jóvenes; su edad les acerca más a la edad de los alumnos; pueden, por consiguiente, hacerles mayor bien mediante su ejemplo; a ellos les digo, en particular, que trabajen en destruir el respeto humano en los alumnos: ¡y para ello es necesario que empiecen por destruir el respeto humano en sí mismos! ¡Oh, cuánto compadecería a aquellos de entre vosotros que tuvieran el respeto humano de sus alumnos! El respeto humano es, entre muchos otros sin duda, el mayor mal que aflige a

nuestra época. Para destruirlo, hay que estudiar y estudiar sin cesar. ¿Y qué hay que estudiar? A Jesucristo. Porque Jesucristo, hay que reconocerlo, vino en una época extraña, que tiene por cierto algunas analogías con la nuestra; aquella época de la invasión romana, cuando llegan los legistas feroces que vienen a implantar como principio que: *Quidquid Caesari placuerit, lex sit* [Todo cuanto le guste al César, sea ley]. No sé si cito con exactitud. El profesor cristiano debiera, pues, estudiarse y estudiar a sus alumnos para saber con qué medios podrá ejercer sobre ellos la mejor influencia posible. Deberá mostrarles en sus obras que no les teme, si quiere habituarlos a no tener miedo de sí mismos.

**El alcance del buen ejemplo**

Y en esta palabra *facere* (os pido perdón por entrar en tantas subdivisiones), distinguiré aún el ejemplo y la habilidad del ejemplo; porque existen personas que cometen torpezas hasta en los buenos ejemplos. Por eso hay que distinguir bien entre el ejemplo secreto y el ejemplo público. Si no sois, en efecto, más que un hombre honrado, si no dais buen ejemplo sino porque estáis obligados a ello, si os decís: “me cuesta un poco, pero he de hacer un pequeño esfuerzo, porque debo dar el buen ejemplo”, os compadezco muy sinceramente. En otras palabras, si os hacéis una moral blanda y elástica en privado y una moral austera en público, podéis estar seguros de que los alumnos lo percibirán y que fracasaráis con ellos y, permitidme una expresión familiar, estaréis “hundidos”. Ahora bien, es lo que no debe suceder. Pero que los alumnos se dan cuenta de esta diferencia que se hace entre conducta pública y conducta particular, de eso tengo pruebas incontestables desde hace algunos días. Desde que el Padre Vicente de Paúl está en Roma, entrevistado a un gran número de papás y de mamás (aunque dejo una parte importante al Padre Emmanuel) y me

entero por ellos de cosas sorprendentes. Revelaciones singulares me son hechas sobre la mayoría de vosotros y son el resultado de las observaciones tanto de los pensionistas, los días de salida, como de los semi-pensionistas y de los externos, y sobre todo de estos últimos. No os imagináis cómo estos muchachitos lo observan y critican todo. Existen muchas ocasiones en que no creéis estar dando en modo alguno un mal ejemplo e incluso a veces ningún ejemplo, ni bueno ni malo; ¡pues bien!, en esas ocasiones sobre todo es cuando sois vigilados. Sobre todo a partir de los ejemplos secretos es como los alumnos os juzgan en público. Cuando el profesor hace alarde en cierto sentido, cuando posa, nadie presta atención; pero es sobre todo al profesor que se esconde al que se le vigila, se quiere saber lo que hay debajo ¡y muy a menudo se adivina con justeza! Permitidme citaros un ejemplo: el alumno Hedde, cuyo retrato habéis visto en mi despacho, dijo un día de un profesor que yo tenía en esta casa: “Antes de dos años, estará agotado”. Juzgad de mi asombro, yo que quería hacer de este maestro un religioso (hoy tiene mujer e hijos), al escuchar un juicio así pronunciado por un alumno dos años antes de que el maestro estuviera agotado. ¿Cómo puede un alumno adivinar con tal precisión sino porque está en perpetua observación, rastreando en cierto modo la conducta del maestro? Ya veis cuán necesario es que os vigiléis, tanto en privado como en público, e incluso más todavía, con el fin de que, a ejemplo del divino Maestro, guiéis sin cesar tras vosotros a vuestros alumnos por el camino de la virtud y que no desmintáis mediante vuestra conducta los preceptos que estáis encargados de gravar en su espíritu. Estudiad sin cesar este divino modelo que se os propone con el fin de que, mediante la gracia de Dios, podáis realizarlo, en la medida en que la fragilidad y la debilidad humanas os lo permitan. Así sea.

## V. Fe y ciencia en la enseñanza

Hemos tomado como tema de nuestra última conversación las palabras de la Escritura: *Coepit Jesus facere et docere* [Jesús empezó a hacer y a enseñar] [Hechos 1, 1]. Mostraremos hoy al divino Maestro hablando y predicando mediante la palabra: porque si el maestro cristiano debe sobre todo predicar mediante su vida, su conducta, sus ejemplos, también debe predicar con la palabra. Y esta palabra, para que produzca grandes frutos en las almas, debe estar inspirada por la fe, por la ciencia y por el amor.

### 1° La Fe

Hace poco me enteraba yo de que el Sr. Berryer, uno de los mayores oradores de nuestro tiempo, había hecho colocar en su capilla estas palabras: *Credidi, propter quod locutus sum* [Creí, por eso hablé] [2 Corintios 4, 13; Salmo 116, 10]. Así pasa con todos los oradores; incluidos los paganos, los que son de veras elocuentes tienen fe en algo, tienen fe en su república. Sin esa fe, sin esa convicción, sólo se logrará alinear frases, como Sócrates, pero uno no será verdaderamente elocuente. Bien sé que a veces la pasión o el sórdido interés sustituyen a la fe; pero no tengo que considerar la cuestión desde este punto de vista. De lo que quiero persuadirlos es que la enseñanza cristiana, digna de tal nombre, no puede ser ejercida sino por quienes tienen fe y que todo maestro cristiano debe poder decir: *Credidi, propter quod locutus sum*. Se necesita la fe, el entusiasmo (pues las personas sin entusiasmo son realmente somníferos); por otra parte, en eso consiste la vida y la fecundidad de la enseñanza cristiana; es lo que hace también que fuera de esta enseñanza no hay más que “pedantes” y “jactanciosos”, como se ha dicho; y si he pronunciado estas palabras, es porque espero que vosotros no sois ni seréis nunca ni pedantes ni jactanciosos.

**a) Ciencia humana** La palabra del maestro cristiano debe estar inspirada también por la ciencia, y aquí hay que distinguir cuidadosamente la ciencia divina y la ciencia humana. Siempre, pero más especialmente en nuestro tiempo, bajo el manto de la ciencia humana, si puedo expresarme así, hay que hacer penetrar la ciencia divina. El maestro cristiano debe dominar esta ciencia humana y esta ciencia, como ya he dicho, implica preparación. Sin esta ciencia, la inteligencia más brillante y los dones naturales más aventajados no llegan a resultado alguno. Por muy ricos adornos que se revista a la nada, seguirá siendo nada, vacío. La ciencia humana es para nosotros una deuda y respecto de nuestros alumnos somos deudores y, en nuestro examen de conciencia, sería bueno que nos preguntáramos si siempre hemos pagado esta deuda a nuestros alumnos en la medida requerida. Y no se trata aquí de examinar sólo tal o cual clase mal impartida, sino del conjunto de nuestros cargos. No seamos, os lo suplico, como esos profesores que miran a cada momento su reloj, suspirando a cada instante por el final de una clase en la que no pueden dar una enseñanza que no tienen ellos mismos. Esta ciencia, ya lo sé, sólo se adquiere tras un largo y penoso trabajo; pero ¿acaso no debemos todos ganar nuestro pan con el sudor de nuestra frente?, y esta sentencia que según el señor de Lamennais fue pronunciada sobre todo para los escritores, ¿no es todavía más cierta aplicada al profesor cristiano?

Permitidme decíroslo con franqueza, con toda sinceridad (porque no merecería la pena que nos reunamos aquí en esta capilla a las siete de la mañana para no recibir más que cumplidos): si un estúpido ministro ha tenido la extraña pretensión de confiar a profesores universitarios la instrucción de las muchachas, es que la enseñanza impartida por maestros católicos tiene más de una laguna. Sí, hay que reconocerlo, demasiado a menudo no somos

más que profesores rutinarios y perezosos (y os encargo comunicar esto al gran número de profesores que faltan esta mañana a nuestra reunión, ignoro por qué). Éste por su pereza, aquél por su mal humor, quedan impedidos para entregarse a estudios serios, a los que están obligados por su deber de maestros católicos. Y sin embargo, la situación es grave; toda auténtica enseñanza, la enseñanza cristiana, puede ser puesta en peligro por nuestra negligencia; se trata del futuro de los estudios. Si pues, lo repito, el señor Duruy ha tenido la extraña idea, la locura, ¿cómo lo diré?, el crimen, he aquí la palabra justa, de querer pervertir la enseñanza dada a las muchachas, es porque ha visto que la enseñanza ya estaba pervertida en su fuente y quizá algo por la culpa, por la incuria de los maestros católicos. Hay, pues, que trabajar por adquirir esa ciencia humana que estamos obligados a distribuir a nuestros alumnos y además hay que, lo repito, bajo el manto de esta ciencia, hacer penetrar en sus almas la ciencia divina.

**b) Ciencia divina** Pero, me dirán, ¿esta tarea no incumbe propiamente al sacerdocio? El sacerdocio está, sin duda, más especialmente consagrado a extender y a hacer germinar la palabra de Dios en las almas; ¿pero le está vedado llamar en su ayuda a los maestros laicos? ¿Y qué hay de más hermoso, por otra parte, para estos últimos que ser la ayuda del sacerdocio y echarle una mano vigorosa? Sin duda los sacerdotes tienen para ellos el privilegio particular, especial, legítimo de consultar las Sagradas Escrituras; pero sería un gran error creer que los maestros católicos no deban estudiar las santas letras. Al contrario, esta cátedra cristiana establecida en la Iglesia tiene como hermana, si puedo hablar así, a esa cátedra del profesor, incluso laico, de donde puede y debe brotar la ciencia divina tanto como la ciencia humana. La ciencia humana no será sino

la forma, la ciencia divina será el fondo y no creáis que esta alianza sea un adulterio, de acuerdo con la expresión de San Pablo: *Adulterantes verbum Dei* [falseando la Palabra de Dios] [2 Corintios 4, 2]; por el contrario, es una feliz unión, y es la meta principal de nuestra enseñanza. Además, no es algo nuevo esta llamada de la Iglesia y del sacerdocio cristiano a los laicos; la célebre escuela de Alejandría contaba, sobre todo al principio, con personajes que sin duda más tarde fueron elevados, a causa de sus servicios, al honor del sacerdocio, pero que primero habían sido laicos. *Ammonius Saccas* fue, aunque el señor Durand haya pretendido lo contrario, un maestro cristiano; Orígenes, tan célebre en todas las iglesias de Asia y de África, fue primero un laico. Aunque sea tarea del sacerdote y sobre todo de los obispos vigilar de modo particular a los laicos cuando esparcen la simiente divina, éstos no están menos obligados a sembrarla con todo el celo posible.

Hemos, pues, de examinar si siempre hemos cumplido bien este deber y si siempre hemos distribuido a las almas el pan de la verdad. Por último, notemos que en la palabra referida en la Escritura a la divina simiente, Jesucristo sólo habla de la mala calidad de la tierra, no habla de la mala calidad del grano o del trigo impuro; examinemos, pues, si esta semilla, por así decir, no ha tomado algo de la torpeza de nuestras manos y si no hemos sido causa de su escaso fruto en las almas. Volveré sobre esta grave cuestión de la ciencia humana y divina en otra charla.

Había además indicado otro apartado, el amor; pero, como me falta tiempo, lo dejo para el martes que viene.

## VI. El amor en la enseñanza

Me faltó tratar la vez pasada acerca de una de las tres consideraciones que os había presentado sobre el modo como debemos enseñar. Esta tercera consideración es el amor, el amor a la ciencia que se enseña, el amor a las almas a quienes se enseña esta ciencia y el amor a Dios en nombre de quien se la enseña: tales son las tres formas en que debe manifestarse este amor.

**1º El amor a la ciencia** Amor a la ciencia que se enseña. Existe en las ciencias lo que yo llamaría las ciencias fundamentales y las ciencias instrumentales. A decir verdad, no hay más que una ciencia fundamental, la ciencia religiosa. Por eso Santo Tomás declara que las demás ciencias deben ser las sirvientas de la teología y a esta última aplica la parábola de la mujer fuerte del Evangelio: *Vocavit ancillas suas et misit ad arcem* [Llamó a sus criadas y las envió a lo más alto de la ciudad] [Proverbios 9, 3]. Sin duda ya es mucho para el profesor cristiano ser instrumento de una de las siervas de la ciencia y de la verdad divina. Por eso, juzgad de qué fuerza y de qué energía priva a su palabra si habla sin amor a la ciencia que enseña. Este amor a la ciencia implica, como os lo he dicho ya tantas veces, la preparación. Porque si uno ama la ciencia que está encargado de enseñar, no descuida nada para presentarla bajo su mejor aspecto. Cuando Ester se decidió a presentarse ante Asuero, se adornó con sus mejores galas; el profesor cristiano debe hacer lo mismo; debe revestir a la ciencia con los adornos más aptos para hacerla aceptar por los alumnos.

La preparación es, pues, necesaria, pero quizá ya lo sabéis todo como la palma de la mano, por así decir, de modo que no necesitáis ninguna preparación. En tal caso,

permitidme que os lo repita una vez más, bordeáis de muy cerca la rutina, lo cual no es un medio para hacer que la ciencia sea realmente agradable a los alumnos.

**2º El amor a las almas** Junto con el amor a la ciencia que se enseña hay que unir el amor a las almas a quienes se enseña. Que el alma humana haya sido creada a imagen de Dios y que los hombres no amen a las almas de sus semejantes, es algo que no se puede entender. Ahora bien, cada profesor puede, sea cual sea la verdad que enseña, pronunciar en las dos horas de su clase una palabra de fe, una palabra capaz de hacer bien a las almas.

Hace más o menos una veintena de años, un profesor de matemáticas me decía: “¿Qué relación puede haber entre el cuadrado de la hipotenusa y la teología?”. “¿Cómo puede usted ignorar, le respondí, lo que han dicho los Padres: que la sabiduría divina reposa sobre el número y por consiguiente que en las matemáticas, es decir en el estudio de los números, no es imposible elevar a las almas hasta Dios?”. Por lo tanto, sea cual sea la ciencia que tenéis que enseñar, siempre podéis, mediante esa ciencia, inculcar en las almas la ciencia divina. Un canónigo le decía al obispo de Digne: “Cuanto más profundizo en las ciencias, más me admiro de que Dios haya querido hacer al hombre partícipe de las alegrías y delicias que se encuentran en el estudio de estas ciencias; en ellas se encuentra en cierto modo un pregusto de la visión beatífica”. Y el tal canónigo, sabedlo bien, era una de las mentes más sabias y al mismo tiempo más modestas de Francia. Por eso el profesor de matemáticas, por eso el profesor de filosofía, pueden y deben llegar a la misma meta en la enseñanza. El profesor de griego también debe tender a ello. El griego puede sernos útil en el sentido de que nos ayuda a leer los decretos de gran número de los

concilios y en que nos descubre las bellezas que contienen los escritos de muchos Padres de la Iglesia; el latín es aún más útil; el hebreo nos sirve para leer la Biblia. Todo esto sin duda es tratado por mí desde un punto de vista poco elevado y no penséis que no lo siento. El profesor de lenguas vivas podrá también preguntarme cómo debe arreglárselas para llevar a las almas mediante su enseñanza a la verdad divina. La respuesta es muy sencilla: enseñándoles a ir a beber en los trabajos de los ingleses y de los alemanes nuevos argumentos contra los racionalistas. En lo que a mí me atañe, lamento no haber aprendido el alemán en mi juventud para poder leer los escritos, no de la exégesis racionalista, sino los escritos de la exégesis muy católica que se escriben en lengua teutónica, y si no tuviera 57 años, rogaría al señor Trotmann que me diera lecciones de alemán.

### 3º El amor a Dios

Se necesita además en el profesor cristiano el amor al Dios de la verdad, al Dios de las almas a las que se dirige nuestra enseñanza. Y en primer lugar, ¿queréis saber por qué los profesores cristianos, los profesores católicos, logran en general hacer penetrar tan poco la verdad en las almas?, ¿por qué su enseñanza, perdonadme la familiaridad de la expresión, no es más que “papilla para gatos”?, porque no son hombres interiores, hombres de oración. (Este punto lo abordaré probablemente el martes que viene).

No meditamos lo suficiente la palabra de Dios y he ahí por qué no somos capaces de hacerla penetrar en el corazón de los niños cuando la hacemos pasar por sus orejas; porque *fides ex auditu*, nos dice San Pablo, y añade: *auditus autem per verbum Christi* [la fe viene del mensaje, y el mensaje por la Palabra de Cristo] [Romanos 10, 17]. Podemos, pues, crear la fe en las almas mediante nuestra enseñanza y mediante esta creación las liberamos de la

ignorancia y del pecado, las iluminamos y las abrasamos con el amor de Dios. Y si recordáis lo que os he dicho de la enseñanza cristiana, que era una impresión de la Santísima Trinidad en las almas, comprenderéis que podemos incluso producir en nosotros la imitación de la Santísima Trinidad. *Dixit et facta sunt*. La enseñanza es una creación, se da un nuevo nacimiento a los hombres al sumergirlos en los tesoros de la verdad eterna y así el profesor cristiano es el imitador del Padre. *Dixit et facta sunt*.

La enseñanza es una redención ya que libera a las almas del yugo del pecado y de la ignorancia, y así imitáis al Hijo. *Dixit et facta sunt*. Vuestra enseñanza ilumina a las almas, las inflama y las abrasa con el amor y así imitáis al Espíritu Santo. Así pues sois los imitadores y los instrumentos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡He ahí lo que podéis imitar en vosotros y producir en las almas: lo que hay de más admirable, de más hermoso, de más glorioso en el mundo: la adorable Trinidad! Mirad, pues, si no tenéis ningún reproche que haceros sobre el modo como habéis tratado hasta ahora de imprimir la imagen de la Santísima Trinidad en vuestra alma y en la de los alumnos, y si podéis esperar ser un día recompensados por esta Trinidad de la que habréis extendido el reino aquí abajo. Así sea.

## VII. Oración del Maestro

**1º Poder de la oración** Os voy a mostrar hoy a Jesucristo como modelo del maestro que reza, y permitidme ante todo deciros que me reprocho muy a menudo el no haber empujado bastante a los maestros a rezar. Cuando pienso en la influencia que ha prometido Nuestro Señor Jesucristo mismo a la oración: *Petite et accipietis, quaerite et invenietis, pulsate et aperietur vobis* [Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, lla-

mad y se os abrirá] [Lucas 11, 9], cuando considero esta influencia y veo por otra parte los escasos resultados que obtenemos, me veo abocado a concluir que no somos hombres de oración. En efecto, si pudiéramos constantemente la salvación de las almas de quienes nos están confiados, la recibiríamos: *petite et accipietis*; si buscásemos sin cesar los medios de hacerles el bien, los encontraríamos: *quaerite et invenietis*; y cuando llamásemos a la puerta de las almas, la oración sería la llave que nos las abriría: *pulsate et aperietur vobis*. He ahí una verdad incontestable para quien tiene fe en el misterio de la gracia.

En las revoluciones de las que está rodeada la Santa Sede en este momento, ¿de dónde le viene a la Iglesia su mayor fuerza, sino de las oraciones que hacen sin cesar los fieles por su padre perseguido? Estad incluso persuadidos de que, como en tiempos de San Pedro, si toda la Iglesia se pusiera a rezar con ardor, el sucesor de San Pedro sería aun más rápidamente liberado. Mirad, yo no soy profeta ni hijo de profeta, y no quiero afirmar que el concilio ecuménico prometido por el Papa podrá celebrarse pronto. Pero la convocatoria de este concilio debía fijarse para el día 8 de diciembre; pues bien, gracias a las oraciones de la Iglesia ha habido en Francia, el día 5 de este mismo mes de diciembre, un voto del cual el Papa habrá podido enterarse por telégrafo, de manera que ha sido posible fijar la convocatoria del concilio para el 8 de diciembre; no puedo asegurar sin embargo que haya sido así. Pero, ¿se podía esperar, os pregunto, el día uno de diciembre, tras el discurso del Arzobispo de París, que los asuntos de Roma se fueran a terminar tan felizmente? Algunos de entre vosotros pueden recordar, aunque no los más jóvenes, cuán eficaces fueron las oraciones de los fieles contra el revolucionario español Espartero. Ya sé que los racionalistas dirán: *post hoc, ergo propter hoc* [después de esto, luego por esto]. Pero nosotros diremos: las oraciones se hicieron con ese fin, ahora bien el fin se consiguió, por lo tanto...

**2º Ejemplo de Moisés** Pero para haceros ver aún más la importancia de la oración, tomaré a Moisés, ese personaje del Antiguo Testamento por quien tengo una devoción muy particular. Moisés había hecho salir a los hebreos de Egipto y los había guiado a través del desierto al pie del monte Sinaí. Vosotros habéis hecho lo mismo con los niños: los conducís al pie de vuestra cátedra tras habérselos arrancado a sus familias que son muy a menudo una especie de Egipto para ellos. Moisés llega a la cima de la montaña y mientras tanto los alumnos, es decir los hebreos, para emplear una palabra coloquial, se dedican al “carnaval”. Moisés desciende furioso, rompe las tablas, pero eso no le sirve de nada y vuelve a subir para rogar de nuevo al Señor. El Señor le dice entonces: “Déjame hacer, *Dimitte me*, y te voy a poner al frente de otro pueblo. —De ninguna manera, responde Moisés, yo quiero a éstos; son unos bribones no hay duda, pero precisamente por eso es que los quiero”. Muy a menudo, señores, tenemos que educar a algunos pequeños malvados, a pilluelos como los de Moisés. Sería sin duda más fácil y más corto sacárselos de la casa; ¿pero es ésta la mejor solución porque es la más ventajosa para nuestra pereza? ¿Hemos implorado antes con fervor la salvación de estas almas? ¿No nos hemos servido demasiado a menudo de nuestra única autoridad? Sin duda es bueno servirse de la autoridad y hacerla respetar; pero, ¿acaso no es evidente, siguiendo el ejemplo de Moisés, que es mejor a veces sustituir la brutalidad que castiga por la dulzura paciente y firme de la que Jesucristo nos ofrece el modelo más perfecto? Bien sé que a veces la gracia viene a chocar con ciertas dificultades imprevistas, tales como ciertas manías de profesor, una manera equivocada de enseñar, la mala voluntad de los alumnos, etc.

**3º Ejemplo de Isaías** Permitidme aún citaros aquí el ejemplo de otro personaje del Antiguo Testamento, Isaías. Tuvo una visión, veía a Dios sobre un trono, *super elevatum et excelsum solium* [en un trono excelso y elevado] [Isaías 6, 1]; vio ángeles que tenían seis alas, dos de las cuales servían para cubrirse la cara; dos para cubrir los pies del Señor y las otras dos para volar. Y cantaban: *sanctus, sanctus*. ¿Y qué decía Isaías? Isaías, totalmente asustado por esta visión, decía: *Vae mihi, quia vir pollutus labiis ego sum*: ¡Ay de mí, que soy un hombre de labios impuros!, *et Regem Dominum exercituum vidi oculis meis* [y al Rey y Señor de los ejércitos han visto mis ojos] [Isaías 6, 5]. Examinémonos bien a nosotros mismos, Señores, y veamos si no tenemos que dirigirnos el mismo reproche que Isaías se hacía a sí mismo. Purifiquemos nuestros labios en la oración y entonces un serafín se acercará a nosotros, con un tizón ardiendo en la mano y nos dirá como a Isaías: *Ecce tetigit hoc labia tua* [He aquí que esto ha tocado tus labios] [Isaías 6, 7].

**4º Las jerarquías celestiales** Ya que os he hablado de los ángeles que esparcen sin cesar oraciones ante el trono del Eterno, permitidme deciros que tenéis una misión semejante; y esto basado en la enseñanza de Santo Tomás, de San Gregorio Magno y de San Dionisio Areopagita. Santo Tomás, que no admite más que ángeles de especie diferente, es decir que para él cada ángel tiene su especie, de modo que las diferentes especies de ángeles se multiplican al infinito, aunque se alineen en diferentes coros, en jerarquías; Santo Tomás, digo, considera a los maestros cristianos como cumpliendo la función de los ángeles ante los niños, son como ángeles terrestres. Esta enseñanza la había tomado de San Gregorio Magno, quien a su vez la había tomado de San Dionisio Areopagita. Ved que estamos muy cerca de los Apóstoles, ya que San Dio-

nisio había recibido la enseñanza de San Pablo. Se trata en efecto de algo importante; pues, así como los ángeles de una jerarquía superior que reciben la luz de Dios la transmiten a los ángeles inferiores, así también vosotros mediante la oración debéis ir a beber en el seno de Dios los tesoros de iluminación que repartiréis luego en el corazón y en el alma de los alumnos.

También enseñan los Padres que el hombre, aunque por naturaleza es algo inferior a los ángeles, *minuisti eum paulo minus ab angelis* [a penas inferior a un dios le hiciste] [Salmo 8, 6], puede sin embargo llegar hasta una jerarquía superior; ya que mediante su gracia está por encima de los ángeles, a ejemplo de la Santísima Virgen y de Jesucristo. Así pues, podéis sacar directamente del seno de Dios las verdades que debéis transmitir a los niños y para eso no tenéis más que rezar. Ahí está el secreto de vuestra santidad: sed hombres de oración.

Todavía no he llegado al tema de Jesucristo, modelo del maestro que reza; pero estamos sobre la hora y no quiero iniciar este tema que podrá ser objeto de varias instrucciones. Os invito, para terminar, a examinar si habéis rezado siempre suficientemente a fin de dar una enseñanza eficaz y, por otra parte, si habéis trabajado lo suficiente para curaros de esas manías, de esos defectos, de esas mil sinrazones que hacen que, aun siendo hombres de oración, no hacéis a los alumnos todo el bien que podríais procurarles. Os hablaré, pues, la próxima vez de Jesucristo como modelo del hombre que reza; os lo mostraré guiando una escuela de doce imbéciles que le plantean las preguntas más descabelladas; lo que debe mostrarnos que no hay que desesperar cuando en nuestra clase tenemos algunos alumnos un tanto “zopencos”, incluso un tanto brutos, con la condición de que coloquemos toda nuestra confianza en la ayuda de Dios, en la oración, y que cumplamos respecto de los niños el papel de los arcángeles con respecto a los ángeles inferiores. Así sea.

### VIII. Utilidad de la oración

**A ejemplo de Cristo:** Os había hablado la vez pasada de Jesucristo modelo del maestro que reza; os lo había mostrado formando a doce alumnos, los doce Apóstoles, a quienes me había permitido llamarlos con el término un tanto escandaloso de “imbéciles” y que ha asombrado a algunas personas. No retiro la expresión, que está avalada por un montón de pasajes de las Escrituras, en que se ve a los Apóstoles dirigir a Nuestro Señor las preguntas más extrañas. Pero lo que me había propuesto mostraros sobre todo era a Jesucristo modelo del maestro que reza y esa charla es la que quiero continuar hoy. Vemos en la Escritura que Jesucristo antes de elegir a los Apóstoles no cesaba de rezar: *erat pernoctans in oratione Dei*: pasaba la noche entera orando a Dios [Lucas 6, 12]. No os pido que hagáis lo mismo, porque si pasáis la noche rezando, podríais tener mucho sueño al día siguiente y os dormiríais en clase; eso sería irregular.

**a) soportar a los alumnos** Pero, ¿por qué Jesucristo repetía a su Padre esta oración incesante? Me diréis que era porque iba a elegir a sus Apóstoles. Sin duda; pero además preveía lo que tendría que sufrir por parte de los judíos que iban a crucificarlo y también de aquellos mismos Apóstoles que iban a mostrar tanta debilidad y tanta cobardía. En cuanto a lo de elegir, no podemos imitar a Jesucristo; Jesucristo era libre para elegir a sus Apóstoles, nosotros no somos libres de elegir a nuestros alumnos, nos son impuestos en cierto modo por la voluntad de sus padres; y es así, os lo concedo, excepto en los casos en que nos place despedir a algunos alumnos y a ciertos padres. Pero es bueno rezar cuando se quiere cumplir dignamente con la función de maestro cristiano, porque tendremos de par-

te de los alumnos muchas aficciones, muchos disgustos o al menos muchas incomodidades que sufrir. Entonces es cuando el maestro cristiano debe refugiarse en la oración al pie de la cruz de nuestro divino Salvador. Desde lo alto de su cátedra, es decir, como lo enseñan todos los santos Padres y todos los santos Doctores, desde lo alto de su cruz, Jesucristo nos enseña la paciencia, la dulzura, el perdón de las ofensas. Los niños son a veces un tanto malvados; son, si queréis, pequeños verdugos, pero que, menos aún que los verdugos de Nuestro Señor, *no saben lo que hacen*, y la mayoría de las veces, por desgracia, no lo saben porque no nos hemos tomado el trabajo de enseñárselo. Hay, pues, que rezar para que Dios cambie las disposiciones de sus corazones y para que nos enseñe a nosotros mismos lo que debemos enseñarles. Y aquí, permitidme que me aflija no ya de la estupidez de los Apóstoles, sino de nuestra propia estupidez, que damos la impresión de no comprender el poder de esta arma que tenemos entre manos: la oración y la cruz de Nuestro Señor. Que el vigilante o el profesor en su cátedra se imaginen sin cesar que están en el lugar de Jesucristo en la cruz, que sean hombres de oración y verán que se puede llegar, mediante este medio tan eficaz y tan fácil, a resultados mucho más grandes que los que han conseguido hasta ahora usando su sola autoridad.

**b) la efusión del  
Espíritu Santo**

Pero la oración no es sólo útil para darnos la fuerza de soportar las pequeñas miserias que nos llegan de parte de los alumnos; es además un medio, si puedo hablar así, de la efusión del Espíritu Santo en sus almas. Decimos al comenzar cada clase y cada estudio: *Veni sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium et tui amoris in eis ignem accende* [Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor]. Paso rápidamente sobre estas palabras

que exigirían un comentario largo y vengo a éstas: *Emitte* o *emittes* (se pueden decir las dos) *spiritum tuum et creabuntur et renovabis faciem terrae*: envía o enviarás tu Espíritu y se hará una nueva creación. ¿Cuál es esta creación, Señores? No se trata evidentemente de la creación del mundo, sino de una nueva creación de las almas. ¿Cómo no voy a lamentarme viendo que comprendemos tan poco nuestro poder? ¡Cómo! ¿Nos está permitido en cierto modo entrar en la participación de este don divino y esencialmente incomunicable de la creación? ¡Y no sabemos aprovecharlo! Permittedme citaros aquí aquellas palabras admirables de Tertuliano: *Quod limus exprimebatur, Christus cogitabatur, homo futurus* [Lo que en el barro se expresaba, de Cristo se pensaba, el hombre futuro]. Los gramáticos pensarán quizá que habría más bien que decir *limo* que *limus*, pero cito a Tertuliano como está. Sea lo que sea, tenemos en cierto modo la misión de moldear, de crear de nuevo las almas de los niños, sirviéndonos de aquel barro divino que es Jesucristo. Y para eso hay que rezar; hay que rezar si queremos renovar las almas: *et renovabis faciem terrae*. Lo repito, pues: lo que me aflige es ver que la mayor parte de las veces sólo vemos en nuestra enseñanza unos textos que explicar, problemas que resolver, hechos históricos que presentar más o menos hábilmente y que no sabemos, a través de esta vulgar envoltura, hacer penetrar en las almas algún pensamiento de fe y de amor a Dios.

Es necesario, pues, rezar; rezar para conseguir la paciencia, la resignación en las dificultades que podamos tener que aguantar por parte de los niños; hay que rezar para obtener ser instrumentos del Espíritu Santo, para que nos ayude a abrasar a las almas; hay que rezar finalmente para lograr hacer de nuestros niños unos santos y llegar a serlo también nosotros. Así sea.

## IX. Vigilancia de los maestros por parte de sus alumnos

Hubiera deseado poder continuar con vosotros el tema que había elegido, pero una corta ausencia y el hecho de que tengo que dar unas instrucciones a los alumnos durante la Cuaresma, me fuerzan a interrumpir y a clausurar la serie de mis consideraciones sobre la educación. En esta última instrucción, voy a considerar al maestro vigilado por sus alumnos y el bien que el maestro puede hacer a los alumnos por medio de esta vigilancia que ejercen sobre él.

### Razones de esta vigilancia

Y para empezar ¿de dónde viene esta vigilancia? Tres causas me vienen a la mente: 1º El don de la observación tan natural en la infancia. El niño quiere observarlo todo, espía nuestras menores acciones, nuestras menores palabras, nuestros menores pasos. Nada se le escapa, capta el más mínimo fallo, el ridículo más imperceptible. 2º La segunda causa de la vigilancia ejercida por el alumno sobre el maestro cristiano consiste en que, para alumnos como los nuestros casi constantemente encerrados, no hay otra ocupación más que ésa. Juzgar a su maestro es una forma de pasar el tiempo. 3º Finalmente la tercera causa es que los alumnos quieren desquitarse de la vigilancia que nosotros ejercemos sobre ellos; en cierto modo se trata de pagar con la misma moneda. ¡Tú me observas, se dicen, pues bien, yo también voy a observar y no dejar pasar nada!

### Beneficios que se pueden obtener

Comprenderéis por lo tanto la ventaja, el bien inmenso que el maestro cristiano puede conseguir de esta vigilancia a la que le someten los niños. Le obliga, en primer lugar, a vigilarse un poco más a sí mismo para hacer desaparecer los defectos, voluntarios o no, que pudieran chocar a los alumnos. A veces, aunque

reconociendo que se prestan a la crítica, los maestros se ponen a decir: “Sí, pero si los alumnos fueran mejores”. ¡Ah, Señores!, tratemos de curarnos primero a nosotros mismos, de ser mejores nosotros mismos y así haremos mejores a los alumnos. Ya sé que los alumnos, si fueran razonables, deberían más a menudo cerrar los ojos sobre los defectos de su maestro y cubrir con el manto de Sem y de Jafet [Génesis 9, 23] la desnudez de Noé, su profesor; también sé que se dijo: Honrarás padre y madre, y que representamos ante los alumnos la santa autoridad de los padres. Pero lo que igualmente sé es que los maestros muy a menudo no hacen suficientes esfuerzos para conseguir la estima de sus alumnos.

Y por eso, en el momento en que los alumnos espían al maestro para sorprenderlo, en el momento en que se dicen: “¡Ah, lo sabemos, ahora va a hacer tal cosa, se va a dejar llevar por esa pequeña miseria!”; en ese momento, digo, es cuando el maestro cristiano que se observa a sí mismo debería aprovechar para dar una lección, un buen ejemplo, a quienes está encargado de formar. Pero muy a menudo, por falta de mortificación, por rutina o por pereza, nos dejamos arrastrar por nuestras malas costumbres. Sin embargo, a los alumnos, podéis creerlo, pese a su disposición hostil hacia los maestros; –porque, tal como lo ha dicho La Fontaine:

Nuestro enemigo es nuestro Maestro:

Os lo digo en buen francés–,

a los alumnos, digo, no les desagradaría encontrar en nosotros las cualidades opuestas a nuestros defectos. Porque nuestra alma, corrompida sin embargo por el pecado original, es por una parte naturalmente buena, aunque no puede serlo completamente sino en las personas llegadas a un cierto grado de perfección, y nos gusta encontrar siempre el bien en los demás.

Estad, pues, bien convencidos, Señores, de que si no sacamos ningún fruto para los alumnos de esta vigilan-

cia a la que nos someten, lo más a menudo proviene del hecho de que no hacemos bastantes esfuerzos sobre nosotros mismos. ¿Cómo, por ejemplo, un maestro que no tiene buenos modales podrá dárselos a sus alumnos? Así también, y esto lo puedo decir porque no hay secreto alguno en ello, ¿de dónde viene el hecho de que tengamos tanta dificultad en formar a estas buenas Oblatas<sup>1)</sup> que, sin embargo, no están faltas de inteligencia, que no tienen en cuenta sus vidas y que se acostumbran tan fácilmente a las fatigas del cuerpo y a la vida ruda y penitente? ¿De dónde viene por lo tanto que en muchas ocasiones dan prueba de falta de inteligencia y de una cierta rudeza? Eso procede sencillamente de que en sus montañas no tenían ningún modelo al que pudieran conformarse. La mayoría de ellas no tenían a la vista más que a un padre campesino burdo, más inclinado a las imprecaciones y a las palabrotas que a las maneras educadas y a las palabras agradables. En cuanto a sus madres, no habiendo recibido educación alguna, tampoco podían transmitírsela a sus hijas: *Nemo dat quod non habet* [Nadie da lo que no tiene]. He ahí por qué, aun cuando están dotadas de una cierta inteligencia y de una gran dosis de buena voluntad, estas buenas muchachas carecen de muchas cosas. Es que no tuvieron, repito, ningún modelo al que pudieran modelarse.

Pasará lo mismo con los alumnos: serán lo que hagáis de ellos mediante vuestros ejemplos y vuestra conducta. Cada vez que os observen, podréis sorprenderlos agradablemente (y aquí empleo la palabra en su sentido cristiano del que os hablaba hace poco); podréis actuar sobre ellos tanto más y hacerles mucho bien cuanto que es el momento en que menos se lo esperan. Podréis inspirarles

<sup>1)</sup> Algunas de las primeras Oblatas se habían encargado, al inicio del año escolar, de algunos servicios en el colegio con mucha entrega y alguna inexperiencia.

el sentimiento de piedad, y tomo aquí esta palabra en el sentido más elevado, es decir, el de las relaciones íntimas con Dios. Pero que esta piedad sea sincera, porque los alumnos saben muy bien distinguir entre la piedad sincera y la piedad estrecha, la piedad afectada, y no hablo de la piedad hipócrita, —porque me atrevo a esperar que ninguno de nosotros tiene este tipo de piedad—, sino de aquella que se echa a perder a causa de ciertas brutalidades o de ciertos amaneramientos que los alumnos no pueden soportar. Finalmente, podréis inculcar a los alumnos las ideas de abnegación y de sacrificio, ciertamente no mediante largos discursos, sino por la manera como deis vuestra clase, por el modo como les vigiléis en el estudio y finalmente mediante todos los medios que están a vuestro alcance para actuar sobre el alma de quienes os están confiados. Pero para ello hay que imitar el modelo que os he propuesto tan a menudo e inspirarse en los sentimientos de Jesucristo y sacar de su vida aquellas ideas de sacrificio y de amor a las almas, cuya práctica puede sólo ella hacer perfecto al maestro cristiano. Así sea.

---

---

#### 4. Consignas prácticas

*Los consejos prácticos que siguen no han perdido con el tiempo nada de su actualidad. Los Superiores de casas de educación, enfrentados a las mismas dificultades, encontrarán aquí felices sugerencias para su celo por mantener el fervor y la conciencia profesional de los maestros cuya responsabilidad tienen.*

---

#### **Diversiones**

*29 de enero del 1849*

La cercanía del Carnaval ofrece al Sr. Director la ocasión para hablar de las diversiones a las que pueden entregarse los hombres que deben dar ejemplo de espíritu cristiano. Hay que divertirse de modo útil y para lograrlo hay que hacerlo con el fin de reposarse y de formarse el espíritu. En efecto, un miembro de la Orden Tercera, para protestar en el mundo contra el espíritu del mundo, necesita hacerse considerar como hombre de espíritu y de buenas maneras; para eso se requiere tacto y humildad, porque el hombre orgulloso no tiene el espíritu del que habla el divino Maestro. También hay que saber usar convenientemente el propio espíritu y ponerlo al alcance de todos. Es necesario en fin hablar y dar buen ejemplo, no tanto con la intención de hacerse admirar sino para divertir a los demás. Lo que Jesucristo tolera para ser bueno, es la búsqueda de un pensamiento cristiano en medio de las diversiones. Finalmente hay que divertirse con una cierta cortesía unida al espíritu de caridad que puede cultivar entre las personas de la Orden Tercera relaciones más estrechas.

La diversión puede también considerarse como un deber, porque podemos por este medio operar un mayor

bien en los niños eligiendo el tipo de juegos que mejor convenga a su edad, conscientes del poder que podemos ejercer sobre ellos divirtiéndolos. Deberemos, pues, plantearnos las preguntas siguientes y meditarlas con seriedad: 1° ¿Cómo me divierto? 2° ¿Qué bien he intentado hacerme a mí mismo y a los demás al divertirme? 3° En los juegos, ¿en qué he tratado de no lucirme? 4° ¿Cómo he buscado mejorarme y mejorar a los demás? 5° ¿Cómo debo mezclarme con los demás?

---

### Castigos

*11 de febrero de 1850*

El Sr. Director nos anima a examinar seriamente el modo como castigamos a nuestros alumnos, ya que el abuso de los castigos desarrolla en los niños la inclinación al mal. Hay que guardarse de castigar con cólera o con ironía, si se quiere que los alumnos reciban el castigo con resignación y humildad. Debemos comprender más que nunca la obligación que tenemos de cumplir convenientemente nuestro cargo de maestro de la Asunción y hacernos respetables por nuestra conducta y por la entrega de la que daremos prueba. Los niños tienen un instinto admirable para captar la diferencia que existe entre la entrega real y lo que podríamos llamar una entrega de pacotilla. Nuestro único motivo de entrega debe ser Jesucristo, por amor a él debemos hacerlo todo.

---

### Sentimiento de paternidad cristiana

*27 de mayo de 1850*

El Sr. Director examina de qué manera y en qué proporción debemos mezclarnos con los niños. La regla más

sencilla a seguir es la de obedecer en esto a un sentimiento de paternidad cristiana. Hay en este pensamiento una sencillez que nos da ante todo más facilidad y libertad en nuestras relaciones con los alumnos. Uno de los principales rasgos de la ternura paterna es ser universal, de extenderse a todos los hijos, porque todos deben creer que poseen en el mismo grado el afecto de su padre. También nuestros alumnos deben persuadirse de que les queremos de la misma manera y que, si algo nos desagradaba en ellos, son sus defectos y no su persona. Hay, pues, que evitar lo que pueda parecer exclusivo. Si el afecto procede del sentimiento paterno, la autoridad también puede encontrar aquí su fuente y, en su amor por el hijo, el padre debe imprimirle un sentimiento de respeto que es el nervio de la autoridad. La autoridad fuerte y enérgica no necesita castigos, que a menudo no son más que auxiliares de la debilidad; y así como la madre dirige al niño mediante la ternura y la persuasión, el padre debe hacerlo mediante la autoridad. En nuestras relaciones con los niños actuemos en nombre de Dios; duplicaremos así nuestras fuerzas y nos pondremos al abrigo del capricho.

Deberemos examinarnos, pues, si hemos actuado con nuestros alumnos mediante el afecto y la autoridad, si hemos experimentado hacia ellos un sentimiento de paternidad cristiana. Si extendemos este afecto a los alumnos que no nos pertenecen, pensemos que, ya que tendremos en nuestras relaciones con ellos mayor dulzura, debemos no dejar que nuestro corazón se prenda.

---

### Preparación de las vacaciones

*21 de julio de 1851*

El Sr. d'Alzon invita a los Terciarios a ocuparse de las vacaciones, es decir, a dar a los alumnos, durante estas tres últimas semanas, consejos personales, individuales,

que sean como la aplicación y el complemento de las indicaciones generales que les son impartidas, sobre este tema, en las instrucciones de la capilla. Estos consejos íntimos y particulares deberán versar sobre cuatro puntos principales: 1° el trabajo de los niños durante las vacaciones; 2° sus recreaciones; 3° sus relaciones; 4° sus lecturas.

1° En cuanto al *trabajo*, hay que persuadirles de dedicarle algunas horas cada día, no demasiado tiempo, dos o tres horas como mucho. Debemos, pues, estudiar las aptitudes de nuestros alumnos o al menos de algunos de entre ellos, de aquellos que creamos que tienen más necesidad de esta dirección y que juzguemos mejor dispuestos a recibirla. Con el conocimiento así adquirido o que ya poseemos de tales disposiciones, de sus gustos, de sus necesidades, nuestros consejos podrán servir al niño y ayudarnos a iluminarle sobre su vocación. ¡Qué de ejemplos podríamos citar de hombres que, después de haber sido malos alumnos en el colegio, han llegado a ser más tarde distinguidos en tal o cual especialidad, porque una palabra, una circunstancia fortuita, una nadería, les había revelado un día su auténtica capacidad! Estemos convencidos de esto; este trabajo libre, así llevado a cabo por nuestros alumnos, con los consejos y bajo la dirección del profesor ausente, estas vacaciones bien empleadas, podrán tener, entre otros resultados útiles, el de hacerles ver a los alumnos de qué son capaces.

2° Respecto de *las lecturas* que se les indique, unas deberán ser serias, otras divertidas. Tendrán como meta (y como efecto si están bien elegidas) apartar a los niños de los libros peligrosos. Habría que hacerles por adelantado una elección de buenos libros a su alcance. No se pueden excluir en absoluto algunas novelas como las de W. Scott o de F. Cooper. Queda todavía elegir entre ellas.

3° Se puede también, hasta cierto punto, utilizar sus *recreaciones*, orientándoles por adelantado en la elección de los juegos a los que piensan entregarse, de los proyectos de diversión de los que tal vez nos informan: todo esto pertenece a la vida íntima y requiere consejos personales, individuales.

4° *Sus relaciones*, sobre todo aquellas con niños de su edad, educados en otros establecimientos, constituyen un punto muy importante. No hay que dejar de invitarles a huir de las malas relaciones y enseñarles en qué signos reconocerán a un camarada cuya compañía puede serles perjudicial. Los maestros de la Asunción podrían hacer un gran bien ocupándose de preparar buenas vacaciones para aquellos alumnos nuestros de los que se interesan más especialmente. Podrían también invitar a los niños a escribirles durante estas mismas vacaciones. Sin duda que los niños que escriben a uno de sus maestros están inclinados a mostrarse mejores de lo que son; pero son todavía demasiado ingenuos para no revelarse, al menos en parte, a un ojo un tanto experto. Una correspondencia un poco larga, un poco seguida, sería, entre un maestro y un alumno, puede hacerle a éste mucho bien e iluminar a aquél sobre los puntos en los que debe basar su acción. Incluso hablándole solamente de estudios, se puede moralizar, educar al niño, darle una excelente orientación a su carácter y a sus ideas.

Los maestros Terciarios deben, pues, darse cuenta al final de este año, del modo como deben intentar levantar la moral de sus alumnos. Estos niños se dejan abatir por los calores del verano y su alma comparte la languidez de su cuerpo. Los profesores deben hacer un esfuerzo sobre sí mismos para reaccionar luego más eficazmente sobre sus alumnos y conseguir de ellos comportamientos, sobre todo comportamientos morales. Esta necesidad de levantan-

tar el nivel ha producido en estos últimos días algunas expulsiones. Démonos cuenta también de la parte que hayamos podido tener, hasta cierto punto, en tan lamentable resultado. ¿Hemos hecho todo lo que estábamos obligados a hacer para impedirlo? Tomemos, pues, desde hoy, la resolución de tener influencia sobre las almas de los niños para prepararles a hacer de sus vacaciones y de su libertad un uso tal que puedan, en su día, sin peligro para su alma, disfrutar de completa libertad.

---

### Conversaciones con los alumnos

*4 de noviembre de 1851*

El Director llama la atención de los Terciarios sobre las conversaciones con los alumnos, qué influencia pueden tener y qué bien podemos hacer por este medio. Este año propongámonos actuar sobre los alumnos mediante nuestras conversaciones. Hacedlo tanto más en los patios cuanto menos se hace en las clases. No nos engañemos: ha habido el año pasado, en este aspecto, influencias funestas ejercidas sobre varios niños; se trata de reparar el daño causado. Que sea ésta la preocupación de los Terciarios.

Para actuar con fruto, una regla indispensable es el espíritu de unidad. Cada uno tiene sin duda la libertad de actuar según su carácter; pero tened como un deber de conciencia el no colocarse al margen de la dirección general. El año pasado, una vez más, la unidad ha sido destruida varias veces; es de desear que esos hechos no se repitan.

Para mantenerse en el espíritu cristiano, hay que convencerse de que la fe, una piedad seria y la estima misma de la piedad son necesarias. ¿Qué influencia, en efecto, podrá ejercer alguien cuya boca no habla de la abundancia del corazón y que no encuentra en sí mismo

sino tibieza y frialdad? Es necesario, pues, que todo en el Terciario exprese una profunda estima por la piedad, que se le vea observante de la regla en los ejercicios, que esté en la capilla en ciertos momentos, que tenga la valentía de hablar de Dios, de orientar las conversaciones hacia Dios, de reprobear severamente las murmuraciones, de saber presentar a quienes murmuran el punto de vista verdadero de las cosas.

Se necesita sobre todo respetar a la autoridad respetándola uno mismo; puede ésta, es cierto, no tener razón a veces, pero no hay que decirlo. No nos damos cuenta lo bastante del mal que pueden hacer esas desautorizaciones indirectas, esas críticas, esas murmuraciones, en una palabra, esas nimiedades en apariencia de las que no calculamos suficientemente la mala influencia. Es natural hacer oposición: por desgracia, no sólo está en nuestras costumbres constitucionales, también hay como una necesidad de nuestra vanidad y de nuestro orgullo. Tengamos, pues, una fe más valiente, sepamos finalmente colocarnos por encima de nosotros mismos, y no nos rebajemos a todas estas pequeñeces. Hay que fortificar la autoridad en todo y en todas partes, y si se dan abusos (¿dónde no se deslizan algunos?) no hay que quejarse públicamente, sino señalarlas por deber a la autoridad. Lo cual es muy distinto de publicarlas o de criticarlas.

Recordemos que en los recreos se puede hacer mucho bien y también mucho mal. Distingamos dos posturas: ¿buscamos a los niños para divertirnos con ellos o para divertirnos a su costa? Es muy bueno divertirse con ellos, ¿con qué espíritu vamos a ellos para divertirlos? ¿Pensamos en hacerles el bien y queremos hacer que los recreos sirvan para la gloria de Dios? Tales son las preguntas que debemos plantearnos seriamente; merece la pena profundizar en ellas. ¡Cuán compenetrados deberíamos estar del respeto a las almas! ¡Con qué delicadeza, con qué cuidado, qué tierna solicitud deberíamos estimular para el

bien de estos jóvenes muchachos! Sepamos que tenemos en la casa en estos momentos un cierto número de niños sobre los que actúa la gracia. Aspiran a Dios, su alma se prenda del amor de Dios, se vuelve hacia la piedad, hacia el mundo sobrenatural. Detenerlos en este impulso sería muy culpable; pero no hacer florecer estos gérmenes de fe, si pudiéramos hacerlo, ¡sería una falta todavía más grande ante Dios!

Formemos un buen núcleo de estos jóvenes cristianos, generosos, ardorosos para el bien, llenos de fe; y tengamos la convicción de que habremos asentado sobre fundamento sólido el edificio de nuestra educación, y que venceremos con ellos el mal que pueda subsistir todavía, que reaparecerá siempre, pero que ya no podrá causar devastaciones irreparables. Nuestro celo, nuestra acción, ¿acaso no serán secundados por todo el celo, por toda la acción de estos jóvenes hermanos?

---

### La distinción

*3 de abril de 1854*

El Padre insiste sobre la ordinariez y sobre la necesidad de salir de ella.

I. En el mismo esfuerzo que se hace para salir de ella, ya se da un acto que eleva precisamente porque mortifica. Hay que cortar con sus pequeñeces, y eso cuesta. Pero comenzar esta separación, es ya comenzar a crecerse. Hay que aplicarse entonces a cultivar en sí mismo una actitud distinguida. El alma de un cristiano siempre tiene su distinción. ¡Pero cuántos la entierran o la pierden poco a poco, por no saber o no querer desarrollar este germen precioso!

Pero, digámonos que llegar a la distinción en los pensamientos y en los sentimientos no es fácil. Sí y no. Existen medios muy sencillos y muy prácticos que podemos poner en práctica para facilitar el trabajo. Así, tomemos a grandes trazos la vida de un maestro: ¡Cuántas ocasiones para elevarse y que parecen nacer por sí mismas! Partamos ante todo del principio que debemos alimentar nuestro espíritu con estudios distinguidos, como conviene a personas que tienen una cierta cultura del espíritu; imponerse la obligación de llegar a la altura a la que podemos alcanzar, como conviene efectivamente a maestros que aspiran a elevar el nivel de las inteligencias jóvenes. Ahora bien, ¿en este capítulo, dónde estamos? En nuestras clases, en nuestras lecciones particulares, con nuestros alumnos, en nuestra familia (si estamos casados), ¿cuál es el orden habitual de nuestras ideas, de nuestros discursos? ¿No domina la banalidad? Bastaría interrogarnos sobre los temas diarios de nuestras conversaciones si tuviéramos al respecto necesidad de información precisa. Los chismes, por ejemplo, pueden resultar ciertamente un recurso para los espíritus vulgares, pero son con toda certeza un signo de decadencia para los espíritus distinguidos. Ahora bien, ¿qué es un maestro que, por su estado, está ocupado en estudios serios o que debería estarlo? y ¿qué es un maestro que vive de chismes?

II. Una palabra bien comprendida puede rápidamente ponernos en pie. *Dominus possedit me* [El Señor me creó] [Proverbios 8, 22]. Penetremos en el sentido de esta palabra y veremos muy bien que es necesario, que es posible ir a Dios por uno u otro extremo. Hay ahí una llamada al orden en todos los instantes. Bajemos a las ocasiones menos esperadas. Estamos en el comedor: ¿por qué no elevaríamos nuestro pensamiento a Dios? ¿Por qué no escuchar atentamente la lectura que se hace? Un simple versículo de la *Imitación de Cristo* bastaría para elevar-

nos. Padres de familia, yendo desde la Asunción a vuestra casa, en el camino, ¿por qué no decirle a nuestro hijo una palabra piadosa? En la mesa, ¿no encontraríamos nada que eleve nuestro mundo y a nosotros mismos, un hecho que contar, una palabra que comentar, una obra que aconsejar? La verdad es que si no lo hacemos es porque no queremos. Lo encontramos aburrido. Y así dejamos a estos jóvenes corazones, a estas jóvenes inteligencias morar en las ideas comunes. Es que, para tomar las cosas desde la altura hay que ejercitarse en ello. De nuestras lecturas ¿qué nos queda? ¿Cómo las asimilamos? ¿Nos nutren? ¿Vivimos con una idea que nos ha llamado la atención, con un modelo que se nos presentó a los ojos? El alma se forja como el hierro. Hay que golpear y volver a golpear. Se trata de un metal noble que debe tomar una forma determinada. No la tomará sin nosotros, y Dios, por su parte, no quiere trabajar solo para hacerlo. Nosotros, ¿cómo nos forjamos? ¿Tal vez nos cuesta trabajo si nos consideramos por el lado de la inteligencia? Tomémonos por el corazón. ¡Oh, qué aspecto más rico!, pero también aquí ¡cuántas pobreza! La delicadeza, la bondad afectuosa, las atenciones, la caridad, que sustituyen a las impertinencias, a las rudezas, a los egocentrismos, a la personalidad agria, viva, susceptible, al espíritu burión, y sobre todo a las grandes miserias de las antipatías. ¡Qué bien y qué bueno sería, y de buen tono y de buen gusto, dejar de lado todo eso!

¡Las conversaciones! ¿Por qué no codearnos con ciertas inteligencias más distinguidas? ¿Por qué mantenemos en un cierto mundo que no piensa, que no lee? ¿Por qué no tratar de elevar las conversaciones en las que nos encontramos envueltos? Por qué... siempre es la misma pregunta y la buena voluntad que siempre falla. Regateamos para hacer un esfuerzo, para comprometernos. Preferimos conversar de a dos, ¿por qué no entre tres?; ¿por qué no sólo con éste, sino también con éstos y con aquéllos. Les haríamos sin embargo mucho bien. Saldríamos finalmente

de nosotros mismos, sería caridad; o bien nos sacarían de nosotros mismos, y eso sería muy provechoso.

III. Aquí viene el ramillete espiritual; en lugar de las rosas, las espinas. Mirándose a sí mismo de cerca, imponiéndose un esfuerzo para retirarse del tren de vida ordinario, uno llega pronto a verse así mismo tal como uno es. Ahora bien, resulta muy humillante y muy mortificante confesarse a sí mismo que no se es alguien distinguido, que no se tiene mucho espacio ni gran amplitud ni en el corazón ni en la cabeza. Tanto mejor: el letargo cesa cuando la picadura o la quemadura se hace sentir. En vez de encerrarse en su despecho, en su tristeza, el esfuerzo que se hace por desvulgarizarse, dilata, abre, da plenitud. Nos íbamos a desesperar, nos llenábamos de cólera, nos ahogábamos; nos sentimos renacer, nos fundimos, respiramos, tomamos aire colocándonos un poco en las alturas. La desesperación no es más que una bobería del orgullo. Por muy bajo, por muy por los suelos que uno esté, siempre se puede llegar, se puede subir, cuando se quiere.

Tomemos, pues, esta resolución, se trata de una excelente mortificación para ponerla en práctica en Semana Santa y con ella haremos un buen vía crucis.

---

### Consejos para la vuelta al colegio

*8 de octubre de 1867*

**El trabajo**      Llamaré ante todo vuestra atención, Señores, sobre un punto muy importante: el trabajo. Cuando queremos hacer trabajar a los demás, hay que dar el ejemplo y trabajar uno mismo. Sucede muy a menudo que se dice a un alumno:

eres un perezoso; y uno mismo no tiene el ánimo para corregir sus composiciones o sus deberes. No sé, Señores, hasta qué punto un maestro concienzudo puede ir a dar su clase sin haberla preparado; hay en esto por parte vuestra un deber de conciencia, y cuando el señor Durand, con su experiencia y su talento, nos confiesa que jamás va a su clase sin prepararse mediante un trabajo de tres cuartos de hora o de una hora, me parece que los jóvenes profesores y los demás deben consagrarle al menos otro tanto de tiempo. Veo a los padres de familia; he escuchado muchas confidencias de los niños, y confidencias en que el mal espíritu no tiene ningún lugar, y cuando escucho decir que en algunas clases los deberes no se corrigen durante dos meses seguidos, entonces ya no me asombro del descontento de algunos alumnos y del terror que sienten sólo con pensar que tendrán que entrar en tal o cual clase en que estarán expuestos a padecer esta manera de actuar.

**El amor a los alumnos** No basta trabajar, Señores, hace falta además saber querer a los alumnos. Monseñor Gerbet, en su libro sobre la *Eucaristía*, dice que Dios en su amor es como un plano inclinado que se inclina hacia las criaturas. Pues bien, vosotros sois maestros cristianos, Señores; y si debéis amar a las almas en virtud del precepto de la caridad, cuanto más debéis amar a las almas que os están confiadas para elevarlas hacia Dios. Ahora bien, no podríais creer en todos los tesoros de odio y de antipatía que se acumulan en el corazón de estos niños contra sí mismo por causa de ciertas críticas amargas o por ciertas palabras punzantes, a las que no pueden responder porque su edad no les permite ponerse a la altura de vuestro espíritu. Quizá incluso algunos maestros se dejan llevar por antipatías o rencores que se manifiestan sin que se den cuenta, y no sé cómo se compaginan con el deber de caridad que les incumbe; sin tratar a los alumnos con aquella altanería universitaria

que todos abominamos, hay que guardarse de tratarlos tan a menudo como al vecino de calle. Vamos y venimos, pasamos cerca de ellos, pero tenemos miedo a mezclarlos con ellos; y aquellos grupos que se formaron el año pasado, en que se daban conversaciones deplorables, no hubieran tenido tan tristes resultados si los maestros no se hubieran alejado tanto de ellos. ¿Es ésta la caridad de un maestro cristiano? No lo creo. *Plenitudo legis, dilectio* [Romanos 13, 10]. La plenitud de la ley es la caridad llevada hasta la ternura, *dilectio*; os conjuro, pues, Señores, que miréis el grado de culpabilidad en que os encontráis al respecto.

### **Desinterés**

Una de las condiciones de este afecto es el desinterés, y estoy hablando aquí del desinterés que conviene tanto a los maestros libres como a los religiosos. No hablo de aquello que este tema pudiera sugerir desde el punto de vista de un interés vil y bajo, que no conocemos aquí; dejo de lado este aspecto de la cuestión, porque no quiero haceros la injuria de pensar ni por un instante que haya aquí alguien que concorra con semejantes miras a la misión generosa y elevada de un establecimiento cristiano. Pero os ruego solamente que observéis si comprendéis correctamente este desinterés que consiste no sólo en dar ayuda, ciencia, trabajo, sino además en darse a sí mismo, en entregarse completamente a una causa. No hablo de una causa como sería la de la Asunción en particular, porque también podría haber ahí, en cierto sentido, una meta interesada, el éxito de un establecimiento o de una obra; sino que hablo de un desinterés que nos empuja a entregarnos a una causa superior, a una gran causa como es la de formar, cueste lo que cueste, a jóvenes fuertemente cristianos para el futuro, de educar a ciudadanos y a defensores de la Iglesia. Este desinterés no excluye aquellos motivos legítimos que pueden atraernos, pero debe dominar y penetrar toda nuestra vida. Debemos llegar a decir

con San Pablo: *Omnia impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris* [Todo lo gastaré y me gastaré a mí mismo por vuestras almas] [2 Corintios 12, 15]. Por eso, os impondréis algunos sacrificios y, por ejemplo, comprenderéis que, la educación religiosa siendo la principal educación, y después de haber enseñado las verdades secundarias, vosotros debéis ir con vuestros alumnos a adorar juntos a la Verdad Eterna y enseñarles esta adoración mediante vuestra asiduidad a todos los ejercicios de la capilla. Nos quejamos de que estos ejercicios son cada vez más abandonados por los maestros. Vosotros querréis ser en esto, Señores, más puntuales, y al ver los bancos desiertos y vacíos quizá tengáis que preguntaros si no sois por vuestra negligencia y vuestra impuntualidad la causa de estas deserciones.

#### **La puntualidad**

La puntualidad, Señores, es otra de las mortificaciones que el P. Prefecto de disciplina os suplica de rodillas que os impongáis con energía. Os pide además sobriedad en las recompensas y en los castigos; en cuanto a las medidas de detalle que me ha señalado, os las comunicará él mismo y os podrá entregar antiguos impresos que contienen el reglamento de los maestros libres y que yo quisiera ver puesto en práctica en la casa.

Permitidme, Señores, abordar otra cuestión.

#### **Distinción sobrenatural**

Señores, se ha hablado a veces en estos últimos tiempos del descenso del nivel social de los alumnos; se ha repetido que ya no nos dirigíamos quizá a clases de alumnos tan elevadas y que por lo tanto habría que emplear maneras menos distinguidas para hacerse comprender de los niños. Creo, Señores, que nos hacemos ilusiones al respecto y creo que nunca sería demasiado aplicarnos a conservar las formas más elevadas en

presencia incluso de formas menos corteses de algunos alumnos. Esta cortesía externa, que yo llamaría la cortesía material, me parece la más magnífica barrera que se pueda levantar entre las personas descorteses y uno mismo. Ella da una superioridad incontestable a quien sabe ponerla de su parte, y cualquier maestro que se rodee de ella preservará su autoridad por este medio mejor que por cualquier otro.

Pero por encima de las maneras externas, existe, Señores, una cortesía superior; es la forma exquisita, distinguida, delicada y cuidada que vosotros debéis dar a vuestra enseñanza. Sin duda es necesario el fondo, pero también se necesita la forma para hacerlo aceptar, para hacerlo aprobar: *Virtus ex illo exibat* [salía de él una fuerza] [Lucas, 6, 19], se dice de Nuestro Señor. Una virtud secreta salía de su alma, de su divinidad, que parecía pasar a través de los poros de su cuerpo; de igual modo debéis esforzaros en hacer vuestra alma traslúcida, de acuerdo con la bella expresión de Lacordaire; no objetéis la necesidad de oponer a las debilidades de los niños una severidad que se cuida poco de las formas. Esa severidad absoluta, excesiva, no penetra, no conmueve. Actuando así, hacéis de la enseñanza cristiana un espantajo y desaprovecháis sus ventajas.

Un día los fariseos, después de haber oído hablar a Nuestro Señor, se volvían diciendo: *Nunquam locutus est homo, sicut homo ille locutus est nobis* [Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre] [Juan 7, 46]. He ahí, Señores, lo que hemos de imitar en nuestro lenguaje; aplicarnos a dar a nuestra palabra aquel carácter sobrenatural que cautiva, encanta y eleva. Para ello hay que preparar la clase, aplicarse a adquirir cada día lo que nos falta y no darle poca importancia a aquella virtud secreta que acompaña a las formas superiores de la palabra. Mirad la historia de la pintura: ahí tenéis un ejemplo de lo que intento decir. Miguel Ángel ha podido muy bien, en los frescos

de la Sixtina, presentarnos los músculos con sus curvas fielmente interpretadas; sin embargo, no dejan de ser en su vigorosa ejecución una obra que asombra más que atrae; mirad por el contrario las figuras de Fra Angélico; quizá sean un tanto rígidas, pero al mismo tiempo mirad cómo están envueltas, rodeadas y animadas de una gracia de forma que hace, de estos santos, unos santos que al menos no dan la impresión de aburrirse en el paraíso; se dice que un sermón sobre el paraíso es muy aburrido y que los santos se deben aburrir mucho allí si allí no hay más alegría; sin embargo, la pintura de ese sermón en que se representa a los santos no es aburrido ciertamente. Apliquémonos, pues, Señores, a poner aquel encanto en nuestro modo de hablar, aquella forma que nos ponga al alcance de todos, conforme a la palabra del Apóstol: *Omnia omnibus factus sum* [Me he hecho todo a todos] [1 Corintios 9, 22]. Me he hecho todo para todos, ¿acaso para hacerme popular? Un motivo semejante sería muy vil y por ello San Pablo añade: *Ut omnes Christo lucrifaciam* [para ganármelos a todos para Cristo] [ib. 9, 19-23].

Preveo una objeción: pero, se dirá, los apóstoles procedían con sencillez y severidad. Escuchad la respuesta de San Juan Crisóstomo en su *Tratado del sacerdocio*: “Si no tenéis la inspiración de los Apóstoles y de San Pablo, no tratéis de imitar su severidad en la dirección de las almas”. He ahí, Señores, lo que dice el “Boca de oro”; esforzaos, pues, por llegar a ser profesores brillantes, en el sentido sobrenatural que damos a esa palabra; que los antiguos adquieran cada vez más y que los jóvenes saquen sus diplomas para llegar también allí con mayor eficacia, y puesto que todos debéis mirar a que se diga de vosotros que sois profesores brillantes, santificad esta tendencia natural en todo maestro celoso y que se diga de vosotros bajo la influencia santificante de vuestra palabra: *Nunquam locutus est homo sicut homo ille locutus est nobis* [Juan 7, 46]. Ya sé que existen enseñanzas secas y áridas

como las matemáticas, cosa burda según Pascal, que no requieren tales formas, pero los profesores de letras sobre todo deben aplicarse a adquirirlas.

Así es, Señores, como aplicándoos a ser maestros cristianos os atraeréis, si no la recompensa del reconocimiento por parte de vuestros alumnos (reconociendo muy raro, porque los niños son a menudo muy ingratos y esta vuelta al colegio nos ha dado pruebas de ello), al menos la recompensa eterna.

---

*Lavagnac, 12 de octubre de 1878*     Al R. P. Emmanuel Bailly

...Trabajemos por hacer de nuestros alumnos unos cristianos, lo demás vendrá después. ¿No cree usted que quizá nos hemos ocupado demasiado de los defectos de nuestros alumnos y no lo suficiente de las virtudes que hay que inculcarles? Hemos procedido por negación, o si lo prefiere, por destrucción, y no lo suficiente por edificación o plantación. Me dirá usted: "Pero antes de plantar buenos árboles hay que extirpar las malas raíces". No siempre. En América dejan muchos troncos que se pudran en los campos y las cosechas resultan de las más hermosas. Se trata del obstáculo transformado en medio. Dejemos las cuestiones menores de las que estamos invadidos, como si fueran zarzas, peguemos fuego a todo eso un buen día y prosigamos nuestra obra. Pidamos muchas virtudes a los niños, tengamos el valor de hablarles de su santificación y entrenémoslos. Si los padres de familia gritan, dejémosles gritar; hagamos la obra de Dios en humildad, confianza, valor y perseverancia. Está seguro de que la Asunción se prepara hermosos días, si ella no quiere sinceramente más que a Dios y a la Iglesia; amemos y hagamos amar a Jesucristo y a la Santísima Virgen; lo demás vendrá después. Pero para esto se necesita una gran fe *muy contagiosa*...

A los Colegiales de Nimes

*El P. d'Alzon ha presentado él mismo en las "Mémoires d'un ancien" (Memorias de un antiguo) las famosas "Instrucciones del sábado" del Colegio de la Asunción. Dos series de estas instrucciones, que nos han sido conservadas, han sido editadas por el P. E. Baudouy. Las que tratan de la educación completan muy afortunadamente, —desde el punto de vista de los alumnos—, los principios del P. d'Alzon. Las señalamos sencillamente sin reproducirlas aquí, porque es fácil todavía conseguirlas.*

*Esta sección comprende dos artículos extraídos de la Revue de l'Assomption; dos sermones, de entre un cierto número que el P. d'Alzon, hacia el final de su vida, redactaba de un modo más definitivo, y los sabrosos "Consejos de vacaciones" sobre el tema de la formación de una Europa cristiana, frente al Oriente cismático y del mundo aún infiel.*

LAS INSTRUCCIONES DEL SÁBADO

Se dice que la Asunción tiene su sello especial. Este sello lo debe sobre todo a las *Instrucciones del sábado*. Renovando un recuerdo del colegio Stanislas, de París, el P. d'Alzon había decidido que cada sábado se cantarían en la capilla las letanías de la Santísima Virgen. Pero, para aprovechar esta reunión de todos los alumnos, hizo que a las alabanzas de la Señora de la Casa le siguieran algunos consejos. No eran en efecto más que recomendaciones; hablaba sencillamente en sotana. La familiaridad misma de la charla permitía entrar en ciertos detalles, y hay quien pretende que estos detalles tenían para los alumnos, precisamente por su originalidad, un sello especial.

Se los recordaba, se hablaba de ellos, porque no se decían como en otras partes. Eran ideas muy firmes, que ciertos maestros antiguos no siempre aprobaban, eran promulgadas categóricamente. Uno podía oponerse a ellas; el P. d'Alzon nunca lo ha temido mucho, a veces cedía, pero cuando se le había puesto una idea en la cabeza, todo el mundo sabía que no la tenía en los pies.

Los alumnos siempre son los mismos; basta que se les diga una cosa, para que algunos espíritus agudos sientan la necesidad de decir lo contrario. El P. d'Alzon atacaba sobre todo el respeto humano; no hizo falta más para que muchos quisieran tratar la cuestión del duelo y del puntillo de honor. Una larga sesión de verano se empleó en tratar del tema. Se dejaron de lado las objeciones y al cabo de poco tiempo los más acalorados dejaron de hablar de batirse a propósito de todo y de nada.

Sin embargo, el sello particular de estas instrucciones, o mejor dicho la continuidad de estas observaciones que se agrupaban en torno a algunas ideas maestras, las hacía penetrar en la mente y sobre todo en el corazón de los alumnos. El pequeño número de éstos permitía ejercer sobre ellos una influencia más íntima. Los consejos del sábado eran seguidos de comentarios, dados sobre todo por el señor Monnier; llegaban con gran poder de fecundidad a las conciencias, a veces como una luz y lo más a menudo como un remordimiento; de ahí resultaba que las ideas se ampliaban, que el talante de la Casa se delineaba y que el espíritu general se afirmaba. La Asunción no era todo el mundo, y gustaba que no fuese todo el mundo.

Se aprendían las buenas obras y se entrenaba en las Conferencias de San Vicente de Paúl; se convertía uno en ultramontano; se practicaba la piedad por convicción, y los menos devotos al ser poco molestados mostraban poca oposición al fervor de sus compañeros. Se vio que algunos, aburridos de no ser molestados, se plegaban a la costumbre común porque no había ninguna ventaja particular en no hacerlo.

Las *Instrucciones del sábado* se transformaron poco a poco, sobre todo cuando se pasó de la pequeña capilla formada por el aula de filosofía y la sala de los periódicos actuales a la gran capilla. Entonces el P. d'Alzon tomó la sobrepelliz, se propuso un tema que seguía o no seguía, y entonces comenzaron también los meses de María, las instrucciones de Cuaresma, en fin, el P. d'Alzon se esforzó por hacerse solemne. ¿No se tornó aburrido? Uno se pregunta si no hubiera hecho mejor en seguir siendo como era, un buen impartidor de consejos prácticos sobre los deberes del cristiano y del alumno de la Asunción.

*Un antiguo.*

## EL ESPÍRITU AMPLIO Y EL ESPÍRITU ESTRECHO

El espíritu amplio se emplea en ver las cosas como son en sí mismas; el espíritu estrecho las ve en relación a sí mismo. Sin embargo, he encontrado personas que siempre decían que hay que ver las cosas en su profundidad, pero que lo veían todo al revés; eran espíritus falsos.

El espíritu amplio se entrega a una causa, el espíritu estrecho se entrega a sí mismo en cualquier causa; el espíritu amplio se esfuerza por planear sobre las cumbres mientras que el espíritu estrecho excava galerías de topos, y se regocija de poderse esconder al abrigo de un agujero; porque la meta esencial del espíritu estrecho consiste en no comprometerse; y llama a eso prudencia.

La prudencia es una virtud que ayuda a gobernar las cosas y a los hombres para el bien general. La prudencia del espíritu estrecho nunca ha tenido en cuenta más que *su cosa y su persona*.

El espíritu amplio es completamente inútil sin un carácter fuerte y generoso; ve lo que hay que hacer y no hace nada. El espíritu estrecho con un carácter enérgico hace

más mal que bien, a lo más hace mucho ruido para nada; y si el carácter va al diapasón del espíritu os podéis esperar a que todas las estupideces sean justificadas mediante las razones más grotescas, cuando no las más tontas.

El espíritu amplio lleva consigo cierta deficiencia, porque, viendo lejos, comprende que podría ver más lejos aún. El espíritu estrecho se encuentra tan a gusto bajo una tapadera de marmita que el fondo de la marmita le preocupa poco; ese fondo es demasiado profundo, se da con la cabeza contra la tapadera y dice: ya veis bien que no hay nada más allá. ¡Feliz el mortal que toma la tapadera por toda la extensión de los cielos!

¡El espíritu de cuerpo es una cosa hermosa! En 1826 ó 1827, el señor de Bonald publicó un opúsculo muy notable sobre el *espíritu de cuerpo y el espíritu de partido*. Estaba a favor de todos los frutos admirables que puede producir el espíritu de cuerpo, con la condición de que el espíritu de cuerpo sea amplio. Si es estrecho, podéis esperar a ver esa estrechez multiplicada en sentido inverso por el número de los que componen el cuerpo. Un espíritu estrecho aislado puede hacer tonterías, pero ¿cuántas no hará un cuerpo entero con semejante espíritu?... *Incedo per ignem*: caminemos como gato sobre ascuas y digamos: ¡felices los espíritus amplios servidos por un buen carácter! Recemos para que los espíritus estrechos no sean a la vez espíritus malvados, inconscientes del mal que realizan.

*Un Antiguo.*

---

## LA CAPILLA

1877 ó 1878

El centro de toda casa cristiana es la capilla. La capilla de la casa cristiana es un lugar tan especial que ella sola basta para hacer ver el abismo que separa al joven de fe

del hombre del mundo. En efecto, la capilla es un santuario en que encontramos:

- 1° A Dios para conocerlo en sus perfecciones y adorarlo.
- 2° A Jesucristo para escuchar sus enseñanzas e imitar sus ejemplos.
- 3° Al Espíritu Santo para perfeccionarse con la abundancia de sus gracias.

1.- *La capilla, santuario en que se aprende a conocer las perfecciones de Dios y a adorarle.*

La capilla es un santuario, un lugar santo. ¿Por qué? Porque ahí se halla Dios. *Locus iste sanctus est* [Este lugar es santo] [Génesis 28, 17], decía Jacob después de su sueño misterioso, *et ego nesciebam* [y yo no lo sabía] [ib. 28, 16]. ¡Cuántos cristianos ignoran la santidad de la capilla! Sí, este lugar es santo, porque Dios está más presente aquí. ¿Qué quiere decir eso? ¿No está Dios en todas partes? ¡Quién lo ignora! Pero está sobre todo allí donde, según nuestro pobre lenguaje, actúa con mayor energía. Ahí es donde muestra su poder, su justicia, su misericordia, en aquel sacrificio que ha pedido una vez en el Calvario y que pide aquí todos los días.

*Su poder.* ¿Acaso el prodigio de la transubstanciación no es el último grado de los prodigios? Sacar la materia de la nada, es un acto divino; crear a los espíritus puros, lo es más aún, ya que los seres producidos son más perfectos; pero tomar un poco de materia y hacer de ella el cuerpo y la sangre de un Dios, de manera que hay ahí un hombre y que ese hombre es Dios, ¿qué más queréis como poder?

*Su justicia* no está menos ahí. Frente al pecado, la justicia infinita necesita una víctima infinita: hela ahí.

*Su misericordia* está también ahí. Porque si se producen esos prodigios es para perdonarnos; y para llevar las cosas a sus últimos límites, el Dios escondido se hace nuestro alimento: *miser cordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt* [la misericordia y la verdad se encuentran, la justicia y la paz se besan] [Salmo 85, 11].

He ahí Dios puesto a nuestro alcance y, pese a su abajamiento, no deja de ser adorable. Sigue siendo el todopoderoso, el justo, el misericordioso a quien hay que adorar; sentimiento que huye de las almas y que hay que volver a poner en ellas, si queremos volver a poner en nosotros al Dios que se aleja.

2.- *La capilla es un santuario donde encontramos a Jesucristo para escuchar sus enseñanzas y aprender a imitar sus ejemplos.*

Buscad cuanto queráis en el fondo de vosotros mismos, no encontraréis la verdad que necesitáis para llegar a la felicidad. ¿Dónde la encontraréis? En Jesucristo solo, en aquel de quien el Padre ha dicho: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui; ipsum audite* [Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle] [Mateo 17, 5]. En Jesucristo, la verdad en persona. He ahí la enseñanza verdadera, viva, fecunda; la enseñanza que ilumina todas las tinieblas, disipa las incertidumbres; la enseñanza vida, la enseñanza luz; todo nos es revelado ahí. *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit* [El Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado] [Juan 1, 18]. Enseña mediante su Evangelio, mediante sus Apóstoles, mediante su Iglesia, y la Iglesia no es más que el eco de quien es por esencia la Palabra de Dios, *Verbum caro factum* [Palabra hecha carne]. Pero, hecho carne, este hombre ha hecho antes de enseñar, y cada una de sus acciones es un ejemplo de virtud. Yo hablaba de las perfecciones divinas; tales como están en Dios son inimitables; tal como están en Jesucristo, se ponen a nuestro alcance: *exemplum dedi vobis* [os he dado ejemplo] [Juan 13, 15]. ¿Queremos imitar a Jesucristo? Ahí lo tenemos; está en el sagrario. Id, penetrad en este santuario más íntimo; le encontraréis ahí: en la adoración, en la misa. Dicen que hay cristianos que se aburren en la capilla: ¡pobres!

Id allí a encontrar a Jesucristo. ¿Os figuráis que la vida no es más que diversión? La vida es una larga cadena de deberes. ¿Queréis hacer que esta cadena sea suave? Id a encontrar a Jesucristo. La vida es una serie de esfuerzos para llegar a ser perfecto. Id a encontrar a Jesucristo en la capilla, allí donde está realmente presente; os enseñará todas las virtudes que os ayudarán a llegar a ser perfectos. ¡Qué locura la de ser cristiano y no emplearse en imitar a Jesucristo para llegar a ser santo!

3.- *La capilla es un santuario en que encontramos al Espíritu Santo para perfeccionarse con la abundancia de sus gracias.*

¿Sois un ser tan rico que no necesitéis de nada? Necesitáis consejo para conocer vuestro deber y fuerza para ejecutarlo. La capilla os recordará que vosotros mismos sois un lugar muy santo, un templo, el templo del Espíritu Santo. Id a la capilla y en el recogimiento de sus muros encontraréis la luz, el consejo, la fuerza.

¿No tenéis necesidad de consejo para vuestra vocación, a fin de considerarla seriamente? ¿No tenéis necesidad de fuerza contra vuestras inclinaciones al placer y vuestras pasiones nacientes? La capilla os recordará que el Espíritu Santo vive en vosotros, si no le habéis expulsado por el pecado.

¿No sentís que, pese a vuestra dificultad para separaros de lo terrestre, necesitáis subir más alto? ¿No sentís las alegrías de un mundo superior? ¿De dónde os vais a elevar más fácilmente que tomando la capilla como punto de arranque? ¿Sois tan egoístas que no tengáis tiempo para amar a nadie? ¿Dónde mejor que en la capilla rezaréis por los vuestros, por vuestra madre? ¿No lloráis a alguna persona amada? Refugiaos en la capilla para rezar mejor por los que ya no están y ayudarles a entrar en el reposo de Dios. ¿No tenéis tentaciones? He aquí el arsenal de armas espirituales para combatirlas.

Finalmente, habrá que morir. Venid aquí y, por muy joven que seáis, venid y pensad en la muerte. Otros, tan jóvenes como vosotros, han venido y ya no están en la tierra; su cuerpo ha desaparecido en la tumba. Venid y pensad en vuestra muerte, en vuestro juicio, en vuestra eternidad. Las mejores respuestas que obtengáis a estas cuestiones, os las da vuestra conciencia en el recogimiento de la capilla.

---

## EL TRABAJO

1877

Inicio del curso

*Ego autem in laboribus a juventute mea  
[Criéme en trabajos desde mi tierna edad]  
(Salmo 88, 16).*

Estas palabras del Salmista se aplican a Jesucristo trabajando en Nazaret.

Estas palabras, vengo a proponéros las. Son duras, pero ésta es la condición humana.

Ahora bien, vuestro trabajo debe ser obediente, perseverante, inteligente, santificante.

### 1. Trabajo obediente

El trabajo es un castigo; hay que someterse a él por fuerza o voluntariamente. Escoged. Y para mostraros desde el principio la importancia de la obediencia en el trabajo, tomemos, por absurdo que parezca, la finalidad de vuestros estudios universitarios: el bachillerato. ¡Oh! Y si desde vuestra entrada hubierais obedecido, no temo decir que nunca conoceréis el fracaso. Pero uno tiene sus ideas; quiere trabajar a su modo; no se trabaja en absoluto o, lo que es peor, se trabaja al revés. Luego uno se asombra de haber fracasado.

## 2. Trabajo perseverante

Hay obstáculos que se oponen a la perseverancia: la pereza, la ligereza, el capricho.

*La pereza.* Se consiente en dejar que esta horrible herrumbre cubra bellas inteligencias. Sin embargo, se trabaja en todas partes, pero visto que uno no logra mantenerse a la altura mediante el trabajo, pronto se pierde en la más vergonzosa nulidad, salvo honrosas excepciones. ¿De dónde provienen los seres nulos? De la pereza.

*La ligereza.* No se es capaz de atención alguna, no saben concentrarse. Concentrarse cuesta; ninguna perseverancia, ningún esfuerzo. ¿Qué queda? Una naturaleza cuyos frutos serán nulos.

*El capricho.* Las casas de educación encierran algunos espíritus extraños, incapaces del yugo, que proceden a saltos, y sobre todo por testarudez. Las malas razones les encantan y, con tal de haber dado una respuesta a las observaciones merecidas, se quedan felices. Tal respuesta es absurda. Poco importa. Han respondido, están felices. Pero con estos caprichos comprometen su porvenir. ¡Mucho les importa su porvenir, con tal de que su capricho triunfe! ¿A qué resultado llegarán? A ser pobres seres insoportables a todo aquel que esté condenado a vivir a su alrededor. En cuanto a su carrera, mejor no hablemos. ¿Qué carrera es posible sin perseverancia? Y su capricho no les ha permitido perseverar en nada.

## 3. Trabajo inteligente

Me explico. El joven que ha practicado en sus estudios la obediencia a la dirección de sus maestros, que ha trabajado con una perseverancia encarnizada, con menos medios quizá, llegará sin duda alguna a resultados más serios que aquellos pequeños genios en camiseta, muchachos de espíritu en pantalones cortos, seres vulgares

cuando les crece el bigote, nulidades supremas al salir del colegio y que, para consolarse de los fracasos en todo, no tienen más que una compensación: hacerse malos tipos y más tarde radicales. Conozco a más de un alumno de la Asunción que ha pasado por estas tristes caídas.

Por el contrario, conozco a otros que, sin ser genios, mediante la obediencia y la perseverancia, han dado maravillosos resultados. Cierto que cuando hay inteligencia natural, nada mejor se puede desear. Pero tomad dos alumnos de la misma capacidad: uno es obediente y perseverante, el otro sólo escucha a su independencia y su pereza, su ligereza y sus caprichos. Pronto veréis los resultados opuestos.

#### 4. Trabajo santificante

El trabajo es penoso, ya lo sé: por eso expía y santifica. ¿Pero para qué sirve el trabajo si no tiene una meta digna de nosotros?

Este joven habrá trabajado; habrá conseguido fortuna, medios para disfrutarla, honores y gloria. ¿De qué le sirve en su lecho de muerte? Queremos dar a vuestro trabajo un móvil, un término superior. Sois hijos de Francia e hijos de la Iglesia. ¡Pues bien!, debéis trabajar por Francia y por la Iglesia. Por Francia, que debéis devolver a su antiguo destino; por la Iglesia, a quien pertenecen las eternas promesas, pero a quien Jesucristo no ha prometido mantener siempre en las mismas regiones.

Trabajad con fe por la resurrección de la Francia cristiana. Trabajad con amor por la Iglesia. La recompensa eterna está ahí.

---

## Consejos para las vacaciones

A los colegiales de Nimes

**Rehacer Europa:** Un famoso diplomático habría dicho: Desde 1870, ya no hay Europa. Quisiera que el dicho fuera cierto para poder responderle: ¡Pues bien!, los católicos la reharán. En efecto, Europa no va bien, la Revolución le causa dificultades y le hará pagar caro el entusiasmo por las ideas modernas; pero, en fin, así como la Revolución ha comenzado, así también puede terminar. Si las ideas son modernas, quiere decir que datan de hace poco y que en poco tiempo pueden desaparecer. ¿Es posible torcer el cuello a la Revolución para devolverle la vida a Europa? Esa es la cuestión.

¿Queréis examinarlo conmigo durante las vacaciones?

**mediante el sacrificio** En primer lugar, lo que hace que ya no haya Europa es que ya no hay solidaridad. Cada cual para sí, cada uno en su casa. He ahí la divisa universal que de hecho es la divisa del egoísmo elevado a su máxima potencia. ¿Queréis combatir este mal? Comenzad vosotros mismos por combatir el egoísmo en vosotros. Combatidle no dando importancia a vuestra personalidad, a vuestros pequeños cálculos, a vuestros placeres. ¡Cuántos puntos en los que podéis combatir al egoísmo sin salir de vuestros zapatos!

Persiguiendo a ultranza el egoísmo y a los egoístas, mostrad vuestra generosidad, sed hombres entregados, impregnaos del espíritu de sacrificio; actuad, actuad, en el trabajo que forjará vuestra alma, en el celo por la caridad, en la prosecución de las grandes ideas basadas en los grandes principios. Luchad contra lo que os parece mal. Tened la valentía de vuestra fe. Sobre todo, guerra al respeto humano y a sus variantes. Cuando eso esté lo-

grado, creo que os será fácil tender la mano a vuestros hermanos y uniros a ellos; la coalición del bien se hará; seréis primero vencidos y de nuevo vencidos, pero así aprenderéis a vencer.

**mediante el espíritu  
de fe** Europa se va, quizá ya se ha ido, porque le falta la fe: ¡qué triste es decirlo! Vemos en este momento a dos pueblos combatir porque creen<sup>1)</sup>; pero si estos pueblos tienen fe, ¿no podemos nosotros, sin arriesgar mucho, prometer una bien grande recompensa a quien descubra la fe de sus jefes? Si los jefes fueran creyentes, ¿qué no se podría conseguir? ¿Pero dónde están los jefes creyentes? Y en el resto de Europa, ¿dónde están los pueblos creyentes?

Si la pérdida de la fe es la pérdida de la vida social, la vuelta de la vida social no sucederá sino con la vuelta de la fe. ¡Oh!, amigos míos, pensad en ello, si uno de entre vosotros tuviera una fe grande como un grano de mostaza, moveríais montañas, y si cien de entre vosotros tuvieran una fe grande como una montaña levantaríais el mundo. ¿Qué hay de imposible en que cien jóvenes tengan una gran fe?

Escuchad un hecho en el que yo no desempeño un papel muy brillante. El año pasado, yo creía que nuestros Padres de París harían bien poniendo punto final a sus peregrinaciones. El muy testarudo del Padre Picard insistió tanto que me arrancó el consentimiento para peregrinar todavía una vez más. Se peregrinó, pues, hacia nuestra querida Señora de Lourdes. ¿Sabéis cuántos milagros consiguió la caravana? Doce bien contados, de los cuales varios trajeron la conversión de familias enteras, entre otras la de un francmasón que, al ver que su hija moribunda volvía a la vida y estaba completamente curada,

1) Se trata de la guerra ruso-turca.

fue a confesarse. ¿Qué concluir? Que el P. Picard tenía más fe que yo y que sabía mejor servirse de ella.

Por lo tanto hay que tener una gran fe y si la Santísima Virgen no siempre la recompensa con doce milagros, podemos estar seguros de que siempre será recompensada, tanto más cuanto que los milagros no siempre son signo de santidad. Pero no deja de ser cierto que el medio para triunfar del mundo es la fe, como dice San Juan.

Seréis hombres de sacrificio y seréis hombres de fe, dos condiciones para devolver la fe a Europa.

**para los combates de  
la Iglesia**

Lo que no existe no puede combatir. Europa tiene tramos que se entrechocan; pero desde la Reforma, no se puede decir que Europa combate. Para devolverle a Europa esa vida de combates gloriosos de antaño, hay que devolverle la unidad; y, cosa asombrosa de la que nada comprenderéis a primera lectura, es que Europa ha perdido la vida cuando perdió la unidad y que su unidad se evaporó el día en que ya no se quiso más la unidad católica en diversos grados. En este capítulo, los primeros culpables son los Protestantes, los segundos son los Jansenistas y los Galicanos, los terceros son los filósofos tipo Luis XV, y los cuartos los católicos liberales. Pero esto es demasiado fuerte para vosotros; me detengo aquí, dejándoos las vacaciones para meditar el problema y comprenderlo.

Después de esto, sed juiciosos, obedeced a papá y a mamá, dad buenos ejemplos al hermano pequeño, no tiréis de los pelos a vuestras hermanas, no hagáis rabiar a los criados, y no recibáis a las visitas sacándoles la lengua. Consejos muy importantes para aquellos que no han entendido nada de lo anterior.

### III

#### LOS COMBATES

- I. Lucha contra la Revolución.*
- II. Guerra a las Sociedades Secretas.*
- III. Trabajo contra el cisma.*

*Que nadie se extrañe del modesto espacio reservado a esta selección de escritos de combates. Requerirían numerosas explicaciones históricas para ser convenientemente interpretados y, por su naturaleza misma, revisten un menor carácter espiritual. Hemos elegido, sin embargo, algunos textos para evocar toda la amplitud del celo desplegado por el P. d'Alzon para la defensa de la Iglesia.*

*La lucha contra la Revolución ha sido muy vigorosamente llevada mediante “la predicación, la enseñanza, la prensa”. De las predicaciones de controversia del P. d’Alzon, no nos quedan en general más que rápidas notas, pero que atestan de la minuciosa preparación dedicada a este apostolado. En dos ocasiones la Revue de l’Enseignement Chrétien ha combatido por la libertad de la enseñanza y la formación auténticamente cristiana de los niños y de los jóvenes confiados a los establecimientos religiosos. En cuanto a la prensa, desde siempre el P. d’Alzon comprendió su importancia para una más eficaz difusión de las enseñanzas de la Iglesia. Encontrarán aquí documentos de fechas distintas que tratan de la enseñanza y de la prensa.*

---

## ESPLENDORES DEL ARTE CRISTIANO

Mientras que las preocupaciones de la ciencia moderna parecen dirigirse sobre todo hacia aquello que aumenta el bienestar material y mientras que cierta escuela literaria escarba en las bajas regiones del corazón humano para descubrir allí los secretos de las más vergonzosas emociones, en esta reunión que, aunque está dedicada a la coronación de los estudios clásicos, no por eso debe dejar de conservar su carácter religioso, me ha parecido bueno mostraros el destino del arte cristiano y cómo, empleando elementos externos, prosigue a través del mundo de los sentidos la gloriosa misión de elevar la materia hacia el cielo y de dar un sentido divino a todo cuanto toca.

¿Qué es el arte en efecto? ¿No es la manifestación de lo bello? Y lo bello, como decíamos en una circunstancia parecida, ¿no es el esplendor de lo verdadero? Lo verdadero es, pues, la base de lo bello y del arte. Pero hay dos

tipos de verdadero: el que expresa las cosas pasajeras y creadas; y lo verdadero como forma eterna del Ser infinito, infinito como él, que se une a él en la unidad más absoluta de una misma sustancia.

### 1. Dios, fuente y creador de belleza

Considerado desde este punto de vista, lo verdadero, la verdad, es Dios mismo; se trata de la belleza incomprendible cuya contemplación causa su inalterable felicidad.

Jamás algo creado podrá manifestar, de un modo completo, la irradiación de las perfecciones de Dios, la belleza divina. Sólo Dios conoce sus misteriosos abismos, porque sólo él conoce su esencia. Y sin embargo, el Ser infinito, principio de todos los seres, posee, en su seno inmenso y fecundo, todas las verdades relativas, la noción de todos los seres secundarios, el tipo de las formas que deben revestir cuando suene la hora de su realización; y el hombre, que por su cuerpo es la primera de las criaturas materiales, puede aspirar a ser entre ellas la más bella, porque Dios ha impreso en él el esplendor de su propia faz: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* [Nos has mostrado Señor la luz de tu rostro] [Salmo 4, 7].

Si Dios es la fuente de lo bello, para adquirir la verdadera noción de lo bello hay que ir a pedírsela a Dios mismo; y si el arte no tiene otra meta que la de manifestar lo bello en las cosas sensibles, se comprende enseguida cómo necesita, sin embargo, ir a buscar sus inspiraciones en Dios; se comprende también cómo el hombre, creado a imagen y a semejanza divina, imitación de Aquél que lo ha moldeado con sus propias manos, puede establecer las más maravillosas relaciones entre Dios y él. Cuando el artista, empleando los elementos materiales, les da con una nueva forma su pensamiento y su soplo, entonces es la imagen más fiel del Creador; pero, para que se mantenga

ga a semejante altura, colocado entre el cielo y la tierra, se necesita que pida a la tierra los instrumentos de su pensamiento y al cielo los tipos de lo bello que su entusiasmo quiere manifestar.

¿Sería lo bastante respetuoso decir que, tras haber sacado la materia prima de la nada, Dios fue el supremo artista, ya sea al dar su luz a los astros que sembró en el espacio, ya sea al hacer converger sus obras hacia una misma meta, es decir, su gloria eterna, manifestada a través de los siglos? Mientras los hijos de Dios le alababan en los cielos, y las estrellas de la mañana exultaban de alegría, el murmullo de la olas, la tristeza de los desiertos, la furia de los vientos, el perfume de las flores, las voces del día, el silencio de las noches indicaban que un gran arte había revelado maravillosas bellezas al ojo y al oído del hombre. El Creador le dejaba sentir su presencia detrás del velo de sus obras; el hombre, si bien no veía claramente la imagen perfecta de Dios en las riquezas de la creación, comprendía sin embargo que sólo un Dios había podido producir todas estas riquezas y ordenar todas estas bellezas.

Nadie puede decir lo que hubiera sido el arte para el hombre en estado de inocencia. Porque, hay que reconocerlo de entrada, el arte no es expresión fría de una belleza muerta; el arte implica de parte de quien se entrega a él, la comprensión y el entusiasmo por lo bello; implica una especie de facultad creadora que reproduce hacia fuera lo que el alma ha contemplado en el interior de sí misma. Lo que era el alma del hombre inocente en presencia de su Dios y de las comunicaciones que recibía de él, lo que era su pensamiento frente al mundo cuyas leyes primitivas y su armonía nada venía a turbar, ¿quién lo dirá? ¿Quién dirá, por lo tanto, qué obras de arte hubieran salido de sus manos? ¿Hubiera habido moradas? ¿Hubiera tenido que añadirles ornatos? ¿Qué culto hubiera rendido a su Dios? ¿Con qué cánticos hubiera celebrado su gloria? ¿Le ha-

bría dado gracias? ¿Qué perfección hubiera alcanzado su palabra? Y en la fecundidad de su pensamiento y en la riqueza de sus expresiones ¿qué lugar hubiera ocupado el arte? Preguntas inútiles e insolubles al mismo tiempo.

Pero el estado de inocencia no dura, y Dios ve la voluntad del hombre que aporta la turbación y el desorden en el plan de la creación. Ahora bien, ¿qué hará Dios? Artista admirable, opondrá a las destrucciones del pecado, a las perturbaciones de la rebelión y (si puedo expresarme así) a la fealdad del mal, la más esplendorosa belleza que la creación pueda alcanzar. La creación rebelde, culpable, debe aportar los elementos necesarios para manifestar a un Dios habitando entre los hombres: aparecerá un hombre en la tierra y ese hombre será Dios.

## 2. La belleza de Cristo

No me detendré a examinar de qué belleza material estaba revestido el cuerpo del Hijo de Dios hecho hombre; me detengo en esta palabra de San Juan: “El Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria” [Juan 1, 14]; y yo le diría a un artista: Exprésenos eso; reproduzcanos con su cincel, con sus pinceles, sus cantos, su palabra, este misterio, tal como usted lo entiende. Es un hombre, he aquí vuestro dominio, pero es un Dios y es necesario que lo reconozcamos. El poder, la sabiduría, el amor, la justicia, la bondad, la fuerza, la independencia, lo infinito, todo eso, hay que hacérselo sentir. Dios, espíritu puro, fuego que consume, no puede ser reproducido bajo una forma sensible; pero he aquí a Dios que oculta sus rayos y los proporciona en cierto modo a nuestros ojos; estos rayos, sin embargo, si no podemos verlos en todo su destello, al menos hay que adivinarlos bajo las sombras de la humanidad que los recubre.

Un Dios tal como nos lo enseña el cristianismo, un hombre con todos los dolores de la caída original sir-

viendo de vestimenta a la divinidad, este hombre y este Dios no forman más que una misma persona en la que el hombre y el Dios serán sin embargo realmente distintos; he ahí el tipo, he ahí el modelo que el arte podrá copiar sin cesar, que le proporcionará inspiraciones hasta el final de los tiempos, pero del que nunca superará la belleza, porque el arte, por perfecto que sea, nunca superará lo infinito.

San Pablo, a quien hay que recurrir siempre cuando se quiere tener la última palabra en las cosas grandes, explica admirablemente por qué Jesucristo es, por excelencia, el tipo del arte: “Es, dice, que la plenitud de la divinidad habita en él corporalmente. *In quo inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter*” [Colosenses 2, 9]. Y ahora, artistas, no digáis que la divinidad está demasiado elevada para vosotros; hela ahí habitando corporalmente en un hombre. Mirad cómo podréis representar a este hombre de tal modo que nos veamos obligados a adorar y a amar a un Dios.

### 3. Los dos focos de la elipse

Pero, ¿el arte no debe acaso pintar más que lo bello en su estado puro, lo bello que deriva de la verdad y del bien?

No; existe una cierta belleza en el mal, del que el espíritu de las tinieblas, el rey de los infiernos, Satanás, nos proporciona el lamentable modelo. “La forma, exclama el autor del *Essai sur l'indifférence* [*Ensayo sobre la indiferencia*], la forma permanece con su belleza esencial, imperecedera, y temblamos al verla. El mal está ahí, el mal ideal, encarnado en esa forma; las tinieblas irradian en este rostro, el odio destella en estos ojos, el orgullo inflexible se asienta en esta frente. Esta forma atractiva, aislada de su Creador, aislada de la creación, está suspendida en el vacío como un meteoro espantoso”.

Y Bossuet, dirigiéndose a todo el ejército infernal: “Oh, ángeles inconsiderados, os habéis sublevado contra Dios; habéis abusado de vuestras cualidades excelentes, ellas os han vuelto orgullosos. El honor de vuestra naturaleza que os ha inflado, aquellas hermosas luces a través de las cuales os habéis seducido, serán para vosotros una plaga y un tormento eterno; vuestras perfecciones serán vuestros verdugos y vuestro infierno seréis vosotros mismos”.

Lo que el señor de Maistre decía de la Edad Media, se puede decir del mundo de lo bello: que es una gran elipse en la que los dos focos son Jesucristo y Satanás, la belleza de toda perfección y la belleza del mal. No que el mal sea bello por sí mismo; en sí, es la fealdad absoluta, a menos que sea la nada absoluta; pero el mal, manifestado en su más alto grado de desarrollo, no podía existir sino en una de las obras maestras del Creador, y esta obra maestra es Satanás, el más hermoso y el más culpable de los ángeles.

Ahora bien, ved cómo se alinean, en torno a estos dos jefes, el ejército del bien y el ejército del mal: el mal, con sus pasiones, sus vicios, sus esclavos, sus víctimas, los demonios y los condenados; Cristo, con sus austeras virtudes, sus mártires, sus vírgenes, sus apóstoles, sus ángeles y sus santos, mezclados en la tierra en dos vastos campos. Estudiad todos los choques, estudiad las diversas fases de la guerra que dura desde Caín y Abel, que durará hasta el fin de los tiempos; seguid, mediante el pensamiento, todos los combates interiores, las seducciones del crimen afortunado, el encanto de no creer cuando se tiene interés en no creer, el fantasma de los remordimientos apareciendo a ratos como una última llamada de Dios, a veces vencedor, pero más frecuentemente hundiéndose para siempre en la noche de la indiferencia, los insolentes éxitos de algunos malvados, breves, después de todo, como lo que se puede colocar entre una cuna y una tumba.

Poned, del otro lado, todo cuanto las luchas de la virtud pueden aportar en cuanto a estudios fascinantes. Algo de esto ha sido ya estudiado, sin duda, por el arte pagano; pero lo que no lo ha sido, lo que no ha podido serlo, es la virtud entendida tal como Cristo ha traído la noción a la tierra; y aquí es donde el arte tomará su desarrollo más completo.

Sólo el cristianismo, al darnos de Dios un conocimiento más extenso, nos reveló tres condiciones esenciales para el desarrollo del arte: en primer lugar, una noción más exacta del Ser perfecto; luego, la idea de las perfecciones que puede comunicar a sus obras en cuanto Creador; finalmente, mediante la perfección misma que las obras pueden alcanzar, una inteligencia más verdadera de su degradación y de su desorden, cuando violan las leyes de su naturaleza.

He aquí, por lo tanto, los límites del arte considerablemente extendidos y su dominio ampliado. A eso hay que añadir un hecho, un hecho inmenso en la humanidad y que modifica las condiciones de su existencia. Es que hubo en efecto una rebelión del ser razonable contra su Autor; hubo caída, castigo y, frente a esto, una reparación divina mediante la inmolación, mediante el sacrificio. Si el arte se apropia tales datos, y si los fecunda en las esferas en las que, bajo la mirada de la fe, puede lanzarse a todo su vuelo creativo, ¿qué resultados no podrá alcanzar?

Quedan algunas cuestiones por resolver.

¿No hay nada bello fuera del arte cristiano? No plegue a Dios que osemos afirmararlo. La naturaleza tiene sus bellezas, bien a menudo reflejo muy lejano de las perfecciones de su Autor. Cada ser tiene su razón de subsistir, su armonía y, por lo tanto, el tipo de belleza que le es propio. El arte puede apropiarse todo eso; pero si la meta del arte es volver a llevar, mediante las cosas externas, a los grandes y sublimes puntos de vista del mundo de las

inteligencias, que se nos conceda que la pintura de ciertos detalles domésticos o que el retrato de algunos animales puede darnos alguna satisfacción, pero no elevará nuestras almas.

No quiero despertar viejas querellas, y concedo que el arte antiguo llegó a una perfección de formas de la que estamos aún tan lejos como se quiera; no estoy hoy de humor para disputas. Pido solamente permiso para tomar dos de esas obras maestras del arte pagano: el Apolo y el Laocoonte del Belvedere; y después de haberles rendido el tributo de admiración que merecen, busco cuál es la moralidad de estas dos estatuas. Apolo acaba de matar al monstruo enviado por el furor de Juno contra Latona, Diana y él; lo ha vencido, y la alegría del triunfo y el sentimiento de su fuerza destellan en la pose y en todos los rasgos del joven dios. De hecho, ¿qué se esconde aquí? El hijo de la adúltera rechaza los ataques de la esposa legítima, irritada y abandonada del rey de los dioses; el derecho legítimo, poco atrayente, es vencido por el vigor y la gracia de las formas.

Frente al dios [Apolo], veo a su sacerdote que expira [Laocoonte]. Juno, que no ha podido vencer a Apolo con una sola serpiente, envía dos para tener mejor éxito contra el imprudente sacrificador que quiere frustrar la superchería del caballo de Troya. Uno tiembla al ver a los dos reptiles avanzar hacia Laocoonte. Helos ahí, están en la rivera, Laocoonte y sus dos hijos quedan atrapados en sus horribles nudos. ¡Oh! Hay algo de horrible en las convulsiones del padre y de sus dos niños, y hasta en los gritos que este mármol tan vivo no emite. Pero, una vez más, ¿cuál es el sentido moral de todo esto? Un sacerdote, perfecto hombre honesto, advierte a sus compatriotas de una trampa que va a ser la ruina de su ciudad. Una diosa, furiosa porque no se le ha dado el premio de la belleza, envía dos monstruos contra este ciudadano virtuoso; y el dios, que tan bien ha sabido matar a millares de griegos para otro de sus sacerdotes,



no sabe proteger a éste. Lo que hay de moral, de religioso, de divino en todo esto, no será yo quien me encargue de indicarlo.

Una estatua del arte antiguo, sin embargo, me ha encantado con una admiración sin reserva. A través de las galerías del Capitolio, se llega a una sala donde la vista, cansada de las numerosas representaciones de Antinoo, se reposa sobre un mármol iluminado por una luz que procede del Coliseo; se trata del Gladiador moribundo. Su cuerpo no ha sido aún retirado; está ahí, tendido sobre la arena; apoyado en un brazo, mira cómo la vida huye con su sangre; y en sus ojos que se apagan, uno cree percibir, bajo un velo de tristeza, un no sé qué rayo de esperanza.

Ignoro completamente el nombre del escultor y de la época en que el cincel hizo brotar del bloque semejante obra maestra; pero afirmo que el autor del Gladiador moribundo había visto expirar a cristianos y entendido algo de los grandes misterios del martirio.

#### 4. El Verbo de toda belleza

¡Oh!, podéis exaltar cuanto queráis la perfección del arte griego; cuanto queráis, os concederé que posee la perfección de las formas externas y el don de expresar ciertos sentimientos naturales; pero lo que hace grande al hombre, lo que le recuerda su destino, lo que le acerca a Dios, lo que le impulsa a imitar al más sublime de los modelos, lo que coloca por encima de todas las bellezas de la tierra la belleza de las virtudes nacidas en el Calvario y del Sacrificio ofrecido a Dios por un Dios, sólo el arte cristiano lo revelará, sólo el arte cristiano lo podrá realizar.

¿Pero para qué perdernos en consideraciones sobre las inspiraciones que reproducen el mármol o los colores? No necesitamos preparar pintores o escultores; queremos

devolveros hijos que sepan hablar francés, y aquí las riquezas del arte cristiano son inagotables.

Así como Jesucristo es el modelo de toda virtud, lo mismo que es el principio de toda verdad, así también es la fuente de toda belleza, es el ideal y el tipo del arte por excelencia, si le consideramos como el Dios-Hombre, que inspira a los artistas que quieran reproducirle mediante la pintura o el mármol; pero lo es también de manera muy diversa para aquellos que persiguen la belleza de la palabra humana. ¿Qué noción más magnífica nos podemos hacer de ella si no es buscando su origen, de eco en eco, hasta en el seno mismo de Dios? ¿Queréis saber lo que es la palabra por excelencia? Escuchad: “En el principio era la palabra, y la palabra estaba en Dios y la palabra era Dios” [Juan 1, 1].

He ahí, a la vez, el punto de partida de la teología católica y del arte cristiano de la palabra. Y si ahora queréis saber lo que es esta palabra, se os responderá que se trata del esplendor de la gloria divina, que es la forma, el revestimiento de la sustancia infinita. ¿Encontraréis algo más glorioso, más espléndido, más bello que la forma que Dios mismo ha querido darse hablándose eternamente a sí mismo y contemplándose en su amor infinito?

Pues bien, ésta es la palabra que “se ha encarnado de mil maneras mediante los patriarcas y los profetas, y que Dios ha dirigido al mundo en estos últimos tiempos mediante su propio Hijo” [Hebreos 1, 1-3]. “Ningún hombre habló jamás como este hombre” [Juan 7, 46], decían de él los emisarios de los fariseos. Esta palabra es la que después de los profetas han repetido los apóstoles; por ella han sido convertidos los pueblos. No se parece en nada, lo concedo, “a los acentos persuasivos de la sabiduría humana” [1 Corintios 2, 4]; ella adoptó incluso en los comienzos no sé qué dureza que la separaba bruscamente de la blandengue y sutil habilidad de los griegos; pero más tarde, cuando ya no hubo ne-

cesidad de probar que la Verdad había establecido su imperio en el mundo sin ningún auxilio humano, les fue permitido a los cristianos mostrar que nadie puede prestar a la verdad un vestido conveniente como quienes poseen la verdad divina.

Ahora bien, considerando las cosas en sí mismas, ¿dónde la palabra humana puede desarrollarse mejor que bajo la influencia de aquellas grandes y sublimes doctrinas enseñadas por Dios mismo al hombre? Hay aquí para el artista cristiano, si podemos servirnos de esta palabra desgraciadamente envilecida por ciertos abatimientos modernos, hay aquí como una perpetua desesperación: la desesperación de no poder llevar jamás el arte de la palabra humana tan alto como su ideal, ya que este ideal es Dios; y el estímulo de poder superar siempre a los que nos han precedido, ya que, entre lo que se ha hecho y lo que se puede hacer, está el abismo del Infinito. ¿Quién podrá expresar la fuerza, la majestad, la flexibilidad, la suavidad de esta palabra? ¿Quién dirá la tristeza de estos acentos frente a las miserias del hombre, el ardor de su esperanza saludando los bienes prometidos, su odio vigoroso al mal, su compasión por las almas débiles y caídas, su indignación frente a los provocadores al vicio? Todos los elementos del pensamiento humano vienen a ponerse a su disposición y le prestan su concurso, ya sea para instruir, amenazar o animar a los hombres, ya sea para celebrar las alabanzas de Dios.

Considerada desde este punto de vista, la palabra humana alcanza una altura que la hace digna de todo respeto; tiene derecho a un culto, y tal culto no es otra cosa que el trabajo y el cuidado para no profanarla por el contacto con el error.

Finalmente, y con estos pensamientos terminamos, todos no son igualmente capaces de llevar el arte de la palabra a la misma elevación. Sin duda se necesita una cierta inteligencia para explotar los tesoros que ella encierra;

sin duda se necesita un cierto entusiasmo para vivificar y poner en funcionamiento los diversos elementos que ella presenta a los obreros del pensamiento. Todos no han recibido la misión de ser poetas, oradores, escritores; pero mientras la humanidad no haya rodado, a fuerza de decaencias, hasta el fondo del abismo a donde le llevan las malas pasiones, será verdad decir que nada puede ayudar a dar a la palabra sus formas más admirables, sino la inspiración de un pensamiento divino o el sentimiento que inspira la defensa de la causa de Dios.

Y, para resumir, si el arte es la manifestación externa de lo bello que brota como de su fuente de las profundidades de lo verdadero y de lo bueno, entonces entre lo verdadero, el bien, lo bello y el arte hay una alianza íntima. Emplead el arte para otro fin que no sea el triunfo del bien o la propagación de la noción de lo verdadero, causaréis las perturbaciones más profundas en las regiones elevadas de la inteligencia.

Y he ahí el crimen de quienes han profanado el arte poniéndolo al servicio de las malas obras. ¡Son muy culpables esos hombres que profanan así el más hermoso don que Dios nos ha hecho en el orden natural! Pero, hay que decirlo también muy alto, ellos no se envilecen vendiendo su lengua o su pluma sino porque encuentran en la sociedad compradores tan viles como ellos.

### **Conclusión**

Hijos míos, una de las metas principales de la instrucción que recibís aquí es la de haceros apreciar las bellezas del arte cristiano. Ya sea que no llevéis al terminar vuestra educación (y ésta será la parte de la mayoría) sino la facultad de sentir y de apreciar lo que es conforme o contrario a las leyes de lo bello; ya sea que, mejor dotados o más perseverantes, queráis vosotros mismos tratar de proseguir en algunas de sus manifestaciones el arte de la

palabra humana, recordad que torcer ciertos dones contra la verdad es una horrorosa profanación. Vergonzosos ejemplos de ello, lo sé, os son presentados todos los días. El crimen, por mucho que se multiplique sobre la tierra, no deja de ser crimen; y aunque algunas veces se haya visto a la justicia humana disminuir los castigos porque los delitos eran demasiado numerosos, que yo sepa la justicia divina nunca ha cedido todavía nada de sus derechos insultados.

¡Oh!, creedme, frente a esas inteligencias que no parecen encontrar su alegría sino en hacer servir al error y al mal aquello que Dios había hecho para la propagación del bien y de lo verdadero, tomad la resolución valiente de luchar, o bien mediante la nobleza de vuestras obras, o bien mediante la energía de vuestros juicios, contra estas seducciones tan fáciles y tan vergonzosas.

Que el arte cristiano sea siempre para vosotros una cosa santa, como todo cuanto toca a Dios mismo y a su imperio, y que nunca se os pueda reprochar el haber traicionado, so pretexto de culto al arte, la causa del bien y de la verdad.

*(Discurso de distribución de premios, 1859).*

---

**Nota sobre la cuestión de los estudios  
y sobre la acción que la Santa Sede debe ejercer  
por ellos en la Iglesia**

El Papa va a ser proclamado infalible. Este privilegio, coronación de su título de doctor universal, le planteará nuevos deberes y, entre otros, no sólo la obligación de condenar el error sino de enseñar y de hacer enseñar en toda la Iglesia la verdad. Bajo este aspecto quiero enfocar la cuestión de los estudios y, para establecer un cierto orden en lo que voy a decir, plantearé seis cuestiones:

1° Los derechos de la Iglesia sobre la enseñanza de las ciencias y la utilidad general que se seguiría si ella tomara la dirección de la misma.

2° Los motivos más específicos que deben llevar a la Santa Sede, en las presentes circunstancias, a apoderarse de la enseñanza.

3° Las razones muy particulares que tiene el Soberano Pontífice para vigilar, reformar y dirigir la enseñanza religiosa tal como se da hoy sobre todo en los seminarios.

4° ¿Qué medios debe emplear para establecer esta vigilancia, esta reforma y esta dirección en el mundo católico?

5° ¿En qué debe consistir la reforma de los estudios desde el punto de vista católico?

6° ¿Qué desarrollos hay que dar sucesivamente a una Universidad católica?

1° Los *derechos de la Iglesia* sobre la enseñanza de las ciencias y la utilidad general que se seguiría si ella tomara la alta dirección de la misma.

Esta primera cuestión no necesita desarrollo para las personas a las que se dirige esta nota. El derecho de la Iglesia reposa sobre las palabras de Nuestro Señor: *Euntes... docete* [id... enseñad] [Mateo 28, 19-20]. La enseñanza de la verdad implica la enseñanza de todo cuanto pueda contribuir a darla a conocer. Solamente, si estas líneas estuvieran destinadas al público, habría que mostrar cómo esta verdad es combatida: 1° mediante el monopolio gubernamental; 2° mediante la ciencia independiente alemana, 3° mediante el librepensamiento revolucionario; 4° mediante la tolerancia galicana. Pero *intelligenti pauca*.

2° Los *motivos más específicos* que deben llevar a la Santa Sede, en las presentes circunstancias, a apoderarse de la enseñanza.

En nombre de los derechos del Estado, se quieren enseñar todas las ciencias *laicas o laicizadas* y, por un respeto hipócrita de la Iglesia, se las quiere separar del elemento religioso. En el fondo, eso tiende nada menos que a hacer atea la enseñanza de las ciencias, y los resultados obtenidos por el espíritu revolucionario no hacen sino corroborarlo. Ahora bien, si la separación de la Iglesia y del Estado se realiza cada día, al menos hay que retirar el beneficio de que la Iglesia tenga el derecho legal a instruir a sus hijos y a darles una enseñanza completa: sea mediante universidades libres y vigiladas, dirigidas, fundadas; sea mediante escuelas de diversas clases, de modo que pueda ofrecer, mediante la superioridad de su enseñanza, el medio para los católicos de conseguir una verdadera superioridad intelectual sobre aquellos que sólo aspiran a recibir la ciencia separada del elemento religioso.

Cuando los Papas constituyeron las Congregaciones romanas, establecieron el Santo Oficio para defender en el seno de la Iglesia la verdad atacada por la herejía, y la Propaganda Fide para llevar la antorcha de la fe a los herejes y a los infieles. Después del Concilio del Vaticano, estas dos Congregaciones quieren ser completadas por una tercera, la Congregación de los Estudios, que no solamente protegerá la verdad como el Santo Oficio, sino que la extenderá, y no sólo fuera de la Iglesia, como la Propaganda, sino en su interior, frente a la enseñanza secularizada. Volveré dentro de un momento sobre este pensamiento.

3º Las *razones muy particulares* que tiene el Soberano Pontífice para vigilar, reformar y dirigir la enseñanza religiosa en todas partes donde sea dada en nombre de los obispos, sobre todo en los seminarios.

Después de las doctrinas emitidas por algunos obispos en el Concilio; después de la manera como se ha podido notar la ignorancia de algunos, el servilismo de otros o el mal espíritu de lo que llaman la minoría; después de

haber constatado la funesta influencia ejercida por ciertas Congregaciones religiosas en los seminarios que les están confiados; después de comprender la acción deletérea del Estado, la decadencia o el espíritu de rebelión y de herejía en muchas universidades, ¿no es evidente que en nombre de su título de doctor universal, infalible, encargado de confirmar a sus hermanos los obispos y de instruir a todos los pueblos, el Soberano Pontífice está obligado en primer lugar a informarse sobre el estado de los estudios en todo el mundo católico, y a emprender su reforma en todas partes donde están en peligro? ¿No es acaso evidente que a él corresponde no sólo indicar las reglas de la enseñanza elemental mediante el pequeño catecismo para el pueblo y para los niños, y la dirección que hay que dar a la instrucción para las clases de los católicos más instruidos, sino también asegurarse de que, después de lo sucedido en el Concilio, los obispos den en todas partes al clero la enseñanza católica tal como conviene transmitirla a los fieles en toda la Iglesia en los tiempos que corren?

Evidentemente, hay aquí todo un plan de combate que formular. Nos encontraremos frente a los gobiernos con sus desconfianzas, a los obispos con sus pretensiones y a las instituciones con sus costumbres establecidas; pero eso no es razón para desanimarse, si estamos decididos a aplicar el hierro a la herida.

4º ¿Qué *medios debe emplear* el Soberano Pontífice para establecer esta vigilancia, esta reforma, esta dirección y sobre todo esta iniciativa en cuanto a los estudios en el mundo católico?

A. Como decía hace un momento, el establecimiento de una Congregación general de los Estudios, formada por hombres venidos de todos los puntos donde se sabe que se dan abusos que hay que combatir, o algunas instituciones para laicos y para sacerdotes que hay que dirigir o reformar o fundar.

B. La creación de inspectores generales para los seminarios que irían a conferir los grados teológicos allí donde los obispos lo pidieran. Esto requeriría explicaciones muy fáciles de dar.

C. La preparación de informes presentados a la Congregación de los Estudios. Se podrían hacer por grupos para Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, España, América del Norte, América del Sur, la India y China, el Oriente que toca a África, el Oriente vecino de Rusia. Estos informes, comenzados lo más pronto posible y en oposición con los realizados por los obispos, llevarían al descubrimiento de muchos abusos y ayudarían a fijar el remedio y la dirección que dar.

5° ¿En qué debe consistir *la reforma* desde el punto de vista de la ciencia católica?

Esto nos llevaría muy lejos. Me limito a decir que el mal presente consiste en que mucha gente es católica como si no lo fuera y *viceversa* no son católicos aunque quieren conservar el nombre. De ellos se puede decir en este aspecto: *Nomen habes, quod vivas, et mortuus es* [Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto] [Apocalipsis 3, 1]. Para remediarlo es el espíritu católico romano el que hay que hacer penetrar en lo más profundo de las inteligencias mediante la enseñanza, para curarlos del espíritu revolucionario, liberal, separado, tal como existe en un montón de buenos espíritus enfermos, como se ha dicho muy bien, de herejía intelectual sin saberlo.

Hago notar que aquí no me ocupo de lo que tendrían que hacer los obispos. Tienen mucho que hacer, pero para decirlo me saldría del tema que me he propuesto.

6° Plan de *desarrollo* que hay que dar a una Universidad católica.

Esta última cuestión, a mi parecer, no está madura. Quiero hablar sólo de Francia. Encuentro gravísimos inconvenientes e inmensas dificultades para fundar uni-

versidades. ¿Mandarían los obispos alumnos allí donde ellos no serían los dueños? Si se envían alumnos a establecimientos como la casa de estudios superiores de la que Lyon ha sido amenazada en un momento, ¿qué desastre no sería para el espíritu católico? Si se prepara una Universidad libre en una diócesis cuyo obispo es de la oposición, ¿qué obstáculos no habría?

¿Es insoluble el problema? No lo creo, pero debe ser estudiado más seriamente de lo que yo he podido hacerlo hasta ahora.

### Conclusión

De todo cuanto precede, resulta para mí que una de las más importantes cuestiones que hay que tratar después del Concilio, si no durante el Concilio, es la cuestión de los estudios. Es consecuencia inmediata del infalible magisterio del Soberano Pontífice, tal como va a ser proclamado. Es uno de los medios más poderosos, el *más vivo* quizá, para hacer penetrar la acción pontificia en todas partes donde penetrará la verdad católica; y en un tiempo de independencia y de rebelión en nombre de la conciencia, de la ciencia, del librepensamiento, en esta época de la Revolución en una palabra, es el medio más práctico, a mi ver, de hacer triunfar la acción pontificia en el mundo de las inteligencias, como en la Edad Media esta misma acción triunfó en el mundo de la política. Pero para ello importa en sumo grado que Roma no se detenga solamente en el elemento conservador de su misión. Es necesario que acepte el deber de una poderosa iniciativa y que el Papa infalible repita sin cesar a quienes están encargados de enseñar: *Euntes... docete*.

Nota de 1870

### Delenda Carthago

Tras quince años de silencio, los redactores de la *Revue de l'Enseignement chrétien* retoman su tarea. He aquí por qué:

Las desgracias que Francia ha sufrido, las ruinas que se han producido, las reconstrucciones de nuevo necesarias, han obligado a los católicos a reflexionar, a agruparse, a poner en común sus esfuerzos. Una asociación les es indispensable para reclamar todos sus derechos.

Volveremos más tarde sobre esta Asociación, pero ya sabemos qué adversarios se oponen ante todo a nuestros deseos más legítimos.

El enemigo más terrible de la Roma pagana fue Carthago; y el Senado no tuvo descanso hasta que esta rival, largo tiempo invencible, fue reducida a cenizas.

Entre nosotros, la mayor enemiga de la Roma cristiana, de la Iglesia, es la Universidad, y por eso venimos a lanzar el grito: *Delenda Cartago...*

...Combatir la Universidad, derribarla, si es posible, por los medios que da la ley;

Ayudar a la fundación de universidades católicas;

Ofrecer un centro de acciones y de correspondencias, tanto privadas como públicas, a quienes quieran ocuparse de esta inmensa cuestión;

Tomar como punto de partida la enseñanza de la Iglesia; como apoyo, la dirección de Roma y de los monseñores obispos que quieran bendecirnos;

En cuanto a la elección de los medios, suscitar todas las propuestas útiles que se produzcan, y a propósito de estas propuestas diversas, provocar correspondencias, objeciones, controversias pacíficas....

*Revue de l'Enseignement chrétien, 2ª serie, 1871.*

### Contra el monopolio de los programas

...¿De qué pretexto se sirven para borrar las cuestiones religiosas del programa de bachillerato? Se dice: el Estado debe la enseñanza a todos; ahora bien, existen divergencias sobre la religión; suprimamos lo más posible aquello que no hace sino dividir. ¡Maravilloso! Pero se olvida que en materia de enseñanza la idea que debe dominar es la primera de las ideas: es Dios. Excluís a Dios en cuanto de vosotros depende; por lo tanto, en cuanto de vosotros depende, excluís la primera de las ideas, el primer principio. Heos ahí condenados a una enseñanza sin principios, ya que rechazáis el primero de todos. Pero la idea de Dios, del primer principio, no es una pura abstracción, sino una verdad de la que se siguen todas las otras verdades esenciales, lo que, en materia de enseñanza, ya es mucho. Para los cristianos, este primer principio de las ideas y de todas las verdades teóricas es al mismo tiempo la base de todas las verdades morales, y el hombre moral no subsiste sino con la condición de estar penetrado por ellas. Al suprimir a Dios, quitáis de la enseñanza la base de la moral cristiana, ¿y pretendéis que esto no es nada? Tanto más cuanto que para nosotros, católicos, dejar a Dios de lado es un crimen: “Amarás al Señor, tu Dios”, le fue dicho a Moisés; está al inicio de la antigua ley. “Adorarás al Señor, tu Dios, y sólo a él adorarás” [Mateo 4, 10], ha sido repetido por Jesucristo, hablándole al diablo para ponerlo en fuga –notad este detalle– y Satanás huyó. Satanás, que en nuestros días quiere quedarse en la enseñanza, propone que no se hable allí de Dios; Satanás es muy lógico: sólo que parte de los principios del infierno.

Nosotros que no tenemos, para esta especie de principios, un excesivo entusiasmo y que nos preocupamos poco de ser compañeros del diablo y de mantener buenas relaciones con él, tratamos de poner a Dios en todas

partes: “Ya comáis, ya bebáis, todo cuanto hagáis, hacedlo todo en el nombre de Nuestro Señor” [Colosenses 3, 17], dice San Pablo, y preferimos la sociedad de Dios a la del príncipe de este mundo. Tanto más cuanto que no hay en esto solamente utilidad, conveniencia o lógica: hay *obligación*. Estamos obligados, si tenemos fe, de poner a Dios en el origen de todo, en medio de todo, al final de todo. Y este destierro desdeñoso, que la pretendida ciencia moderna le inflige, es una de las más horribles infamias que hayan visto jamás los siglos; infamia tal que no se necesita ser muy hábil para prever un castigo terrible, tanto para quienes lo han cometido como para quienes han participado de él. Mirad: se trata todavía, después de diecinueve siglos, del grito de los judíos frente a Jesucristo: “¿No tenemos más rey que el César!” [Juan 19, 15]. Jesucristo es el Hombre-Dios; el César es el Hombre-Estado, a la espera de que sea el Estado-Dios.

Algún día será un hermoso tema de estudio establecer las sinuosidades a través de las que la Universidad ha deslizado sus ondulados pliegues, para llegar a la supresión de Dios de arriba abajo de la enseñanza. Pero observad cómo empieza por arriba. Razón de más para exigir nuestros derechos por arriba con tanta o más insistencia como por abajo. Estamos ante un momento solemne de la lucha entre el bien y el mal. ¿Seguirá siendo Dios el poseedor, no diré de todas las almas francesas, sino al menos de las almas católicas? ¿Será Dios destruido del mundo, de la ciencia, de las inteligencias, de la sociedad, no mediante ataques directos sino que a través de la enseñanza que le suprime, en apariencia por cortesía, pero en el fondo con la más horrible hipocresía que quiere obligarle a no existir ni para la creación ni para cuanto ésta encierra? He ahí el problema sacrílego que se encierra detrás de la Universidad dueña de la enseñanza superior, secundaria y primaria, mediante

los programas cuyo monopolio exclusivo se reserva la Universidad...

*Carta abierta a Louis Veillot  
Revue de l'Enseignement Chrétien, 1873.*

---

### **Proyecto de un diario católico**

Al P. Emmanuel Bailly

...Quisiera que antes de abandonar Le Vigan, usted hiciera el programa de un diario católico, para que apareciera el primero de enero. Habría que explicar: 1° que somos católicos ante todo; 2° que no somos un partido político; 3° que sin embargo somos un partido político en el sentido de que, como católicos, queremos nuestro lugar a pleno sol, dispuestos a tender nuestra mano a todos los hombres honrados de todos los partidos, dispuestos a respetar sus opiniones con la condición de que respeten nuestros principios. En cuanto a las formas políticas, creemos que habrá espantosos disturbios europeos y el triunfo más o menos lejano de la democracia. Puesto que ya no existe la aristocracia, quisiéramos que la burguesía de algunos grandes centros, haciéndonos comprender hacia donde la burguesía... sobre todo hay que dirigirse al pueblo (¿?). Me vienen a interrumpir.

Pensad en la predicación de las ideas católicas que hay que hacer penetrar en la sociedad. Sin salir de casa, tendréis un auditorio que no siempre viene al sermón y que poco a poco, con el estilo de las tres primeras páginas de vuestra carta, les haréis tragar muchas cosas. Le encomiendo esta idea.

*5 de diciembre de 1870*

---

### Necesidad de una Prensa Popular Medios para fundarla

En este momento el clericalismo, es decir el clero, es atacado sin tregua; hay que defenderlo. Los religiosos y las religiosas son expulsados de las escuelas, hay que procurarles otras nuevas y crearles un presupuesto. Las obras católicas están amenazadas en su existencia, hay que afianzarlas.

Si se logra hacer subsistir todas estas instituciones fuera del Estado, que se separa de ellas, se les da un poder inmenso, pero hay que vivir.

¿Cómo? Interesándose por su vida.

¿Y el medio para hacerlas amar y socorrerlas?

Mediante una prensa popular.

¿Cómo tener esa prensa?

Ya tenemos un ejemplo, *el Pèlerin*, que edita 60.000 ejemplares, *ab actu ad posse valet consecutio* [del hecho al poder está el conseguirlo].

Sin embargo, estos medios han de ser estudiados, pero estoy convencido de que no es imposible encontrarlos.

*Nota de 1878*

### Sobre la Prensa católica

Es inútil hablar de un montón de fracasos: La *Liberté pour tous*, periódico que contenía algunos errores sin darse cuenta; la *Revue de l'Enseignement chrétien*, en la que un doctor de Salamanca ha encontrado herejías, según nos aseguran; el *Pèlerin*, el *Bulletin des Oeuvres ouvrières*, donde algunos de los nuestros vierten ríos de tinta y de elocuencia. Todo eso está muy bien, pero sentimos que se necesita más, mucho más, mil veces más. Sólo que no somos muy fuertes, tenemos deseos, *et non venerunt ad partum* [que no llegaron al parto]. ¡Qué lástima!

Pero qué, ¿no hay nada que hacer? Frente a las sociedades secretas, ¿no hay ninguna acción que ejercer?

*Nota de 1878*

## II

*Frente a las Sociedades secretas al servicio de la Revolución, a partir de 1870-1871, el P. d'Alzon piensa en una amplia organización, bajo la alta dirección de la jerarquía, que ya entonces llama la Acción Católica. Esta Acción Católica tendría como animadores espirituales a sacerdotes y religiosos; como clavijas maestras a católicos fuertemente impregnados y en lo posible adscritos, para sostener su fervor apostólico y su vida espiritual, a diversas Órdenes Terceras. Muy unida en su meta y en su esfuerzo, se hubiera desplegado, según las necesidades de las almas y de las categorías de fieles, en numerosas asociaciones y obras de caridad o de propaganda.*

*Prácticamente no había miseria espiritual en Nimes que el P. d'Alzon no tratara de socorrer por sí mismo o por los suyos, religiosos, religiosas o terciarios. Según un estado de la Congregación establecido en 1874, la Asunción, con sus 63 religiosos, se ocupaba, en 14 casas de obras o de residencia, de 92 obras de las cuales 54 con fines diferentes.*

---

### **ORDEN TERCERA de los Agustinos de la Asunción<sup>1)</sup>**

*META.* – Una vida más perfecta y como intermedia entre la de los cristianos y la de los religiosos, – el apoyo que se encuentra en una asociación cuyos miembros se sostienen recíprocamente en el fervor, – el pensamiento de ofrecer a la Iglesia, para defenderla, una organización análoga a la de las sociedades secretas, que intentan derribarla, – la importancia de acrecentar las fuerzas del

<sup>1)</sup> Este documento y el siguiente acompañaban a la circular sobre las Órdenes Terceras, dirigida a los miembros del Capítulo General de 1876 (pág. 202).

bien frente al mal, tan poderoso hoy, – tales son las intenciones que han presidido a la formación de nuestra Orden Tercera, y que se resumen en esta palabra: extensión del Reino de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso hemos tomado como divisa esta palabra de la oración dominical: *Adveniat regnum tuum.*

A la espera de que estos pensamientos sean desarrollados especialmente para los Terciarios, se encontrará un comentario de los mismos en el Directorio de los Religiosos de la Asunción. La Iglesia, que sin cesar tiene que librar nuevos combates, necesita continuamente nuevas tropas y, fuera de su inmutable organización, convoca a su alrededor al mayor número posible de combatientes. La característica de nuestra pequeña Sociedad es una mayor energía en el bien, una disposición para la vida de sacrificio más generosa, un mayor espíritu de franqueza y de iniciativa y la tendencia a juzgar las cosas desde el punto de vista sobrenatural.

*ADMISIÓN.* – Se necesita ser presentado por un religioso de la orden o por un Terciario.

El Director, solo, admite al Postulantado. Más tarde, para la admisión al Noviciado y a la Profesión, se necesita el sufragio del Consejo.

Para ser admitido se debe tener: 1º una cierta instrucción; – 2º un carácter fácil para las relaciones de la vida; – 3º un verdadero deseo de la perfección según su estado; – 4º la posibilidad de ocuparse de las obras de la Asociación.

Una vez recogidas cuidadosamente las informaciones, si son buenas, se le presenta al Noviciado. Lo mismo para la Profesión. El Director proporciona por sí mismo o por medio de personas capaces, los informes apropiados para esclarecer al Consejo.

El novicio admitido es formado mediante ciertas pruebas; éstas serán fijadas por las Reglas.

El Noviciado dura al menos un año. – La Profesión se renueva cada año.

El signo distintivo es un crucifijo, que uno se quitará lo menos posible.

Por la Profesión, uno se compromete a vivir una vida más exigente, a retomar de los votos de religión, aunque sin obligación, lo que puede asumir una persona que vive en el mundo en lo referente a pobreza, castidad y obediencia.

La pobreza lucha contra la inclinación al bienestar y al lujo; – la castidad tiene sus reglas incluso en el matrimonio; – la obediencia de espíritu favorece mediante el sacrificio de la voluntad el desarrollo de las buenas obras, y aunque nadie puede ser obligado a ninguna de ellas, tiene la obligación solamente de no emprender ninguna obra nueva sin permiso.

*PRÁCTICAS.* – Cada día – media hora o al menos un cuarto de hora de oración mental, – media hora de lectura seria, – un capítulo del *Nuevo Testamento*, – el examen de la noche; – un día de retiro al mes; – cuatro comuniones especiales al año: por Navidad, en la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, en la fiesta del Corpus, en la Asunción.

Se huirá de las fiestas del mundo, los bailes, los espectáculos.

Se practicará la mayor caridad hacia los enfermos.

Se rezará con afecto por los difuntos.

Se adquirirá un *diurnal* para recitar, del Oficio de la Iglesia, si se puede, las Horas del día, al menos Prima, Vísperas y Completas.

*ORGANIZACIÓN.* – Será muy sencilla: Un Director religioso, seis consejeros, que se repartirán los empleos.

Las reuniones tendrán lugar, en lo posible, cada quince días, cada ocho días si se puede. En ellas se dará una instrucción; se conversará con toda sencillez sobre el estado

de la Orden Tercera, de sus progresos y desfallecimientos y de los medios para despertar el fervor.

*ACCIÓN.* – Después de haberse ocupado de su santificación personal, los Terciarios se ocuparán, mediante todas las buenas obras posibles, –enseñanza, propaganda, evangelización popular–, de reconducir a Jesucristo a tantas almas descarriadas. *Messis quidem multa, operarii autem pauci* [La mies es mucha, y los obreros pocos] [Lucas 10, 2]: esta palabra del divino Maestro nunca ha sido tan oportuna. Se necesita, pues, rezar mucho, para que un gran número de obreros se entreguen al trabajo necesario para llevar toda la cosecha a los graneros del Padre de familia.

#### Nota

Este proyecto de Reglamento ha sido reducido todo lo posible; sería quizá útil desarrollarlo: a ello se invita a los miembros del Capítulo General.

Examinar si, en lugar de Orden Tercera, no sería mejor ponerle como título: Asociación de San Agustín.

Se ruega insistentemente exponer todas las ideas correlativas con la nuestra y capaces de mejorarla.

El P. Picard, en sus momentos de soledad, ¿no podría redactar un Directorio? Le enviaríamos las ideas más o menos fecundas de cada uno.

---

### REGLA

#### de la Orden Tercera de los Sacerdotes de la Asunción

Fuera de la Familia de los Agustinos de la Asunción, se constituye una Orden Tercera integrada por sacerdotes que deseen llevar en el mundo una vida más perfecta.

*META.* – Adquirir toda la perfección del estado eclesiástico en las funciones del ministerio, – practicar lo más generosamente posible todas las virtudes sacerdotales, – procurar la extensión del Reino de Jesucristo en las almas mediante las distintas obras de apostolado.

*ESPIRITU DE LA ASOCIACIÓN.* – El amor más ardiente a Nuestro Señor Jesucristo, a María, su madre, a la Iglesia, su esposa. – Este triple amor se manifiesta mediante la consagración a la causa de Jesucristo, quien desterrado de todas partes, debe retomar su imperio en todas partes, – mediante la filial imitación de las virtudes de María, modelo de la vida interior, – mediante la entrega más desinteresada al triunfo de los derechos de la Iglesia, de su enseñanza, de sus leyes, de sus obras.

Las tres virtudes principales son el espíritu de fe, el espíritu de sacrificio, el espíritu de iniciativa. – La fe rechaza las ideas humanas; el sacrificio acepta todas las oposiciones y todos los sufrimientos; la iniciativa combate la indolencia, la pereza y las cobardías del egoísmo.

*LA ADMISIÓN.* – Se es admitido bajo la presentación de los Religiosos de la Asunción o de los miembros de la Orden Tercera.

El Director, solo, puede admitir al Postulantado.

Se necesita, para la admisión al Noviciado, los dos tercios de los votos de los consejeros.

Los postulantes y novicios dan cuenta de sus disposiciones al Director o al Maestro de novicios.

Sobre los postulantes se recogen las informaciones necesarias para saber si son aptos para formar parte de la Orden Tercera.

Los postulantes y novicios asisten a los ejercicios comunes de los profesos, excepto al Capítulo de culpas.

La profesión no implica los votos, sino una simple promesa de seguir durante un año la Regla de la Orden Tercera.

Después de cinco años, se puede hacer una profesión perpetua.

El signo de la admisión es un crucifijo entregado en el momento de la profesión.

El Director puede admitir individualmente a la práctica de la Regla. Pero no se forma parte de una Confraternidad sino en la medida en que se ha sido admitido por el Consejo y tras un noviciado ordinario.

Sin embargo, si en un país se encuentran varios Terciarios aislados, con la autorización del Superior General podrían ser erigidos en Confraternidad.

*OBLIGACIONES.* – Por la profesión, los Asociados se comprometen:

1º a la obediencia entendida así: como sacerdotes, la más completa obediencia a su obispo para todos los empleos, misiones, obras que les confíe; – como asociados, obediencia al Director para su vida interior, reglamento personal, obras de supererogación, de tal manera que no puedan ser forzados a emprender ninguna a pesar suyo, pero que tampoco emprendan ninguna sin permiso.

2º a la pobreza mediante la sencillez en su alojamiento, vestimenta y comidas. – Pedirán permiso para cenar en la ciudad y viajar. – Trabajarán con la intención de ganar su vida como pobres. Podrán someter al Director su presupuesto anual.

3º La castidad de su sacerdocio les será particularmente apreciada. – El Director está especialmente obligado a advertirlos de cualquier imprudencia cometida por ellos, o de hacérsela advertir según la prudencia.

Además del compromiso de la profesión, los Terciarios podrán hacer el voto de practicar las tres virtudes de religión; pero este voto se hace en particular.

*PRÁCTICAS.* – La oración, el rosario, la lectura espiritual, el examen particular, la visita al Santísimo Sacramento se combinarán en el reglamento especial, adaptado a la situación de cada Terciario.

Se ayunará, en lo posible, una vez por semana.

Un asociado, al abandonar una ciudad, no deja de pertenecer a la Orden Tercera de esta ciudad.

Se procurará con la mayor caridad visitar a los hermanos enfermos. Se les advertirá en caso de peligro. – Este último punto es uno de los más esenciales de la Asociación.

Cuando muera un Terciario, los asociados dicen una vez el oficio de difuntos y una misa por el reposo de su alma.

Además de estas reglas, los Terciarios pueden acercarse en su vida a los Agustinos de la Asunción, cuyo Directorio y las Reglas comunes estarán a su disposición.

*ORGANIZACIÓN.* – La Orden Tercera está gobernada por un Director, un Maestro de novicios y un Consejo, cuyos miembros son fijados según el número de los asociados.

El Director otorga las dispensas necesarias.

*REUNIONES.* – Las reuniones tienen lugar en lo posible cada ocho días. – Se recita en común una hora menor o vísperas; se escucha una instrucción, se hace el capítulo de culpas de las faltas contra la regla y, si quieren conversar, se reúnen fuera de la capilla.

*BUENAS OBRAS.* – Ya que la meta de la Orden Tercera es la realización de la divisa: *Adveniat regnum tuum*, los Hermanos deben dedicarse a las obras apostólicas que mejor puedan contribuir a ello. No se especifica ninguna; se admiten todas. – Hay que entregarse a ellas con un desinterés tal que se esté siempre dispuesto a ceder a otro el bien comenzado por nosotros. Así se debe practicar sin

espíritu propio la propaganda católica, tan necesaria en nuestros días.

Los Terciarios recordarán sin cesar que sus primeros deberes son los de su estado y que, antes de dedicarse a las obras de supererogación, deben asegurarse de que las obras impuestas por su primer Superior, el Obispo, han sido cumplidas por ellos.

Así, conservando el orden establecido, harán en primer lugar lo que es obligatorio y luego lo aconsejado.

### **Asociación para la defensa de la Iglesia católica**

Un gran combate se libra hoy en el mundo entre la Iglesia católica y la Revolución. La Revolución se propone abiertamente derribar la Iglesia, el reino de Jesucristo sobre la tierra. Es la guerra de Satanás contra Dios.

La Iglesia tiene su organización, su clero, sus asociaciones. La Revolución tiene su organización, la francmasonería y todas las sociedades secretas que con ella se relacionan.

La Iglesia tiene sus principales medios de acción, la oración y la palabra, *oratio et ministerium verbi*. La francmasonería también tiene sus medios de acción, no la oración sino su culto, el culto de las pasiones que hunden al hombre en el fango, con el fin de apartarle de modo seguro del orden sobrenatural en que encontraba a Dios.

La Iglesia tiende al triunfo del espíritu, la Revolución al triunfo de los sentidos mediante la rehabilitación de la materia. Y Satanás está detrás de este barro, como estaba detrás de la manzana del paraíso terrenal.

La Iglesia y la francmasonería tienen sobre todo a su servicio la palabra. La palabra de la francmasonería, mediante los periódicos, los malos libros, la enseñanza, los discursos y ciertas leyes, toma cada día proporciones más

espantosas. La Iglesia también tiene su palabra, pero hay una gravísima cuestión que hay que examinar: si es todo lo que ella debería ser, y si no se debe recomendar a sus ministros que no sean de los que San Pablo dice que son *adulterantes verbum Dei* [los que falsean la Palabra de Dios] [2 Corintios 4, 2].

Por un lado, las masas se van pervirtiendo cada día más; por otro, el mundo no nos presenta ya una sola nación, una sola sociedad, que sea cristiana. El escepticismo está en la base de todos los Estados. ¿No sería tiempo para la Iglesia de intentar recuperar sus derechos trabajando por apoderarse de las masas, en las que el poder tiende cada vez más a descender? ¿No sería el momento de organizar contra la Revolución y sus doctrinas, contra la francmasonería y sus planes de campaña, bajo la protección del Papa y de los obispos, una Asociación que tomara el contrapié de todas las combinaciones inspiradas por el infierno?

1. La francmasonería actúa mediante la prensa. Contra la mala prensa, ¿por qué no organizar y desarrollar la buena?

2. La francmasonería actúa mediante la enseñanza, sobre todo la enseñanza del Estado. ¿Por qué la cuestión de la enseñanza, y de la enseñanza libre y católica, no sería estudiada bajo todas sus facetas y por qué las diversas soluciones prácticas no serían aplicadas bajo todas sus formas?

3. La francmasonería adula las pasiones carnales: ése es su culto. Nos esforzaríamos por atraer a los pueblos hacia los esplendores y las alegrías del culto católico y de darles el sentido de la oración y los consuelos de la esperanza de un mundo mejor.

4. La francmasonería tiene sus reuniones, en las que se enseña y practica la ciencia de la perversión. Se multiplicarían las misiones, los ejercicios espirituales y las asociaciones piadosas y caritativas.

5. La francmasonería trata de penetrar en las masas, cuyas necesidades son su gran preocupación. Nos ocuparíamos de toda obra que tendiera a mejorar la suerte del pueblo haciendo cristianas sus costumbres.

6. La francmasonería zapa la influencia de la Iglesia despojándola de sus bienes. Propagaríamos toda obra capaz de procurar recursos más abundantes a la Santa Sede, a las misiones interiores o extranjeras, a los establecimientos de instrucción, a las obras populares, a la difusión de las publicaciones católicas. Pero, se dirá, eso ya se está haciendo. Sin duda, pero sin aquel conjunto y aquella unidad que multiplica por diez sus resultados.

Una Asociación, cuyos miembros se comprometerían a trabajar en común por el triunfo de la Iglesia con los medios indicados más arriba, daría evidentemente resultados fecundos al cabo de algunos años de perseverancia y de un desarrollo fácil de suponer. Si estas ideas madre fueran adoptadas, cada una de las partes del plan general sería estudiada por separado y sería objeto de notas especiales.

Se colocaría la Asociación bajo la protección: 1° de María triunfante en los cielos y cuya Asunción condena la negación del alma y las afirmaciones del materialismo moderno; 2° de San Miguel, jefe de los ejércitos celestiales; 3° de San Pedro, fundamento incommovible de la Iglesia que quiere derribar la Revolución.

*Nota de 1871*

---

### **Liga de los Derechos de Dios**

Artículo primero. — Una Asociación católica se forma bajo el título de: *Liga de los Derechos de Dios*.

Art. 2. La meta es combatir los ataques del librepensamiento, de la moral independiente y de las sociedades

secretas contra las verdades reveladas, la Ley de Dios, la Iglesia, en una palabra, contra los derechos de Dios en toda se plenitud.

Art. 3. Toma como divisa el grito del Arcángel derribando la tropa de los demonios: *Quis ut Deus?* [¿Quién como Dios?].

Art. 4. Sus fiestas son las de la Inmaculada Concepción cuyo misterio nos ofrece el fruto más admirable de la humanidad regenerada por Jesucristo, y el más magnífico florecimiento del orden sobrenatural; de San Miguel, el príncipe de las milicias celestiales y el vencedor de Satanás; de San Pedro, el primer vicario de Nuestro Señor sobre la tierra y la base inquebrantable de su Iglesia.

Art. 5. Los medios de la Liga son: 1º la oración; 2º la frecuentación de los sacramentos; 3º todos los trabajos de propaganda católica que se puedan oponer a todas las especies de propaganda impía que tienden a arruinar la fe.

Art. 6. El espíritu de la Liga no es otro sino el espíritu de celo en todas las aplicaciones a la causa de Dios y de la Iglesia.

Art. 7. La organización consiste en la formación de Comités en todos los sitios donde sean posibles. Cada Comité se desarrollará conforme a los medios que la ley civil permite. En cada ciudad en que la Liga se establezca, se forma un Comité con reglamentos adaptados a las circunstancias locales.

Art. 8. Frente a las Sociedades secretas de las que uno de los más poderosos medios consiste en actuar en las tinieblas, una condición esencial de la Liga de los Derechos de Dios es la de no actuar nunca sino a plena luz.

*Fórmula para pronunciar en la Comunión de admisión:*

“En presencia de la Santísima Trinidad y de Nuestro Señor a quien adoro en esta Hostia, me comprometo a defender con todas mis fuerzas los derechos de Dios atacados y a la santa Iglesia católica”.

1872

---

**Sermón de clausura del Congreso católico**  
(Iglesia de los Carmelitas, 7 de abril de 1872)

*Pax vobis*

Señores, ¡qué adioses más oportunos que las palabras tomadas del Evangelio de este día podría yo dirigiros al término de estos trabajos fecundos, así lo pienso, y donde nuestra unión se ha mostrado tan grande! Los apóstoles unidos en el Cenáculo, en lo que yo osaría llamar el primero de los congresos, estaban tristes por la separación de su Maestro; y él, para consolarlos, se les aparece milagrosamente y les dice estas sencillas palabras: La paz esté con vosotros. Las tomo de los labios del Salvador para dirigiros, a mi vez: *Pax vobis*. ¡Que esta paz sea el fruto de vuestros trabajos pasados y la meta de vuestros trabajos futuros!

¡La paz esté con vosotros! Con vosotros en primer lugar, pero también con los otros, porque al separarnos tenemos una gran misión de pacificación que cumplir. Ahora bien, dejadme deciroslo, el secreto de esta paz lo encontraréis para vosotros y para los demás en la fe, la esperanza y la caridad.

*Para vosotros en primer lugar:* Sed hombres de fe, caminad en esta luz que hace ver los acontecimientos y los deberes como Dios mismo los considera. Sed sobre todo hijos de la verdad, aferraos desde el fondo de vuestro co-

razón a los principios y huid de la *manía de los expedientes*. Que vuestra vida entera, regulada por la doctrina del Salvador, tenga las santas audacias suyas, sus virtudes y su fecundidad. Tened la paz en la verdad.

Tened la paz en la esperanza. ¿Qué es lo que perturba a los hombres la mayoría de las veces? ¿Acaso no son las delicias de la tierra? Mediante la esperanza os elevaréis más alto. No pediréis la felicidad a aquello que pasa, tendréis la ambición de lo que es eterno y, por lo tanto, las cosas temporales, las vanas disputas de los hombres os perturbarán poco. Estando vuestro tesoro en el cielo, no daréis importancia a las ventajas de un día y seréis hombres pacíficos, porque la paz de Jesucristo resucitado os enseñará a no buscar más que lo que está arriba, a saborear solamente lo que está arriba: *Quae sursum sunt, quaerite...*, *quae sursum sunt, sapite, non quae super terram* [Buscad las cosas de arriba..., aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra] [Colosenses 3, 1-2].

Tened la paz en la caridad. Amad a Dios, ¡Que sólo él llene vuestros corazones, que sea vuestro móvil, vuestra vida, vuestro todo! Comprended la grandeza del trato con Dios, y de esta unión maravillosa a la que el Creador quiere elevar a la criatura. Allí encontraréis la única paz, la paz de Dios: *pax Dei quae exsuperat omnem sensum* [La paz de Dios, que supera todo conocimiento] [Filipenses 4, 7].

Os deseo: *la paz para los demás*. Todo cuanto viene de Dios es un bien, cuyo privilegio consiste en que no disminuye al ser compartido. Vuestra fe, vuestra esperanza, vuestra caridad se acrecentarán en la medida en que las comuniquéis a vuestros hermanos. Id, pues, y llevadles la fe. El mundo perece en las tinieblas del error y de la mentira; salvadlo devolviéndole la luz, dándole la verdad mediante vuestras palabras y sobre todo mediante vuestros ejemplos. Que vuestra vida sea una perpetua predicación de la fe, y también vosotros seréis apóstoles, a quien Jesucristo vendrá a decir: *Pax vobis*. Y, lo sabemos,

los deseos de Jesucristo se transforman en realidad para quienes le aman.

Dad la paz a los demás. La esperanza os lleva a despreciar los bienes terrestres. Sed generosos sobre todo con el pobre, y la limosna que el desdén por las riquezas hará más abundante en vuestras manos, en primer lugar apaciguará sus cóleras tan acumuladas, luego le dispondrá para aceptar su indigencia, cuando vea que os despojáis en su favor. Cuanto más deis, más comprenderá que la felicidad no se encuentra en el oro, y le enseñaréis el deseo de los bienes de arriba mostrándole que no os apegáis a los goces terrenos. En este aspecto vuestra misión es admirable, porque tenéis la última palabra de la reconciliación posible entre los que tienen mucho y los que no tienen nada.

Finalmente, os deseo que deis la paz en la caridad. Sois hombres de buenas obras, Señores, pero las buenas obras se llevan a cabo de muchas maneras. Al venir a hablar poco de las que habéis llevado a cabo y mucho de las que se presentan para ser hechas, habéis realizado un acto de humildad y de buena voluntad. Sí, el campo es amplio; proseguid vuestras santas tradiciones del bien por amor de Dios. A medida que los odios suben por alguna parte, como las olas de la tempestad, recordad que las aguas de ningún mar furioso han podido apagar la caridad: *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem...* [Grandes aguas no pueden apagar el amor] [Cantar de los Cantares 8, 7]. Acrecentadla, por el contrario, cada día, mediante nuevas invenciones, llevadla por todas partes desde el centro de Francia y hasta sus extremidades. Sí, en todas partes donde el odio del revolucionario se haga notar, que la caridad del católico se muestre mayor aún; ¡que las armas del infierno sean vencidas por las armas del cielo! Y así como, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor os deseo la paz, así podréis no solamente desearla, sino dársela a los demás.

Al separarnos, recordad que pocos días después de la visita de Jesús, los apóstoles que habían visto a su Maestro

subir al cielo, habían invitado a María, su madre, a permanecer en medio de ellos. Haced como los apóstoles, invitad a María a presidir vuestros futuros esfuerzos, poneos especialmente bajo su protección. Prodigios muy recientes nos prueban cuál es su constante poder. Invocadla y mediante ella transformaréis vuestros trabajos en milagros.

---

**A las Conferencias de San Vicente de Paúl de Nimes  
y de Montpellier<sup>1)</sup>**

*Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, in die mala  
liberabit eum Dominus*

[¡Dichoso el que cuida del débil y del pobre!  
En día de desgracia le libera el Señor] [Salmo 41, 2].

Señores,

Ya es una prueba de caridad inteligente venir a reanimar vuestro celo por los pobres en un santuario consagrado a una Virgen, que por sus antepasados era hija de reyes, que por su Hijo es reina del cielo y de la tierra, y que sin embargo ha pasado su vida, la más santa de todas, en la indigencia y en la pobreza. Permitidme saludaros ante todo aplicándoos las palabras de mi texto: *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem*. Feliz quien entiendo los misterios del indigente y del pobre.

**La inteligencia de la caridad** Esta inteligencia de la caridad, la manifestáis además viniendo a rezar, vosotros miembros de las Conferencias de San Vicente de Paúl, en una capilla restaurada por la piedad de las hijas de vuestro patrono,

<sup>1)</sup> En la Peregrinación a Prime-Combe, el 7 de mayo de 1876 (según una copia).

y confiada a sus hijos continuadores de sus virtudes bajo un manto de humildad que les ha dejado caer, así parece, desde el cielo. Venid, Señores, con estos pensamientos de piadosa devoción tanto hacia María como a San Vicente de Paúl, y pedid las luces que necesita vuestro celo para llevar a cabo las grandes cosas que os son requeridas; porque a la caridad necesitamos añadir, para socorrer a los pobres, la inteligencia de los santos y llegar así a evitar, en los días malos que nos amenazan, los males que han preparado los odios explotados diabólicamente entre aquellos que nada tienen contra los que poseen. *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus.* Feliz quien entiende los misterios del indigente y del pobre, en el día malo Dios lo librá.

**Los malos tiempos** Sí, los peligros son grandes, tanto más grandes cuanto que no se quieren ver las causas y que los sabios del día parecen complacerse en acrecentarlos, como los médicos ignorantes que aumentan la intensidad de la enfermedad y aceleran el último día mediante los remedios envenenados que prescriben y el modo como los aplican.

¿Queréis permitirme, Señores, deciros todo lo que pienso sobre uno de vuestros grandes deberes en los tiempos presentes? Derramáis abundantes limosnas en el regazo de los pobres, les tendéis la mano, los visitáis, los consoláis, tratáis de fundar establecimientos donde la infancia sea protegida o donde la vejez y la enfermedad estén al abrigo de la miseria. Y sin embargo, ¿qué sucede para que de un extremo al otro de Francia, la envidia y los celos de los proletarios contra los ricos acumulen furores, tras los cuales los grandes jefes de la industria, pese a una largueza real en las buenas obras, creen adivinar la guerra civil? Queremos creer que se equivocan, pero es necesario que espectáculos muy sombríos se ha-

yan presentado a sus ojos, para que hayan manifestado semejantes temores.

El pobre, el proletario está descontento; está lleno de rencor. De nada sirve escribir en el frontispicio de nuestros monumentos: Igualdad, Libertad; la Fraternidad es nula para él y la rechaza. ¿Por qué? Buscad. En el fondo quiere más de lo que tiene y quiere tener para disfrutar. ¿Y de dónde le ha venido esa sed revolucionaria de disfrutar? Le ha venido en primer lugar de los ejemplos funestos que le han sido dados por aquellos que han escondido sus placeres excesivos, su lujo, sus malas pasiones detrás del abandono de sus deberes religiosos y de un escepticismo tanto más burlón cuanto que casi siempre es más ignorante. Los pobres han dicho: “¡Con que vosotros os hundís en la orgía, y para ser más libres malbaratáis vuestra fe! También nosotros ya no creemos más. Pero si ya no hay creencia, tampoco hay ya moral, y sin moral ¿qué queda sino los apetitos? Tenemos los mismos que vosotros. Como vosotros, queremos satisfacerlos. No tenemos nada; tomaremos de vosotros, ya que tenemos el número y la fuerza. Compartamos y que entre vosotros y nosotros reine la igualdad del capital, del trabajo y del disfrutar”.

**La cuestión obrera**      ¿Acaso exagero, Señores, y mis palabras no son más que el lamentable eco de las afirmaciones demagógicas que se oyen resonar, como el retumbar de la tempestad que avanza y que se dispone a precipitar en sus abismos a ricos y pobres, a la sociedad entera?

¿Soy indiscreto repitiéndoos una conversación que tuve, hace a penas algunos días, con uno de vuestros cofrades de los más altamente situados, cuya sangre fría iguala casi a la caridad y le ayuda a hundir con la calma más cristiana su mirada tan inteligente en los problemas más tristes de ahora? “Se habla mucho, me decía, de la

cuestión obrera. Para mí, no existe o más bien cada cual debe resolverla. Cuando las mujeres cristianas, en vez de comprar vestidos de mil francos, los compren de cien; cuando la sencillez de los muebles replazce a todos los inventos de la molicie; cuando la frugalidad en las comidas haya desterrado todos los descubrimientos de los cocineros y de los confiteros; entonces los ricos darán a manos llenas, los menos ricos quedarán asombrados del superfluo puesto a su disposición para ayudar a los obreros indigentes, y los obreros, todavía a gusto, asombrados por estos ejemplos de moderación, perderán poco a poco algo de la ferocidad de sus apetitos; teniendo otros modelos, se acostumbrarán a tomar otras costumbres”.

Tal vez me separaré de vuestro ilustre cofrade, no negando lo que él quería decirme, sino yendo un poco más lejos que él y creyendo en la existencia de la cuestión obrera. Su convicción me parecía excelente, cuando pedía la reforma voluntaria del lujo de los ricos, para socorrer mejor la indigencia y dar con el ejemplo un impulso práctico y fecundo a la reforma voluntaria de los pobres y a su apaciguamiento. Pero, ¿no podemos preguntarnos si, fuera de estas reformas individuales muy deseables, otras reformas más generales no son posibles, como se ven en los establecimientos formados por valientes católicos y donde disposiciones útiles para el obrero les hacen más laboriosos, más ahorradores, más morales y más cristianos?

**Ejemplos de celo** Por eso no temo invitaros a pedir a la divina Madre de Nuestro Señor una dosis abundante de celo en una sobreabundante dosis de inteligencia, para el cumplimiento de los grandes deberes que os esperan y de los que sois quizá responsables ante los ricos y ante los pobres. Frente a los ricos. – Recordadles que si quieren la reconciliación, a ellos corresponde dar los primeros pasos. Francia cuenta

con alrededor de 160.000 grandes fábricas, donde en general el despotismo altanero del patrón para con el obrero y el odio profundo del obrero hacia el patrón pueden hacer prever las catástrofes más espantosas. Sin embargo, los hechos están ahí. En todas partes en que los patronos han tomado la delantera a los obreros, no sólo con la limosna en la mano, sino con medidas inspiradas en una caridad inteligente, se ha constatado un resultado triple: el trabajo se ha acrecentado, la moralidad se ha afirmado, los beneficios han aumentado y, como coronación, por encima de los odios extinguidos, una leal reconciliación se ha dado.

Pero, me diréis, ¿cómo se las han arreglado estos felices jefes de industria?

No soy de los que creen que haya un único procedimiento. Los medios son múltiples según la región, los trabajos, las costumbres y los hábitos legítimos, a menudo patriarcales, pese al vandalismo de las leyes. Sin embargo, podemos repetirlo, tras la experiencia de una escuela cada vez más cristiana, los medios generales son la observancia de la ley de Dios, el respeto por la autoridad paterna, la protección concedida a la infancia y a la mujer, muchacha, esposa o madre, la previsión que conduce a tener gustos económicos, el atractivo de la propiedad. El obrero, convertido en propietario con el ahorro de su salario, pierde el entusiasmo por la taberna y por la Revolución, ama al patrón que le ha preparado para esta transformación. Llegado a este punto, está cerca de hacerse honrado y cristiano, si no lo es ya, y la demagogia ya no tiene más que constatar la pérdida de poderosos auxiliares de sus designios de anarquía.

Lo que digo con certeza de los proletarios de las fábricas, porque he profundizado un poco más este problema, no temo afirmarlo de todas las aglomeraciones obreras, que leyes fatales empujan a hacerse enemigos de la sociedad y de quienes vuestra caridad inteligente debe ha-

cer sus más sólidos defensores. Para alcanzar esta meta, hay que reflexionar, examinar, estudiar sin duda, porque hoy más que nunca la caridad, frente a los grandes deberes, consecuencia de los grandes peligros, necesita luces y vosotros, pese a la humildad y al silencio que convienen a toda obra, estáis obligados por la fuerza de las cosas a ofrecer luz a las clases pobres como el fruto más precioso de la caridad.

**El primer  
mandamiento**

Señores, cuando Nuestro Señor Jesucristo se disponía a hacer al culpable género humano la limosna de su sangre, trazaba en estos términos a sus apóstoles sus últimas recomendaciones: “Hijitos míos, os dejo un mandamiento nuevo, que os améis los unos a los otros y que así como yo os he amado, os améis entre vosotros” [Juan 13, 34]. Estas palabras, caídas del corazón de Nuestro Señor a través del corazón de San Vicente de Paúl en el corazón de algunos jóvenes cristianos, han producido las maravillas de vuestra obra.

La caridad siempre ha existido en la Iglesia de Dios bajo múltiples formas, las que adoptaron vuestros fundadores fueron admirables. Pido a Nuestra Señora de Prime-Combe hacerlas más admirables aún mediante la consideración de los deberes que os imponen los peligros de la hora presente. No os contentéis con amar a los pobres, mostrad a los ricos la obligación de amarlos como vosotros; haced que los pobres sean cariñosos, inspiradles un santo afecto hacia quienes han sido acostumbrados a considerar como enemigos debido a pasiones rencorosas. Para cumplir esta tarea usad aquella inteligencia que el salmista consideraba una auténtica felicidad: *Beatus qui intelligit* y, ampliando la práctica del testamento de nuestro divino Maestro, salvad la sociedad de los furros de los revolucionarios, si puede ser salvada. Es para vosotros el verdadero medio de ser liberados por Dios

incluso en los días malos, *in die mala liberabit eum Dominus*. Es lo que deseo ardientemente que se pueda decir de vosotros tanto en los días malos de la vida como en el temible día de la eternidad. Así sea.

---

### La renovación del clero

14 de noviembre de 1877

Al P. Picard

Lo que le he dicho de la renovación del clero y de la reforma de los profesores abraza dos partes muy distintas. Ambas se unen en la idea común de la resurrección de Francia, como hija primogénita de la Iglesia, pero son dos acciones muy diferentes las que hay que ejercer. Si los curas rurales fueran todo lo que debieran ser, la cuestión de los profesores no pesaría lo que una pluma. La renovación del clero debe hacerse fuera de los Congresos, pero debe hacerse mediante todos los medios sobrenaturales y legítimos. Mi convicción es que los Agustinos de la Asunción no deben ser los únicos en trabajar en esto, pero sí deben hacer de ello una de sus grandes preocupaciones.

Ahora bien, ¿cómo arreglárselas? Formándose una alta idea del sacerdocio en sí mismo, del que se está revestido, del que Nuestro Señor comunica a los demás, de la gloria que se procurará a nuestro divino Maestro, ayudándole en la obra que más a pecho toma, el sacerdocio, ya que por medio de él es como evangeliza a los pobres, como comunica los bienes de la Penitencia y de la Eucaristía. Estas ideas, una vez fuertemente ancladas en los religiosos, es fácil ver lo que debe hacer cada cual. Todos no trabajarán con la misma eficacia, pero todos pueden hacer algo:

- 1° Siendo sacerdotes modelos.
- 2° Rezando mucho por los sacerdotes.
- 3° Teniendo la valentía de hablar de cuestiones sacerdotales ante los sacerdotes.
- 4° Siendo serviciales sobre todo con los pobres sacerdotes caídos.
- 5° Siendo siempre benevolentes con los sacerdotes.
- 6° Le confieso: el enfado que experimento al escuchar continuamente de ciertos labios chanzas constantes sobre los sacerdotes, ha causado en mí una feliz reacción, y me he prometido protestar, al menos con el silencio, contra estas chanzas perpetuas que terminan por recaer sobre el carácter sacerdotal, a fuerza de atacar a las personas que están revestidas de él.

Quedaría la cuestión de saber si hemos de hacer una Orden Tercera de sacerdotes. Tengo muchas dudas. Usted podría hacerla quizá en París. En Nimes, mientras sea Vicario General, sería perfectamente imposible. No puedo actuar más que sobre individuos.

---

### Los maestros cristianos

*14 de noviembre de 1877*

Al P. Picard

Le he escrito esta mañana, mi querido amigo, sobre el modo como yo entiendo por nuestra parte la renovación del clero; me falta decirle mi pensamiento sobre la segunda cuestión.

En un Congreso, la entrada en materia sería fácil. Yo tendría sólo que establecer que, puesto que las Universidades han entrado bajo el dominio de los obispos, los católicos sólo tienen que procurarles dinero y alumnos. Pero existe una cuestión a cerca de la enseñanza no me-

nos grave, es la enseñanza del pueblo. Sin atacar a una clase de ciudadanos en el conjunto de los maestros, hay que reconocer que un gran número de entre ellos son deplorables y se han constituido en adversarios natos de los párrocos. ¿Qué hacer? Conseguir buenos maestros. ¿Cómo? Apoyando de todas las formas posibles a los Hermanos de las Escuelas Cristianas y a los Hermanos que trabajan en el medio rural. Para esto, los párrocos pueden hacer mucho. Si cada cura párroco tuviera en su presbiterio cuatro niños, sea para el seminario sea para prepararse a ir con los Hermanos, ¿qué resultados no se obtendrían? Aunque no hicieran más que preparar maestros cristianos, sin hacerlos religiosos, ya sería mucho.

Conclusión: 1° Se necesitan fondos para Escuelas Normales de Hermanos.

2° Hay que preparar vocaciones para el presbiterado.

3° Hay que fundar en las localidades donde no las hay, escuelas libres y cristianas, cuando la escuela comunal es mala.

4° Cuando el maestro es bueno, hay que atraerle, ocuparse de él. En segundo lugar, es necesario que los Comités católicos se ocupen de los inspectores; algunos de ellos son buenos, la masa es detestable. Hay que vigilar su propaganda, muy a menudo revolucionaria.

He aquí una primera pincelada. Estoy seguro que comentando las cinco o seis ideas principales, se conseguirían resultados. Examínelo y vea si el *Pèlerin* no puede abrir la campaña bajo la forma de cartas a los señores curas párrocos; no a todos, porque tendríamos problemas, sino a algunos curas amigos nuestros. Esto prendería, poco a poco, estoy seguro, y si actuamos con perseverancia, obtendríamos ciertamente si no una transformación, al menos numerosos resultados.

### III

*Nos quedan documentos muy numerosos que testifican el celo del P. d'Alzon en favor de la Unidad de la Iglesia. Desde los comienzos de su ministerio, se preocupó de la cuestión protestante en Francia, en Inglaterra, en Suiza, en Alemania. En 1854, lo encontramos en el origen de la Obra de San Francisco de Sales. A partir del momento en que puede disponer libremente de su fortuna, muertos sus padres, la pone a la disposición de la Santa Sede que la orienta hacia la cuestión búlgara; detrás de esta misión, es todo el Cisma oriental el que considera y muy especialmente toda la inmensa e inquietante Rusia. Damos aquí algunos documentos para evocar este tercer aspecto de los combates emprendidos por el P. d'Alzon a favor del Advenimiento del Reino de Nuestro Señor.*

---

#### **La cuestión de Oriente – Junio de 1862<sup>1)</sup>**

Al llegar a Roma, Mons. Howard me empujó a ocuparme de los Búlgaros; Mons. Lavigerie y Mons. Talbot me impulsaron igualmente; respondí que ya había comenzado una obra a favor de los Sirios con el consentimiento del cardenal Barnabo y que no podía cambiar sin una manifestación de la voluntad del Santo Padre o de la Propaganda, so pena de pasar por un hombre ligero.

Mons. Talbot me prometió hablar con el Santo Padre, Mons. Lavigerie me pidió algunas citas a las que falló perfectamente, Mons. Howard me propuso llevarme donde Mons. Simeoni, que estuvo muy bien. Howard quería que inmediatamente abandonáramos nuestras reglas para

<sup>1)</sup> Relato hecho por el P. d'Alzon de diversas conversaciones que tuvo en Roma sobre el tema de la Misión de Bulgaria.

adoptar la regla de San Basilio; también hablaba de gestionarnos el permiso para seguir a veces un rito y otras veces otro, según que estuviéramos en Oriente o en Occidente.

Simeoni me acogió maravillosamente bien; me prometió hacer todo lo que estuviera en sus manos para favorecer el cumplimiento de nuestros proyectos. Sin embargo, no ocultó: 1° que si el asunto más importante en este momento es el de los búlgaros, esas pobres gentes están en la más absoluta ignorancia; 2° que se necesitaría una orden del Papa para cambiar las normas de la Propaganda que permiten el cambio de un rito al otro, pero de manera definitiva.

Olvidaba decir que era el martes 27 por la mañana cuando vi a Howard y a Talbot; que Talbot, que estaba de servicio, había hablado a Simeoni que tiene su audiencia el martes por la tarde; que probablemente éste había hablado al Papa mismo, pero que al menos Simeoni, informado por Talbot, había recibido órdenes de Pío IX, el cual me había hecho decir que viera a Barnabo.

Cuando Simeoni me habló de ello, le hice observar que no sería prudente que yo viera a Barnabo antes de que fuese informado. Me prometió ponerle al corriente de todo y además de volver a hablar con el Santo Padre.

Era el lunes 2 de junio, a las 10 horas, cuando le hablé; me dio cita para dos días más tarde. En efecto, el miércoles 4, yo estaba en su casa; me informó de la conversación con el Santo Padre, a quien había hecho saber varias objeciones de Barnabo, el cual había sin embargo declarado que no hacía una oposición absoluta. Parece que el Papa habría dicho varias veces: *E se io dico che lo voglio*. De donde Simeoni concluía que, ya que el Papa lo quería tan positivamente, había que ir adelante.

Yo hice entonces estas preguntas: *¿Hay que ocuparse de los búlgaros? ¿Cómo y cuándo?* Ya no recuerdo si fue en la primera o en la segunda conversación cuando estas

preguntas fueron formuladas de este modo. La primera quedaba decidida por la respuesta del Papa. La segunda, el *cómo*, fue, si no me equivoco, examinada más atentamente. Hice observar que, desde hacía algún tiempo, los religiosos polacos habían hablado de un acercamiento de las dos Congregaciones; que sería muy fácil encontrar entre ellos los hombres para enviarlos inmediatamente a Oriente. Yo proponía, para proceder con orden, elegir a alguien que fuera al sitio, que viera, lo examinara todo y volviera a darnos cuenta. Simeoni aprobó. Tanto más, hice observar, cuanto que yo no podría disponer de la suma que pensaba destinar a la obra sino en un plazo de dos o tres años.

Simeoni me previno que el Papa quería verme y me comunicaba que me hiciera presentar por Berardi, el viernes siguiente. Fui rápidamente a ver a éste, pero Simeoni ya le había advertido. En fin, el viernes 6 de junio, me presenté en el Vaticano, a las 9,15; no esperé más que cinco minutos. El Papa me recibió en su biblioteca particular.

Habló él primero, me dijo que estaba al corriente de todo, que lo aprobaba todo, que un colegio para preparar a los búlgaros a la vuelta a la fe católica le parecía una obra necesaria, que la dificultad residía en regenerar el país mediante los sacerdotes, dado que los sacerdotes estaban más corrompidos que las poblaciones. Le hablé de los polacos que podrían ayudarnos; aprobó la idea con la condición de que la Propaganda diera su consentimiento a la elección que yo pudiera hacer; me dijo que los polacos eran buena gente, pero que algunas veces le habían cometido imprudencias. Hice observar que el príncipe Czartoriski nos había ofrecido un colegio para que lo tomáramos en aquellas regiones, pero que no habíamos aceptado para no hacer política.

(Reflexionando en esto he tenido un pequeño escrúpulo por no haber sido más exacto en lo que le dije al Santo Padre).

Sea como sea, el Papa aprobó muy enérgicamente que dejáramos de lado cualquier matiz político y que no hiciéramos más que apostolado.

Le pedí una casa de estudios, en Roma, para los polacos y para nosotros; me la prometió, con la condición de encontrarla.

Al salir de donde el Papa, me dirigí donde Simeoni, que estaba en consejo con Barnabo; se mostró encantado con el cariz que tomaban las cosas y me animó a seguir la vía indicada por Pío IX. Le rogué que fuera a pedir para mí una audiencia con Barnabo, que me citó para esa misma tarde.

Fui puntual. Presenté mis excusas a Barnabo el cual se mostró perfecto. He de declarar que me edificó profundamente por la rotundidad con que me dijo que había que seguir siempre la dirección del Papa, que tenía la asistencia constante del Espíritu Santo, mientras que él no la tenía. Me propuso enviar dos personas a Constantinopla y a Bulgaria, para estudiar el estado de las cosas; me ofreció cartas...

*(Nota que quedó incompleta).*

---

### La Misión de Oriente<sup>1)</sup>

**Llama a misioneros...** No se podría echar un vistazo comparativo sobre el clero unido a Roma y el de las iglesias separadas sin quedar impactado, desde el punto de vista moral, por el abismo que les separa. Mientras los sacerdotes cismáticos, oprimidos por el yugo de las usurpaciones del poder civil, ya no son

<sup>1)</sup> Extracto del discurso de distribución de premios, 1863.

más que un instrumento político degradado por la más vergonzosa simonía, el clero católico, vivificado sin cesar por su comunicación permanente con el centro de la acción divina, el Papado, se presenta en todas partes con una dignidad cuyo sentimiento, sin su ejemplo, hubiera desaparecido desde hace tiempo entre los discípulos de Focio. Ahora bien, un clero que no es digno, es incapaz de cumplir su misión; las poblaciones, por su parte, tienen su instinto; lo demuestran mediante su escasa prisa para recibir la doctrina que cae de aquellos labios ignorantes o deshonorados. En efecto, ¿qué es para esas poblaciones la predicación, y qué puede ser, con la escasa preparación científica que la mayoría de las veces se da al sacerdocio? Lo que se necesita es ante todo la instrucción dada con espíritu de iniciativa y de proselitismo católico; una vez más, se necesitan misioneros. Nunca serán demasiado insistentes los llamados que hagamos a las almas que fomentan el amor por una gran causa y el deseo de acrecentar el reino de Jesucristo y de la Iglesia. La mies está madurando, espera a los obreros. ¡Que Francia se los entregue! La simpatía que nuestra lengua inspira cada día más, ¿no es una indicación providencial de la elección que el Cielo parece querer hacer?

**y a religiosas**

Los hombres no bastarán para ello. Se ha observado desde hace tiempo que el siglo en el que ha sido proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción era aquel en que las mujeres parecían haber recibido un lugar más grande en la Iglesia de Dios. Las maravillas llevadas a cabo por las Hijas de la Caridad, las Damas de Sión y otras Congregaciones; las religiosas Armenias, fundadas por Mons. Hassoun; los ensayos intentados para establecimientos análogos entre los griegos católicos y los resultados obtenidos, pese a tantos obstáculos, son una garantía del bien que se hará, el día en que nuevos enjambres, partidos de Occidente, irán a poblar esas regiones, decadentes

sin duda, pero dispuestas a recibir la verdad bajo todas las formas de la enseñanza. ¡Que se multipliquen las escuelas, los pensionados, las casas de providencia sobre estas tierras ávidas de fe! Que por su parte, las escuelas de muchachos y las colonias agrícolas sean confiadas a corporaciones de hombres; y así, en unos pocos años, se verá cómo el Oriente bendice a la Iglesia Romana por haberle devuelto la verdad y cómo bendice a Francia que le habrá proporcionado los obreros evangélicos.

**Formación de un clero autóctono** Y todo esto es poco aún; hay que intentar una obra más fecunda. Enviar misioneras y religiosas es una cosa excelente, pero es algo transitorio; lo importante es tener un clero nativo, y estoy orgulloso, lo confieso, de que el Soberano Pontífice haya querido confiarme el encargo de participar en la preparación de uno, mediante la fundación de un seminario. Quisiera establecer una casa de estudios eclesiásticos cerca de los lugares célebres por las persecuciones de San Juan Crisóstomo y de la plaza donde estuvieron las ruinas del templo que albergó al concilio de Calcedonia, aquella asamblea que proclamó muy alto las prerrogativas de los Pontífices Romanos, como una protesta por adelantado de Oriente contra el cisma de Focio. Constantinopla y sus alrededores ofrecen esas maravillosas situaciones, donde los recuerdos parecen brotar del suelo. Un seminario patriarcal, en el que búlgaros y griegos pudieran formar, con la bendición de los Soberanos Pontífices, un núcleo fecundo, y donde, al mismo tiempo que se estrechan los lazos de unidad con el centro Romano, se ejercitarían en bastarse a sí mismos, ¿no sería el medio más poderoso de probarles a estas poblaciones, celosas de su rito, que se quiere conservarles cuidadosamente el símbolo más precioso de su nacionalidad, y prepararlos a vivir su propia vida, a partir del momento en que dispusieran de un número suficiente de sacerdotes virtuosos e instruidos?

**Un patriarcado  
católico**

¿Hablaré en fin de un proyecto cuya elaboración debe hacerse sin duda en regiones de más alto nivel? He escuchado a menudo preguntar: ¿por qué el patriarca católico de Constantinopla no residiría cerca de su sede? ¿Jerusalén no tiene un patriarcado católico? ¿Por qué la ciudad de los Crisóstomo, de los Gregorio, de los Ignacio está privada de él? Grandes dificultades se elevan, lo sé; y tal vez si enumerase algunas tocaría, a mi pesar, a cuestiones políticas que quiero evitar. Que me sea, al menos, permitido expresar mi convicción profundamente reflexionada. Un patriarca católico en ciertas condiciones, lejos de perjudicar a la influencia francesa, la aumentaría tarde o temprano y haría mucho más fácil el movimiento de regreso de las diversas nacionalidades a la unidad Romana. Los hombres siempre han querido la dignidad de sus jefes; y los Orientales, al comparar al pastor cismático con el pastor legítimo, estarían obligados por la evidencia de los hechos a constatar de qué lado se encuentra la majestad del derecho y de la verdad.

**El lugar de los laicos** No me está ya permitido, Señores, hablaros de las ventajas materiales que la difusión de nuestra lengua procuraría en Oriente a la industria francesa. Sería descender de las alturas religiosas a las demasiado mezquinas proporciones del mercantilismo; pero quizá tenga yo derecho a tomar la cuestión por el lado contrario y decir a los jóvenes franceses: la abnegación tradicional de vuestro país, ¿os lleva a las conquistas de la inteligencia? He ahí un campo digno de vosotros, abierto a vuestras exploraciones y a vuestros trabajos. ¿Son vuestras pretensiones más humildes? ¡Pues bien! Ahí tenéis un medio de ennoblecer una carrera modesta. ¿Os atraen la industria y el comercio? Mirad qué barreras se abaten ante vosotros, del lado del Oriente. Dirigid hacia ellas vuestras esperanzas

y vuestros esfuerzos; pero, al recordar que sois cristianos, sabed, aunque sea dentro de límites prudentes, servir a los intereses de la fe. Es tradición en esos países en que hemos dejado tanta gloria, confundir influencia católica e influencia francesa. En la medida de vuestro poder, aumentad la unión de estas dos grandes fuerzas. Recogeréis los beneficios, que pueden ser numerosos, y tendréis la conciencia de haber cumplido, como franceses y como católicos, un deber de orden más elevado.

Os he dicho, Señores, algunos de los pensamientos que se amontonaban en mí, cuando visitaba aquellas bellas y tristes playas orientales. ¡Cómo quisiera estar seguro de haberlos expresado de modo que estimularan deseos generosos y ambiciones grandes y desinteresadas! Quisiera haberos demostrado que la resurrección de Oriente no puede venir más que de una palabra salida de Roma y llevada sobre las alas de Francia. ¿El cisma no ha sufrido un suplicio suficientemente grande? El tiempo de la misericordia, ¿se hará esperar todavía mucho? ¡Qué hermoso sería para los católicos franceses que, al ayudar al triunfo de la Verdad, contribuyesen a la pacífica liberación que únicamente esta reina de las inteligencias puede traer a los hombres y a las naciones!

---

### Proyecto de evangelización en Rusia

30 de marzo de 1878

Nota a la S. C. de la Propaganda

El martes 3 de junio de 1862, Pío IX, de gloriosa memoria, encargaba a Mons. Simeoni, a la sazón secretario de la Propaganda para los ritos orientales, que dijera al P. d'Alzon que le concedería una audiencia, no solicitada, el viernes 6, hacia las 9 de la mañana. En esta audiencia, el Santo Padre quiso efectivamente decir al P. d'Alzon

que estaría muy contento de verle trabajar en la conversión de Bulgaria: 1° mediante la formación de escuelas católicas; 2° mediante el establecimiento de un seminario; 3° mediante el paso de un cierto número de sus religiosos al rito eslavo.

Para estudiar mejor este asunto, el P. d'Alzon fue en 1863 a Constantinopla a predicar la Cuaresma, luego fundó una escuela de muchachos en Filipópolis y envió religiosos a Andrinópolis, donde poco a poco se formaron escuelas para muchachos y para muchachas.

Sin entrar en la historia de lo que ha sucedido en estos quince años, baste decir que en Filipópolis se ha fundado, bajo la protección del obispo, una escuela de muchachos a la que asisten según la estación 120, 150, 200 niños. Estos niños, cuando se hacen mayores, se mantienen en el espíritu cristiano gracias a un círculo católico, y es entre ellos donde se han encontrado vocaciones al sacerdocio. Tres de entre ellos son sacerdotes paulicianos, es decir de rito latino. Los religiosos son cuatro o cinco en Filipópolis. A Andrinópolis el P. d'Alzon ha enviado religiosas, en número de alrededor de veinte, para llevar un hospital. Durante la guerra, cuidaban a una media de cincuenta soldados turcos y cincuenta mujeres búlgaras. Tienen una escuela para niñas pequeñas pobres y un pensionado para muchachas más acomodadas. Han recibido el encargo de recoger, después de la guerra, a los pequeños huérfanos turcos, que les han sido confiados por el gobierno; muchos mueren por las secuelas de los sufrimientos que han padecido y, en el último instante, se les bautiza en secreto, cuando están aún en la cuna.

Los religiosos, además de la capellanía de las religiosas, la visita a los enfermos, la instrucción religiosa de las muchachas, tienen también: 1° un orfanato agrícola, en el que recogen a un cierto número de niños abandonados y donde se selecciona a los más inteligentes para orientar-

los hacia los estudios; 2º un pensionado para los hijos de familias más acomodadas y que pagan una modesta pensión; 3º una escuela, donde se ha reunido a los niños que se cree pueden ser destinados a los estudios eclesiásticos.

Estos detalles, ciertos hace algún tiempo, pueden haberse modificado por efecto de los acontecimientos. Espero en vano, desde hace más de un mes, un informe del P. Galabert, superior de nuestra misión de Andrinópolis y visitador de nuestra misión en Filipópolis. La suspensión de las relaciones postales es la causa de este retraso. Sin embargo, partiendo de estos datos, he aquí lo que me permito proponer: formar al rito eslavo a los jóvenes religiosos que vamos a educar para ser sacerdotes; según el deseo de Pío IX, permitir a algunos de nuestros religiosos tomar el mismo rito y preparar así un clero autóctono dotado de alguna instrucción, con la ayuda de un seminario de rito eslavo.

Sería hacerse una extraña ilusiones creer que las poblaciones sienten gran entusiasmo por la dominación rusa. En el fondo, quieren una autonomía imposible de realizar, creo yo, por el número restringido de su población. Pero, separándose del patriarcado de Constantinopla y no queriendo saber nada del Santo Sínodo ruso, quizá sería fácil atraerlos hacia la Iglesia católica y a la autoridad de la Santa Sede que, debido a su alejamiento, no puede ser sino muy suave.

Paso a otro orden de consideraciones. Desde que Pío IX me propusiera la misión de Bulgaria, mis miras se han extendido mucho más lejos: Rusia se ha convertido en mi gran preocupación. Hacia el mes de mayo de 1877, hace menos de un año, habiendo sido recibido en audiencia por el Santo Padre, me permití pedirle su bendición y sus palabras de estímulo para preparar un seminario destinado a formar misioneros para Rusia. Pío IX me animó mucho, me dio sus bendiciones, y me retiré, preocupado

por este pensamiento. Después, una señora rusa católica me ha ofrecido establecerme en sus dominios, en el Cáucaso, con algunos jóvenes. Aceptaría si supiera que allí se pudiera aprender la lengua rusa en toda su pureza; si no, pediría que se diera un sacerdote francés a la colonia francesa de Odessa, y vería lo que se puede hacer en esta ciudad que me aseguran está muy corrompida. Pero la corrupción de Corinto no le impidió a San Pablo ir a pasar allí mucho tiempo; fue el centro de su predicación en Grecia. Me aseguran que si se estableciera un convento para la educación de jóvenes, al cabo de poco tiempo se tendría por medio de las señoras una gran influencia y una cierta libertad.

Diversos motivos me impulsan a creer que ha llegado el momento de ocuparse de Rusia.

1° La invasión de las ideas revolucionarias que minan a este coloso y no le permiten mantenerse en el poder mediante la Iglesia cismática.

2° La disminución del clero. Los conventos habiendo sido despojados de sus bienes, los monjes son allí cada vez menos numerosos; en cuanto a los popes, además de su inferioridad intelectual, desde que los hijos de los popes no están obligados a hacerse popes ellos mismos, casi todos se dedican a una carrera administrativa y el clero parroquial pronto no tendrá reclutas.

3° ¿Es muy imprudente decir que Rusia es demasiado extensa para permanecer unida?

4° Desde hace mucho tiempo se habla de dar a Rusia un régimen parlamentario. Al día siguiente que este acto suceda, —y esto es consecuencia de la liberación de los siervos—, la libertad de cultos deberá ser proclamada.

5° Después de la actual guerra, ¿no es lógico pensar que tras haberse batido para dar a los cristianos la libertad frente a los turcos, será necesario que Rusia se la conceda a los católicos?

---

19 de julio de 1875

Al P. Galabert

**Una casa en Odessa** ¿Sabe cuál es el primer establecimiento que desearía ver formarse? Una casa en Odessa. Es difícil, pero es mi idea. Me crea, ahí hay algo que hacer. Rusia debe ser nuestro objetivo, créalo, y las dificultades no deben ser un impedimento.

29 de agosto de 1876

Al mismo

Tarde o temprano Rusia nos abrirá sus puertas, aunque tengamos que lubricar sus cerraduras y sus goznes con nuestra sangre.

---

**Nota sobre Rusia.** En la audiencia que Pío IX me  
**1877** ha dado, el 2 de mayo de 1877,  
ha bendecido y animado la idea

de trabajar por la conversión de Rusia. Los cardenales Pitra, Howard, Sacconi me han animado a ello; Aloisi-Masella se ha mostrado encantado, el cardenal Sacconi sobre todo. Rampolla muestra interés en esto; Segna, el minutante de la Propaganda, pone en ello gran celo. Por otra parte, en Lyon, la Propagación de la fe nos sostiene. Los buenos Padres polacos están muy expuestos en Andrinópolis y amenazados, si Rusia avanza por esos lados. Quizá tendremos nosotros entonces una posición más fuerte. Pero poco importa; nuestra meta es Rusia.

---

*12 de junio de 1878*

A la Sra. Condesa d'Escures

Yo, por mi parte, estudio mucho a Rusia y trato de informarme en lo que respecta a este pueblo tan contradictorio por sus jirones de tradiciones, sus innovaciones, su juventud envejecida en contacto con las corrupciones modernas, su venalidad, su espíritu religioso y mercantil, sus aspiraciones hacia lo desconocido como un socialista francés, su ola destructora como un colegial alemán, su nihilismo nacional, sus sectas, sus grandes señores que ya no lo son, su despotismo, sus siervos liberados y que sólo merecen serlo para emborracharse con aguardiente que enriquece al Estado. ¡Oh, cuántas tristezas! Sin embargo, hay ahí de lo bueno y ya que están bautizados y que Nuestro Señor ha muerto por ellos, es útil tratar de convertirlos...

---

---

## ULTIMA VERBA

### Últimos momentos del P. d'Alzon

*El P. Picard había pedido al P. Emmanuel Bailly que redactara la siguiente circular sobre los últimos momentos del P. d'Alzon. La colocamos al final de esta compilación, subrayando las supremas recomendaciones de nuestro venerado Fundador.*

---

Nimes, 16 de noviembre de 1880.

Mi querido Padre,

Desde ayer por la tarde, nuestro muy querido Padre se ha debilitado a tal punto, que hemos creído llegado el momento de reunir a todos los religiosos en torno a su cama para pedirle una última bendición.

En medio de su debilidad y en los instantes en que la postración que le abrumba se lo permitía, no ha dejado de mostrar una lucidez de mente y una serenidad de alma admirables. Su paciencia, su resignación dulce y calmada se manifiestan sin cesar en sus palabras que demuestran que está ciertamente con el buen Dios y que es todo suyo.

- ¿Qué desearía, Padre?
- *Sólo quiero la voluntad de Dios.*
- ¿Desearía, Padre, expresar algún deseo?
- *Sólo deseo el cielo.*

Hoy, a la una y media de la tarde, estando reunidos todos los religiosos en una sala contigua a su habitación, me acerqué a su lecho y le dije:

– Padre, los religiosos desearían verle un momento; están todos reunidos. ¿Puedo hacerles pasar?

– *Sí, amigo mío, hágales pasar en un instante.*

Los religiosos se alinearon todos en torno a su cama; él, mientras entraban, sonreía con bondad y, esforzándose por mantener los ojos abiertos, los miraba con ternura. El P. Hipólito y el P. Picard, el P. Laurent y yo estábamos a los dos lados de la cama; luego estaban los profesos y los novicios, por orden de antigüedad, llenando su celda. Tras un instante de silencio, el Padre, cerrando de nuevo los ojos y teniendo los brazos extendidos sobre la cama, con voz emocionada y débil, que apenas podíamos oír, pero con gran lentitud y mucha calma:

– *Mis queridos Hermanos, sabéis que después de Dios y de la Santísima Virgen vosotros sois lo que más he amado en el mundo...*

Tras un instante de silencio, prosiguió, recalcando lentamente cada una de sus palabras.

– *¡Vamos a separarnos...! ¡Sumisión a la voluntad de Dios...! ¡Él es el Dueño!*

La emoción nos embargaba a todos; nos costaba contenerla; parecía darse cuenta, volvió a abrir los ojos, nos miró un momento; luego cerrándolos, continuó con la misma calma:

– *¡Hay muchos buenos religiosos que no están aquí, mi corazón les alcanza!*

El Padre, habiendo callado de nuevo, el P. Laurent pensó que era el momento de pedirle la bendición. El P. Picard, sobreponiéndose en lo posible a su emoción, le dijo entonces con voz llena de lágrimas:

– Padre, le pedimos perdón por todas las penas que le hayamos causado.

El Padre respondió enseguida:

– *¡Soy yo quien debiera ponerse de rodillas y pedirlos perdón a todos!*

– Oh, Padre, dijo el P. Picard, denos su bendición.

Al instante caímos todos de rodillas, presa de una emoción que ya no podíamos contener y el Padre, levantando enseguida el brazo y manteniéndolo levantado como para

una bendición solemne, con gran esfuerzo y durante varios instantes, como si quisiera bendecir a una gran multitud, nos impartió su suprema bendición.

El P. Picard, dijo inmediatamente:

– Una bendición también, Padre, para todas las casas. Y rompió en sollozos.

– *Sí*, respondió el Padre, *estoy con ellas*. Y su brazo cayó sobre la cama como bajo el peso de un fuerte cansancio tras un gran esfuerzo.

– ¡No nos olvidará, Padre, replicó el P. Picard, estará con nosotros!

– *Me voy, pero mi corazón estará con vosotros*.

– ¡Nos protegerá!

– *Todo cuanto pueda*.

Mientras el P. Picard le besaba una mano, con la otra nuestro Padre apretaba la mía con un apretón lleno de emoción. Cada uno se acercó llorando y, arrodillándose, le besó la mano. Profundamente emocionado él mismo dijo:

– *¡Sean buenos religiosos!*

Nada puede expresar el tono lleno de bondad y al mismo tiempo de solemnidad con que el Padre nos habló en estos breves instantes que nunca olvidaremos. Era una escena desgarradora, en medio de la cual sólo él parecía dominar la emoción que a todos nos embargaba. Tuvimos que retirarnos para llorar un poco más a gusto; debíamos además evitar prolongar su fatiga de la emoción que le había invadido visiblemente, pese a sus esfuerzos por superarla. El P. Picard envió a los religiosos a la capilla.

Unos minutos después, llegaba un despacho de Roma. Era la respuesta al que el P. Picard había enviado ayer y que rezaba así:

“A Monseñor Macchi, Roma.

Nuestro fundador y Superior General, el P. d’Alzon, está muriéndose. Le ruego que le ponga a los pies de Su Santidad y que pida para él la bendición”.

PICARD.

La respuesta decía:

“Su Santidad concede la bendición implorada”.

El P. Picard, el P. Hipólito, el P. Laurent y yo fuimos enseguida a ver de nuevo al Padre.

– Padre, le dice el P. Picard, el Papa le envía su bendición.

El Padre abrió los ojos, miró la misiva que estaba entre las manos del P. Picard y dijo:

– *¿Todos nuestros religiosos están en la capilla?*

– Sí, Padre. Y el Padre, pensando enseguida más en los demás que en sí mismo, como hizo siempre, repuso con preocupación:

– *¿Se la ha leído?*

– No, Padre, he querido comunicársela a usted, en primer lugar, antes que a los demás.

– *¡Gracias!, Léasela a ellos.*

– Sí, Padre. Y mientras el P. Picard trazaba el signo de la bendición, el Padre hizo lentamente y por sí mismo una gran señal de la cruz.

Al salir de esta escena tan dolorosa y tan consoladora al mismo tiempo, os escribo, mientras los religiosos rezan en la capilla.

Sumisión a la voluntad de Dios. Él es el dueño. ¡Su corazón nos alcanza a todos y estará con nosotros! Recemos. Vuestro de todo corazón en Jesucristo y con él.

E. BAILLY.

## INDICE DE LAS CITAS BIBLICAS

### Génesis.

- 1, 2 : 1121.  
 3 : 910, 1122.  
 26 : 717, 871, 908, 910,  
 1345, 1403.  
 2, 7 : 240.  
 15 : 507, 509.  
 24 : 702.  
 3, 5 : 635, 995.  
 14 : 990, 1106.  
 15 : 989, 996, 999.  
 18 : 243.  
 19 : 94, 200, 208, 243,  
 507, 632, 683, 685.  
 4, 4-5 : 375.  
 10 : 1000.  
 6, 3 : 516.  
 12, 1 : 328, 349, 816.  
 15, 1 : 57, 292, 667.  
 17, 1 : 27, 223, 291, 618,  
 627, 830, 1162,  
 1343.  
 19, 26 : 1221.  
 22, 1 : 1203.  
 8 : 1203.  
 28, 12 : 1327.  
 16 : 1392.  
 31, 40 : 273.  
 32, 24 : 91, 1219.  
 24-28 : 423, 424.

### Éxodo.

- 3, 14 : 352, 866.  
 20, 5 : 122.  
 12 : 1368.  
 25, 40 : 751, 859.  
 32, 10 : 1361.

### Levítico.

- 26, 12 : 904.

### Números.

- 11, 29 : 79, 139.  
 24, 17 : 896.

### Deuteronomio.

- 6, 5-13 : 672, 1421.

- 32, 11 : 412.

### Jueces.

- 16, 19 : 366.

### 1 Samuel.

- 2, 17 : 333.  
 8, 5 : 143.  
 16, 7 : 376, 420.

### 2 Samuel.

- 12, 7 : 274.

### 1 Reyes.

- 4, 29 : 68, 703.  
 19, 7 : 179, 900, 902.  
 8 : 902.  
 10 : 611.  
 18 : 1055.

### 2 Reyes.

- 4, 34 : 955.

### Nehemías.

- 4, 9 : 1043.

### 1 Macabeos.

- 2, 37 : 611.

### Job.

- 1, 1 : 1112.  
 21 : 1023.  
 3, 22 : 994.  
 7, 1 : 1142.  
 21, 14 : 660, 992, 993.  
 28, 13 : 294.  
 30, 21 : 336.  
 39, 25 : 250.

### Salmos.

- 2, 3 : 1034.  
 6 : 944.  
 7 : 328, 877, 891.  
 8 : 227, 662, 977.  
 9 : 227.  
 11 : 870.  
 3, 2 : 314.  
 4, 2 : 503.  
 4 : 504.  
 6 : 1163.

7	:	25, 873, 1049, 1403.	28	:	400, 427, 1147.
9	:	115.	73, 8	:	994.
6, 2	:	333.	74, 3	:	226.
8, 6	:	1271, 1363.	76, 11	:	334.
10, 14	:	553.	79, 3	:	907.
11, 2	:	610, 1055.	81, 5	:	586.
12, 4	:	379.	6	:	1139.
14, 1	:	313.	82, 5	:	994, 995.
15, 5	:	373, 503.	83, 3	:	415.
6	:	331, 537, 541, 689.	8	:	722, 1131, 1133, 1141.
16, 15	:	1049.	12	:	946.
18, 2	:	211.	84, 9	:	89, 1130, 1205.
6-7	:	398.	11	:	286, 866, 1393.
21, 7	:	963.	87, 6	:	930.
13	:	314.	16	:	513, 877, 1395.
17	:	939.	95, 1	:	1214.
26	:	491.	101, 27	:	407.
22, 1	:	721.	102, 20	:	1279.
23, 1	:	225, 660, 672, 877.	103, 4	:	780, 1217.
7	:	663.	30	:	1122, 1366.
25, 5	:	863.	108, 22	:	314.
30, 1	:	503.	109, 3	:	871.
15	:	69, 872.	4	:	933, 961, 1109.
31, 9	:	525.	110, 4	:	448, 967.
32, 9	:	1359.	10	:	1315.
33, 7	:	503.	111, 9	:	500, 1339, 1340.
34, 13	:	1112.	113, 5-6	:	1208.
35, 4	:	378, 1319.	115, 1	:	558, 1352.
10	:	316, 515, 872.	12	:	426, 605, 951, 971.
37, 10	:	360.	16	:	152.
38, 4	:	310, 409, 604, 625.	17	:	1168.
5	:	373.	118, 1	:	1170.
6	:	293, 948.	2	:	1173.
39, 2	:	451.	4	:	1174, 1175.
8	:	449, 531, 630.	14	:	1175.
9	:	52, 534.	18	:	872.
40, 2	:	1439.	34	:	404, 868, 872.
44, 5	:	997, 1222.	71	:	1172.
15	:	141, 675, 997.	97	:	391, 854.
50, 4	:	315.	101	:	391.
5	:	602.	120	:	866.
19	:	387.	139	:	39, 711.
54, 7	:	1026, 1121.	121, 1	:	345, 356.
15	:	763.	7	:	329.
61, 11	:	500, 1149.	122, 2	:	792.
70, 15	:	1346.	127, 3	:	1208.
72, 1	:	721.	129, 3	:	251.
25	:	401, 408.	132, 1	:	564.
26	:	58, 1263.		:	571, 708.

133, 2 : 316.  
 142, 2 : 1126.  
 143, 5 : 1115.  
 144, 15-16 : 504.  
 145, 7 : 1216.  
 146, 5 : 422.

**Proverbios.**

2, 14 : 994.  
 8, 22 : 907, 1379.  
     25 : 1006.  
     31 : 626, 1344.  
 9, 1 : 1223.  
     2 : 900.  
     3 : 1356.  
 16, 4 : 211, 352.  
 18, 19 : 203, 389, 570, 1285.  
 21, 28 : 1216.  
 25, 27 : 50, 635.

**Eclesiastés.**

5, 3-4 : 494.  
 4 : 688.

**Cantar de los Cantares.**

1, 5 : 863.  
 2, 1 : 1003, 1006.  
     2 : 76, 1006.  
     4 : 538, 542.  
     16 : 324, 911.  
 3, 4 : 324, 455.  
 4, 1 : 1006.  
     7 : 996, 1025, 1220.  
     8 : 1024.  
 5, 1 : 1132.  
     2 : 115.  
 6, 2 : 1121.  
 8, 6 : 541, 1395.  
 7 : 1438.

**Sabiduría.**

1, 7 : 1106.  
 2, 6-9 : 1033.  
 3, 6 : 565.  
 4, 1 : 999.  
 5, 6 : 372.  
 8, 21 : 1217, 1219.  
 9, 4 : 1316.  
     15 : 313, 516.  
 10, 17 : 720.  
 11, 17 : 865, 1111.  
     25 : 864.

14, 3 : 866.

**Eclesiástico.**

2, 1 : 384, 1133, 1134.  
 5, 4 : 339.  
 6, 14 : 572, 728.  
 10, 9 : 421, 502.  
 24, 5 : 1006.  
     6 : 1222.  
     24 : 998.  
 31, 8 : 712.  
 34, 9 : 158.  
 35, 21 : 421.  
 44, 20 : 1334.

**Isaías.**

5, 18 : 333.  
     20 : 461, 1034.  
 6, 1-7 : 1362.  
     3 : 955.  
 7, 9 : 853 (*Versión africana*).  
 11, 5 : 1267.  
 12, 3 : 954.  
 14, 14 : 136, 995.  
 22, 13 : 944, 1033.  
 24, 5 : 1034.  
 29, 13 : 420.  
 30, 15 : 88.  
 38, 17 : 1042, 1203.  
 42, 8 : 1004.  
 46, 8 : 311, 904.  
 52, 7 : 1206.  
 53, 3 : 859, 877, 881, 939,  
     1018, 1020, 1153.  
     6 : 314, 859.  
     7 : 450, 951.  
 58, 1 : 279.  
     3 : 49, 1145.  
 65, 2 : 327.

**Jeremías.**

2, 20 : 136, 743, 1000,  
     1030, 1031, 1035.  
 8, 22 : 464.  
 12, 11 : 601.  
 17, 5 : 1149.  
 31, 3 : 411, 857, 876, 1122.  
 49, 13 : 495.

**Lamentaciones.**

1, 12 : 939, 1015.

- 3, 22 : 865.  
 28 : 312.  
 30 : 49, 653.  
 4, 1 : 1214.  
 4 : 477.
- Baruc.**  
 3, 34 : 1404.
- Daniel.**  
 2, 34 : 1210.  
 3, 57 : 672.  
 12, 3 : 913.
- Oseas**  
 13, 9 : 463.  
 14 : 1167, 1202.
- Joel.**  
 2, 13 : 387.  
 17 : 465.
- Ageo.**  
 1, 6 : 212, 1145.
- Zacarías.**  
 9, 9 : 920.  
 17 : 74, 521, 603, 744,  
 900, 1239.
- Malaquías.**  
 2, 7 : 1119.  
 3, 6 : 407.
- Evangelio de San Mateo.**  
 1, 19 : 717.  
 22 : 630.  
 2, 2 : 718.  
 3 : 718.  
 11 : 718.  
 12 : 899.  
 13 : 716.  
 3, 7 : 678.  
 9 : 678.  
 15 : 30.  
 17 : 955, 980, 1167.  
 4, 1 : 380.  
 2 : 102, 386.  
 3 : 385.  
 4 : 252.  
 5 : 385.  
 6 : 1211.  
 9 : 1146.
- 10 : 1421.  
 17 : 380, 528.  
 18 : 717.  
 5, 6 : 523, 524.  
 7 : 798.  
 8 : 74, 514, 516.  
 12 : 1051.  
 13-14 : 456, 464, 577,  
 609, 610.  
 16 : 1349.  
 19 : 1297.  
 48 : 40, 218, 394,  
 859, 1107.  
 6, 11 : 243, 252, 322,  
 501.  
 13 : 561.  
 17 : 718.  
 21 : 499.  
 24 : 65, 499, 717,  
 718, 1254.  
 33 : 499, 1087.  
 7, 5 : 547.  
 7 : 1359, 1360.  
 11 : 718.  
 13 : 719.  
 21 : 859, 1161.  
 25 : 1109.  
 29 : 719.  
 8, 20 : 64, 65, 720.  
 25 : 564.  
 26 : 719.  
 9, 36 : 1209.  
 37-38 : 719, 1099, 1262.  
 10, 16 : 719.  
 24 : 1041.  
 27 : 579.  
 11, 11 : 169.  
 12 : 384.  
 25 : 849.  
 29 : 266, 859, 950.  
 12, 30 : 563.  
 34 : 1331, 1371.  
 48 : 964.  
 50 : 719.  
 13, 8 : 511.  
 25-30 : 563, 1169.  
 30 : 720.  
 42 : 1337.  
 45 : 363, 1227.  
 47 : 1209, 1337.

- 50 : 1337.  
 52 : 1036, 1337, 1339.  
 14, 24 : 563.  
 15, 21-28 : 423.  
 16, 16 : 720.  
 18 : 38, 177, 556.  
 24 : 877.  
 17, 4 : 1116, 1158.  
 5 : 855, 1167, 1393.  
 16 : 481.  
 26 : 505.  
 18, 7 : 370.  
 20 : 552.  
 19, 8 : 590.  
 21 : 164, 1107.  
 28 : 676.  
 20, 17-29 : 1109-1110.  
 28 : 784.  
 33 : 720.  
 21, 21 : 558.  
 43 : 1127.  
 44 : 132.  
 22, 2 : 1162.  
 37 : 414.  
 40 : 861.  
 23, 2 : 478.  
 25, 1-13 : 115.  
 10 : 1214.  
 12 : 374.  
 20 : 863.  
 23 : 744.  
 24-26 : 607.  
 31-46 : 553, 879.  
 41 : 992.  
 26, 26-28 : 923.  
 39 : 561, 924.  
 41 : 519.  
 50 : 330, 1108.  
 56 : 377.  
 27, 8 : 926.  
 46 : 964.  
 28, 17 : 228.  
 18 : 978.  
 19 : 397, 472, 860, 861,  
 871, 1336, 1340,  
 1345, 1415, 1419.  
 20 : 232, 556, 908.

**Evangelio de San Marcos.**

- 1, 22 : 759.  
 5, 41 : 365, 370, 371.

- 6, 31 : 382.  
 9, 28 : 102.  
 10, 45 : 78.  
 14, 29 : 926.  
 36 : 1324.  
 16, 6 : 942.

**Evangelio de San Lucas.**

- 1, 28 : 166, 722, 907.  
 31 : 908, 913.  
 32-33 : 909.  
 33 : 505.  
 34 : 890.  
 35 : 167, 883, 884,  
 908, 909, 914.  
 38 : 32, 53, 168, 883,  
 885, 887, 907,  
 910, 912, 914,  
 997, 1250.  
 39 : 1219.  
 45 : 33, 169, 916.  
 46 : 169.  
 46-49 : 33, 911-912, 997.  
 48 : 1017.  
 49 : 907.  
 2, 7 : 505, 880.  
 10 : 892.  
 12 : 859, 880, 881.  
 15 : 894.  
 19 : 110.  
 47 : 1314.  
 51 : 110, 531.  
 3, 9 : 716.  
 4, 13 : 924.  
 18 : 470.  
 5, 5 : 228.  
 6, 12 : 273, 291, 310, 312,  
 314, 316, 1364.  
 19 : 1385.  
 37 : 573.  
 45 : 610, 1331, 1377.  
 7, 14 : 368.  
 22 : 470.  
 37-38 : 384.  
 47 : 342.  
 8, 25 : 422.  
 54 : 370, 371.  
 9, 23 : 761.  
 41 : 675.  
 55 : 1107.  
 58 : 264, 505, 559, 744.

- 60 : 720, 783.  
 62 : 152, 494, 1222.  
 10, 2 : 186, 825, 1428.  
 40-41 : 623.  
 42 : 729.  
 12, 8 : 1105.  
 49 : 80, 800, 1208.  
 14, 10 : 492, 1158.  
 15, 12-21 : 337, 343.  
 16, 8 : 1032.  
 17, 5 : 402.  
 6 : 1399.  
 10 : 79, 694.  
 11-19 : 425.  
 17 : 1161.  
 21 : 150, 663, 878.  
 18, 1 : 622, 1155, 1217.  
 34 : 240, 715.  
 41 : 377.  
 19, 14 : 136, 662.  
 22, 15 : 451, 730.  
 32 : 177.  
 48 : 926.  
 53 : 1031.  
 23, 28 : 929.  
 34 : 929, 1365.  
 49 : 1011, 1012.  
 24, 26 : 561, 944.  
 36-47 : 1204-1206.  
 45 : 715.
- Evangelio de San Juan.**  
 1, 1 : 871, 1411.  
 3 : 867, 1214, 1347.  
 4 : 171, 362, 857,  
 889, 1137.  
 5 : 362, 1159, 1173.  
 9 : 151, 1048, 1222.  
 11 : 362, 1159.  
 12 : 171, 861, 890,  
 1026, 1159.  
 13 : 171.  
 14 : 133, 169, 219, 860,  
 884, 886, 887, 889,  
 907, 1005, 1405.  
 17 : 944.  
 18 : 210, 219, 397, 414,  
 516, 722, 862, 1150,  
 1152, 1393.  
 29 : 950, 1260.  
 2, 19 : 941.

- 3, 3 : 885.  
 8 : 215, 1151, 1263.  
 13 : 346, 347.  
 16 : 23, 45, 966, 1031,  
 1151, 1165.  
 34 : 1151.  
 4, 23 : 23, 544, 949.  
 5, 22 : 354, 878.  
 26 : 872.  
 6, 5 : 252.  
 51 : 953.  
 55 : 954.  
 56 : 952.  
 60 : 1155.  
 64 : 886.  
 68 : 133, 321, 965.  
 71 : 239.  
 7, 46 : 581, 1053, 1385,  
 1386, 1411.  
 8, 12 : 362.  
 21 : 339, 1123.  
 32 : 510, 860.  
 34 : 510, 860, 1105.  
 37 : 1128.  
 44 : 555, 992, 993,  
 995, 1000, 1030.  
 9, 34 : 1123.  
 10, 10 : 866, 1102.  
 11 : 273, 1216.  
 16 : 704.  
 24 : 581.  
 11, 3 : 365.  
 16 : 377, 454.  
 25 : 371.  
 25-26 : 524.  
 26 : 1126.  
 28 : 1126.  
 42 : 965.  
 43 : 381.  
 49-51 : 921.  
 12, 24 : 984.  
 31 : 1027.  
 32 : 751, 1216.  
 36 : 189.  
 13, 1 : 451, 730, 741,  
 752, 920, 923.  
 3 : 925.  
 8-10 : 922, 972.  
 10 : 452.

15 : 30, 72, 236, 325,  
452, 877, 959,  
1163, 1393.  
25 : 730.  
33 : 730.  
34 : 569, 730, 1444.  
35 : 730, 731.  
14, 1 : 56, 653.  
2 : 152, 1107.  
6 : 132, 504, 761,  
856, 998, 1167.  
12 : 676, 784.  
15 : 859.  
18 : 320.  
23 : 324, 326, 916.  
26 : 417, 555, 715.  
27 : 56, 653.  
15, 5 : 952, 1038, 1215,  
1267.  
13 : 559.  
14 : 654.  
15 : 973.  
16 : 260.  
20 : 56, 653.  
16, 2 : 713.  
13 : 222, 401.  
20 : 350.  
23 : 422.  
24 : 62.  
33 : 56, 158, 653, 713.  
17, 3 : 731.  
4 : 23, 141, 1153.  
9 : 1284.  
19 : 861.  
21 : 68, 655, 741, 802,  
918.  
23 : 604, 701.  
26 : 68, 655.  
18, 36 : 784.  
38 : 926.  
19, 5 : 1120.  
14 : 735, 931, 977.  
15 : 735, 1422.  
25 : 1009.  
27 : 505, 520, 1012.  
28 : 631.  
20, 21 : 397.  
26 : 1436.

28 : 765.  
21, 11 : 1209.  
15 : 691, 722, 1180.  
17 : 177, 241, 1181.  
18 : 629.

**Hechos de los Apóstoles.**

1, 1 : 236, 242, 273, 697,  
1113, 1331, 1349.  
8 : 144.  
4, 11 : 132.  
12 : 449.  
32 : 71, 390.  
33 : 138.  
5, 29 : 496.  
41 : 158, 350.  
6, 4 : 157, 614, 695, 1432.  
8, 4 : 827, 828.  
9 : 589.  
9, 6 : 364, 792, 1228,  
1323.  
16 : 812.  
12, 5 : 1360.  
15, 9 : 403.  
10 : 337.  
17, 21 : 587.  
25-28 : 25.  
28 : 218, 292, 1275.  
20, 28 : 21, 279, 913, 1071.

**Romanos.**

1, 17 : 1113.  
4, 11 : 627.  
18 : 410.  
25 : 945.  
5, 5 : 23, 405, 412,  
1050, 1051.  
20 : 921.  
6, 9 : 950.  
7, 24 : 1143.  
8, 3 : 1005.  
6 : 712.  
14 : 1106.  
17 : 172, 891.  
18 : 406, 517.  
21 : 511.  
22 : 1008.  
24 : 397.  
26 : 220, 293, 295,  
425, 905.  
28 : 281, 761.

- 30 : 1125.  
 32 : 865.  
 10, 4 : 28, 95, 110, 133,  
 210, 636, 863.  
 14 : 396.  
 17 : 1358.  
 18 : 1206.  
 11, 4 : 1055.  
 33 : 320.  
 36 : 635.  
 12, 10 : 477.  
 13, 10 : 861, 1383.  
 11 : 608, 610.  
 14 : 90, 1244, 1245.  
 15, 3 : 859, 933.
- 1 Corintios.**  
 1, 19 : 1210.  
 21 : 138, 230.  
 23 : 132, 140, 882.  
 24 : 210, 881, 1139.  
 27 : 1207.  
 2, 2 : 132, 206, 212, 322,  
 751, 752, 875, 1112,  
 1215, 1231.  
 4 : 223, 1411.  
 9 : 455.  
 10 : 735.  
 14 : 221.  
 3, 15 : 565, 1043.  
 22-23 : 211.  
 4, 1 : 210, 578, 581.  
 2 : 612.  
 7 : 424, 1145.  
 10 : 811.  
 5, 6 : 247.  
 6, 17 : 27, 222, 901,  
 1050, 1109.  
 19 : 903.  
 20 : 904.  
 7, 15 : 1067.  
 32 : 1241.  
 8, 1 : 48, 97, 199, 212,  
 872, 1036, 1095,  
 1101.  
 9, 22 : 794, 1386.  
 25 : 389.  
 27 : 1111.  
 10, 17 : 146, 861, 985, 1292.  
 31 : 1422.

- 11, 1 : 263.  
 28 : 969, 970.  
 12, 3 : 220.  
 5 : 1292.  
 12-14 : 275.  
 14-17 : 373.  
 13, 4-7 : 1304-1310.  
 13 : 411.  
 14, 34 : 1021.  
 15, 17 : 944.  
 28 : 406, 1047, 1048,  
 1050, 1051.  
 41 : 606.  
 43 : 1048.  
 44 : 1047.  
 47 : 240.  
 16, 22 : 133, 858.

**2 Corintios.**

- 2, 17 : 862, 1328, 1355,  
 1433.  
 3, 17 : 700.  
 18 : 407.  
 4, 5 : 132.  
 7 : 519.  
 17 : 946.  
 5, 4 : 1244.  
 14 : 263, 559, 620,  
 858, 1208.  
 20 : 1327.  
 6, 13 : 665.  
 15 : 563.  
 8, 9 : 314, 504.  
 11, 26 : 212.  
 12, 9 : 882.  
 10 : 617.  
 15 : 239, 571, 681,  
 1114, 1384.  
 13, 5 : 820, 821, 1113.

**Gálatas.**

- 2, 19 : 940.  
 20 : 237, 861, 917, 1027.  
 3, 27 : 915.  
 4, 6 : 24.  
 19 : 99, 135, 141, 166,  
 168, 169, 235, 237,  
 253, 885, 908, 913,  
 1114.  
 5, 17 : 102, 359.

- 24 : 1143.  
 6, 1 : 97.  
 14 : 122, 814, 1236.  
 16 : 629.
- Efesios.**  
 1, 3-4 : 1124, 1125.  
 10 : 132, 210, 481,  
 488, 787, 859.  
 23 : 21, 135, 860, 861.  
 2, 3 : 227, 876, 883,  
 889, 1150.  
 6 : 1170.  
 20 : 211, 496, 1285.  
 3, 17 : 45, 886, 907, 913,  
 916.  
 4, 3 : 129, 708.  
 13 : 235, 236, 861.  
 14 : 1108.  
 15 : 222.  
 22 : 357.  
 24 : 915, 916.  
 5, 1-2 : 820.  
 20 : 55, 62, 653, 1161.  
 27 : 136.  
 31 : 1272.  
 32 : 21.  
 6, 6 : 778, 863.  
 12 : 1142, 1147.
- Filipenses.**  
 1, 18 : 140.  
 21 : 20, 237, 264, 318,  
 324, 826, 829, 858,  
 917, 1107, 1175,  
 1194, 1231.  
 23 : 1143.  
 2, 5 : 312, 357, 452, 543,  
 675, 917.  
 7 : 859, 879, 917, 948,  
 1215.  
 8 : 52, 54, 531, 540,  
 730, 744, 859, 871,  
 1193, 1215, 1251.  
 12 : 866.  
 13 : 1038.  
 21 : 694, 1116.  
 3,12-13 : 294.  
 17 : 860.  
 20 : 1119.

- 4, 4 : 349, 721.  
 7 : 253, 1437.  
 13 : 58, 882, 1210.

**Colosenses.**

- 1, 15 : 1150.  
 19 : 133, 856, 1054.  
 20 : 133, 858.  
 23 : 1036.  
 24 : 76, 938, 1163.  
 2, 3 : 132, 319, 635, 856,  
 1005, 1070, 1114.  
 9 : 856, 942, 1113, 1406.  
 3, 1 : 1437.  
 2 : 945.  
 3 : 123, 237, 883.  
 4 : 1107, 1222.  
 9-10 : 915, 1242.  
 22 : 1107.

**1 Tesalonicenses.**

- 4, 3 : 863, 868.  
 5, 18 : 426.  
 19 : 293.

**1 Timoteo.**

- 1, 13 : 338.  
 17 : 141, 225.  
 2, 5 : 219, 856, 1150.  
 3, 15 : 135.  
 4, 2 : 366.  
 6, 8 : 157.

**2 Timoteo.**

- 1, 12 : 410.  
 2, 3 : 1147.  
 9 : 480.  
 15 : 213.  
 17 : 547.  
 22 : 711, 713.  
 3, 3 : 1309.  
 4, 3 : 274, 480.  
 8 : 232, 865.

**Hebreos.**

- 1, 1-2 : 1411.  
 2 : 397, 855, 860, 1152.  
 3 : 73, 322, 880,  
 881, 1005, 1221,  
 1222, 1246, 1411.  
 6 : 318.

- 14 : 166, 908.  
 2, 11 : 449.  
 4, 12 : 122.  
 7, 3 : 964, 1278.  
 17 : 1023.  
 25 : 114, 449, 950.  
 26 : 961.  
 10, 1 : 420.  
 7 : 82.  
 8-9 : 957.  
 11, 1 : 397.  
 6 : 217, 396, 558, 853,  
 864, 1112.  
 12, 1 : 407, 409.  
 2 : 45, 132, 210, 240,  
 592, 873, 944, 1073,  
 1252.  
 13, 17 : 86, 545, 549, 550,  
 551.

**Santiago.**

- 1, 2 : 812, 1041, 1042,  
 1112.  
 4 : 409, 410, 481.  
 17 : 23, 130, 422, 1254.  
 18 : 946.  
 2, 19 : 462.  
 4, 6 : 421.  
 14 : 400, 1042.  
 5, 16 : 567.

**1 Pedro.**

- 2, 21 : 1033.  
 25 : 275.  
 3, 14 : 588.  
 4, 14 : 588.

**2 Pedro.**

- 1, 4 : 981.

**1 Juan.**

- 3, 1 : 1310.  
 2 : 1049.  
 4, 8 : 68, 417, 555, 1310.  
 16 : 68, 417, 555, 864.  
 19 : 620, 679, 857, 975.  
 5, 4 : 400.  
 20 : 951, 1116.

**Apocalipsis.**

- 1, 8 : 859, 866.  
 2, 4 : 416.  
 3, 1 : 1108, 1418.  
 15 : 971.  
 20 : 899, 901, 1123.  
 21 : 902.  
 4, 6 : 1240.  
 5, 6 : 919, 956, 958.  
 11-12 : 750.  
 14 : 750.  
 6, 2 : 662.  
 7, 14 : 518.  
 8, 1 : 293.  
 13, 8 : 52, 543, 750, 923,  
 951, 952, 1018.  
 14, 4 : 518, 949, 1018.  
 17, 3-5 : 137.  
 4 : 1031.  
 19, 16 : 662.  
 21, 3 : 135, 211.  
 5 : 713.  
 23 : 1050.  
 22, 2 : 231.  
 11 : 565.  
 14 : 518.  
 20 : 916, 918.

## INDICE DE NOMBRES

— A —

**Abel:** 996, 1407.

**Abraham:** 291, 616, 818, 887.

**Acab:** 900.

**Adán:** 236, 989, 996.

**Adoratrices:** 947, 1079, 1224-81,  
1232.

**Adrianópolis:** 160, 1181, 1198,  
1199, 1456, 1457, 1459.

**África:** 728.

**Agustinos:** 1063, 1064.

**Agustín (san):** 140, 142, 149, 171,  
213, 234, 303, 304, 305, 390,  
415, 451, 475, 490, 495, 568,  
589, 598, 604, 636, 722, 789,  
796, 889, 897, 932, 943, 1003,  
1037, 1045, 1094, 1096, 1124,  
1158, 1159, 1160, 1170, 1172,  
1213, 1222, 1347.

Páginas P.L. XXXII Col.

1148: *Confes.* I, 1: 661.  
427-30: *Confes.* I, 4-5: 662-3.  
479: *Confes.* I, 13: 670.  
568: *Confes.* III, XII: 692-3.  
432-37: *Confes.* IV, 9-12: 699-700.  
1032: *Confes.* VII, 9: 740-1.  
475, 762: *Confes.* VIII, 11: 761.  
872: *Confes.* X, 23: 793.  
304, 715: *Confes.* XII, 31: 844.  
635: *De Ordine.* 9: 1007.  
437-47: *De Mor. Eccl.*, I, 11-14:  
1319-21.  
392, 1149: *Reg. Mon.*, VIII, 3: 1382.

P.L. XXXIII

293, 1150: *Ep.* 118: 431.  
292: *Ep.* 130, 18-19: 501.

296: *Ep.* 187, 17, 19: 838.  
1220: *Ep.* 188, 1: 849.

P.L. XXXIV-XXXV

551, 1148: *De Doctr. Christ.*: 15.  
417: *De Doctr.* I, 4: 20.  
1152: *De Doctr.* I, 6: 21.  
854: *De Doctr.* II, 9: 42.  
412: *De Doctr.* III, 10: 72.  
715: *De Doctr.* III, 27: 80.  
991: *De Gen. contra Man.*,  
XI, 17: 209.  
890, 891: *In Joan. Ev.*, II, 14: 1395.  
421, 1272: *In Joan. Ev.*, V, 1: 1414.  
721: *In Joan. Ev.*, XX: 1562-3.  
925: *In Joan. Ev.*, LV, 5: 1786.  
417: *In Joan. Ev.*, LXV, 1: 1808.  
416: *In Joan. Ev.*, LXXIV, 2: 1827.  
849: *In Joan. Epist.* VII, 8: 2033.

P.L. XXXVII

383: *In Ps.* XXVII, 14: 404.  
1133-41: *In Ps.* LXXXIII: 1055-1068.  
381: *In Ps.* CI, 3: 1306.  
1174: *In Ps.* CXVIII, 4, 1: 1509.  
1173: *In Ps.* CXVIII, 7, 4: 1518.  
346: *In Ps.* CXIX, 1: 1597.  
346: *In Ps.* CXX, 1: 1606.  
347-8: *In Ps.* CXXI, 1: 1618.  
352: *In Ps.* CXXI, 5: 1622.

P.L. XXXVIII

1214-1215: *Serm.*, 336, 1-2: 1472.  
319: *App. Serm.*, CXXXVIII, 1: 1997.

P.L. XL

1176: *De Div. Q.*, 71: 83.

1155: *De fide rerum*, II: 173.  
 1114: *Enchiridion*, I, 1: 231.  
 1171: *De Cat. Rud.*, IV: 316.  
 1003, 1006: *De Virg.*, II: 397.  
 496: *De Virg.*, VIII: 400.  
 518: *De Virg.*, XIII: 402.  
 518, 1008: *De Virg.*, XXVII: 411-2.  
 522: *De Virg.*, XXXVI: 417.  
 1217: *De Bono Vid.*, 16: 442.  
 512: *De Bono Vid.*, 21: 448.  
 294-5: *De Util. Jej.*, I: 708.

## P.L. XLI

858: *De Civ. Dei*, XIV, 28: 436.  
 393: *De Civ. Dei*, XV, 22: 467.

## P.L. XLII

1085: *De Trinitate*, XII: 998.

## P.L. XLIV

336, 339, 870: *De nat. et Gr.*, XXVI:  
 261.  
 399: *De Pred. Sanct.*, V: 963.  
**Albigenses**: 155, 203, 222, 1090.  
**Alejanría**: 1355.  
**Alemania**: 203, 462, 827, 828.  
**Alès**: 947.  
**Allemand (Sr.)**: 1349.  
**Alzon (Augustine d')**: 758.  
**Alzon (Edmond d')**: 749.  
**Alzon (Emmanuel d')**:  
*Amor de la Iglesia*: 759, 779,  
 799, 838, 839, 1041.  
*Amor de la Santísima Virgen*:  
 794, 796, 801, 804, 806, 808,  
 809, 810, 812, 815, 816, 817,  
 818, 819, 822, 827, 828, 838,  
 839, 842, 1462.  
*Amor del Señor*: 305, 742, 769,  
 778, 783, 784, 789, 797, 804,  
 805, 811, 813, 814, 817, 818,  
 821, 822, 826, 829, 832, 834,  
 838, 839, 842, 1462.

*Castidad*: 743, 779.  
*Crucifijo*: 822, 823, 1231.  
*Devoción al Espíritu Santo*: 810,  
 811, 819, 844.  
*Devoción eucarística*: 734, 751,  
 752, 753, 754, 778, 815, 825-6,  
 840, 841, 982, 983.  
*El Religioso*: 779-782, 826.  
*El Sacerdote: Retiro de ordena-  
 ción*: 760-765.  
*El Superior*: 782-7, 791, 793,  
 794, 797, 810, 818, 819, 826,  
 829, 834.  
*Espíritu de sacrificio*: 780, 782,  
 783, 812, 813, 814, 816, 820,  
 822, 829.  
*Estudios*: 745-9, 754-8, 769-70,  
 789-90, 831, 842.  
*Examen particular*: 1079, 1081.  
*Fe*: 791, 814, 833.  
*Humildad*: 833, 834.  
*Inicio del Instituto*: 770, 771-3,  
 774-7, 1283.  
*Mortificación*: 783, 803.  
*Obediencia*: 743, 744.  
*Olvido de sí mismo*: 305, 823.  
*Oración*: 305, 783, 792, 803,  
 806, 832, 840, 841, 844.  
*Ordenación sacerdotal*: 765-768,  
 779, 826.  
*Otros votos*: 639, 773, 796, 825,  
 826.  
*Patronos*: 760, 816.  
*Pobreza*: 743, 790, 816, 817, 827.  
*Pruebas*: 759, 804, 806, 808, 809,  
 811-12, 820, 839, 840, 841.  
*Reglamento de vida*: 777-87.  
*Resoluciones*: 787, 790, 796,  
 802, 818, 820, 829, 835, 836,  
 839, 840.  
*Retiros*: 760-5, 799-802, 812,  
 834, 835, 838, 840, 844.  
*Santos y Ángeles*: 811, 816, 828,  
 829, 830.  
*Sufrimientos*: 809, 813, 814, 840.

*Testimonio de humildad:* 641, 763, 795, 808, 810, 813, 816, 818, 832, 833, 834, 1065, 1143.  
*Vocación religiosa:* 639, 640, 641, 758, 769.  
*Vocación sacerdotal:* 733, 734, 749, 750.  
*Votos de religión:* 788, 807.  
**Alzon (Visconte d'):** 765.  
**Ambrosio (san):** 520.  
*In Ev. sd. Luc. C. II; P.L. XV,* 1640: 944, 1219.  
*Id.,* 1647: 170, 887.  
 De Virg. L. I, C. III; P.L. XVI, 202: 517.  
 De Virg. L. I, C. V; P.L. XVI, 206: 521.  
 De Virg. L. I, C. III; P.L. XVI, 206: 521.  
 De Virg. L. II, C. II; P.L. XVI, 220: 1003.  
**América:** 1387.  
**Ammonius Saccas:** 1355.  
**Ana:** 926.  
**Ana de Austria:** 1117.  
**Ananías:** 1108.  
**Andrés (san):** 1210.  
**Angélico (Fra):** 1386.  
**Anselmo (san):**  
*Epist. Liv. IV, IX; P.L.,* 159: 860.  
**Anticristo:** 691, 1210.  
**Antinoo:** 1410.  
**Antonio (san):** 529, 1325.  
**Apolo del Belvedere:** 1409.  
**Arianos:** 1046.  
**Ario:** 556.  
**Aristóteles:** 699, 789.  
**Arras:** 175.  
**Asuero:** 1356.  
**Atanasio (san):** 793.  
**Atenas:** 1210.  
**Atila:** 142.  
**Australia:** 160, 185.  
**Austria:** 162.  
**Auteuil:** 666, 699, 710, 1034.  
**Avión:** 819.

## - B -

**Babel:** 225.  
**Babilonia:** 136, 137.  
**Bailly (P. Emm.):** 254, 308, 836, 840, 845, 1081, 1087, 1088, 1089, 1090, 1103, 1350, 1387, 1423, 1461, 1464.  
**Bailly (P. V. de Paul):** 288, 723, 836, 842, 1068, 1076, 1082, 1087, 1088, 1102, 1350.  
**Baragnon Numa:** 1103.  
**Barnabo (Card.):** 1448, 1451.  
**Baronio:** 213.  
**Basilio (san):** 529, 715, 856, 1449.  
**Bastien (abate):** 808.  
**Baudouy (P. Ernest):** 614, 1388.  
**Belarmino:** 1046, 1149.  
**Belén:** 33, 34, 65, 575, 628, 859, 892, 894, 895, 969, 1124.  
**Benito (san):** 155, 157, 279, 304, 390, 529, 577, 642.  
**Berardi (Card.):** 213, 1450.  
**Bernardo (san):** 103, 586, 598.  
*De Consideratione*, II, 13;  
 P.L. 182, 756: 335.  
*De diligendo Deo;* 974: 418.  
*Super Missus;* P.L., 183, 59: 1007.  
*In Nat. B.M.V.;* P.L., 183, 441: 1218.  
**Bérulle (Card. de):** 792, 795, 799.  
**Bévier (Sor Marie-Aug.):** 790.  
**Bizzarri (Mons.):** 1062.  
**Boletín de las Obras Obreras:** 1424.  
**Bolonia:** 1195.  
**Bonald (de):** 1045, 1391.  
**Bossuet:** 189, 213, 519, 520, 789, 797, 799, 831, 842, 851, 858, 860, 1037, 1045, 1055, 1406.  
**Bouix:** 700.  
**Bourdaloue:** 213, 831, 942, 1051.  
**Bouvy (P. Edmond):** 1117.  
**Brézé (de):** 767, 768.  
**Buenaventura (san):** 213, 790, 852, 853.

**Buffon:** 749.  
**Bulgaria:** 186, 1181, 1182-83,  
 1448, 1451, 1453, 1456-57.

## - C -

**Cabrières (Card. de):** 836.  
**Caifás:** 921, 926.  
**Caín:** 993, 996, 1407.  
**Calcedonia:** 1453.  
**Camilo de Lellis (san):** 559.  
**Camus (Mons.):** 970.  
**Canrobert:** 682.  
**Capitolio:** 1410.  
**Carlomagno:** 233.  
**Carlos Borromeo (san):** 830, 1205.  
**Carlos Martel:** 233.  
**Carlos V:** 1145.  
**Carmelitas:** 701, 1064.  
**Cart (Mons.):** 773, 794.  
**Cartago:** 178, 1420.  
**Catalina de Siena (santa):** 699,  
 798, 800, 825, 897, 1165.  
**Cestac (abate):** 825.  
**Chalais:** 799.  
**Chambourdon (Padre François  
 d'Assise):** 1067, 1068.  
**Châteaux (les):** 1103.  
**Chavin (Sr.):** 798  
**Cicerón:** 479.  
**Clérgos Regulares:** 155.  
**Clodoveo:** 233.  
**Coliseo:** 1410.  
**Combalot:** 42.  
**Commarque (Madre María Teresa  
 de):** 809, 843.  
**Comuna (la):** 178, 184.  
**Condren:** 795.  
**Constantino:** 232.  
**Constantinopla:** 1072, 1451,  
 1453-54, 1456-57.  
**Cooper:** 1374.  
**Cornelio (centurión):** 1181.  
**Correnson (Madre Emmanuel-  
 Marie de la Compassion):** 827,  
 833, 838, 839, 841, 1074, 1077,

1078, 1079, 1083, 1178, 1184,  
 1185, 1186, 1187, 1189, 1191,  
 1195, 1201, 1213.

**Crates:** 897.  
**Cusse (Padre):** 297.  
**Czartoriski:** 1450.

## - D -

**Daniel:** 329, 330, 580.  
**Danzas (Padre):** 1195.  
**Darras:** 213, 1043, 1044, 1045,  
 1094.  
**David:** 39, 491, 562.  
**Demetriades:** 1217, 1220.  
**Descamps (P. Pierre):** 1090.  
**Diana (Beata):** 1196.  
**Dionisio Areopagita:** 855, 1362.  
**Domingo (santo):** 155, 198, 202,  
 203, 204, 529, 577, 642, 1090.  
**Dominicos:** 684, 1062, 1063, 1064,  
 1098, 1195.  
**Donato:** 1046.  
**Dumazer (Padre Alexis):** 687,  
 723, 848, 1090, 1093, 1103.  
**Dupanloup (Mons.):** 1001.  
**Durand (abate):** 833.  
**Duruy:** 1354.

## - E -

**Egipto:** 33, 557.  
**Eliás:** 179, 818.  
**Enrique V:** 749.  
**Escures (Condesa d', de soltera:  
 de Pélissier):** 724, 809, 811, 841,  
 1102, 1460.  
**España:** 162, 828.  
**Espartero:** 1360.  
**Estados Unidos:** 565  
**Ester:** 1356.  
**Europa:** 180, 1388, 1398-1400.  
**Eutiques:** 1046.  
**Eva:** 319, 996.

## - F -

- Faber:** 645, 1227.  
**Fabre (abate):** 759.  
**Felipe el Hermoso:** 143.  
**Felipe Neri (san):** 1143, 1205.  
**Félix de Cantalice (san):** 1205.  
**Fénelon:** 799, 850.  
**Filippopoli:** 160, 1456, 1457.  
**Florenca:** 1070.  
**Focio:** 1452, 1453.  
**Fourrier (san):** 795.  
**Francia:** 142, 173, 177, 180, 181, 184, 222, 233, 394, 462, 471, 662, 827, 828, 927, 1089, 1360, 1397, 1420, 1438, 1440, 1442, 1445, 1452, 1453, 1455.  
**Francisco de Asís (san):** 151, 155, 157, 202, 204, 529, 577, 642, 816, 817.  
**Francisco de Sales (Obras de San):** 1066, 1083, 1180, 1448.  
**Francisco de Sales (san):** 213, 216, 598, 760, 799, 852, 897, 970, 1053, 1113.  
**Frayssinous (Mons.):** 1037.

## - G -

- Gabriel (san):** 32, 165, 166, 168, 907, 908, 913, 1268.  
**Gaeta:** 1041.  
**Galabert (Padre):** 297, 646, 985, 1087, 1457, 1459.  
**Gareiso (abate):** 772.  
**Garibaldi:** 1041.  
**Gay (Mons.):** 842.  
**Gedeón:** 908.  
**Genserico:** 142.  
**Gerbet (Mons.):** 1382.  
**Germer-Durand (Padre):** 297, 1090.  
**Germer-Durand (Sr.):** 771, 1349, 1355, 1382.  
**Géry (Padre):** 1098.  
**Gil Blas:** 739.

- Ginouillac (abate):** 758.  
**Gladiador moribundo:** 1410.  
**Godos:** 557.  
**Goubier (abate):** 776.  
**Goudin:** 1098.  
**Gouraud:** 735.  
**Granada (L. de):** 831, 851.  
**Gregorio (san):** 437, 855, 1362.  
*In Ezech., II; P.L., 76, 1037: 497.*  
*Homel., XXV; P.L., 76, 1189: 350.*  
*Reg. Past. I; P.L., 77, 14: 598.*  
**Gregorio de N. (san):** 1454.  
**Gregorio Taumaturgo (san):** 817.  
**Gregorio VII:** 304, 799, 1293.  
**Gregorio XVI:** 705, 767.  
**Grenoble:** 181.  
**Grou (Padre):** 851.  
**Guépin (Dom):** 843.

## - H -

- Halluin (Padre):** 175.  
**Hassoun (Mons.):** 1452.  
**Hedde F.:** 1351.  
**Hello:** 1106.  
**Hermanitas de la Asunción:** 160, 305, 726.  
**Herodes Antipas:** 562, 926, 927.  
**Herodes el Grande:** 33, 896.  
**Herodoto:** 789.  
**Hilarión (san):** 1325.  
**Hugo (Víctor):** 1038.  
**Hunos:** 557.

## - I -

- Ignacio de Constantinopla (san):** 1454.  
**Ignacio de Loyola (san):** 204, 642, 760, 762, 1078, 1081.  
**Inglaterra:** 728, 827, 828.  
**Inocencio III:** 222.  
**Irlanda:** 565.  
**Isabel (santa):** 169, 916, 1219.  
**Isaías:** 1362.  
**Islamismo:** 233.

**Italia:** 162, 203, 222, 462, 828.

– J –

**J. B. de la Salle (san):** 795, 1299.  
**Jacob:** 896.  
**Jafet:** 1368.  
**Jairo:** 370.  
**Jaricot (señorita):** 1180, 1216.  
**Jenofonte:** 789.  
**Jeremías:** 1165.  
**Jerónimo (san):** 479, 519, 898, 1122, 1206.  
**Jerónimo Emiliani (san):** 559.  
**Jerusalén:** 33, 121, 136, 144, 351-56, 903, 920, 921, 1043, 1110, 1166, 1213, 1214.  
**Jesuitas:** 642, 708, 766, 1062, 1063, 1076.  
**Jezabel:** 900.  
**Job:** 671.  
**Jonás:** 566, 595.  
**Jordán de Sajonia (san):** 198, 1195.  
**Josafat (san):** 843.  
**José de Arimatea:** 505.  
**José de Cupertino (san):** 590.  
**José (san):** 33, 100, 303, 505, 628, 716, 717, 718, 760, 892.  
**Josué:** 562.  
**Juan (san):** 505, 599, 675, 760, 1009, 1210, 1267.  
**Juan Bautista (san):** 169, 480, 1165, 1268.  
**Juan Crisóstomo (san):** 760, 856, 1037, 1386, 1453, 1454.  
**Juan de Dios (san):** 632.  
**Juan de la Cruz (san):** 213, 216, 817, 852, 853, 1144, 1247.  
**Judas:** 925, 926.  
**Juliana:** 1220.

– K –

**Kulturkampf:** 557.

– L –

**La Fontaine:** 1368.  
**Labriolle (de):** 427.  
**Lacordaire:** 469, 706, 770, 1037, 1385.  
**Ladrón (el buen):** 599.  
**Lamennais:** 748, 749, 766, 767, 1353, 1406.  
**Laocoonte:** 1409.  
**Laurent (Padre Ch.):** 200, 201, 208, 614, 673, 837, 1086, 1462.  
**Lavagnac:** 147, 149, 254, 1232.  
**Lavigerie (Card.):** 1448.  
**Lázaro:** 365, 368, 920, 1126.  
**Leibnitz:** 748.  
**Lejeune:** 831.  
**León (san):**  
*Sermón 21; P.L., 54, 192: 453, 879.*  
*Sermón 24; P.L., 54, 206: 171.*  
*Sermón 25; P.L., 54, 212: 170.*  
*Sermón 26; P.L., 54, 213: 170, 319, 320.*  
**León XIII:** 462, 1464.  
**Liberté pour tous:** 1424.  
**Ligorio Alfonso (san):** 213.  
**Lombard (Padre M.):** 1097.  
**Lourdes:** 181, 721, 1399.  
**Lucca (Mons.de):** 1080.  
**Luglien d'Esgrigny:** 733, 768.  
**Luis (san):** 233, 1292.  
**Luis XV:** 1400.  
**Lutero:** 556, 757, 1293.  
**Lyon:** 181, 1180, 1419, 1459.

– M –

**Mabillon:** 674.  
**Macabeos:** 162, 562.  
**Macedonios:** 1046.  
**Magdalena (santa):** 1164.  
**Maguncia:** 177.  
**Mahoma:** 556, 557.  
**Maistre (de):** 592, 1016, 1407.

**Malebranche:** 747.  
**Marcos (san):** 390.  
**María de Ágreda:** 664, 699, 700, 852.  
**María de Betania:** 1126.  
**Marsella:** 181.  
**Masella Aloisi:** 1459.  
**Massillon:** 469.  
**Maubon (Padre Joseph):** 1090.  
**Ménard (Michel):** 723.  
**Mérignargues (Isabelle de):** 1180-81.  
**Metz:** 177.  
**Miguel (san):** 893, 1211, 1278, 1434, 1435.  
**Miguel Ángel:** 1386.  
**Milleret (Madre Marie-Eugénie de Jesús):** 42, 639, 658, 698, 706, 727, 769, 770, 773, 774, 791, 792, 793, 796, 797, 798, 799, 803, 804, 805, 806, 808, 809, 810, 811, 813, 814, 817, 821, 822, 823, 830, 832, 837, 840, 841, 842, 843, 844, 906, 1067, 1076, 1091, 1102, 1142.  
**Moisés:** 398, 562, 818, 903, 993, 1335, 1361.  
**Molinos:** 860.  
**Mónica (santa):** 568.  
**Monnier:** 1299, 1389.  
**Montalembert:** 768.  
**Montesquieu:** 728.  
**Montpellier:** 754, 1439.  
**Montpellier (de):** 768.

- N -

**Naím:** 368.  
**Napoleón:** 671.  
**Nápoles:** 1041, 1084.  
**Nazaret:** 33, 34, 65, 94, 95, 320, 505, 628, 630, 910, 1395.  
**Nehemías:** 562.  
**Nerón:** 141.

**Nestorio:** 1046.  
**Nimes:** 254, 288, 658, 707, 848, 1065, 1084, 1090, 1180, 1212, 1213, 1425, 1439, 1446.  
**Nimes (Colegio de):** 160, 271, 275, 305, 641, 642, 644, 919, 1388.  
**Nínive:** 566, 595.  
**Noé:** 1169, 1368.

## - O -

**Oblatas de la Asunción:** 43, 160, 186, 196, 254, 305, 698, 699, 726, 834, 836, 840, 848, 1074, 1075, 1076, 1078, 1079, 1178-1223, 1192, 1196, 1198, 1212, 1369.  
**Odescalchi (Card.):** 766, 767.  
**Odessa:** 1458, 1459.  
**Olier:** 795, 803.  
**Olivieri (Padre):** 683.  
**Oriente:** 565, 985, 1178, 1179, 1182, 1388, 1448-60.  
**Origenes:** 1355.

## - P -

**Pablo (san):** 52, 138, 141, 275, 318, 477, 760, 1164, 1210, 1362, 1386, 1406.  
**Pablo el Ermitaño (san):** 1325.  
**París:** 160, 177, 181, 183, 201, 270, 642, 660, 1446.  
**Pascal:** 1146, 1387.  
**Patt (Fr. Eduardo):** 681.  
**Pedro (san):** 38, 138, 141, 480, 562, 566, 588, 675, 701, 926, 1210, 1267, 1434, 1435.  
**Pelagio:** 1046.  
**«Le Pèlerin»:** 919, 1424, 1447.  
**Péllissier:** 682.  
**Pernet (Padre):** 305.  
**Picard (Padre):** 15, 42, 82, 129, 192, 201, 207, 254, 270, 271, 288, 297, 305, 308, 723, 833, 834, 835, 836, 837, 838, 839.

842, 848, 947, 988, 1062, 1066,  
1067, 1076, 1080, 1082, 1088,  
1399, 1428, 1445, 1446, 1461.

**Picard (Sr.):** 987.

**Pilatós:** 229, 926, 927, 930, 931,  
933, 934, 935, 977.

**Pío IX:** 145, 175, 176, 184, 704,  
705, 1003, 1041, 1071, 1072,  
1090, 1448, 1449, 1450, 1451,  
1455, 1457, 1459.

**Pitra (Cardinal):** 1459.

**Plantier (Mons.):** 304, 1077.

**Platón:** 789, 1032.

**Plutarco:** 789.

**Poitiers:** 233.

**Policarpo (san):** 825.

**Poly:** 767.

**Port-Royal:** 1146.

**Proba:** 296.

**Prusia:** 173, 184, 186.

– R –

**Rampolla:** 1459.

**Rancé (de):** 304, 674, 682, 779,  
795, 1284.

**Ravignan (Padre):** 677.

**Régis (Eulalie de):** 1212.

**Reims:** 666.

**Reisach (Cardinal):** 1084.

**Religiosas de la Asunción:** 16, 41,  
82, 124, 160, 305, 658, 668, 669,  
683, 692, 698, 726, 840, 919,  
935, 1024, 1036, 1040, 1142-77.

**Religiosos de la Asunción:** 17, 36,  
41, 42, 44, 57, 61, 70, 73, 78, 82,  
96, 104, 107, 124, 132, 148, 165,  
168, 182, 186, 195, 211, 215, 222,  
231, 266, 306, 309, 578, 585,  
614, 615, 654, 692, 715, 819,  
834, 836, 840, 1062-1141, 1119,  
1196, 1425, 1426.

**Rochefort:** 819.

**Rohrbacher:** 213, 789, 831, 1094.

**Roland-Gosselin:** 427.

**Roma:** 141, 142, 175, 177, 758,  
759, 838, 941, 1063, 1069, 1071,  
1072, 1083, 1166, 1210, 1360,  
1419, 1420, 1451, 1455.

**Rusia:** 186, 462, 1072, 1448, 1457,  
1458, 1459, 1460.

**Rustky:** 843.

– S –

**Sacconi (Mons.):** 1459.

**Safira:** 1108.

**Salamanca:** 1424.

**Salette (La):** 181.

**Salomón:** 1214.

**Salvy:** 817.

**Samuel:** 562.

**San Severino:** 1098.

**Santiago (san):** 1210, 1267.

**Saugrain (Padre Hippolyte):** 254,  
271, 287, 288, 673, 1087, 1088,  
1183, 1462.

**Saúl:** 504, 562.

**Sebastopol:** 682.

**Sedán:** 177, 666.

**Segna (Mons.):** 1459.

**Ségur (Mons. de):** 1067.

**Sem:** 1368.

**Simeoni (Mons.):** 1448, 1449,  
1450, 1451, 1455.

**Simón de Cirene:** 929.

**Simon Jules:** 1033.

**Sinaí:** 177, 1034, 1038, 1361.

**Sócrates:** 1352.

**Stanislas (Colegio):** 1388.

**Suárez:** 1002.

**Suiza:** 462.

**Syllabus:** 164, 205.

– T –

**Talbot (Mons.):** 1448, 1449.

**Teresa de Ávila (santa):** 664, 695,  
699, 700, 703, 852, 862, 897,  
1068, 1130, 1144, 1227, 1259.

**Tertuliano:** *P.L., II*, 848: 543, 717, 1366.

**Tessan (de):** 771.

**Thiers:** 709.

**Tomás (santo):** 675.

**Tomás de Aquino (santo):** 213, 226, 303, 304, 498, 591, 690, 699, 722, 790, 855, 943, 1084, 1094, 1095, 1096, 1098, 1336, 1347, 1356, 1362.

*Summa Theologiae:*

Ia Pars, Q. 1, art. 1: 850.

Ia Pars, Q. 22, art. 1: 866.

Ia Pars, Q. 22, art. 4: 867.

Ia Pars, Q. 23, art. 3: 869.

Ia Pars, Q. 106, art. 4: 1336.

Ia IIae, Q. 17, art. 9, ad secundum: 221.

IIa IIae, Q. 11, art. 1: 399.

IIa IIae, Q. 23, art. 1: 411.

IIa IIae, Q. 23, art. 2: 412.

IIa IIae, Q. 24, art. 2: 415.

IIa IIae, Q. 24, art. 3, ad secundum: 1049, 1156.

IIa IIae, Q. 24, art. 7: 416.

IIa IIae, Q. 27, art. 1: 418.

IIa IIae, Q. 88, art. 3: 494.

IIIa Pars, Q. 1, art. 2: 1348.

*Sententiarum*, D. 49, Q. 5, art. 5: 1051.

**Trento (Concilio de):** 187, 213, 260.

**Trotmann:** 1358.

**Turin:** 639.

– V –

**Vailhé (P. Siméon):** 644.

**Vándalos:** 557.

**Varin d'Ainvelle (Sra.):** 832.

**Vaticano (Concilio):** 145, 147, 173, 175-77, 192, 205, 214, 234, 839, 1069, 1070, 1073, 1074, 1076, 1079, 1082, 1083, 1085, 1086, 1099, 1360.

**Veillot Louis:** 1423.

**Vicente de Paúl (san):** 559, 795, 1053, 1113, 1117, 1303, 1439, 1444.

**Vigan (Le):** 147, 254, 270, 271, 281, 658, 673, 834, 1183, 1423.

**Virgilio:** 479.

**Voltaire:** 180.

– W –

**Walburge (Sor):** 823, 1224, 1227, 1229, 1232.

**Walter Scott:** 1374.

– Z –

**Zacarias:** 1268.

**Zebedeo:** 1110.

**Zigliara:** 1098.

**Zorobabel:** 1214.

## INDICE ANALITICO

- A -

- Abnegación:** 139, 987.  
**Acción:** 79, 599, 600, 617, 696.  
**Acción de gracias:** 61, 93, 425-6, 605, 679, 970, 1161.  
**Acostarse:** 115  
**Admiración:** 42, 323.  
**Adoración:** 22-24, 28, 30, 42, 89, 114, 146, 181, 424-25, 448-450, 493, 496, 602-603, 627, 661-662, 667-669, **672-3**, 718, 898, **948-52**, 981, 1146, 1160, 1168, 1260.  
**Advertimiento:** 278-279.  
**Afectos:** 311.  
**Aislamiento (del sacerdote):** 1293-94.  
**Alegria:** 503-04, 550, 718, 721, 724, 1304.  
**Altar:** 77, 146, 331, 408, 584, 600, 624, 904, 951, 952, 957, 962, 977, 980, 984, 1273, 1341.  
**Alumnado:** 187, 235, **246-53**, 254, 261, 297, **1099-1102-04**.  
**Amabilidad:** 105.  
**Ambición:** 587-88, 594.  
**Amistad:** 728, 732.  
**Amistades particulares:** 571, 572, 678  
**Amor:** 77, 153, 347, 348, 479, 491, 512, 544, 560, 603-04, 1050, 1332, 1356, 1359.  
**Amor de Dios:** 24, 68, 74, 77, **131**, 364, 392, 393, 411, 555, 559, 579, 654, 717, 848, 850, **864-70**, 898, 1153, 1172-4, 1208-9, 1358-9, 1363.  
**Amor (Triple...):** 20, 40, 42, 44, 45, 70, 128, 129, 131, 143, 168, 193, 242, 243, 249, 262, 711, 722, 723, 724, 819, 839, 847, 1102, 1249, 1387.  
**Amor a Nuestro Señor:** 20-31, 38, 49, 73, 74, 76, 81, 88, 92, 93, **132-4**, 140, **165-72**, 194, 236, **322-4**, 331, 490, 516, 579, 616, 620, 645, 648, 654, 701, 717, 778, 797-798, 813, **857-8**, **874-946**, 902, 1065, 1194, 1201, 1209, 1223, 1283, 1387.  
**Amor a la Santísima Virgen:** 21, **32-35**, 67, 73, **134-5**, 141, 648, 654, 988-1028, 1387.  
**Amor a la Iglesia:** 21, **36-9**, 67, 70, 96, 97, **135-9**, 142, 144, 195, 212, 579, 616-617, 622, 645, 648, 654, 671, 693, 717, 779, 862, **1029-1060**, 1064, 1194, 1238, 1249.  
**Amor a las almas:** 67, 70, 80, 158, 273, 470, 484, 583, 654, 1176-77, 1209, 1283, 1357.  
**Amor a los alumnos:** 1335, 1382-83.  
**Amor propio:** 589, 1115-16.  
**Anacoretas:** 1216.  
**Ángeles:** 113, 114, 187, 294, 295, 424, 514, 515, 521, 654, 689, 911, 1175, 1211, 1268, 1270-1, 1278-81, 1284, 1336, 1337, 1362-3.  
**Ángeles Custodios:** 67, 90, 654, 811, 816, 828, 1211.  
**Apertura de corazón:** 49, 264, 785, 1283.  
**Apostolado:** 64, 193, 647, **692-7**, 851, 1037-1039.  
**Apóstoles:** 157, 158, 167, 169, 239, 273, 310, 350, 480, 495, 496, 612, 675, 676, 780-81, 851, 1216, 1284.  
**Ardor:** 559, 583, 712.  
**Aristocracia A.A.:** 186, 201, 1089.  
**Arrepentimiento:** 342-44.  
**A.R.T.:** 78, 107, 128, 130, 131, 139, 147, 150, 303, 304, 394, 652, **659**, 661, 681, 910, 931, 935, 952, 1283, 1426, 1431.  
**Arte cristiano:** 1402-14.  
**Asociación:** 1083, 1420, 1425, 1432-1436.  
**Atención:** 419.

**Audacia:** 137, 138, 189, 713.  
**Austeridad:** 76, 102, 199, 247, 294-95, 467-68, 523-30, 567.  
**Autoridad:** 162, 283-84, 594, 787, 1377.  
**Autosuficiencia:** 312, 586.  
**Avisos:** 274  
**Ayuno:** 76, 386.

## - B -

**Bachillerato:** 1395, 1421.  
**Bautismo:** 36, 37, 170, 320, 327, 328, 861, 885, 888, 914, 915, 975, 978, 1042, 1106, 1157, 1159, 1336, 1340.  
**Bello cristiano (lo):** 245, 246.  
**Benevolencia:** 581, 582.  
**Benignidad:** 1305-1307.  
**Burguesía:** 163, 184.

## - C -

**Cáliz:** 68.  
**Calvario:** 33, 34, 43, 72, 80, 92, 122, 135, 222, 575, 765, 832, 859, 913, 929, 936, 948, 958, 977, 986, 994, 1010, 1019, 1163, 1167, 1203, 1231, 1410.  
**Canon de la misa:** 24, 423, 449, 690.  
**Canto:** 265, 299.  
**Capilla:** 265, 626-28, 1212-15, 1377, 1391-95.  
**Capítulo de culpas:** 121, 260, 274, 297.  
**Capítulo general:** 128, 129, 147, 148, 172, 173, 174, 192, 197, 198, 199, 201, 208, 215, 254, 280, 287, 289, 290, 291, 297, 651, 692, 721, 1079, 1081, 1096.  
**Capricho:** 1396.  
**Caridad:** 67-71, 72, 75, 78, 91, 101, 104, 121, 145-146, 183, 193, 212, 213, 257, 280, 305, 411-8, 491, 544, 559-560, 571-573, 632, 648, 712-713, 717, 1194, 1258-1259,

**1304-10.**  
**Castidad:** 52, 73-74, 77, 141, 514-22, 648, 650, 654, 872, 1241, 1258.  
**Castigo:** 279, 285-87, 507-508, 1372.  
**Católico:** 131, 394, 703, 709, 710, 838, 862, 1067, 1070, 1072, 1195, 1423.  
**Celda:** 71, 265, 283, 578, 586.  
**Celo:** 67, 72, 78-81, 108, 150, 212, 238, 249, 276, 484-85, 583, 599, 611-612, 647, 655, 758, 759, 768, 773, 774, 780-82, 798, 799, 811, 833, 845, 983, 1113-14, 1216, 1229, 1259, 1261, 1262.  
**Celos:** 1257.  
**Ceremonia:** 247, 265.  
**Ceremonial:** 297-301.  
**Ciencia:** 199-201, 632, 965-69, 1114, 1353-54, 1354-55, 1356.  
*Don de la:* 94, 199, 404.  
**Circulares:** 147, 309, 687, 692, 1425.  
**Círculos militares:** 182.  
**Círculos obreros:** 181, 182, 560.  
**Clero:** 648, 649, 650, 655, 656, 1103, 1424, 1445-46.  
**Clero indígena:** 1453.  
**Cobardía:** 467.  
**Colegio:** 194, 239-46, 261, 288.  
**Colonias agrícolas:** 181.  
**Comidas:** 102-03.  
**Comités católicos:** 178, 560.  
**Comportamiento:** 105, 984, 1343-44, 1369.  
**Comunión:** 59, 72, 93, 244, 264, 300, 453, 455, 466, 489, 601-7, 899-902, 956, 958, 960, 963, 966, 968, 983, 984, 986, 1120, 1194, 1220, 1229, 1246, 1274, 1318.  
**Comunión frecuente:** 181, 244, 984, 1344.  
**Conciencia:** 282, 483-84.  
**Confesión:** 117-8, 466.  
**Confianza:** 33, 34, 56, 59, 292, 422-3, 597, 598, 653, 718, 719, 1210.  
**Confirmación:** 1256, 1320.  
**Congregación:** 17, 18, 37, 65, 70,

75, 84, 86, 100, 114, 155, 160, 165, 172, 173, 187, 192, 194, 197, 198, 200, 201, 207, 208, 251, 255, 256, 257, 258, 262, 369, 370, 371, 643, 650, 651, 659, 680, 686, 722, 826, 837, 856, 1024, 1031, 1066, 1072, 1082, 1425.

**Congreso católico:** 178, 185.

**Consejos evangélicos:** 202, 305, 389, 491, 1034, 1174.

**Constituciones:** 16, 42, 48, 82, 124, 157, 195, 248, 256, 259, 260, 261, 275, 277, 281, 283, 298, 300, 541, 646, 688, 715, 814, 1062, 1079, 1093, 1095, 1198, 1431.

**Contemplación:** 77, 79.

**Contrición:** 91, 117, 1233-35.

**Conversiones:** 71, 73, 105, 108, 1376-8, 1380.

**Conversión:** 566.

**Convicción:** 478-79, 609.

**Copia:** 31, 107, 259, 318, 490.

**Cordialidad:** 67, 257, 279, 571, 654.

**Corporación:** 183, 196.

**Cortesía:** 105, 265-66.

**Costumbres cristianas:** 180-86.

**Crítica:** 89, 540, 547.

**Crucifijo:** 549, 579, 584, 621, 934, 936, 960, 1092-93, 1113, 1224, 1229-32, 1233, 1234, 1235, 1247, 1318, 1427, 1430.

**Cruz:** 34, 36, 52, 54, 57, 58, 72, 77, 92, 135, 138, 141, 325, 346, 359, 449, 531, 559, 603, 813, 815, 820, 928, 936, 939, 977, 986, 1020, 1166, 1169, 1215, 1365.

**Cuestión obrera:** 1441-42.

**Cuestión social:** 225, 660, 666, 669, 690.

**Cuestionarios:** 267-70, 596, 597.

**Culto:** 265, 512-513.

**Curiosidad:** 89, 111, 578, 586-87.

516-17, 528-29, 664-66.

**Defectos:** 243, 263.

**Democracia:** 142, 143, 162, 163, 175, 195, 225, 1074.

**Dependencia:** 153.

**Derecho Canónico:** 213, 632.

**Derechos de Dios:** 139, 151, 152, 153, 161, 210, 218, 226, 231, 236, 420, 424, 468, 475, 523, 618-619, 659-61, 666-67, 669, 711, 712, 850, 873, 952, 1168.

**Derechos de Dios (Liga de los):** 1434-35.

**Deseo:** 152, 263, 264, 360, 695.

**Despojo:** 357-361, 1171-72, 1242-43.

**Desprecio de sí mismo:** 1207-08.

**Difuntos:** 1056-60, 1427.

**Dios:**

*Atributos:* 864-870, 1392, 1403.

*Conocimiento:* 396, 397, 418, 615, 966, 1152.

*Dios Padre:* 23, 24, 52, 61, 68, 114, 140, 161, 167, 217, 218, 223, 325, 327, 655, 871, 884, 908, 957, 966, 979, 1047-1048, 1156, 1158, 1159, 1231, 1330, 1345.

*Dios Hijo:* 23, 24, 52, 68, 161, 167, 219, 220, 655, 871, 884, 979, 1047, 1048-50, 1330, 1347.

*Dios Espíritu Santo:* 23, 24, 68, 161, 167, 220, 222, 655, 872, 884, 1047, 1050-1051, 1231, 1330, 1347-48.

*Gloria:* 33, 34, 893, 894, 911, 912.

**Dirección:** 158, 195, 267, 599, 860.

**Directorio:** 16, 17, 18, 41, 42, 82, 116, 122, 124, 128, 129, 147, 148, 193, 198, 646, 715, 1093, 1198, 1224, 1263, 1426, 1428, 1431.

**Disfrute y uso:** 1147-55.

**Distinción:** 1117-21, 1378-81, 1384-87.

**Diversiones:** 1371-72.

**Don de sí mismo:** 97, 199, 262, 619-20, 681-83, 1107-09.

— D —

**Dedicación:** 39, 41, 80, 90, 195, 239,

## - E -

**Edificación:** 107, 108, 113, 569-70.  
**Educación:** 98, 141, 184, 235-53, 481-90, 668, 684, 1118, 1312-13, 1329-32, 1333-36, 1336-70, 1388.  
**Egoísmo:** 1118, 1398.  
**Ejemplo:** 273, 476, 1113, 1341, 1348-51.  
**Ejercicios:** 275.  
**Elevación de sentimientos:** 312-13.  
**Encarnación mística:** 141, 166, 168, 171, 235, 236, 319, 804, 886, 887-91, 906, 909, 910-13, 913-18, 1026-27.  
**Energía:** 313, 378-79, 611, 1112.  
**Enfermos:** 509.  
**Enseñanza:** 46, 94, 96-97, 141, 158, 193, 195, 229, 246, 303, 304, 472-80, 649, 655, 861, 1070-1071, 1073, 1084, 1112-14, 1338-40, 1346, 1352-59, 1421, 1422, 1433.  
**Epifanía - Magos y Pastores:** 1196-98.  
**Escolasticados:** 1095-97.  
**Esperanza:** 55-60, 61, 64, 69, 91, 183, 193, 363, 405-10, 617, 647, 653-54, 712, 870, 945, 1147, 1253, 1255.  
**Espíritu de fe:** 62, 119, 169, 242, 558, 794-95, 916, 1111, 1112, 1116, 1250, 1399-1400, 1429.  
**Espíritu de la Asunción:** 20, 21, 147, 148, 174, 192, 242, 256, 258, 259, 265, 271, 276, 486, 618-622, 647, 648, 658, 698, 699-710, 711-14, 715-24, 1186-1187, 1249, 1283-84.  
**Espíritu de Nuestro Señor:** 22, 28-31, 778, 789, 805.  
**Espíritu de sacrificio:** 72, 1163-70, 1216, 1398-99, 1429.  
**Espíritu eclesiástico-espíritu laico:** 1292-96.  
**Espíritu religioso:** 897.  
**Espíritu Santo:** 37, 68, 69, 70, 94, 95, 97, 167, 176, 215, 288, 293,

295-96, 380, 385, 412, 414, 415, 417, 548, 566, 655, 706, 715, 810, 819, 871, 884-85, 888, 903-05, 909, 1106, 1321, 1365, 1366, 1394.  
**Espíritu sobrenatural:** 261, 634, 1105-1107.  
**Esposas de Nuestro Señor:** 41, 144, 663, 703, 934, 936, 1019, 1225, 1232, 1233, 1237, 1243, 1258, 1269, 1271-72, 1279.  
**Estrechez de espíritu:** 188, 1390-91.  
**Estudio:** 75, 94-95, 188, 199-201, 208-14, 247, 249, 265, 408-09, 468, 469-70, 585-92, 617, 623, 632-36, 683-686, 862, 1035-37, 1085-86, 1095-97, 1414-19.  
**Estudio de Nuestro Señor:** 22, 28-31, 240, 318-22, 635-36, 856-57, 1349.  
**Eucaristía:** 22, 39, 67, 68, 72, 73, 74, 77, 81, 146, 161, 164, 181, 243, 244, 270, 320, 324, 448-55, 466, 519, 520-21, 621, 627, 655, 752, 765, 778, 861, 918, 923, 945, 948-52, 1157, 1175, 1223, 1392.  
**Evangelio:** 29, 32, 84, 194, 320, 620, 1341.  
**Evangelización:** 196, 616.  
**Examen de conciencia:** 90, 117, 1129-30.  
**Examen particular:** 116, 1077-1080.  
**Examen razonado de las Adoratrices:** 1249-63.  
**Examen:** 188, 199, 262, 468.  
**Expiación:** 179, 208, 632, 939, 940, 1260-61, 1262.

## - F -

**Fe:** 33, 45-47, 50, 53, 57, 91, 92, 101, 110, 121, 183, 189, 210, 215, 217, 260, 316, 362, 396-404, 456, 478, 512, 573, 601, 602, 647, 652-53, 711-12, 720, 916, 944, 1112, 1250, 1251, 1352, 1387.

**Fervor:** 596.

**Filiación divina:** 53, 171-72, 327, 890, 891.

**Filosofía escolástica:** 1084, 1097, 1098.

**Finalidad A.A.:** 17, 160, 163, 164, 197, 199, 303, 394, **639-45**, **646-9**, **652-656**, 794-95, 826, 1072, 1084, 1087, 1259.

**Franqueza:** 67, 83, 109, 119, 145, 199, 242, 271, 282, 643, 654, 785, 1225, 1250, 1283, 1296-98, 1310, 1426.

**Fuerza:** 355, 407, 1330-31, 1334.

— G —

**Generosidad:** 199, 724.

**Gracia:** 58, 59-60, 61, 62, 63, 1221-22, 1255.

**Gracias (Abuso de las):** 327-34.

**Guía:** 49, 119-20.

— H —

**Hermanas Conversas:** 1191.

**Hermanos Conversos:** 100, 575, 578, 616, 651.

**Hermanos enseñantes:** 184, 1446-1447.

**Hijo pródigo:** 335-44.

**Hinchazón:** 588.

**Historia eclesiástica:** 265, 476, 591, 1043-47, 1093.

*Método histórico:* 757-58, 1045-46.

**Holocausto:** 72, 497, 690, 951, 962, 1168, 1260.

**Homicidio:** 993, 994.

**Honradez:** 458.

**Humildad:** 48-51, 55, 59, 79, 91, 94, 95, 96, 101, 121, 171, 212, 257, 266, 293, 296, 314, 420-22, 512, 558, 589, 618, 619, 635, 647, 653, 889, 933, 936, 997, 1112, 1215, 1251, 1252-53.

— I —

**Ideas falsas:** 473-74.

**Ideas personales:** 357-58.

**Iglesia:** 47, 68, 76, 80, 84, 113, 143, 161, 162, 163, 169, 180, 181, 185, 205, 303, 304, 345, 356, 381, 388, 397, 492, 501, 522, 542, 548, 643, 652, 703, 705, 714, 719, **860-64**, 920, 1075, 1086, 1166-67, 1195, 1231, 1414-19.

*Dedicación a la Iglesia:* 90, 108, 664-65, 671, 1066, 1397, 1400.

*Defensa:* 155, 194, 203, 204, 222, 251, 733, 1304, 1432-35.

*Estudio:* 211.

*Hijos de la Iglesia:* 46, 123, 1195, 1397.

*Hostilidad a la Iglesia:* 205, 460-61, 556.

*Oraciones por la Iglesia:* 61, 81, 92, 1166-67, 1231.

*Política de la Iglesia:* 228-34.

*Pruebas:* 57, 175, **561-68**, 654, 927, 1247-48.

*Unidad de la Iglesia:* 303, 304, 647, 703.

**Ignorancia:** 209, 391, 1294.

**Igualdad:** 164.

**Imagen de Dios:** 515, 871, 873, 1326, 1345.

**Imagen viva:** 70.

**Imaginación:** 89, 1143-44.

**Imitadores de Nuestro Señor:** 19, 41, 123.

**Impresionabilidad:** 359.

**Incredulidad:** 194, 462, 1073, 1074, 1179.

**Independencia:** 86, 89, 157, 527.

**Indiferencia:** 456-57.

**Infalibilidad pontificia:** 478, 592, 704, 705, 1001-03, 1074, 1075, 1086.

**Informes:** 259, 268, 269, 277.

**Ingratitud:** 50, 62, 970.

**Iniciativa:** 242, 713, 864, 1426,

1429.

**Inmolación:** 1023.**Inmoralidad:** 458-59.**Instrucción:** 469.**Instrumento:** 19, 41, 49, 469, 820, 910, 1323.**Inteligencia:** 482, 483, 511-12, 1331-32.*don de...:* 403-04, 863, 1173.**Interés propio:** 1116.**Intolerancia:** 134.

- J -

**Jesucristo:***Misterios:* 29-30, 46, 112, 165, 544, 630.

Doctrina: 28-29.

Encarnación Cfr.: María.

Epifanía: 892-99, 1196-98.

Getsemani: 561, 924, 1266-1270.

Infancia: 236, 320, 716.

Nacimiento: 169-72, 887.

Pasión: 76, 80, 89, 882, 919-30, 931-38, 939-42.

Resurrección: 942-46.

Sufrimientos: 928, 937, 1018.

Vida pública: 320.

*Títulos:*

Jesús Amigo: 133, 730, 731, 901, 929, 940, 973-77.

Jesús Dios: 948-49, 979-82.

Jesús Doctor: 965-69.

Jesús Esposo: 964.

Jesús Juez: 878-79, 969-73.

Jesús Rey: 146, 161, 167, 168, 227, 228, 230, 662, 663, 877-78, 910, 931-35, 977-79, 1188.

Jesús Sacerdote: 933, 961-65.

Jesús Salvador: 876.

Jesús Víctima: 956-61.

Modelo: 32, 40, 100, 133, 165, 219, 246, 260, 263, 310, 314, 353, 470, 488, 571, 575, 581, 631, 676, 741, 859, 876-877, 1007, 1112, 1236, 1266, 1302,

1310, 1333, 1334, 1348, 1359, 1361, 1363, 1364, 1406.

Preciosísima Sangre: 60, 78, 117, 448, 470, 559, 603, 900, 902, 915, 923, 954, 1106, 1157, 1158, 1167, 1223, **1238-42**, 1335, 1340.

Santísima Humanidad: 22, 28, 40, 450, 603, 654, 805, 858, 924, 1006, 1150, 1245.

*Virtud:* 628.

Belleza: 1405-06, 1410-11.

Humildad: 880-81, 922.

Obediencia: 531, 543.

Oración-Adoración-Silencio: 114, 314, 449, 450-51.

Paciencia: 451, 950, 975.

Pobreza-Trabajo: 100, 505, 667, 877.

Potencia: 950.

Pureza: 949, 1005, 1341.

*Amigo de Jesús:* 74, 76, 305.*Conocimiento de...:* 97, 140, 210, 219, 236, 240, 318, 615, 670, 875.*Entrega a...:* 236, 520, 521.*Imitación de...:* 152, **324-26**, 450-53, 490, 504-506, 543, 620, 631, 654, 716, 859, 941, 1113, 1302, 1335, 1393.**Juicios personales:** 358.**Justicia:** 711.**Justicia de Dios:** 467-68, 524, 865-66, 869-70, 1267, 1392.

- L -

**Laico:** 1119, 1292, 1295-96, 1454-55.**Lecturas:** 59, 103, **110-11**, 1128-29.**Levantarse:** 90.**Ley divina:** 229, 388, 1033-35.**Liberación:** 157, 499, 510.**Liberalismo:** 204.**Libertad:** 153, 157, 163, 501-02, 539, 868, 869, 1283.**Liga Católica:** 177, 178.

**Ligereza:** 89, 390, 419, 1300, 1301, 1302, 1396.  
**Limosna:** 144, 294, 656, 1438.  
**Limpieza:** 265.  
**Liturgia:** 591, 645, 952, 1093.  
**Lucha cristiana:** 384-86, 407, 1142-47.

— M —

**Madres cristianas:** 1013-17.  
**Maestro cristiano:** 236-39, 244-45, 481-85, 488-90, 1299-1387, 1387.  
**Maestro de Novicios:** 128, 216, 258-60, 262, 263, 264, 265, 267, 269, 281, 282, 283, 309, 696, 875.  
**Males actuales:** 456-60, 553-54.  
*Causas:* 460-63.  
*Remedios:* 464-71.  
**Maria:** 19, 53, 55, 79, 89, 90, 110, 112, 141, 149, 165, 179, 309, 505, 608, 628, 701-02, 760, 794, 796, 952, 967, 1060, 1165, 1218, 1219, 1232, 1388, 1434, 1439.  
*Anunciación:* 165-68, 883-87, 907-16, 988.  
*Asunción:* 134, 820, 1024-28.  
*Compasión:* 75, 92, 135, 928, 929, 930, 988, 1009-24, 1203, 1264-66.  
*Devoción a María:* 90, 249, 520, 621.  
*Fe:* 32, 45, 886-887.  
*Hijos de María:* 74, 123, 999, 1000, 1258.  
*Imitación de María:* 161, 702, 1225.  
*Inmaculada Concepción:* 134, 478, 592, 704, 989-1003.  
*María y la Iglesia:* 1002, 1003, 1006.  
*Maternidad espiritual:* 34-35, 997, 998.  
*Modelo:* 32, 40, 45, 100, 112, 134, 161, 520, 621, 702, 886, 912,

1007, 1012, 1264.  
*Obediencia:* 32, 53, 89, 168, 885, 1012.  
*Pureza:* 1003-1004, 1006-1007.  
*Visitación:* 169.  
**Mártires:** 47, 480, 780, 1284.  
**Masones:** 461-62, 1076, 1079, 1090, 1432-35.  
**Meditación:** 59, 194, 216, 240, 1093.  
**Mentira:** 995.  
**Mezquindad de espíritu:** 188, 1390-91.  
**Milagro:** 226-28, 230-31, 234, 721, 1399, 1400.  
**Misa:** 92, 93, 251, 419, 453, 454, 779, 950, 957, 959, 1020, 1194.  
**Misiones:** 144, 160, 185, 186, 649, 656.  
**Modelo:** 100, 133, 134, 199, 621, 1411.  
*Divino:* 26, 40, 240, 244, 353, 1007, 1351.  
*Los Angeles:* 1278-1281.  
*Los Santos:* 1053, 1113, 1361.  
**Modestia:** 49, 71, 107, 265.  
**Monástico:** 176, 297-98, 300, 1062, 1063.  
**Mortificaciones:** 39, 72, 75-77, 102, 113, 648, 780, 1226.  
**Muerte:** 333-34, 1023.  
**Mundo (Horror del):** 1226, 1284.

— N —

**Nada:** 50, 116, 840.  
**Naturalismo:** 1073, 1074, 1075.  
**Novelas:** 473, 474, 1052.  
**Noviciado:** 81, 147, 148, 166, 188, 214, 250, 252, 254-70, 297, 305, 329-31, 499, 535, 591, 628, 644, 650, 834, 863, 897, 908, 1027, 1065, 1066, 1092, 1093, 1094, 1095, 1128, 1210, 1217.  
**Novicios:** 124, 182, 190, 196, 201, 250, 260-62, 282, 285, 369, 370, 532, 533, 590, 614, 650, 673, 716,

1065, 1066, 1091, 1092.

**Nuestra Señora de la Salvación:**  
179, 566, 567, 720.

— O —

**Obediencia:** 33, 49, 52-54, 72, 75, 81, 84, 87, 90, 104, 109, 110, 153, 168, 257, 273, 377-78, 399, 531-44, 546, 549, 575, 576, 635, 647, 650, 653, 871, 898, 910, 1174-75, 1193, 1215, 1251, 1252.

**Obispos:** 38, 39, 142, 194, 275, 472, 557, 592, 600, 1420.

**Óbolo de San Pedro:** 1083.

**Obras (Buenas):** 76, 143-44, 158, 178, 195, 205, 553-60, 623, 649, 670, 671, 1022, 1062, 1063, 1064, 1072, 1087, 1228, 1257, 1425, 1428, 1431, 1440.

*Obras populares:* 179, 195, 206, 470-71, 1083.

*Obras católicas:* 178.

**Ocio:** 585, 586, 633.

**Odio:** 457, 554, 560.

**Oficio:** 113-114, 265, 297, 667, 1064, 1097, 1256, 1287, 1427.

**Olvido de sí mismo:** 139, 1192, 1199.

**Optimismo (Falso):** 189.

**Oración:** 55, 56-57, 61-63, 75, 88, 113, 123, 179, 199, 241, 242, 251, 256, 273, 298, 409, 419-26, 464-65, 520, 561, 562, 566, 615-616, 647, 653, 783, 870, 898, 1021-22, 1057-59, 1066, 1083, 1085, 1193, 1218-20, 1253-54, 1255, 1359-66.

*Intenciones de la oración:* 39, 81, 92, 114, 624, 625, 721, 951, 1001, 1057.

**Oración de contemplación:** 61, 91, 110, 172, 215-24, 249, 287, 290-96, 427-47, 469, 622-26, 1130, 1155-63, 1274-77, 1320-25.

**Orden Tercera:** 192, 194, 195, 196, 202-207, 287, 305, 644, 648, 651, 840, 1224-25, 1282, 1283, 1371,

1425, 1446.

**Órdenes religiosos modernas:**  
1071, 1072, 1073, 1074, 1076.

**Orfanato:** 144, 175, 181.

**Orgullo:** 50, 1115, 1293.

— P —

**Paciencia:** 75, 409-10, 451, 481, 482, 547, 720, 975, 976, 1305.

**Papa:**

*Amor al Papa:* 38, 70, 194, 600, 645.

*Doctor:* 96, 184, 472, 557, 655, 671, 1003, 1414-19.

*Guía:* 143, 1071.

*Hostilidad al Papa:* 136, 146, 931, 1248.

*Obediencia:* 647, 648, 652, 826.

*Oraciones por el Papa:* 39, 81, 92, 1001.

*Papa y Religiosos:* 577, 1086.

**Pasiones:** 339, 341, 383, 554.

**Pasto:** 102-03.

**Paternidad espiritual:** 1372-73.

**Patronos:** 90, 149.

**Paz:** 354, 355, 713, 714, 894-95, 1202-06, 1436-39.

**Pecado:** 50, 116, 365-71, 510, 1236-38.

**Peculio:** 502.

**Penitencia:** 76, 95, 101, 208, 249, 380-87, 1154.

*Sacramento de la...:* 117, 1157, 1341.

**Peregrinación:** 179, 180, 1399.

**Pereza:** 321, 585-86, 1396.

**Perfección:** 27, 40-41, 111, 157, 164, 258, 263, 454, 498, 542, 606-07, 614-22, 628, 1038, 1106-1107, 1132, 1133, 1242.

**Perseverancia:** 79, 197, 198, 350-51, 423-24, 484, 583.

**Piedad:** 247-49.

*Don de la...:* 199.

- Pobreza:** 52, 55, **64-66**, 157, 209, 257, 264, **499-506**, 560, 586, 647, 650, 653, 666, 667, 685, 712, 717, 790, 791, 872, 897-98, 1064, 1254, 1256-57, 1284.
- Postulantes:** 259, 261-62, 897.
- Precauciones:** 277, 278.
- Predestinación:** 868-70.
- Predicación:** 140, 158, 161, 193, 194, 229, 469-70, 719, 862, 874, 1073.
- Prensa:** 473, 474, 1083, 1402, 1423, 1424.
- Presencia de Dios:** 22, **25-27**, 61, 223, 224, 291-92, 627, 628, 821.
- Preservación:** 208, 508-10, 633, 1168-70.
- Profesión:** 331-34, 908.
- Profeso:** 270, 286, 288.
- Progresos espirituales:** 896-97, 1137-41.
- Propaganda cristiana:** 608, 610, 863.
- Protestantes:** 636, 656, 985, 1033, 1084, 1179, 1225, 1226, 1400.
- Providencia:** 156, 161, 178, 187, 189, 226, 228, 252, 255, 260, 278, 288, 296, 467, 500, 592, 606, **866-68**, 1174.
- Provincias:** 270, 289.
- Prudencia:** 33, 81, 189, 274, 558, 612, 717, 1311-15, 1390.
- Pruebas:** 34, **56-57**, 91, 134, 158, 316, 335-36, 409-10, 653, 654.
- Publicaciones:** 185, 649, 656.
- Puntualidad:** 1384.
- Pureza:** 902, 911, 953-54, 964, **1003-09**.
- Pureza de intención:** 34, 48, 63, 223, 372-79.
- Purgatorio:** 38, 39, 77, 92, 509, 564, 950, 1057-60, 1156, 1158, 1326.
- Rebelión:** 992-93.
- Recogimiento:** 61, 89, 112, 256.
- Reconocimiento:** 55, 62, 425, 426, 653, 1161.
- Recreos:** **104-06**, 260, 262, 265, 274.
- Refectorio:** 265, 274, 297.
- Reforma:** 155, 461, 756, 935, 1055, 1076, 1084, 1400.
- Regla:** 17, 18, 54, 65, 77, 81, **84-85**, 86, 98, 109, 165, 260, 263, 304, 337, 341, **388-95**, 539, 541, 542, 545, **629-32**, 653, 688, 715, 1093, 1095.  
*Regla de la Asociación de la Asunción:* 1283-89.  
*Regla de las Órdenes Terceras:* 1425-32.
- Reino de Nuestro Señor:** 36, 61, 79, 94, 96, 130, 147, 303, 306, 394, 583, 645, 647, 650, 652, **658-72**, 693, 709-10, 774, 833, 933-35, 1088, 1289.  
*en nosotros:* **150-54**, 909.  
*en torno a nosotros:* **155-59**, 909.  
*Medios:* 158, **160-62**, 194, 195, 303, 304, 645, 649, 652, 655, 1088, 1283, 1285.  
*Obras:* 143, 144.
- Regularidad:** 75, 275, 596, 597.
- Relaciones:** **107-09**, 169, **569-76**, **577-84**, 1332-36.
- Renuncia:** 257.
- Reparación:** 146, 678-79, 1163-70.
- Repugnancia:** 359.
- Reserva:** 579-80.
- Resoluciones:** 91, 92.
- Respeto:** 70, 266, 292, 420, 478, 573-74.  
*Respeto humano:* 47, 558, 1342, 1349-1350, 1389.
- Responsabilidad:** 272-73, 593.
- Retiro:** 88, 649, 656.
- Revestirse de Jesucristo:** 915-16, 1244-47.
- Revolución:** 136, 137, 156, 164, 175, 184, 185, 186, 194, 213, 226, 287,

303, 304, 464, 501, 554, 556, 557,  
850, 935, **1030-1033**, 1055, 1056,  
1072, 1076, 1079, 1088, 1090,  
1296, 1398, 1401, 1418, 1425,  
1432, 1433.

*Revue de l'Enseignement chrétien:*  
178, 185, 1402, 1420, 1423, 1424.

**Rito Romano:** 298, 798.

**Rosario:** 112.

**Rutina:** 112, 360, 540, 1357.

— S —

**Sabiduría:** 863, 1315-20.

**Sacerdocio:** 37, 840, 858, 1097,  
1099, 1106, 1119.

*Sacerdocio de los fieles:* 961, 962,  
963.

**Sacerdotes:** 39, 862, 1097, 1119.

**Sacramento:** 37, 230, 249, 465-66,  
860, 861, 1039, 1151, 1254, 1255,  
1256.

*Santísimo Sacramento:* 22, 73, 74,  
77, 81, 113, 146, 161, 181, 249,  
274, 419, 575, 579, 667, 751, 874,  
**947-87**, 1181, 1225, 1226, 1228,  
1229, 1235, 1259-1263.

**Sacrificio:** 41, 59, 63, 72, 90, 135,  
242, 257, 960.

*Santo Sacrificio:* 57, 72.

**Sagrada Escritura:** 265, 304, 591,  
715, 735-36, 805, **853-55**, 1093.

**Sagrario:** 57, 73, 89, 320, 584, 587,  
600, 654, 824, 859, 934, 948, 950,  
952, 972, 987, 1306, 1393.

**Sanciones:** 285, 286.

**Santidad:** 197, 198-99, 809, 863,  
955, 1069-70, 1125-26.

**Santos:** 38, 39, 114, 335, 389, 394,  
424, 529, 530, 699, 700, 851, 972,  
973, 999, **1047-51**, 1055, 1112,  
1113, 1119, 1120.

*Vida de los Santos:* 321, 476, **1052-**  
**56**, 1077, 1112.

**Satanás:** 102, 130, 136, 151, 156,  
158, 176, 243, 339, 384, 385, 386,

387, 392, 416, 424, 462, 509, 511,  
543, 554-56, 563, 635, 694, 893,  
924, 933, 978, 989, 1000, 1030,  
1031, 1039, 1076, 1079, 1134,  
1169, 1269, 1407, 1421, 1432,  
1435.

**Satisfacción:** 76, 77.

**Señal de la Cruz:** 936, 1325-28.

**Separación:** 310-12, 328, 346, 629,  
630.

*Separación entre buenos y malos:*  
563.

**Seriedad:** 49, 70, **1299-1304**.

**Servicialidad:** 574-76.

**Siervo de Nuestro Señor:** 20, 41, 53,  
69, 87, 100, 578.

**Silencio:** **88-89**, 108, 256, 283, 293,  
383-84, 450-51.

**Simplicidad:** 110.

**Sinceridad:** 110, 261, 342, 376-77.

**Sobrenatural:** 46, 136, 157, 161,  
212, 261, 332, **357-64**, 380, 381,  
401, 578-79, 721, 723, 850, 872,  
1053, 1105-07, 1150.

**Socialismo:** 1073, 1074, 1076.

**Sociedades secretas:** 194, 195, 206,  
287, 303, 304, 461-62, 840, 1088,  
1401, 1425, 1434.

**Soledad:** 88, 89, 310-17, 381-82.

**Sufrimiento:** 135, 406, 886, 1133-37.

**Sufrimiento por la Iglesia:** 1040-43,  
1247-49.

**Sumisión:** 496, 549, 978-79.

**Superior:** 49, 53, 65, 70, 73, 79, 81,  
**86-87**, 88, 104, 105, 109, 110, 119,  
120, 192, 199, 247, 248, 251, 257,  
260, **271-280**, 288, 301, 337, 338,  
341, 483, 487, 535-36, 540, **545-52**,  
**593-600**, 629, 653, 681, 682, 683,  
686, **692-97**, 782-787, 791, 810,  
985, **1065-66**, 1067, 1100-1101,  
1107, 1110.

**Superior general:** 201, 256, 257,  
258, 259, 270, 277, 284, 286, 297,  
650, 651, 657, 1088, 1089.

**Superiora:** **1199-1201**.

**Susceptibilidad:** 50, 51, 1115.

– T –

**Temor (don del):** 403, 863.

**Tentación:** 209, 278, 384, 385, 1134-35.

**Teología mística:** 195, 265, 591, 848-73, 1093.

**Testarudez:** 589.

**Tibieza:** 971-72.

**Tolerancia:** 1105.

**Toma de hábito:** 1217.

**Trabajo:** 64, 65, 66, 94, 200, 201, 275, 275, 507-13, 685, 1381-82, 1395-97.

**Trabajo manual:** 100-101, 208, 247, 673-74.

**Trinidad:** 22-24, 28, 52, 156, 161-62, 166, 168, 217, 224, 326, 437, 449, 475, 542-43, 871-73, 884-885, 905, 908, 943, 1004, 1032, 1046, 1047, 1148, 1274-1277, 1326, 1345-48, 1359.

– U –

**Unión:** 104, 145, 406, 407, 786.

*Unión con Dios:* 455, 968, 1261, 1262-63.

*Unión con Nuestro Señor:* 941-42, 1112.

**Unidad:** 67, 702-10, 1400.

*Unidad de la Iglesia:* 194, 647, 826, 985, 1448-60.

**Universidad:** 204, 473, 642, 669, 1033, 1415, 1422, 1423.

*Universidad católica:* 141, 185, 194, 205, 1083, 1418-19, 1446.

**Uso y disfrute:** 1147-55.

– V –

**Vacaciones:** 1373-76, 1398-1400.

**Vanidad:** 1115.

**Verdad:** 222, 475, 476, 647, 872,

915, 998, 1002, 1032-33, 1222, 1223, 1250, 1307, 1331.

**Vergüenza:** 340.

**Víctima:** 72, 304, 454, 923, 938, 951, 962, 1226, 1248-49, 1261, 1272-73.

**Victoria:** 513.

**Vida común:** 389.

**Vida interior:** 33, 61, 89, 122-23, 645, 715, 851-53.

**Vida oculta:** 33, 34.

**Vida religiosa:** 166, 256, 305, 309, 345, 538, 577, 650, 784, 786, 809, 859, 936, 1127-1133.

**Vida sobrenatural:** 121, 323, 357-64, 850, 1151.

**Vigilancia:** 285, 519.

**Vigilancia (en la educación):** 98-99, 104, 187, 262, 265, 275, 277, 278, 281, 283, 1311-12, 1367-70.

**Virgenes:** 141, 1007-08, 1017-24, 1216, 1240, 1241, 1269, 1278.

**Virginidad:** 949, 1241.

**Virtudes evangélicas:** 242, 393, 531, 538, 1250.

*Virtudes religiosas:* 91, 112, 538, 871-72, 1191, 1216, 1250.

*Virtudes teologales:* 44, 91, 183, 193, 292, 362-64, 396, 411, 413, 475, 600, 647, 648, 652-55, 853, 981, 1096, 1191, 1250, 1267, 1308, 1436-38.

**Vocación:** 206, 243, 249, 260, 261, 328-29, 348, 349-51, 355, 466, 674-79, 717, 719, 720, 1109-10.

**Voto (Cuarto):** 36, 43, 80, 107, 647, 650, 657, 665, 1076, 1079, 1080, 1081, 1090, 1228.

**Votos:** 200, 333, 351, 388, 389, 491-98, 539, 650, 657, 687-91, 788, 936, 937.

**Vulgaridad:** 312, 361, 863, 1106, 1118, 1119, 1121, 1378.

---

## INDICE GENERAL

PREFACIO .....	7
PRÓLOGO .....	9

---

### PRIMERA PARTE

## Meta y Espíritu de la Asunción

---

#### I.- DIRECTORIO

<i>Preámbulo</i> .....	17
Primera Parte: <i>Sobre el Espíritu de la Asunción</i> .....	20
1. El espíritu de la Asunción . . .	20
2. Amor a Nuestro Señor . . . . .	22
3. Sentimiento de la presencia de Dios .....	25
4. Espíritu de Nuestro Señor . . .	28
5. Amor a la Santísima Virgen . . .	32
6. Amor a la Iglesia .....	36
7. Deseo de perfección .....	40
Notas .....	41
Segunda Parte: <i>Las Virtudes</i> .....	44
1. La fe .....	45
2. La humildad .....	48
3. La obediencia .....	52
4. La esperanza .....	55
5. La oración .....	61
6. La pobreza .....	64
7. La caridad .....	67
8. El espíritu de sacrificio . . . . .	72
9. La castidad .....	73
10. La mortificación .....	75
11. El celo por la salvación de las almas .....	78
Notas .....	81
Tercera Parte: <i>Medios de santificación</i> .....	83
1. La Regla .....	84
2. Los Superiores .....	86
3. El silencio .....	88
4. Levantarse .....	90
5. La oración .....	91
6. La misa .....	92
7. La comunión .....	93
8. El estudio .....	94
9. La enseñanza .....	96
10. La vigilancia de los niños . . .	98
11. El trabajo manual .....	100
12. Las comidas .....	102
13. Los recreos .....	104
14. Relaciones con el prójimo . . .	107
15. Lecturas espirituales .....	110
16. El Rosario .....	112
17. El Oficio divino .....	113
18. Acostarse .....	115
19. El examen particular . . . . .	116
20. La confesión .....	117
21. La cuenta de conciencia . . .	119
22. El Capítulo de culpas .....	121
23. La vida interior .....	122
Notas .....	124
<i>Índice del Directorio</i> .....	125

## II.- INSTRUCCIONES Y CARTAS AL NOVICIADO

<i>Instrucción de clausura del Capítulo General de 1868</i> . . . . .	128
<i>Cuatro Cartas al Maestro de novicios 1868-1869</i> . . . . .	147
Carta de Introducción . . . . .	148
1. El advenimiento del reino de Dios en nosotros . . . . .	150
2. El advenimiento del reino de Dios a nuestro alrededor	155
3. Algunos medios . . . . .	160
4. Nuestro amor a Nuestro Señor . . . . .	165
<i>Instrucción de clausura del Capítulo General de 1873</i> . . . . .	173

## III.- CIRCULARES A LOS MIEMBROS DE LOS CAPITULOS GENERALES 1874-1875

1. Nuestra meta más especial . . . . .	199	7. La Educación . . . . .	235
2. Los miembros del Capítulo . . . . .	197	8. El Noviciado . . . . .	254
3. Las Órdenes Terceras . . . . .	202	9. Deberes de los Superiores . . . . .	271
4. El estudio . . . . .	208	10. Cuestiones por examinar . . . . .	281
5. La oración . . . . .	215	11. Convocación del Capítulo . . . . .	287
6. Cuestiones sociales . . . . .	225		

*Dos circulares inéditas* . . . . .

1. Sobre la oración . . . . .	290	2. Sobre el Ceremonial . . . . .	297
-------------------------------	-----	----------------------------------	-----

## IV.- NOVISSIMA VERBA

302

## V.- MEDITACIONES DESTINADAS A LOS AGUSTINOS DE LA ASUNCIÓN

1. Necesidad de la soledad para hacer un buen retiro . . . . .	310	15. La oración de contemplación . . . . .	427
2. Jesucristo y el religioso en retiro . . . . .	318	16. La Eucaristía . . . . .	448
3. Los abusos de las gracias . . . . .	327	17. Los males que hay que combatir . . . . .	456
4. El hijo pródigo . . . . .	335	18. Remedios contra los males del tiempo actual . . . . .	464
5. Disposiciones para ingresar en la vida religiosa . . . . .	345	19. La enseñanza . . . . .	472
6. La vida sobrenatural . . . . .	357	20. La educación . . . . .	481
7. Los tres grados del pecado en el religioso . . . . .	365	21. Los votos . . . . .	491
8. La pureza de intención . . . . .	372	22. Pobreza . . . . .	499
9. La penitencia . . . . .	380	23. Trabajo . . . . .	507
10. La regla . . . . .	388	24. Castidad . . . . .	514
11. La fe . . . . .	396	25. Austeridad . . . . .	523
12. La esperanza . . . . .	405	26. Obediencia . . . . .	531
13. La caridad . . . . .	411	27. Excelencia de la obediencia . . . . .	538
14. La oración . . . . .	419	28. Los superiores . . . . .	545
		29. Las buenas obras . . . . .	553

30. La oración en los padecimientos de la Iglesia . . . . .	561	33. Los estudios . . . . .	585
31. Las relaciones de los religiosos entre ellos . . . . .	569	34. El retiro espiritual de un superior . . . . .	593
32. Relaciones de los religiosos con el exterior . . . . .	577	35. La comunión . . . . .	601
		36. La propaganda cristiana . . . . .	608

*Siete Meditaciones suplementarias* . . . . . 614

1. La perfección del Religioso de la Asunción . . . . .	614	4. El Religioso y la Capilla . . . . .	626
2. Perfección de acuerdo con el espíritu de la Asunción . . . . .	618	5. La Regla . . . . .	629
3. Oración contemplativa . . . . .	622	6. Estudios del Religioso . . . . .	632
		7. Los Estudios . . . . .	634

VI.- COMPLEMENTOS A LA PRIMERA PARTE

<i>La meta del Instituto</i> . . . . .	639
<i>Primeras Reglas</i> . . . . .	646
<i>El tema del Reino</i> . . . . .	658

1. El advenimiento del Reino de N.S. Jesucristo . . . . .	659	5. Las defecciones . . . . .	679
2. Sobre la Adoración . . . . .	672	6. El don de sí . . . . .	681
3. El trabajo manual . . . . .	673	7. Obligación de estudiar . . . . .	683
4. Las vocaciones . . . . .	674	8. Los Votos . . . . .	687
		9. El Apostolado . . . . .	692

*El Espíritu de la Asunción* . . . . . 698

1. Espíritu de unidad . . . . .	699	3. Según la Escritura . . . . .	715
2. Cinco virtudes . . . . .	711	4. Extractos de correspondencia . . . . .	722

**SEGUNDA PARTE**  
**Nuestra Triple Meta**

INTRODUCCION

El P. d'Alzon, hombre de doctrina y de piedad

*En camino hacia el altar: 1829-1835* . . . . . 728

1. La amistad . . . . .	728	6. Otro plan de estudios . . . . .	754
2. Vocación . . . . .	733	7. Roma . . . . .	758
3. Mi retrato . . . . .	736	8. Retiro en San Eusebio . . . . .	760
4. Plan de estudios . . . . .	745	9. Ordenación . . . . .	765
5. Consagración a Jesucristo . . . . .	750		

<i>Comienzos de la Asunción: 1844-1850.</i> . . . . .		769
1. Vocación religiosa . . . . .	769	4. Retiro en Chalais . . . . .
2. Apertura del Noviciado . . . . .	774	5. Profesión religiosa . . . . .
3. Reglamento de vida . . . . .	777	807
<i>Años de pruebas: 1851-1858</i> . . . . .		808
<i>Años fecundos: 1858-1880</i> . . . . .		825

## I.- LA PIEDAD

## Amor de Dios

<i>Necesidad de estudiar la Teología Mística</i> . . . . .		849
<i>La vida interior</i> . . . . .		851
<i>Fuentes de la teología mística</i> . . . . .		853
1. La Sagrada Escritura . . . . .	853	3. La Iglesia . . . . .
2. Jesucristo . . . . .	855	860
<i>Atributos divinos</i> . . . . .		864
1. Amor. Justicia.		2. Providencia . . . . .
Misericordia . . . . .	864	3. Predestinación . . . . .
<i>La Trinidad</i> . . . . .		868
		871

## Amor a Nuestro Señor

<i>Retiro sobre el conocimiento de Nuestro Señor</i> . . . . .		875
1. Importancia de conocer a Jesucristo . . . . .	875	5. Adoración de los pastores . . . . .
2. Anonadamiento de Jesucristo . . . . .	879	6. Epifanía . . . . .
3. Anunciación . . . . .	883	7. Jesús habitando en nosotros . . . . .
4. Nacimiento de Jesucristo . . . . .	887	8. El Espíritu Santo habitando en nuestras almas
		903
<i>El tema de la Encarnación mística</i> . . . . .		906
1. Encarnación de Jesucristo en el alma religiosa . . . . .	907	2. Jesucristo encarnándose en el alma religiosa . . . . .
		913
<i>La Pasión de Nuestro Señor</i> . . . . .		919
1. Breves meditaciones sobre la Pasión . . . . .	919	3. La Crucifixión . . . . .
2. La coronación de espinas . . . . .	931	4. Las cinco llagas . . . . .
		5. La Resurrección . . . . .
		942
<i>Meditación sobre la Eucaristía</i> . . . . .		948
<i>Octava del Santísimo Sacramento</i> . . . . .		953
1. Jesús Pan vivo . . . . .	953	5. Jesús Juez . . . . .
2. Jesús Víctima . . . . .	956	6. Jesús Amigo . . . . .
3. Jesús Sacerdote . . . . .	961	7. Jesús Rey . . . . .
4. Jesús Doctor . . . . .	965	8. Jesús Dios . . . . .
		979
<i>Pensamientos sobre la Eucaristía</i> . . . . .		982

## Amor a la Santísima Virgen

<i>Inmaculada Concepción</i> . . . . .	989
<i>Inmaculada Concepción e infalibilidad pontificia</i> . . . . .	1001
<i>Pureza</i> . . . . .	1003
<i>Compasión: meditación</i> . . . . .	1009
<i>Compasión: sermón</i> . . . . .	1013
<i>Misterio de la Asunción</i> . . . . .	1024

## Amor a la Iglesia

<i>La Revolución, enemiga de la Iglesia</i> . . . . .	1030
<i>Sufrir con la Iglesia</i> . . . . .	1040
<i>Historia de la Iglesia</i> . . . . .	1043
<i>Fiesta de Todos los Santos</i> . . . . .	1047
<i>La Vida de los Santos</i> . . . . .	1052
<i>Commemoración de los difuntos</i> . . . . .	1056

## II.- LAS INSTITUCIONES

## Los Agustinos de la Asunción

<i>Diversas consignas</i> . . . . .	1062
<i>Preocupaciones del P. d'Alzon de 1869-1871</i> . . . . .	1069
1. Quid agendum . . . . .	1069
2. Notas sobre el Concilio . . . . .	1073
3. El sello de la Asunción . . . . .	1076
4. Consignas del momento . . . . .	1082
<i>Formación de los novicios</i> . . . . .	1091
<i>Los Alumnados</i> . . . . .	1099
<i>Instrucciones sobre la vida religiosa</i> . . . . .	1105
1. Espíritu sobrenatural . . . . .	1105
2. El don de sí . . . . .	1107
3. Vocación . . . . .	1109
4. Sobre el carácter . . . . .	1111
5. La enseñanza en la Asunción . . . . .	1112
6. Amor propio . . . . .	1115
7. Distinción sobrenatural . . . . .	1117
8. Jesús llama al alma religiosa . . . . .	1121
9. La vida religiosa . . . . .	1127
10. Progresos en la perfección . . . . .	1133

## Las Religiosas de la Asunción

<i>Instrucciones de retiros</i> . . . . .	1142
1. Lucha contra sí mismo . . . . .	1142
2. Uso y Disfrute . . . . .	1147
3. Espíritu de oración . . . . .	1155
4. Espíritu de sacrificio . . . . .	1163
5. Clausura de retiro . . . . .	1170

## Las Oblatas de la Asunción

<i>Extractos de correspondencia</i> .....	1178
<i>Instrucciones a las Oblatas</i> .....	1202
1. Martes de Pascua .....	1202
2. Una toma de hábito .....	1206
3. Inicio de clases .....	1211
4. Bendición de la capilla ..	1212
5. Profesión .....	1215
6. Toma de hábito .....	1217
7. Primera Comunión .....	1220

## Las Adoratrices del Santísimo Sacramento

<i>Cartas Circulares</i> .....	1225
1. El Crucifijo .....	1229
2. La Contrición .....	1233
3. Odio al pecado .....	1236
4. La preciosísima Sangre ..	1238
5. El trabajo de la Perfección .....	1242
6. El revestimiento de Jesucristo .....	1245
7. Las pruebas de la Iglesia .	1247
8. El examen razonado: Directorio de las Adoratrices .....	1249
<i>Recuerdos de instrucciones</i> .....	1264
1. María, Modelo de las Adoratrices .....	1264
2. Jesús en Getsemaní, Modelo de las Adoratrices	1266
3. Tres características de las Adoratrices .....	1270
4. La oración .....	1274
5. Semejantes a los Ángeles	1278

## El Colegio de la Asunción

— A —

<i>Principios de la Asociación</i> .....	1283
1. Regla .....	1283
2. La Obra de la Asunción ..	1289
3. Espíritu eclesiástico; Espíritu laico .....	1292
4. La franqueza .....	1296
<i>Consignas espirituales</i> .....	1299
1. La seriedad .....	1299
2. La caridad .....	1304
3. La prudencia .....	1311
4. La sabiduría .....	1315
5. La contemplación .....	1320
6. La señal de la Cruz .....	1325
<i>Principios de educación cristiana</i> .....	1329
1. El espíritu de la educación	1329
2. Las relaciones con los alumnos .....	1332
<i>Instrucciones a los Maestros del colegio en 1867</i>	
1. Nova et vetera .....	1336
2. Medios de purificación ..	1340
3. Imagen de la Trinidad ..	1345
4. El buen ejemplo .....	1348
5. Fe y ciencia .....	1352
6. Amor .....	1356
7. Oración .....	1359
8. Utilidad de la oración ..	1364
9. Vigilancia de los maestros por parte de los alumnos ..	1367

<i>Consignas prácticas</i> .....	1371
1. Diversiones .....	1371
2. Castigos .....	1372
3. Paternidad espiritual .....	1372
4. Preparación de las vacaciones .....	1373
5. Conversaciones con los alumnos .....	1376
6. La distinción .....	1378
7. Consejos para la vuelta al colegio .....	1381
8. Fe contagiosa .....	1387

## — B —

<i>A los Colegiales de Nimes</i> .....	1388
1. Las Instrucciones del sábado .....	1388
2. Espíritu amplio y espíritu estrecho .....	1390
3. La capilla .....	1391
4. El trabajo .....	1395
5. Consejos para las vacaciones .....	1398

## III.- LOS COMBATES

<i>Lucha contra la Revolución</i> .....	1402
1. Esplendores del arte cristiano .....	1402
2. La cuestión de los estudios en 1870 .....	1414
3. Delenda Carthago .....	1420
4. Contra el monopolio de los programas .....	1421
5. La Prensa católica .....	1423
<i>Lucha contra las Sociedades Secretas</i> .....	1425
1. Orden Tercera de los laicos .....	1426
2. Orden Tercera de los sacerdotes .....	1428
3. Asociaciones .....	1432
4. Congreso católico (1872) .....	1436
5. A las Conferencias de San Vicente de Paúl .....	1439
6. Renovación del clero .....	1445
7. Los maestros cristianos .....	1446
<i>Lucha contra el cisma</i> .....	1448
1. La cuestión de Oriente .....	1448
2. La Misión de Oriente .....	1451
3. Rusia .....	1455
Apéndice: <i>Ultima verba</i> .....	1461

INDICE BIBLICO .....

1465

INDICE DE NOMBRES .....

1475

INDICE ANALITICO .....

1484

INDICE GENERAL .....

1495